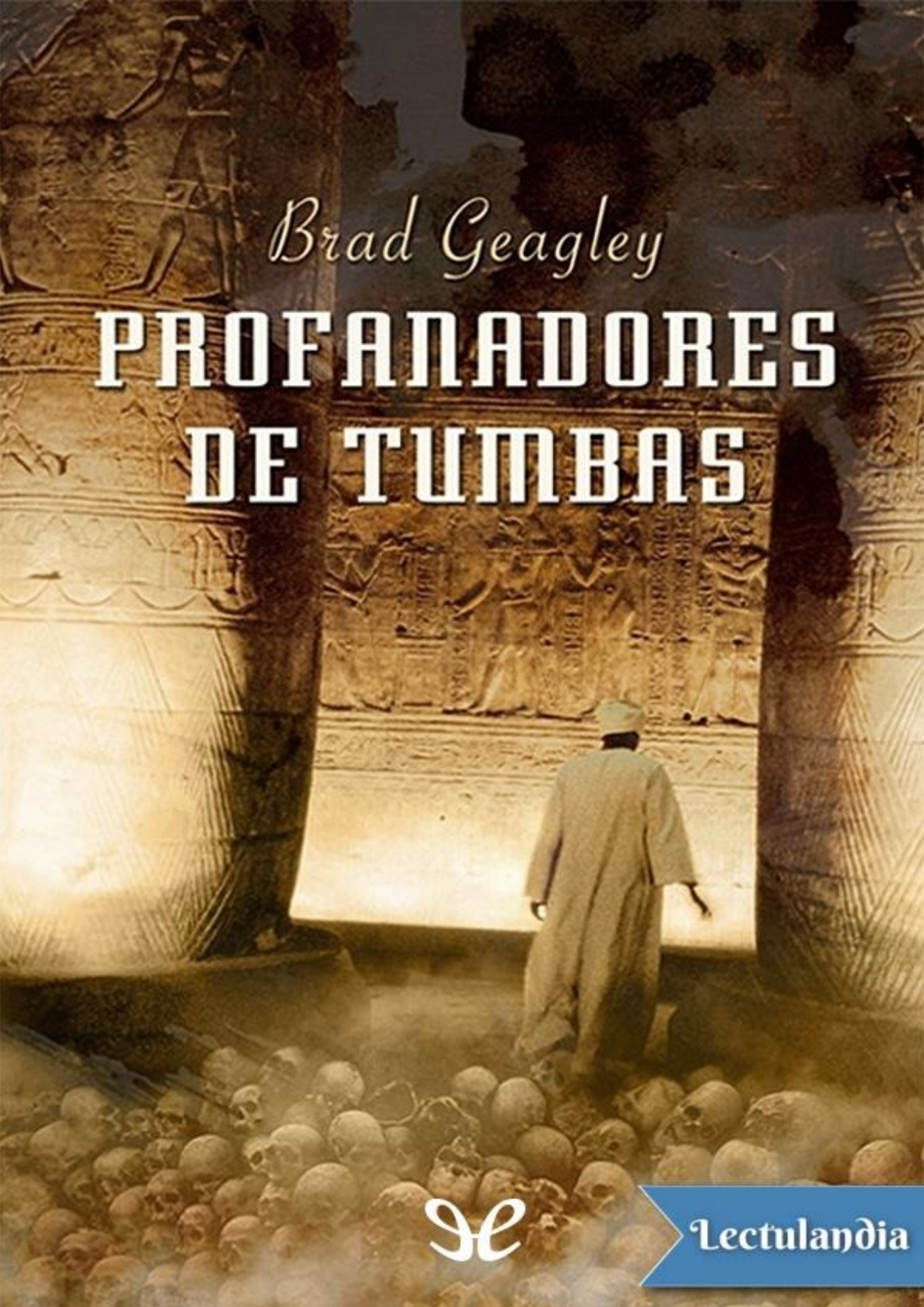




Brad Geagley

PROFANADORES DE TUMBAS



Lectulandia

Año 1153 a. C., reinado de Ramsés III.

Una sacerdotisa, favorita de la esposa del faraón, aparece brutalmente asesinada en el Valle de los Reyes. Al conocer la noticia, la reina exige que se investigue y se encuentre al culpable. El fragmento de una rara piedra azul, incrustado en el cráneo de la víctima, dirige las pesquisas hacia Tebas occidental, donde existe una pequeña colonia de artesanos que trabaja en las tumbas reales.

Semerket, un hombre taciturno, que aún no ha superado el abandono de su mujer, será el encargado de la misión y cruzará el Nilo para investigar en un ambiente hostil. Los constructores de tumbas viven excluidos de la sociedad y no tienen ninguna intención de ayudar a un extraño. Sin embargo Semerket no se rinde. Paulatinamente, lo que en un principio se presentaba como un crimen corriente va adoptando un perfil nuevo: el de una conspiración de altos vuelos.

Inspirada en las transcripciones judiciales más antiguas conocidas hasta hoy, el llamado Papiro Judicial de Turín, Papiro Rifaud o Papiro Rollin, Profanadores de tumbas es una magnífica historia de suspense, en la que Brad Geagley recrea con sorprendente rigor histórico una de las sociedades más complejas y fascinantes que jamás han existido.

Lectulandia

Brad Geagley

Profanadores de tumbas

Semerket - 1

ePub r1.0

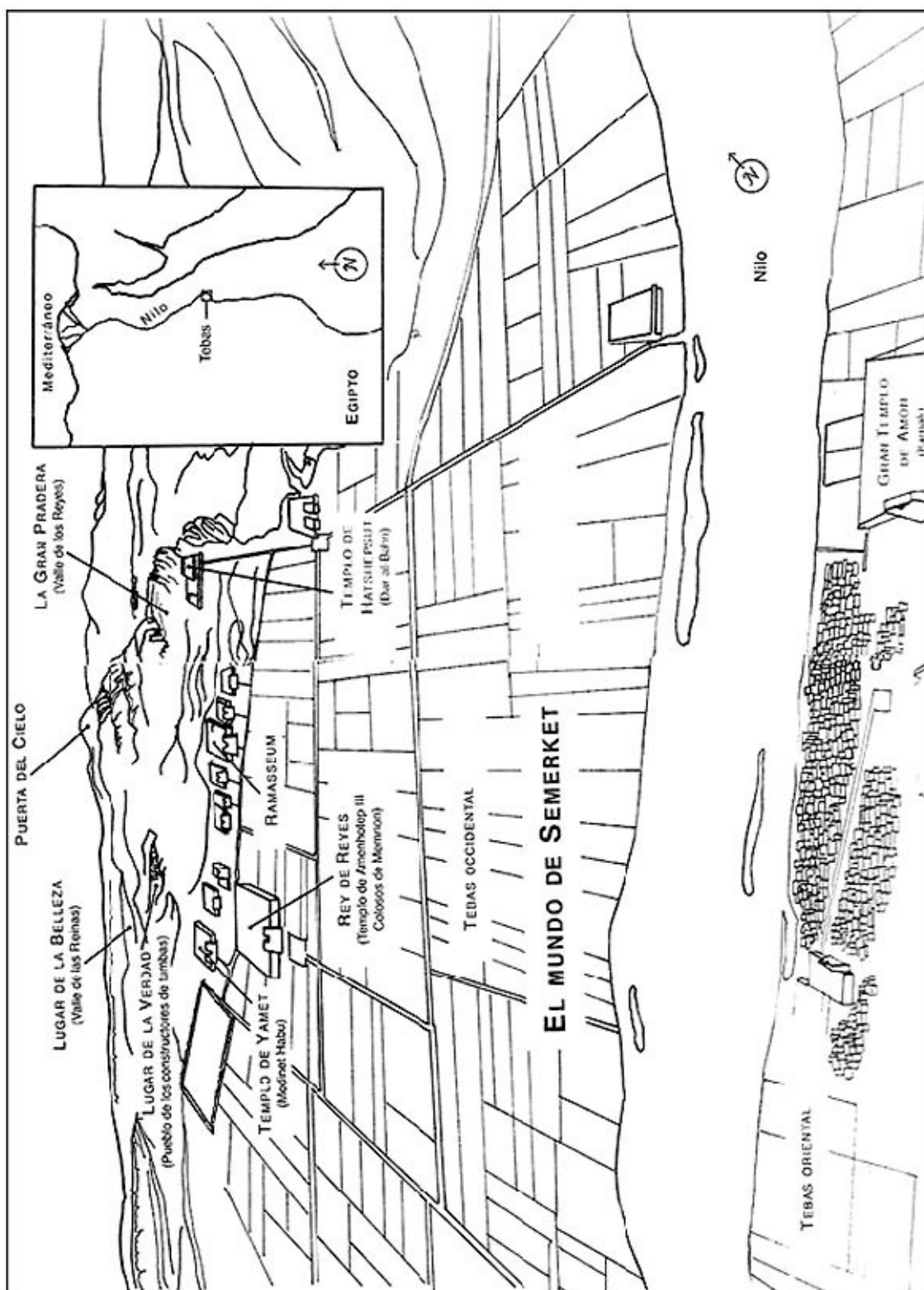
Titivillus 19.02.18

Título original: *Year of the Hyenas*
Brad Geagley, 2005
Traducción: Bettina Blanch Tyroller

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, Adell J. Geagley



Agradecimientos

Siempre me he opuesto a las inmoderadas y cada vez más empalagosas páginas de agradecimientos de los autores. Con frecuencia parecen los discursos de aceptación del Oscar y no procedentes de alguien que ha intervenido en un libro. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar a cuatro personas que han sido muy importantes en la creación de esta obra:

Judith Levin, esq., mi abogada, agente y fetiche de la suerte.

Michael Korda, mi apreciado editor, que me ha mantenido en el filo, machacándome con las dos frases siguientes: «Misterio, Brad, no historia» y «Más Sherlock y menos Indiana Jones».

Carol Bowie, ayudante de Michael. Como dice Judy, hay que ser una gran mujer para aceptar un manuscrito en un lavadero.

Frank Russo que, junto a Michael, ha leído cada palabra de esta obra como si las hubiera escrito él. Quizá su profesión sea la inmobiliaria, pero las palabras son su arte.

A todos ellos, muchas gracias

Introducción

Si bien *Profanadores de tumbas* es una obra de ficción, el misterio plasmado en el libro está basado en las «transcripciones judiciales» más antiguas que se conocen, el llamado Papiro Judicial de Turín, Papiro Rifaud o Papiro Rollin.

Corre el año 1153 antes de Cristo. Las pirámides llevan en pie unos mil quinientos años, el rey Tut-ankh-Amón murió hace doscientos, y el reino de Cleopatra existirá dentro de más de mil años. Al norte, Aquiles, Áyax y Menelao combaten a los troyanos para conseguir el regreso de Helena.

Casi todos los personajes de esta novela están basados en personas que vivieron durante aquella época e intervinieron en los acontecimientos. Ramsés III, «el último gran faraón», gobernó Egipto con la ayuda del visir Toh, mientras que en el Lugar de la Verdad, los constructores de tumbas, Khepura, Aaphat y Hunro habitaban en moradas que todavía pueden visitarse en la actualidad. Sabemos incluso que cierto día Paneb persiguió a Neferhotep por la calle principal de la aldea.

Aunque he simplificado la grafía y los nombres egipcios para el lector moderno, he elegido llamar determinados templos y ciudades por los nombres que empleaban los propios egipcios. Así pues, Medinet Habu se convierte en el templo de Yamet, Dar al-Medina deviene el Lugar de la Verdad, el Valle de los Reyes pasa a ser la Gran Pradera, y así sucesivamente, excepción hecha de la ciudad de Tebas, nombre demasiado magnífico en sí mismo para sustituirlo por la denominación más correcta de Waset.

BRAD GEAGLEY



LOS DIOSES NO ESPERARÁN



HETEFRAS COJEÓ DESDE SU JERGÓN HASTA LA puerta de su morada como un viejo mono artrítico. Apartó la cortina de hilo y miró hacia el este con ojos entornados. Desde el exterior le llegaban las fragancias del nuevo día: el olor agrio de la espelta procedente de los campos del templo, el aroma más sutil de la cebada recién segada y, desde más lejos, el olor del Nilo, fangoso y salobre. Pese a que era muy temprano, alguien freía cebollas para el Banquete de Osiris.

Los ojos de la anciana sacerdotisa se habían tornado casi del todo opacos. Un médico se había ofrecido a devolverle la vista con la aguja, pero Hetefras se conformaba con ver el mundo a través de la bruma ambarina con que los dioses la habían castigado, concediéndole a cambio una mayor agudeza de los demás sentidos. Por la fuerza de la costumbre, ladeó de nuevo la cabeza hacia el este, y por un instante le pareció divisar las balizas de fuego instaladas en el Gran Templo de Amón, en la otra orilla del río. Sin embargo, el velo volvió a adueñarse de su visión y las llamas se apagaron.

Por un momento se compadeció de sí misma, porque en su calidad de sacerdotisa del Lugar de la Verdad, ya no era capaz de ver con claridad los tesoros creados en su aldea, los ornamentos para los sepulcros de faraones, reinas y nobles que constituían la única industria de su comunidad de artistas; piezas que vivían apenas unos días a la luz del sol y que luego se transportaban al Gran Lugar, al sepulcro, para acabar selladas bajo la arena y la roca en eterna oscuridad.

Irguiendo la espalda flaca y huesuda, Hetefras desterró de su mente la autocompasión. Era sacerdotisa y aquella mañana debía officiar los ritos inaugurales para el Banquete de Osiris. En Tiempo de Osiris, el momento de hablar con los dioses era el instante preciso en que salía el sol, pues era entonces cuando la membrana que separaba esta vida de la siguiente era más frágil, cuando los muertos abandonaban sus sarcófagos para contemplar la lejana ciudad de Tebas, inmersa en los preparativos del festival.

Si bien era sacerdotisa desde hacía más de veinte años, Hetefras nunca había visto forma ni espíritu algunos entre los difuntos, como afirmaban haber visto otros. Era una mujer sencilla que hallaba la felicidad en la simplicidad del ritual, la tradición y el trabajo. Creía a pies juntillas en las historias de los dioses y consideraba que el hecho de que nunca se le hubieran manifestado se debía a una carencia propia. Su

esposo, Yutmeses, había sido el espiritual de la familia. Al contraer matrimonio con ella era el sacerdote de los constructores de tumbas. Cuando murió en el undécimo año del reinado del Faraón, los habitantes de la aldea eligieron a Hetefras para que asumiera sus responsabilidades, pues no creían necesario buscar a un sucesor en otra parte.

Hetefras lanzó un suspiro; aquello había sucedido muchos años antes. Muy pronto llegaría su Día del Dolor, como les ocurre a todos los seres vivos, y yacería junto a Yutmeses y su hijito en el sepulcro. Quizá los escalofríos que sacudían su cuerpo se debieran tan solo a la brisa matinal.

Cojeó hasta un gran baúl colocado en su dormitorio. Sobre la tapa se entrelazaban flores de marfil y pasta de vidrio, mientras que ratoncillos y cuervos labrados en madera de peral se mezclaban con las viñas rizadas de turquesa y ágata. Su esposo había creado aquella pieza. Además de sus responsabilidades como sacerdote, Yutmeses fabricaba alacenas, joyeros y cajas para el Faraón. Había ideado aquellas sencillas imágenes sabedor de que complacerían a su sencilla esposa. Ahora, Hetefras adoraba el baúl más que ninguna otra de sus posesiones, y sería enterrada con él.

Lo abrió y sacó su indumentaria de sacerdotisa. Una túnica de hilo blanco, pectoral de alambre dorado tejido y una peluca azul brillante de fibras de rafia en forma de alas de cuervo. Acto seguido vertió en un cáliz de alabastro el aceite y las golosinas de que tanto gustaban los dioses. Ya vestida y cargada, salió para aguardar a Rami, hijo del jefe de escribas. Rami era el encargado de conducirla hasta los santuarios en los días de fiesta.

Sin embargo, no había rastro del muchacho. Hetefras lo esperó paciente, la piel erizada por el frío aire de la mañana. La gruesa peluca formaba un mullido cojín que apoyó contra el dintel. Cerró los ojos por un breve instante..., y la quietud y la brisa la transportaron al olvido del sueño. Despertó con un sobresalto al percibir el sutil calor del sol sobre la piel.

Paseó la mirada en derredor, husmeando el aire, presa de la irritación y del pánico. «Ya casi ha amanecido por completo», se dijo con el pulso acelerado. Llegaría tarde al momento fijado para la ofrenda. Los dioses la culparían y en adelante le escatimarían bendiciones.

¡Maldito Rami! ¿Dónde estaba? Acostado con la putita de Mentu, el tejedor de sudarios, sin duda. Hetefras los había oído en varias ocasiones, aguzando el oído para captar primero sus risas y después sus gemidos. Con frecuencia, los jóvenes del pueblo empleaban el establo deshabitado situado junto a la morada de Hetefras como nido de amor..., al igual que algunos adultos. Consternada, la anciana sacerdotisa masculló para sus adentros que una generación de babosas y ramera heredaría Egipto.

Hetefras decidió ir sola al templo de Osiris. Era el más lejano de todos los santuarios y altares que atendía, al pensar en el esfuerzo que representaría para ella, medio ciega como estaba, el pulso se le aceleró de nuevo por la rabia contra Rami.

¡Maldito! Lo pondría de vuelta y media delante de sus padres, eso haría, o mejor aún, delante de toda la aldea.

Tan satisfactoria perspectiva le confirió fuerzas para enfilarse la estrecha avenida como una jovencita. ¡Qué más le daba si Rami no la acompañaba! ¿Acaso Hetefras no conocía la Gran Pradera mejor que nadie? Llevaba casi un cuarto de siglo recorriendo el camino entre el templo y su casa cada Día de Osiris; no se perdería. Pero al cruzar la puerta norte oyó la voz de Khepura.

—Hetefras, ¿no pretenderás ir al templo de Osiris sola? Pero si no ves más allá de tus narices.

—Hay que oficiar el rito, Khepura, y no puedo esperar más.

El olor a cebolla era más intenso, y entornando los ojos, Hetefras casi alcanzó a distinguir la silueta oscura de su vecina inclinada sobre una parrilla.

—Rami no ha venido a buscarme, muchacho insensato.

—En tal caso, yo te acompañaré —anunció Khepura con voz insistente, como de costumbre.

Esposa del orfebre Sani, había sido elegida jefa de la aldea de constructores de tumbas en los pasados comicios, y para disgusto de todos, no había tardado en acostumbrarse a mandar.

—Ya he organizado los detalles del banquete lo suficiente para que los sirvientes puedan hacerse cargo de lo demás. Voy a buscar mi chai; hace una mañana fresca —dijo antes de volverse para entrar de nuevo en el pueblo.

—No hay tiempo, Khepura, no hay tiempo... ¡Los dioses no esperarán! Y estás tan gorda que lo único que conseguirás será hacerme ir más despacio.

La anciana sacerdotisa reanudó el camino con paso impaciente mientras Khepura mascullaba fútiles protestas.

El sendero que conducía a la Puerta del Cielo era angosto y estaba flanqueado por fragmentos de piedra caliza. Las relucientes piezas, vestigios de sepulcros labrados, servían para impedir que el viajero incauto se acercara demasiado al margen, rematado por un barranco de unos veinte codos. Manteniéndose en el centro del camino, Hetefras consiguió ascender con rapidez, pero ya casi en la cima, una cascada de rocas bloqueaba el paso.

Nunca había visto algo igual, se dijo Hetefras, sorprendida e intrigada por el hecho de no haber oído la avalancha durante la noche. Todos los constructores de tumbas estaban muy atentos a los desprendimientos. En tiempos remotos, diversos corrimientos de tierras habían sepultado la aldea y a muchos de sus habitantes.

Hetefras siguió avanzando y con torpeza se abrió paso entre el montón de rocas. Alzó la mirada hacia el cielo, temerosa de que la hora de la ofrenda hubiera pasado ya. Sin embargo, no percibió luz alguna en el rostro; en aquel lado de la montaña aún era noche cerrada.

Pensó de nuevo en Rami, en que debería estar a su lado en aquel momento, ayudándola.

—Me gustaría que mi esposo pudiera presenciar el estado de abandono en que se halla este camino y el hecho de que los jóvenes ya no obedecen a sus mayores —espetó.

Siguió caminando por entre el montón de escombros. Las irregulares piezas de caliza se tambaleaban bajo sus pies. Hetefras procuró mantener el equilibrio y dio otro paso. Unos cuantos codos más y volvería a pisar el sendero liso y estrecho. Apoyó una sandalia con cuidado sobre una piedra, dio un saltito y...

El precario montón de piedras cedió. El cáliz de alabastro salió despedido de sus manos y se hizo añicos contra el suelo del valle, vertiendo su contenido de aceite y golosinas. Hetefras cayó hacia delante con un grito ahogado. La peluca la salvó de aplastarse los sesos contra las afiladas piedras, pero aun así empezó a rodar pendiente abajo a velocidad de vértigo. El corrimiento que había provocado su accidente formaba un paso escarpado hasta el fondo del valle. Sintió una punzada de dolor en el hombro mientras caía, y en la boca percibió el sabor de la sangre. Una costilla cedió por el impacto, y las piedras le desgarraron la piel de las escuálidas piernas. Por fin aterrizó en el fondo del valle con un golpe sordo.

Permaneció tendida entre jadeos. Aparte del hombro y la costilla, no creía haberse lastimado nada más. Emitió un sonido entre el llanto y la carcajada.

—¡No estoy muerta! —exclamó, aturdida de alivio.

Se incorporó con un gemido. Tendría magulladuras por todo el cuerpo, quizá incluso quedaría lisiada, pero seguía con vida.

A su espalda oyó un sonido que la hizo enmudecer. De repente, unas siluetas oscuras empezaron a surgir de la tierra. Oscuras formas animales, bestias con orejas y hocico. Hetefras profirió una exclamación ahogada. Era bien sabido que en ocasiones merodeaban por la Gran Pradera hienas, chacales e incluso algún que otro león. A su alrededor seguían apareciendo animales, y el miedo le aclaró la vista. Abrió la boca para gritar...

Pero antes de que pudiera emitir sonido alguno, los primeros rayos de sol del día bañaron el valle, y Hetefras vio (¡vio!) que no se trataba de bestias salvajes, sino de los semblantes dorados de los mismísimos dioses. Anubis, el dios chacal, Thoth, Set..., ¡Horus, el Halcón! Y por todas partes, por todas partes refulgían los destellos dorados que el sol arrancaba de sus rostros, que la contemplaban sin pestañear.

La anciana sacerdotisa sucumbió a un éxtasis místico absoluto que desterró todo dolor. Allí, después de tantos años, se le concedía por fin la gracia de ver a los dioses de Egipto en su incorruptible carne de oro.

—¡Ayyy! —musitó con profunda veneración.

—Pero ¡si es Hetefras! —exclamó uno de los dioses, al parecer tan asombrado como la anciana.

—¡Sí, sí! Te veo, oh Augusto. ¡Sé quién eres! —barbotó Hetefras—. ¡Mis ojos lo ven todo!

Pero en los confines de su consciencia intentaba abrirse paso otro pensamiento.

Qué extraño que aquel dios, creía que se trataba de Thoth, el dios con cabeza de íbice, le recordara a alguien a quien conocía, alguien con quien había tenido una disputa poco tiempo atrás...

—¿Qué hacemos? —preguntó Thoth a los demás dioses con un matiz quejumbroso en su voz juvenil.

Para ser dioses, parecían bastante perplejos, pero Hetefras no tuvo tiempo para hacerse más preguntas.

Fue el dios Horus quien avanzó con actitud resuelta hasta donde yacía la sacerdotisa.

La anciana alzó el rostro hacia él con una sonrisa tan rebosante de fe y una expresión tan gozosa en sus ojos empañados, que por un instante el dios titubeó. Por fin se llevó la mano al cinto y alzó algo por encima de la cabeza. Hetefras distinguió vagamente el destello de frío metal azul antes de que la hoja descendiera.

El hacha se le clavó en el cuello, rebanándole la garganta y salpicando de sangre la pechera de su túnica de hilo. La peluca azul salió despedida y descendió dando tumbos por la pendiente como un arbusto muerto a merced de una tempestad. La anciana ahora calva levantó las manos en ademán de débil súplica. El hacha subió de nuevo antes de volver a caer.

Sin emitir ningún otro sonido, Hetefras se adentró en el Valle de las Tinieblas.

ERA LA ÚLTIMA NOCHE DEL FESTIVAL DE OSIRIS, y las hogueras iluminaban todas las esquinas de Tebas. Las avenidas aparecían atestadas de bulliciosos egipcios. También había extranjeros, habitantes de naciones tributarias a quienes el Faraón había invitado a asistir a las festividades celebradas en honor de Osiris. Resultaba fácil distinguirlos de los egipcios; vestían atuendos de colores bárbaros, los hombres llevaban barba y sus mujeres ni siquiera se afeitaban la cabeza. Los escrupulosos egipcios fruncían la nariz al percibir el untuoso hedor de los forasteros. Asimismo, estos iban con el rostro descubierto, pues no eran lo bastante inteligentes para saber que durante el Festival de Osiris se imponía llevar máscara. Era la única ocasión del año en que Osiris permitía a sus súbditos muertos divertirse con los vivos. Los pragmáticos tebanos llevaban máscara por si algún espíritu resentido, el enemigo de algún antepasado lejano, por ejemplo, acudía al festival para hacerles daño. Ajenos a aquella precaución, los extranjeros se dedicaban a contemplar las maravillas de Tebas sin protección alguna.

Impresionados, señalaban con el dedo los inmensos y relucientes templos, así como los alargados gallardetes de color azul y grana que ondeaban a la brisa nocturna desde lo alto de espigados postes de agujas rematadas con oro y cristal. Contemplaban boquiabiertos las imponentes puertas de los templos, revestidas de plata y bronce, con sus incrustaciones de piedras preciosas. Se maravillaban ante la altura y envergadura de los pilonos de los templos, cuyas tallas pintadas mostraban

los mayores triunfos del Faraón, triunfos logrados sobre sus pueblos.

En el puerto, numerosas familias llevaban barcas de juncos en miniatura al Nilo. Cada una de ellas contenía una vela de cera en forma de Osiris sentado en su trono. Según la tradición, en cada barca en miniatura las familias habían colocado un fragmento de piedra caliza o un papiro que llevaba escrita una plegaria para pedir a Osiris que les concediera su deseo más ferviente. A la orilla del Nilo, alfombrada de espigados juncos, el primogénito de cada familia encendía su vela y botaba la pequeña embarcación. La corriente arrastraba la flota de ofrendas hacia el norte, en dirección a Abydos, donde los restos de Osiris yacían en un suntuoso sepulcro. El cauce entero del Nilo aparecía atestado de miles de miniaturas relucientes. Muy despacio, el benévolo dios del Nilo los acogía entre sus brazos y los llevaba hacia el norte hasta que sus luces se perdían de vista en el primer recodo del río. Desde la orilla, las familias seguían con mirada ávida los barquitos, convencidos de que el buen dios les concedería sus deseos.

Una familia, la del albañil Kaf-re, había llegado por fin a la ribera tras un cansado viaje desde su morada. La esposa de Kaf-re, Wia, llevaba en brazos a su hijita, mientras que su hijo de cuatro años la seguía sujetando con ambas manos una diminuta barca de juncos. Los ojos de ambos pequeños brillaban tras las máscaras de corteza de palmera, embelesados por las maravillas que habían visto durante el camino, la tripa llena de la tarta de miel que su padre les había comprado a cambio de una valiosísima pieza de cobre.

—Enciende la vela, cariño —instó Wia a su hijo mientras señalaba el brasero de carbón encendido para ese propósito.

—No —denegó el niño.

Wia advirtió que la testaruda línea del mentón del chiquillo se endurecía tras la corteza de palmera. Conocía bien aquel gesto; era idéntico al de su padre.

—Venga, tonto, o de lo contrario el dios no escuchará nuestra plegaria —insistió con voz más firme.

La familia había pedido que los guardianes del tiempo les otorgaran una ración más abundante de trigo, ya que Wia estaba de nuevo encinta.

—No.

—Pero ¡si no pasa nada! Solo tienes que acercar la mecha a una brasa y soltar la barca junto a esos juncos. El río se encargará del resto, y podremos volver a casa. Tienes ganas de volver a casa, ¿verdad?

—No.

—Enciende... la... vela —masculló su padre entre dientes.

El rostro del niño se contrajo en una mueca obstinada.

—¡No quiero! No mientras ella esté allí —explicó al tiempo que señalaba algo en el agua oscura—. Me da miedo. Es fea —farfulló antes de romper a llorar.

—¡Un cocodrilo! —chilló Wia.

Kaf-re se abalanzó hacia delante y alzó a su hijo en brazos con tal rapidez que la

máscara del pequeño salió despedida. El llanto del niño arreció aún más.

Los gritos de pánico de Wia atrajeron la atención de un guardia apostado en un embarcadero cercano. El hombre corrió hasta donde se hallaba la familia, blandiendo una larga lanza mientras se abría paso entre el gentío. Al llegar junto al agua, escudriñó los juncos oscuros con la lanza preparada, pero al poco bajó el brazo lentamente.

—¿Qué haces ahí parado? —gritó Wia—. ¡Mátalo! ¡Mátalo!

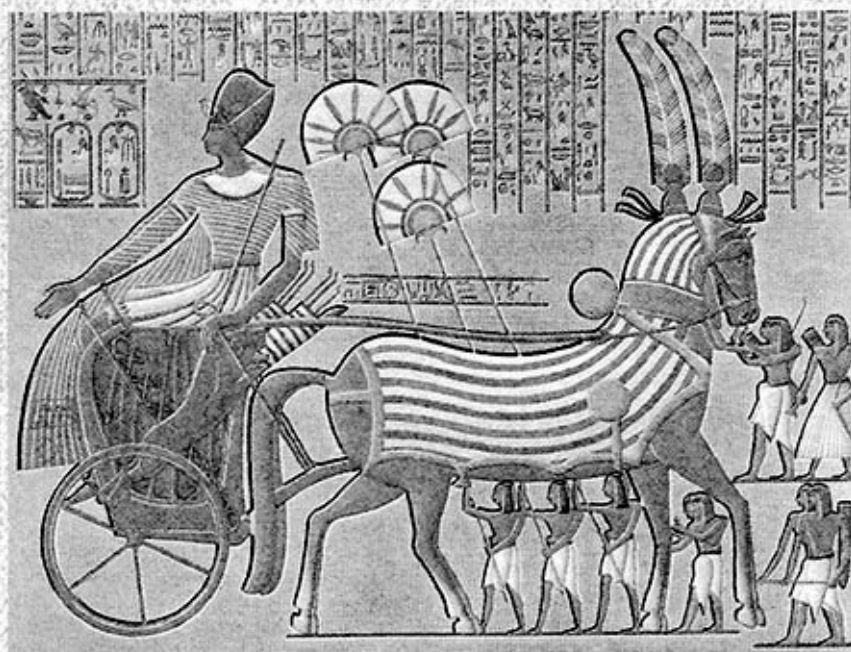
El guardia guardó silencio durante unos instantes.

—No es un cocodrilo —repuso por fin casi en tono de disculpa—. Y ya está muerta.

El guardia ordenó que le llevaran una antorcha, que alguien sacó de un candelero cercano. La muchedumbre se agolpó a su alrededor para mirar. El guardia acercó la antorcha al agua...

El cadáver envuelto en hilo de Hetefras flotaba ante ellos boca abajo, atrapado entre los juncos. Aún llevaba el pectoral dorado, pero su piel había adquirido un matiz blanco espectral y fruncido. A la luz temblorosa de la antorcha se distinguía con toda claridad el segundo tajo del hacha en la base del cráneo. De la herida supuraba sangre y materia gris, y una nubecilla de diminutos pececillos entraba y salía del corte, dándose un festín. Uno de los brazos de Hetefras estaba extendido, como si señalara la ciudad con ademán acusador. Un coro de jadeos y gritos llenó el embarcadero.

Aunque en aquel momento nadie lo sabía, acababa de empezar el Año de las Hienas.



EL SEGUIDOR DE SET



A POCOS PASOS DEL LUGAR DONDE FLOTABA EL cadáver de Hetefras, un hombre salió a toda prisa de una taberna, ajeno a los gritos procedentes del cercano embarcadero. El hombre, alto y delgado, se abrió paso a empujones entre el gentío que intentaba alcanzar la orilla para averiguar a qué se debía tanto revuelo. La dureza de sus ojos negros y la línea resuelta de su boca constituían advertencia suficiente para que quienes se cruzaban en su camino se apartaran sin dilación. El hombre producía la impresión de desafiar a alguien, a quien fuera, a provocarlo.

—Un seguidor de Set —murmuraba la gente al verlo pasar.

Con aquellas palabras querían decir que el hombre parecía amar el caos y la temeridad del dios cuyo reino era el salvaje e inhóspito desierto.

Varias mujeres de ojos apasionados le lanzaron miradas ardientes por entre las pestañas. El hombre hacía caso omiso de ellas pese a los mensajes provocativos que le enviaban mientras él seguía abriéndose paso entre la muchedumbre.

El hombre no era apuesto ni tampoco lo contrario. Su rostro estrecho resultaba impactante, sobre todo porque la belleza no formaba parte de él. Era la intensidad de sus ojos negros la que derretía a las féminas, dos rayos negros y brillantes en los que danzaban mil chispas, pozos donde la inteligencia competía con la pasión. Su tez morena, sus pómulos altos y la firme línea de sus labios carnosos colisionaban en un conjunto cargado de tensión; las emociones del hombre eran tan visibles como una herida ensangrentada en medio de su rostro.

El hombre de ojos negros no tardó en alcanzar las avenidas de las afueras de Tebas. Ninguna hoguera festiva alumbraba aquellas calles, tan solo alguna que otra triste antorcha. Pero él se adentró sin miedo en la oscuridad, ajeno a los ladrones que pudieran acechar entre las sombras.

Pasó ante numerosos muros blanqueados que limitaban las propiedades de los nobles y los adinerados. Solo se detuvo cuando un grupo de guardias privados salió de un callejón con gran estruendo. Se ocultó en la hornacina de una estatua y cuando los guardias se alejaron volvió a salir, reconfortado por el peso de la empuñadura de su reluciente daga.

Al llegar a la avenida de la diosa Selket aminoró el paso. Se asomó a una esquina, el rostro convertido en una máscara de cautela y astucia, y clavó la mirada en una verja de bronce situada al otro lado de la plaza. Ningún centinela la vigilaba; a buen

seguro, el siervo encargado había abandonado su puesto para acudir al festival.

De repente, los movimientos del hombre se tornaron cautos y tensos como los de un leopardo al acecho. Avanzó hacia la verja con rapidez, lanzó una mirada furtiva a izquierda y derecha, atento a la presencia de algún guardia escondido, y tiró del picaporte para abrir la vega.

Pero la verja no cedió.

El hombre sacudió la cabeza con ademán perplejo, como si aquel contratiempo no se le hubiera ocurrido siquiera. Tiró con más fuerza. Las bisagras chirriaron ruidosas, pero la verja seguía sin moverse; estaba cerrada con llave.

De entre las sombras le llegó el sonido de unos golpes, y de repente comprendió que eran sus propias manos las que aporreaban con desesperación los paneles de bronce. Una y otra vez golpeaban la puerta, y también oía alaridos; casi se sorprendió al reparar en que era su propia voz la que escuchaba.

—¡Naia! —llamó en la noche—. ¡Naia! —Sus gritos de dolor se fundían con el estruendo de sus puños enardecidos—. ¡Ven a mí, Naia!

Al no obtener respuesta, el hombre retrocedió hasta el centro de la calle y se detuvo sobre las losas cerca del pozo.

—¡Naaaaaaiaaaaa! —aulló con desesperación creciente.

Siguió golpeando la verja y gritando el nombre durante no sabía cuánto tiempo. Por fin oyó el sonido de unos postigos de madera que se abrían en la casa. Al poco, una hilera lejana de antorchas empezó a avanzar hacia él desde el balcón, acompañada del sonido de pisadas y gritos ahogados. En los patios de las otras casas de la plazoleta también se encendieron antorchas.

Oyó voces que avanzaban desde la casa en su dirección y esbozó una sonrisa radiante. ¡Naia salía a su encuentro! Volvería a estrecharla entre sus brazos, a sentir sus labios, la presión de su cuerpo...

Al cabo de unos instantes, varios guardias armados con garrotes y látigos cruzaron la verja con su jefe a la cabeza y se abalanzaron sobre el hombre sin perder un momento. Este blandió la daga para ahuyentarlos, y los hombres empezaron a formar un círculo a su alrededor. Uno de los más jóvenes saltó sobre él con un garrote, y el hombre le rajó el brazo hasta el hueso. Al ver la sangre de su compañero, los otros guardias se enfurecieron de tal modo que cayeron sobre el hombre de los ojos negros sin contemplación alguna.

Aunque se resistió, cortando una nariz aquí y abriendo un cráneo allá, una parte de él se distanció de la refriega para observarla desde lejos. En pleno fragor de la batalla acudieron a su mente pequeños detalles en forma de extraños fragmentos de tiempo. Los duros ojos castaños de los guardias se le antojaron los de una jauría de chacales rodeándolo en el desierto. Siguió con la mirada los puños que se acercaban a su rostro, y cuando lo golpeaban percibía el sabor casi delicioso de la sangre en la boca. En un momento dado, un garrote lo alcanzó en un lado de la cabeza, y el hombre se desplomó ante el pozo. Cayó de rodillas, y la daga salió despedida de su

mano. Conscientes de su ventaja, los siervos procedieron a propinarle puntapiés con sus duras sandalias de cáñamo.

El hombre ya no sentía los golpes. Se acurrucó en el suelo a la espera de su muerte, los labios curvados en una leve sonrisa, la mente cada vez más serena. De repente oyó a lo lejos la voz de un hombre que ordenaba a los guardias que se detuvieran, lo levantarán del suelo y lo sujetarán.

El hombre que había hablado se estaba echando a toda prisa un paño de hilo sobre los hombros. Era joven, como el hombre de los ojos negros, pero en su semblante apuesto se advertía la esencia inefable de la nobleza... o de la fortuna.

—Ya te lo advertí, Semerket —dijo el recién llegado en tono cortante y monótono a un tiempo—. Te dije que si volvías a molestar a mi esposa, mandaría que te azotaran.

Semerket intentó zafarse de sus captores.

—¡Es mi esposa, Najt! ¡Mía!

—¡Sujetadlo! —ordenó Najt—. ¡Quitadle la túnica!

El jefe de los guardias avanzó para arrancar la túnica de los hombros de Semerket.

Najt cogió un látigo que llevaba uno de los siervos y se acercó a Semerket para hablarle a escasa distancia del rostro.

—Voy a azotarte más de lo que azoto a mis caballos, más incluso de lo que azoto a mis siervos. Voy a meterte en la cabeza que si te atreves a acercarte de nuevo a mi esposa, la próxima vez no dudaré en rebanarte el pescuezo de campesino.

—Qué valiente eres cuando tus hombres me sujetan, Najt.

—Dadle la vuelta.

Casi al instante restalló un látigo. Aun entre la bruma del vino, Semerket percibió que el azote le arrancaba una tira de piel de la espalda. Pese a que se había prometido no dar al hombre la satisfacción de gritar, no pudo contener una exclamación.

Al siguiente latigazo notó que la sangre le caía por la espalda. Luego otro. Perdió la cuenta después del sexto azote y cayó de rodillas. Los oídos le zumbaban por el dolor. Desde muy lejos le llegó la voz de una mujer suplicando a Najt que se detuviera. Algo reavivado por el sonido, vio una nube de faldas de hilo blanco ante él y percibió su inconfundible fragancia de aceite de cítricos aun antes de distinguir su rostro.

—¡Basta! —imploró la mujer—. ¡Vas a matarlo, Najt! ¡Te lo ruego, mi señor, por favor! ¡Deja de azotarlo!

—Lleva demasiado tiempo convirtiendo nuestra casa en lugar de lamento. Vuelve adentro.

—Mi señor, permíteme hablar con él; conseguiré que entre en razón.

La mujer advirtió que Najt vacilaba y aprovechó la ventaja.

—Te prometo que si después de esta noche viene otra vez, no volveré a intervenir. Pero ahora déjame hablar con él, por favor.

Con gesto furioso, Najt indicó a sus hombres que se apartaran, pero también ordenó en voz alta al capataz, que se estaba enjugando la sangre de un corte en la frente, que se quedara a vigilar a su ama desde la verja.

—¡No la pierdas de vista!

Los siervos se retiraron al interior de la casa. El capataz los envió a sus cuartos para que les curaran y suturaran las heridas. Luego se apostó junto a la verja tal como le habían ordenado, oculto entre las sombras y listo para actuar si su señora lo necesitaba.

La mujer se sentó con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra el pozo. Dio la vuelta al hombre, que gimió cuando ella le colocó la cabeza sobre su regazo, se quitó el tocado de hilo, lo arrugó y empezó a limpiarle la sangre del rostro. Semerket abrió los ojos y le sonrió.

—Tu perfume... dulce.

—No lo llevo para ti —repuso ella en tono cansino.

—Haz que tus siervos traigan una antorcha para que pueda verte a su luz.

—Oh, Ketí, ¿por qué me avergüenzas de este modo? —suspiró ella.

—Quiero recuperarte —repuso él con sencillez, sorprendido por la pregunta.

La mujer apretó los labios un instante antes de hablar.

—Debes dejar de gritar mi nombre por las calles cada noche. Esto no puede continuar. Mira lo que te ha pasado. Hoy he conseguido evitar que mi esposo te mate, pero...

—Yo soy tu esposo. ¡Yo! —la atajó Semerket con tal fiereza que el capataz asomó la cabeza, la lanza lista para atacar.

Naia captó el movimiento en la oscuridad y meneó la cabeza. La verja se cerró un poco.

—No, Ketí, tú no eres mi esposo, ya no.

—Siempre.

—Pronunciamos las palabras del divorcio. Me devolviste la dote.

—No sabía lo que me hacía; estaba ebrio.

—¿Y cuándo no lo estabas en los últimos tiempos?

Semerket la miró con expresión suplicante.

—Dejaré de beber vino esta misma noche si eso es lo que quieres. A partir de ahora, solo agua, ni siquiera cerveza. Te lo juro por los dioses.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas mientras mecía su cabeza con suavidad.

—Oh, mi pequeño, mi pequeño —canturreó como si de un niño se tratara—. ¿Qué voy a hacer contigo? Ya sabes por qué te dejé. Nuestro matrimonio estaba maldito.

—Fue la bendición de mi vida.

La mujer apartó la mirada y lanzó un suspiro entrecortado.

—Yo también creía que era la bendición de mi vida, al menos durante un tiempo.

Semerket se aferró con avidez a aquellas palabras.

—¿Podría volver a serlo!

—No, es la voluntad de los dioses.

—Dioses —espetó él como si en vez de una palabra fuera veneno lo que escupía.

Acto seguido, Semerket alargó la mano tras él en busca de algo y de repente cogió la daga que se le había caído durante la paliza. La llevó al cuello de la mujer, apoyando la hoja curva contra el delicado arco que formaba su piel.

—Si no vuelves conmigo, tampoco puedes quedarte con él. Te mataré aquí y ahora.

Se oyó un fuerte chirrido cuando el capataz abrió la verja antes de correr hacia ellos con la lanza en alto.

La mujer no movió la cabeza.

—¡No! —ordenó con voz firme al capataz—. ¡Atrás! No lo hará.

El siervo se detuvo sin bajar la lanza.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Semerket con una carcajada—. Nuestra sangre se unirá en la calle, y los poetas cantarán nuestra historia durante siglos.

La mujer guardó silencio unos instantes mientras sus lágrimas mojaban el rostro de Semerket.

—Porque..., porque, mi amor, si me mataras a mí, matarías conmigo a otro ser.

Semerket tardó un poco en asimilar sus palabras y de repente se encogió como si ella lo hubiera golpeado con un objeto contundente. La mujer asintió.

—Llevo en mis entrañas al hijo de Najt.

Muy despacio se apartó la daga del cuello y la entregó al capataz.

—Llévatela —ordenó en voz baja— y escóndela donde no la encuentre.

Luego se volvió de nuevo hacia el hombre que antes había sido su esposo, tomó la mano que hasta entonces había sujetado la daga y se la llevó al vientre.

El movimiento casi imperceptible bajo los pliegues de hilo le quemó la mano más que cualquier fuego, le cortó el alma más profundamente que cualquier cuchillo. Sus ojos negros se tornaron pozos insondables. Con movimientos lentos se incorporó sin tan siquiera reparar en el dolor de los latigazos.

Incapaz de mirarlo a los ojos, Naia clavó la vista en sus manos, arrugando y alisando el tocado ensangrentado.

—¿Comprendes al fin por qué no puedo volver, Ketí? No existe posibilidad alguna de que pueda volver a ser tu esposa. Los dioses han tomado una decisión irrevocable.

Semerket se apartó de su regazo y se levantó. La heridas le sangraban profusamente, y su respiración era poco profunda. Sin decir palabra, dio la espalda a Naia, se llevó una mano a la frente y sacudió la cabeza para aclarársela. Sus labios formaban palabras, pero de su garganta no brotaba sonido alguno. Con una última mirada desesperada a Naia, se adentró dando tumbos en una callejuela cercana y al poco echó a correr.

—¡Keti...! —lo llamó Naia sin moverse—. ¡Keti...!

Semerket se detuvo, pero solo para vomitar contra un muro antes de seguir corriendo en la oscuridad sin mirar atrás.

—Señora... —dijo el capataz, que aguardaba cerca de ella—. ¿Quieres que lo siga?

Naia denegó con la cabeza.

—No. Dile a los demás que no volverá, que ya pueden bajar la guardia.

Dicho aquello se llevó un puño a la boca para contener el gemido que amenazaba con brotar de su garganta. Esperó unos instantes a que su respiración se serenara y luego siguió al siervo a la casa. El hombre cerró la verja tras ella.

—HA VUELTO A IR A SU CASA.

La voz áspera e indignada de la mujer llenó el patio.

Sentado en su baño de azulejos a cuatro habitaciones de distancia, Nenry se llevó la cuchilla al cráneo y la deslizó por él. El sol matinal reflejado en el espejo que sostenía su quejumbroso mayordomo le lastimaba los ojos, recordándole que la noche anterior había bebido demasiado en el Festival de Osiris.

Merytra, su esposa, siguió refiriendo el suceso desde el patio.

—Aporreando la puerta, llamándola una y otra vez... Por supuesto, estaba ebrio. —Al ver que su esposo no respondía, Merytra adoptó un tono más estridente—. ¿Me estás escuchando?

—¿Cómo voy a escuchar otra cosa? —masculló Nenry.

—¿Qué?

—Sí que te escucho, amor mío —exclamó Nenry en tono alegre.

Su esposa irrumpió en el baño acompañada del bullicioso tintineo de los brazaletes. Sin embargo, en su expresión no se advertía bullicio alguno. Nenry advirtió que su ayuda de cámara se apartaba al paso de Merytra, que se lo tomó como un gesto de respeto debido y prosiguió con su arenga.

—Qué vergüenza... Si no tienes cuidado, te costará tu cargo.

Durante unos instantes observó a su esposo mientras este se rascaba inútilmente la cabeza con la cuchilla.

—Ya lo hago yo —espetó con aire de superioridad impaciente.

—Puedo hacerlo solo —aseguró Nenry, que en realidad no quería que su mujer se acercara a él con un cuchillo.

—Solo conseguirás hacerte pedacitos y ensangrentar otra vez tu túnica..., y te aseguro que no tengo ninguna intención de lavar y planchar tus túnicas dos veces por semana. He dicho que ya lo hago yo —insistió con voz firme y un brillo resuelto en la mirada.

Nenry le alargó la cuchilla a regañadientes y sumergió a toda prisa las manos en el agua para protegerse los delicados genitales. Merytra terminó de rasurarlo en cinco

diestras pasadas. El pelo dio paso a una serie de ronchas ardientes, pero no había ningún corte.

—Gracias, amor mío —musitó al tiempo que se acurrucaba en el confín más alejado de la bañera, frotándose las ronchas con una mano mientras con la otra seguía protegiéndose el bajo vientre.

—¿Y bien? —dijo su mujer, cruzándose de brazos.

Con suma determinación, Nenry se obligó a adoptar una expresión rayana en la indiferencia.

—¿Y bien...?

Merytra miró de soslayo al tembloroso ayuda de cámara y le arrebató el paño que tenía preparado.

—Déjanos a solas —ordenó—. Ve a buscar agua al pozo de la ciudad. Dos jofainas.

El hombre asintió acobardado y salió de espaldas y cojeando.

—¡Y no te entretengas! —espetó Merytra antes de empezar a secar a su esposo con el paño raído como si de un niño o un perro se tratara—. Es la última vez que te dejo escoger un siervo. ¿Cómo es posible que eligieras a este? Mejor habría sido comprar un babuino adiestrado de los templos. Al menos así quizá nos quedaría algo en la despensa para nosotros.

—No entiendo por qué tienes problemas con él, amor mío. Por lo general se te da tan bien tratar con los siervos...

No era cierto. En realidad, dos habían escapado y otro se había ahorcado.

—Es lento, perezoso y un glotón. Y para colmo se escabulle. Anoche abandonó su puesto para ir al festival. Cuando por fin regresó, el muy estúpido estaba tan borracho que orinó en mi estanque de flores de loto. Esta mañana todos los pececillos estaban muertos. He tenido que verterle agua hirviendo sobre los pies para despertarlo de la mona.

—Ah, por eso cojea...

Nenry pasó junto a ella para entrar en su dormitorio y se vistió a toda prisa para desterrar la vulnerabilidad que sentía cuando no mediaba ninguna barrera textil entre él y su esposa.

Implacable, Merytra lo siguió a la estancia, cuchilla aún en ristre.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Pues enviarlo a la escuela de siervos, supongo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—No me refiero al siervo, sino a tu hermano.

—Creía que hablabas de...

—Pues no; haz el favor de prestarme atención. Desde el divorcio se comporta como un loco. Claro que nunca ha sido una joya que digamos..., nadie de tu familia lo es.

Nenry lanzó un suspiro, sabedor de que Merytra acababa de sacar a colación uno de sus temas predilectos.

Había contraído matrimonio con ella porque era la sobrina nieta de Iroy, el sumo sacerdote de Sejmet. Ciego de ambición, Nenry había permitido que la familia de Iroy lo acogiera en su seno y lo casara con su poco agraciada pupila. Si bien su vida familiar era un infierno, había ascendido en el escalafón con gran rapidez, y poco tiempo antes lo habían nombrado escriba en jefe del alcalde de oriente de Tebas.

No obstante, el precio que debía pagar era elevadísimo. Iroy les había arrebatado a su primer y único hijo, un varón, para criarlo en su casa y nombrarlo principal heredero. A caballo entre la lealtad hacia su poderoso tío y el odio que sentía contra él por haberle quitado a su hijo, se convirtió en una persona frustrada y amargada que hacía de Nenry el blanco natural de su rabia.

Nenry se colocó a toda prisa una faja e introdujo los pies en las sandalias. Cuando su esposa le dio la espalda, salió de puntillas del dormitorio.

Refugiarse en casa del alcalde era el único modo de evitar la afilada lengua de Merytra en días como aquel. En los últimos tiempos salía de casa cada vez más temprano. Ya en el patio, clavó la mirada en el suelo, deseoso de evadirse de la infelicidad que imperaba en su vida.

—Ay de mí —suspiró.

Y para colmo de los males surgía el problema de su hermano. Semerket siempre había sido un auténtico quebradero de cabeza. En sus implacables ojos negros siempre se había pintado el desprecio por la ambición de poder de Nenry. Mientras que Nenry, el hermano mayor, seguía a rajatabla hasta la última norma y restricción de la sociedad egipcia, Semerket siempre había sido de modales salvajes y costumbres intemperadas. Ya cuando era muy joven, la gente había dado en llamarlo seguidor de Set. Nunca había sido locuaz, y las pocas cosas que decía eran desagradables en extremo..., pero siempre ciertas. De hecho, la verdad era el arma principal de Semerket para luchar contra los demás.

Y entonces, milagrosamente, Semerket conoció a Naia y contrajo matrimonio con ella. Estaba loco de amor por ella, y bajo su influencia se convirtió en una persona casi agradable en sociedad. Las pocas palabras que pronunciaba perdieron sus aristas, y Naia consiguió incluso persuadirlo para que aceptara un cargo en la administración judicial, pues al igual que Nenry, sabía escribir.

Semerket se había convertido en el administrador de Investigaciones y Secretos, un cargo cuya misión consistía en averiguar la verdad en casos criminales complejos. Los jueces a los que asistía llegaban a elogiarlo, aunque a regañadientes, porque Semerket no dudaba en espetarles algún que otro comentario certero cuando lo consideraba necesario.

Durante un tiempo dio la impresión de que aquellos tiempos agradables no tocarían a su fin, pero el matrimonio de Semerket estaba maldito; Naia no quedaba encinta. Ni los médicos con sus cataplasmas y brebajes amargos, ni los sacerdotes con sus cánticos, plegarias, incienso y velas, ni tan siquiera las brujas nubias con sus amuletos y sobrecogedores rituales mágicos habían conseguido que la semilla de

Semerket prendiera en el seno de su esposa.

Naia deseaba concebir un hijo propio más que nada en el mundo. Abandonada la esperanza de ser madre algún día, convenció a Semerket de que la única solución era el divorcio. Al poco se casó con Najt, un noble responsable del mantenimiento y aprovisionamiento del harén del Faraón en Tebas.

Semerket reaccionó a la partida de su esposa con una simplicidad muy propia de él. Se desmoronó. Hombre siempre a disgusto con las palabras, por fin halló su lenguaje a través de la bebida. Durante semanas pasó cada noche gritando su dolor y su furia, aporreando la verja de la casa de su esposa, suplicándole en vano que volviera con él. Muchas noches, *mejays* avergonzados despertaban a Nenry para susurrarle que su hermano había sido detenido de nuevo. Nenry pagaba los sobornos para silenciar a los policías, pero Merytra tenía razón: aquel comportamiento no pasaría desapercibido durante mucho más tiempo. En Egipto, cuando un miembro de una familia cometía un delito, toda la familia sufría la consiguiente pérdida de posición, y la posición era el único sueño que compartían Nenry y su formidable esposa. Sin duda se imponía hacer algo.

—¡Nenry!

El hombre dio un respingo al oír la voz de su mujer muy cerca del oído. Estaba tan ensimismado en sus problemas que no había reparado en el tintineo que anunciaba su llegada.

—Estaba inspeccionado el estanque, amor mío. Sí, ya veo que todos tus pececillos han muerto. ¿Qué te parece si te doy algunos anillos de cobre para que te compres algunos nuevos... o cualquier otra cosa que desees? —propuso mientras rebuscaba desesperadamente entre los pliegues de la faja.

—Quiero que hagas algo respecto a tu hermano.

—Pero ¿qué puedo hacer?

—Utiliza tu influencia, por pequeña que sea. Consíguele un cargo en alguna parte.

—¿Cómo voy a hacer eso? La gente lo conoce. Creerían que intento endosarles el muerto.

—No me importa lo que crean. No tengo intención de perder lo poco que hemos conseguido por culpa del sórdido comportamiento de tu hermano... ¿Me estás escuchando?

—Tengo la impresión de que es lo único que hago —replicó sin darse cuenta de que había pronunciado aquellas palabras en voz alta.

Se había extralimitado. Nenry vio que su esposa echaba el brazo hacia atrás y cerraba la mano con una expresión de furia pintada en el semblante. Nenry cerró los ojos para esperar el golpe.

Una sucesión de rápidos golpes en la verja los sobresaltó a ambos.

—¿Quién será? —susurró Nenry, cambiando una mirada con su esposa.

—La policía, quién si no —espetó ella, también en un susurro—. ¡Otra vez por tu

hermano, sin duda!

Nenry abrió la verja con cautela. En efecto, al otro lado había un *mejay*, la tez negra reluciente al sol matinal, ataviado con el uniforme del Templo de Justicia. Su insignia proclamaba que era escolta del gran visir. Nenry sintió que le temblaban las piernas. ¡El gran visir! ¿Cómo podía haber alcanzado el escándalo de su hermano cotas tan altas?

—¿Eres Nenry, escriba de Paser, alcalde de oriente de Tebas? —inquirió el guardia en tono seco, frío y oficial.

—Lo es —terció Merytra al tiempo que avanzaba—. ¿Qué quieres?

Sorprendido por la agresividad de la mujer, el guardia parpadeó.

—Traigo una citación urgente para el alcalde de oriente —repuso—. Tengo órdenes de entregársela a su escriba en jefe.

Sin dejar de temblar, Nenry rompió el sello de las tablillas de cera y leyó la misiva con los ojos cada vez más abiertos.

—Ay —gimió por fin.

—¿De qué se trata? —quiso saber Merytra al tiempo que le asía el hombro y desviaba la mirada de las tablillas para escudriñar su rostro con ansiedad.

—Han encontrado a una sacerdotisa muerta..., tal vez asesinada. Se abrirá una investigación, y debo llevar al alcalde al Templo de Ma'at. Ordenes del gran visir en persona.

—¿Una sacerdotisa muerta? ¡Qué horror! —Merytra hizo una pausa, en la que Nenry advirtió que su expresión volvía a endurecerse—. Recuerda lo que te he dicho. O te enfrentas a tu hermano o tendrás que vértelas conmigo.

Dicho aquello entró de nuevo en la casa mientras el alegre tintineo de sus brazaletes llenaba hasta el último rincón.

Nenry miró al *mejay* y quedó reconfortado al ver que en los ojos del hombre brillaba un destello de compasión.

CON LAS PALABRAS DE SU ESPOSA aún resonándole en los oídos, Nenry se dirigió a buen paso hacia el distrito pobre de la ciudad, donde vivía Paser, el alcalde de oriente de Tebas. Mientras miraba los residuos y la decrepitud de la zona, con sus innumerables mendigos, se dijo que le resultaba incomprensible por qué su señor había decidido residir en un lugar tan espantoso. Nenry había pasado la vida entera intentando huir de aquella miseria.

A fin de crear la morada imponente de un alcalde en un barrio tan mísero, Paser se había limitado a comprar todas las casuchas de la zona y a practicar aberturas en las paredes para así unir las. Nenry atravesó las numerosas cocinas y despensas del complejo, pasó por el harén y por fin empezó a pasearse inquieto ante el dormitorio del alcalde, situado en el rincón más alejado.

Al asomar la cabeza por entre los cortinajes, comprobó que Paser ya estaba

despierto y vestido, y que se estaba ajustando la peluca. Aguzó el oído al escuchar otras voces en la estancia y para su horror descubrió que una de ellas pertenecía a Najt, el esposo de Naia. Empezaron a temblarle las rodillas, y se apoyó contra la pared de adobe para conservar el equilibrio. Aquel asunto sería su ruina, tal como había augurado su esposa.

Junto a Najt había otra persona que no le resultaba familiar, un hombre alto y fornido de perfil brutal, cubierto de polvo de piedra caliza y arena del desierto. Por un instante, Nenry compadeció al hombre por verse obligado a comparecer ante el alcalde con tan humilde atuendo, y por increíble que pareciera, el hombre daba la impresión de estar llorando, como para confirmar los pensamientos de Nenry.

Antes de que tuviera ocasión de escuchar lo que decían los hombres, dos esclavas jóvenes ataviadas tan solo con taparrabos de cuero salieron de los aposentos del alcalde. Al ver el semblante de Nenry, que se había contraído en un rictus atormentado, esbozaron sendas sonrisas maliciosas.

—¿Le queda mucho? —les preguntó Nenry—. ¿Tardará mucho en salir? ¿De qué está hablando con Najt? ¿Y quién es el otro hombre?

—Me parece haberle oído decir que tenía intención de volver a acostarse —replicó la muchacha africana al tiempo que miraba de soslayo a su compañera.

—Y después de anoche no es de extrañar —añadió la más alta con un coqueto bostezo antes de lanzar una mirada lasciva a la otra esclava y echarse a reír.

—Vamos, vamos —dijo Paser, deslizando su considerable envergadura entre los cortinajes—. ¿Qué significa este revuelo? —quiso saber, mirando a su escriba con expresión indiferente.

Nenry advirtió que Najt y el otro hombre salían del dormitorio por una puerta trasera.

—Es Nenry, señor —explicó la esclava alta—. Por eso nos reímos. ¡Cuándo arruga la cara así está muy gracioso!

—¿Y yo no? —retumbó la voz del alcalde en la diminuta antesala—. Anoche bien que os parecí gracioso, malvadas.

Hizo amago de abalanzarse sobre las muchachas, que huyeron entre estridentes y satisfactorios chillidos. Siguiéndolas con la mirada, Paser esbozó una sonrisa teñida de lascivia y por fin se volvió a regañadientes hacia su escriba.

—¿Qué es este asunto del visir, Nenry?

—¿Ya estás al corriente de la reunión, señor? —exclamó el escriba en un tono sorprendido que se apresuró a suavizar en sus siguientes palabras—. Claro que eres perspicaz y veloz en extremo. ¿Hay algo en Tebas que desconozcas?

—Me lo ha contado Najt.

—¿Y... el señor Najt te ha comentado algún otro asunto, señor?

Paser no respondió, sino que abandonó la estancia a grandes zancadas y se dirigió a la puerta principal.

—Vamos, Nenry —llamó—. No remolonees; no hay que hacer esperar al viejo.

El alcalde no se balanceaba como solían hacer los obesos, sino que caminaba como un luchador. Él y su escriba parecían un enorme hipopótamo acompañado de un minúsculo pajarillo.

—Por lo visto han asesinado a una sacerdotisa —explicó Nenry casi sin resuello mientras intentaba no quedar rezagado.

—Sí, pobre. Najt dice que se rumorea en toda la ciudad. Un asunto desagradable, sin duda. Pero aún no sabemos si se trata de un asesinato, Nenry. No debemos sacar conclusiones precipitadas. Con toda probabilidad fue un accidente.

El alcalde se acomodó en su silla de manos.

—¡Arriba! —ordenó.

Entre gemidos y juramentos masculados entre dientes, los portadores alzaron la silla sobre sus hombros y cruzaron con ella la verja principal.

—Al Templo de Ma'at —indicó Nenry al jefe.

Con el rostro ya bañado en sudor, el hombre se limitó a asentir. Existían oficios más arduos en Egipto que el de ser portador del obeso alcalde de oriente, tales como el de constructor de pirámides o transportador de obeliscos, quizá.

Dos alcaldes gobernaban Tebas, la ciudad de las cien puertas; uno se encargaba de la parte de la ciudad situada en la orilla oriental del Nilo, mientras que su homólogo, Pawero, supervisaba a los difuntos en sus sepulcros de la ribera occidental. Si bien compartían la capital del mundo, los dos alcaldes eran de carácter y filosofía tan distintos que resultaba imposible hallar a dos hombres más opuestos.

Paser era grueso, próspero, de carcajada fácil y naturaleza idéntica a la del pueblo que gobernaba. Sus verdaderos padres eran humildes pescaderos, pero el joven Paser era tan agradable y atractivo que un escriba sin hijos lo había adoptado en el seno de su familia años atrás para luego enviarlo a la Casa de la Vida, donde se formó como escriba. Allí, Paser había aprendido los 770 símbolos sagrados en el período de tiempo más corto de la historia del templo, porque según se descubrió, lo único que superaba su envergadura física era su inteligencia.

Tras convertirse en sacerdote, Paser ingresó en las oficinas administrativas de la ciudad y ascendió con gran rapidez. A los veintisiete años fue nombrado alcalde de oriente de Tebas y respondía ante el gran visir de Egipto. Resultaba gratificante en extremo ocupar tan joven un cargo de semejante importancia. Paser disfrutaba sobremanera de su posición, sobre todo en momentos como aquel, cuando la verja se abrió y fue recibido por los vítores de la muchedumbre.

Paser se inclinó para estrechar las manos extendidas.

—¡Nefer! —saludó a una anciana comadre—. ¡Sigues siendo la mujer más hermosa de Egipto! —La mujer le lanzó un beso con los labios marchitos—. ¡Hori, canalla! —llamó, volviéndose hacia un mendigo sin piernas—. Cuidado con vuestras bolsas, ciudadanos. ¡Es raudo como una gacela!

El mendigo se echó a reír encantado, sin ofenderse por las palabras del alcalde.

Acto seguido, Paser olisqueó el aire y juró que el pescado que se asaba en una

parrilla cercana era el mejor de toda Tebas... ¡Y quién iba a saberlo mejor que él, hijo de pescaderos! Aquel era el pie para que Nenry empezara a arrojar pequeños anillos de cobre al gentío. El alcalde desafió a los presentes a probar el pescado para comprobar si mentía. El agradecido vendedor de pescado le hizo llegar un corte de perca grasienta condimentada con comino, y el mayor la engulló, cantando sus alabanzas entre bocado y bocado. Cuando la silla de manos llegó a la avenida principal que bordeaba la orilla, la muchedumbre entonaba himnos en su honor como si fuera el Faraón en persona.

Nenry trotaba junto a la silla, procurando responder a las preguntas con que Paser lo acribillaba.

—¿El Viejo Espanto también acudirá, Nenry?

El «Viejo Espanto» era el sobrenombre que Paser había puesto a su homólogo Pawero, el alcalde de occidente.

—Sí, señor, la convocatoria incluía al Viejo..., al alcalde de occidente.

—¿Cuál era el tono?

—¿A qué te refieres, señor?

—Vamos, vamos, Nenry... ¿Cómo has interpretado la actitud del visir? ¿Enojado, amenazador, frío o qué?

—¡No, señor! Tan lleno de cumplidos como siempre.

—¿Nada que indicara disgusto?

—No, señor.

—No me hace ni pizca de gracia —masculló el alcalde tras cavilar unos instantes—. ¿Por qué quiere ver también al Viejo Espanto? A fin de cuentas, se trata de un delito cometido en mi mitad de la ciudad. ¿Qué tiene que ver con él?

Paser adoptó una actitud huraña impropia de él, y el resto del trayecto hasta el Templo de Ma'at transcurrió en silencio. Quiso la suerte que la barcaza de Pawero atracara en el muelle de piedra en el instante en que Paser y Nenry alcanzaban la ancha rampa que conducía al interior del templo. Pawero permaneció sentado e inmóvil como la estatua de un dios bajo la marquesina de madera mientras la embarcación chocaba contra las balas de heno que acolchaban el muelle. Una vez amarrada la barcaza, se levantó, majestuoso en su almidonada túnica blanca.

Mientras que Paser gobernaba la parte viva de Tebas, la jurisdicción de Pawero abarcaba los sepulcros y los templos mortuorios situados en la ribera occidental del Nilo. En la zona se hallaba también el Lugar de la Verdad, donde moraban los constructores de tumbas, la Gran Pradera, donde reposaban los faraones, el Lugar de la Belleza, donde yacían sus reinas, y el templo fortaleza de Yamet, la residencia meridional del Faraón.

A sus cuarenta y tres años, Pawero era hombre proclive a las lecturas devotas y las plegarias interminables. Ninguna esposa ni esclava caldeaba su lecho, sino que llevaba la vida austera y ardua del sacerdote más estricto. De hecho, era un fanático que en su fuero interno desaprobaba el estilo cada vez más indiferente con que el

Faraón ya entrado en años desempeñaba sus obligaciones religiosas. Pawero aguardaba con impaciencia el día en que gobernara un faraón más temeroso de los dioses, tal vez, Amón mediante, un faraón procedente de su propia familia, cuyo linaje se remontaba a tiempos más lejanos que el de Ramsés.

A decir verdad, cabía la posibilidad de que se obrara aquel milagro, pues la hermana de Pawero era la segunda gran esposa de Ramsés y le había dado cuatro hijos varones. Uno de ellos, su sobrino el príncipe Pentwere, comandaba una unidad de caballería de élite y era un gran héroe para los tebanos; sin duda sería un faraón espléndido. Sin embargo, imaginar siquiera la muerte de un faraón constituía un acto de traición, de modo que Pawero desterró tales pensamientos de su mente.

El alcalde de occidente desembarcó con la cabeza erguida mientras los esclavos y los guardianes del templo se inclinaban ante él, y cruzó en silencio hasta el embarcadero. Sin lugar a dudas, el efecto habría resultado grandioso de no ser porque en un momento dado pisó un montículo de excrementos frescos de caballo que algún carro había dejado al pasar. Pawero se detuvo en seco, bajó la mirada y masculló entre dientes una palabra muy irreverente.

La carcajada de Paser resonó por todo el muelle.

—Eso te enseñara a no caminar con la cabeza tan alta, Pawero, porque lo único que consigues así es pisar mierda.

El alcalde de occidente adoptó una expresión tan glacial y mortífera como una cobra.

—Debo hacer caso a mi venerado colega —replicó mientras su asistente se apresuraba a limpiarle la sandalia—, pues procede de la mierda.

La risa de Paser rompió casi al instante el incómodo silencio que siguió, como si acabaran de contarle el más gracioso de los chistes. Solo Nenry percibió el sutil y frío enojo que se ocultaba tras su apariencia risueña.

—Nunca he escondido mi falta de linaje, señor alcalde —señaló Paser—. Todo el mundo sabe que eres de altísima cuna, pero en cambio yo he tenido que apañármelas a base de ingenio. Y sin embargo, aquí estamos los dos, en idéntica posición.

—¿En idéntica posición? —repitió Pawero—. Sí, pues todos estamos ante los dioses, incluso el Faraón.

—Eso díselo tú al Faraón, que yo no me atrevo.

Paser ordenó a los portadores que dejaran la silla de manos en el suelo. Tras varias tentativas fallidas, logró levantarse del angosto asiento y avanzar hacia Pawero. El contraste entre ambos hombres resultaba espectacular. Flaco y obeso. Altivo y sencillo. Espigado como un junco. Compacto como un luchador. No obstante, estaban unidos por algo más grande que las diferencias que los separaban, y eso era el odio puro y absoluto que se profesaban el uno al otro.

Paser extendió el brazo para que Pawero se apoyara en él, y juntos ascendieron la larga rampa que conducía al interior del Templo de Ma'at, ambos con cetros idénticos en la mano. A los ojos de quienes los vieran de lejos, daba la impresión de que los

dos alcaldes eran grandes amigos. Sin embargo, su avance recordó a Nenry la envarada y cautelosa danza de apareamiento que ejecutaban algunas arañas del desierto, el desenlace de la cual era a menudo la muerte en lugar del apareamiento.

El gran visir recibió a los dos alcaldes en la habitual antesala reservada para tales reuniones. En el exterior aguardaba una larga cola de peticionarios y litigantes que con sus gritos y súplicas intentaban captar la atención del visir. En los últimos tiempos, Toh visitaba pocas veces Tebas, ya que pasaba la mayor parte del tiempo en Pi-Remesse, la capital septentrional, donde residía el faraón. Si los demandantes no lograban que el gran visir los atendiera o no conseguían sobornarlo de forma adecuada, podían transcurrir semanas o incluso meses antes de que Toh volviera a visitar el sur.

El visir era un anciano arrugado de unos setenta años, más viejo aún que su amigo el Faraón. Muy despacio avanzó hasta su asiento mientras agitaba una mano en dirección a los litigantes y acto seguido intercambió saludos de cortesía con los alcaldes. Con ademán vago ordenó a un esclavo que les llevara un cuenco de dátiles fritos y otras exquisiteces. Al poco trajeron cerveza mezclada con vino de palma, un brebaje embriagador en extremo, y el anciano se sirvió un generoso trago para fortalecer el hígado. Por fin ordenó a los litigantes que esperaran fuera y se enjugó la boca desdentada con la mano, listo para atender el asunto que los ocupaba.

Cuando en la sala ya solo quedaban los alcaldes y sus respectivos séquitos, el visir empezó a hablar con una voz que no guardaba relación alguna con el quejido de anciano anterior y sus temblorosos ademanes.

—Por los testículos de latón de Horus —gritó—. Quiero saber qué está sucediendo —exigió mientras golpeaba la copa contra el brazo de su sillón y clavaba la mirada en los dos alcaldes—. Una sacerdotisa asesinada. No se producía una infamia así en Tebas desde la partida de los hicsos. Quiero respuestas y las quiero pronto.

—Te ruego que recuerdes, gran señor —empezó Paser con una amplia sonrisa—, que no tenemos forma de averiguar si se trata en efecto de un asesinato. Asimismo y con tu permiso, querría saber por qué este incidente justifica la presencia de los dos alcaldes de Tebas.

Toh escupió en un cuenco colocado a sus pies.

—Porque por un tecnicismo, el delito cae bajo las jurisdicciones de ambos.

Desde el fondo de la antesala, Nenry aguzó el oído en un intento de escuchar la conversación.

Toh cogió unas tablillas de cera.

—Este informe del capitán Mentmeses de los *mejays* nos indica que la difunta procede de nuestra aldea de constructores de tumbas, Pawero, el Lugar de la Verdad. —Entregó las tablillas a un esclavo, quien a su vez se las llevó a Paser—. Sin embargo, su cadáver fue hallado en el lado de Paser, de modo que comprenderéis el dilema.

Mientras ojeaba el informe, Paser cometió un error táctico.

—Sin duda, señor Toh, se trata de un asunto lamentable pero insignificante. Según este informe, esa tal Hetefras atendía tan solo pequeños santuarios en las colinas del desierto.

—¿Acaso mis sacerdotisas son menos valiosas que las tuyas? —se indignó Pawero.

A todas luces quería añadir algo más en el mismo tono, pero un rugido de rabia del visir Toh lo hizo enmudecer.

—¿Crees que se trata de un incidente insignificante, Paser? Pues yo te digo que la gente montará en cólera y clamará justicia cuando lo sepan, porque el asesinato de una sacerdotisa suscita la ira más temible de los dioses. Eres joven y nunca has visto al populacho enfurecido ni la ciudad después de una insurrección. Recuerdo cuando la hambruna asoló esta región hace cincuenta años; los tebanos se alzaron como un solo animal y nos culparon a nosotros, sus gobernantes, de la calamidad. Nos vimos obligados a huir a las colinas para salvar la vida. Yo en tu lugar no desdeñaría así este «delito insignificante». En semejantes trances no es fácil para los alcaldes conservar su puesto. —Se detuvo un instante con un fulgor fiero en los ancianos ojos—. ¿Cómo crees que he llegado hasta donde me encuentro? —De nuevo escupió en el cuenco—. Os pregunto de nuevo qué pensáis hacer para que todos podamos dormir tranquilos.

Paser habló de inmediato en un intento de enmendar su error.

—Puesto que el cadáver fue hallado en la parte oriental de la ciudad, me corresponde a mí esclarecer el crimen..., si es que es tal crimen.

Al advertir que el visir empezaba a decantarse por Paser, Pawero se apresuró a intervenir.

—El caso me pertenece a mí. A fin de cuentas, la sacerdotisa formaba parte de mi rebaño.

—Y estaba tan bien atendida que ha acabado asesinada bajo tu supervisión —murmuró Paser en voz lo bastante audible para que la oyera toda la sala.

—Eso todavía no lo sabemos —objetó el visir—. El delito bien habría podido cometerse durante el Festival de Osiris, es decir, bajo tu supervisión.

—Pero ningún constructor de tumbas está autorizado a pisar mi parte de la ciudad —le recordó Paser.

—¿Osas citarme la ley a mí, señor alcalde? —masculló Toh con ojos entornados.

Al ver que su ventaja menguaba, Paser se tornó temerario.

—Pero a todas luces, los dioses se han pronunciado con suma claridad, gran señor —indicó.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Toh, intrigado.

—A que si los dioses tuvieran fe en la capacidad del señor Pawero, sin duda el cadáver habría aparecido en su parte de la ciudad. Es evidente que los augustos quieren que me encargue del caso.

—Eso es absurdo —protestó Pawero—, además de una herejía.

—¿Me acusas de herejía? —Era la acusación más grave que podía hacerse en Egipto—. Ya veo adonde quieres ir a parar, no creas que no me doy cuenta. Ocultas un objetivo oscuro y pretendes disimularlo con estas acusaciones.

—¿Un objetivo oscuro...?

—Por eso quieres encargarte del caso..., para ocultar la verdad.

Los integrantes de los séquitos y los esclavos del templo profirieron exclamaciones ahogadas al escuchar aquellas palabras.

—¡Ya basta! —espetó el visir—. Es vergonzoso lanzar semejantes acusaciones. Sé que no os profesáis ningún afecto, pero si estas acusaciones son ciertas, ¿en qué me convierten a mí, que os nombré a ambos? —El visir Toh chasqueó los labios resacos por la vejez—. Debéis hallar la solución a este asunto de inmediato. ¿Quién descubrirá la verdad? ¿Y cómo sabré que lo que me contéis no es una sarta de mentiras inventadas para apaciguarme?

En el fondo de la sala, una idea alocada asaltó a Nenry, que carraspeó para hacerse oír.

—¿Sí, qué? —masculló el visir Toh mientras paseaba la mirada empañada por la estancia—. ¿Qué deseas decir? ¿Quién eres?

—Soy Nenry, gran señor, escriba superior de Paser. Si los alcaldes me lo permiten, creo que tengo la solución a este dilema.

—¿Y bien?

—Es necesario designar a alguien sin vínculo alguno con los alcaldes para que se encargue de investigar este crimen —declaró Nenry— y garantizar que se honra la pluma de la verdad de Ma'at.

—Sí, sí, pero ¿existe tal persona en Tebas? A buen seguro todos los hombres pertenecen a uno u otro alcalde.

—Mi hermano Semerket es la persona idónea, gran señor.

El nombre corrió en murmullos de boca en boca cual alas de codorniz.

—¿Y qué convierte a Semerket en el hombre idóneo para investigar este crimen?

—Antes era el administrador de Investigaciones y Secretos de este lugar, gran señor. Conoce las leyes de Egipto y es sumamente inteligente..., además de estar obsesionado por la verdad.

—Pero puesto que tú estás al servicio de Paser, ¿tu hermano no tenderá a favorecer tu causa por amor a ti? —sugirió el visir, curioso.

—Gran señor, mi hermano no ama a nadie, y puesto que Paser es buen amigo de Najt, que contrajo matrimonio con la exesposa de Semerket, no creo que se sintiera inclinado a favorecer a Paser en modo alguno.

—¿Te refieres a Najt, custodio del harén del Faraón?

—Sí, gran señor.

—Esto mejora por momentos —comentó Toh con una risita satisfecha—. Pero en tal caso, ¿no favorecería a Pawero para vengarse de Najt?

—Oh, no, gran señor, mi hermano nunca haría una cosa semejante.

—¿Y por qué no?

Nenry tragó saliva.

—Porque..., porque me ha dicho que considera a Pawero un... —Su voz se apagó.

—¿Y bien? —instó Toh, empezando a perder la paciencia.

—Bueno..., lo llama viejo quisquilloso cerebro de mosquito, gran señor.

Un coro de carcajadas estalló en la sala. Sentado en su taburete, Pawero se puso rígido, el rostro moreno ruborizado hasta la peluca.

—¡Silencio! —bramó Toh—. Ordenaré desalojar la sala si vuelve a producirse semejante alboroto —amenazó antes de volverse de nuevo hacia Nenry—. Parece un hombre amargado este hermano tuyo.

—Oh, sí, gran señor —aseguró Nenry, vehemente—. Solo respeta una cosa..., la pluma de la verdad de Ma'at.

Pawero se levantó indignado.

—Protesto. Recurrir a un hombre así, a un seguidor de Set, como he oído describir a su hermano, es una afrenta contra los dioses. No puede salir bien.

Sin embargo, Toh hizo caso omiso de él y se dirigió a Nenry.

—Tráemelo —le ordenó antes de indicar con un gesto que la audiencia había tocado a su fin.

El gran visir se levantó de su trono y tambaleándose un poco a causa de la cerveza mezclada con vino de palma, salió del templo para orinar contra la pared. Con una mirada incendiaria a Nenry y Paser, Pawero lanzó un resoplido de disgusto y regresó a su barcaza. Nenry y Paser permanecieron en la antesala. El alcalde guardaba silencio.

—Espero que no me hayas considerado demasiado osado al proponer a mi hermano... —comenzó Nenry.

—Debería hacerte azotar —lo atajó el alcalde como quien no quiere la cosa—. No vuelvas a hacer algo así sin avisarme en tu vida, Nenry.

—Sí, señor. He cometido un error, señor. No volverá a suceder, señor.

De repente, el alcalde de oriente lanzó una risita y rodeó los hombros del tembloroso escriba con su voluminoso brazo.

—No te precipites, Nenry. Te has equivocado al no comentarlo conmigo, pero no con la idea en sí misma.

—Señor...

Paser volvió a reír.

—¿No has visto cómo se ha enfurecido el Viejo Espanto? ¡Ja, ja, ja! Solo por eso ya ha merecido la pena. —Pero casi al instante, una sombra de temor ensombreció su semblante—. Sin embargo, sigo diciendo que Pawero tiene sus razones para querer controlar la investigación. No me fío de él, nunca me he fiado de él. Puede que tu hermano borracho sea justo lo que necesitamos. Y tengo intención de prestarle toda la ayuda que pueda.

Dicho esto, el alcalde giró sobre sus talones y salió a buen paso de la antesala. Fue entonces cuando, aun aturdido, Nenry reparó en que el alcalde Paser se había referido a Semerket como «tu hermano borracho». ¿Cómo podía saberlo? A menos que...

Pero sin darse a sí mismo ocasión de seguir cavilando, Nenry hizo señas a una silla de manos para dirigirse hacia el centro de la ciudad en busca de Semerket. Solo los dioses sabían en qué antros sórdidos tendría que entrar para dar con él.

SE ENCONTRABA EN SU DORMITORIO tal como lo recordaba. Semerket lanzó una carcajada al saberse en casa y miró en derredor con expresión complacida. Las paredes eran de robusto ladrillo de arcilla blanqueada, y en una de ellas se abría un ventanuco de gruesa mica transparente. Había comprado el mineral por una suma considerable a una caravana varios años antes para que así Naia pudiera contemplar su patio rebosante de higueras y papiros. El sol bañaba la estancia, y Naia se inclinaba solícita sobre el jergón para atenderlo. Semerket exhaló un suspiro de placer. Siempre había sabido que Naia regresaría a su lado. Se amaban demasiado para que eso no sucediera.

De repente divisó los pájaros en los lejanos campos.

—¡Naia! —exclamó encantado al tiempo que los señalaba desde el lecho—. ¡Mira, Naia! ¡Mira las crías de ibis en los surcos de los campos!

Sabía cuánto le gustaban a su esposa aquellos pajarillos que hurgaban en los surcos con sus largos picos negros. Semerket apartó la mirada de la ventana inundada de sol, y al instante la sonrisa se le congeló en el rostro. Sobre él se inclinaba una persona..., pero no era Naia.

Al ver que Semerket abría los ojos, la mujer pronunció su nombre. Oyó su voz como si procediera de muy lejos..., y no era la voz de Naia.

Semerket parpadeó en un intento de regresar a la estancia soleada con su ventanuco de mica. Tan solo tenía que cerrar los ojos para volver a encontrarse con ella en la casita de ladrillo de arcilla, donde las liebres mordisqueaban el trigo.

No, liebres no. ¿Qué eran?

La mujer se arrodilló en el suelo junto a él y alargó la mano para tocarle la frente.

—¿Crías de ibis? Me estás asustando. No digas esas cosas, por favor.

Semerket apenas si se sobresaltó al ver que la desconocida volvía a alargar la mano para acariciarle el corto cabello negro y se limitó a apartarla.

—Tú no eres Naia —constató entre dientes.

—Por favor, levántate, Semerket. A menos que lleves otra pieza de cobre en la bolsa para pagar más bebida, te mandarán a casa. A decir verdad, tendrías que irte a casa en cualquier caso.

¿A qué se refería? Pero si ya estaba en casa.

De pronto, la cortina de la estancia se abrió, provocando una corriente de aire

húmedo, y un eunuco sirio entró para conducir a otro hombre hasta su jergón. El desconocido era flaco y calvo, el rostro un auténtico festival de tics y muecas, y se sujetaba un pañuelo contra la nariz, asqueado por el hedor a vino rancio y vómito que impregnaba la habitación.

—Sí —masculló—. Sí, es mi hermano.

Semerket oyó el tintineo de unas piezas de cobre al cambiar de manos.

—¿Nenry?

Quería preguntar qué hacía su hermano allí, en su casa, pero una repentina oleada de pánico sofocó su curiosidad. Se incorporó con brusquedad. ¿Dónde estaba Naia? ¿Y la ventana de mica? ¿Qué había sido de su casita con robustas paredes de ladrillo de arcilla?

Desde algún lugar lejano le llegó un débil grito. Meneó la cabeza en un intento por desterrar el terrible sonido, pero los chillidos que le perforaban la cabeza se tornaron tan fuertes que intentó ahogarlos tapándose los oídos.

El hombre calvo seguía mirándolo con expresión espantada.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó a la mujer.

—Desde esta mañana a primera hora. No he conseguido de ninguna manera que dejara de gritar. —Por las mejillas le rodaron unas lágrimas que se enjugó con gesto exasperado—. Tu hermano está tan atormentado... Nunca había visto a una persona tan afligida. Haría lo que fuera por él, pero ni tan siquiera me ve. No soy más que una ramera de taberna a la que acude de vez en cuando para lamentarse por la pérdida de su esposa.

Los ojos de Semerket se abrieron temblorosos. El hombre calvo hablaba con un médico sentado junto a él en el jergón. La mujer sostenía la cabeza de Semerket sobre su regazo.

—¿Te encargarás de sanarlo? —preguntó su hermano al médico.

El médico asintió.

—Tráeme vino de dátiles —ordenó a la sirvienta de la taberna.

—¿Más vino? —exclamó Nenry—. Pero ¡si eso lo matará!

—Apenas ingiere otra cosa desde hace tiempo. Privarle de repente provocaría un colapso en su cuerpo.

A toda prisa, el médico escribió una oración sobre un papiro en tinta roja y negra. Al poco, la mujer colocó un cuenco de vino ante él. El médico sacó una botella con tapón de su caja de instrumental. Cuando la abrió, un olor acre invadió la estancia.

—¿Qué es? —quiso saber Nenry con suspicacia.

—Resina de pino fermentada —explicó el médico mientras vertía un poco en el cuenco—. Y esto —añadió al tiempo que abría otra botella— es opio de Hattush.

—¿Costará mucho?

—¿Quieres que viva?

Nenry asintió.

El médico mezcló cinco tinturas del suero con el vino de palma antes de añadir un

huevo de codorniz y remover. Por fin arrojó la plegaria escrita en el cuenco, y la tinta de los jeroglíficos se disolvió en el líquido. Acto seguido encajó un tapón de marfil entre los dientes de Semerket y le vertió el vino gaznate abajo.

Los chillidos cesaron casi al instante, y Semerket comprobó que la hermosa estancia con la ventana de mica había recuperado la serenidad. El tapón de marfil le impedía hablar; de haber podido, habría llenado la penumbrosa estancia de preguntas. Habría preguntado al médico si sabía por qué su hermosa Naia no estaba allí y cuándo regresaría...

Pero de repente supo las respuestas a sus preguntas.

Por primera vez en muchos días yació tranquilo, y su mente dejó de evocar visiones de estancias hermosas y pastos agradables, todo ello habitado por la sombra de su bella esposa. Y quizá esa era la razón por la que de vez en cuando se le escapaba alguna lágrima entre los párpados amoratados y temblorosos.

LO DESPERTARON UNA SALPICADURA DE AGUA y el sonido de alguien restregando una superficie. Al abrir los ojos vio ante él unas paredes de robusto ladrillo de arcilla, así como una ventana de mica en una de ellas.

Por un instante creyó hallarse de vuelta en el sueño, pero la ventana aparecía bañada por el rojo del crepúsculo, tiñendo de un desagradable color sangriento los detalles de la pequeña estancia. Alzó la cabeza con una mueca al sentir el peso palpitante de su cráneo. Yacía sobre sábanas sucias y arrugadas. Varias piezas de cerámica rota salpicaban el suelo. Por todas partes se veían excrementos de ratón, y sobre su cabeza, las vigas de palmera del techo relucían por las telas de araña.

Un hombre de pies escamosos y medio pelados limpiaba la porquería, restregando sin ganas el suelo con un cepillo de cerdas. Semerket carraspeó para probar la voz.

—¿Quién eres? —alcanzó a mascullar con voz ronca.

El hombre giró sobre sus talones y dejó caer el cepillo en la palangana.

—¡Señor! ¡Señor, está despierto!

Casi al instante, Nenry apareció en el umbral.

—Ya lo veo —espetó en tono sardónico y desaprobador—. No tengas miedo; no es más que mi hermano menor.

Semerket miró a su hermano mayor con profundo asombro.

—¿Qué haces aquí, Nenry?

En aquel momento, los recuerdos de los últimos días acudieron a su mente en tropel. La cara interior del cráneo le escocía como si de fuego se tratara, y la garganta se le antojaba un puñado de arena. Miró a su hermano con expresión quejumbrosa.

—¿Vino? ¿Cerveza?

—Solo te daré agua.

Nenry sirvió un poco de agua en un cuenco y se lo alargó.

Este salió disparado hasta el otro extremo de la estancia.

—Vino —carraspeó.

Con una mirada subrepticia al sirviente, Nenry sacó un par de piezas de cobre de la bolsa.

—Ve a la taberna de la esquina y tráenos una jarra de vino. Si veo que el sello está roto, te haré moler a palos.

El hombre salió de la habitación como un escarabajo. Semerket advirtió que cojeaba y que sus heridas eran recientes, y una imagen de la aterradora esposa de Nenry cobró forma en su mente.

—¿Tu siervo? —preguntó.

—Mi mayordomo —puntualizó Nenry—. Tenía que traer a alguien. Este sitio olía peor que un nido de patos. No esperarás que un hombre de mi posición se rebaje a limpiar personalmente.

Semerket volvió a apoyar la cabeza sobre la almohada. La mera mención del vino lo había apaciguado un tanto.

—¿Qué posición? —inquirió.

—¡Soy escriba en jefe del alcalde de oriente! Te envié un anuncio al obtener el nombramiento. ¿Acaso no lo recibiste?

En el rostro de Nenry se pintaba tristeza y decepción ante la posibilidad de que su hermano menor no estuviera al corriente de su buena fortuna, pues en su fuero interno estaba convencido de que todos los hombres lo envidiaban y de hecho contaba con ello.

—Creía que servías en el templo de Sejmet —señaló Semerket con dificultad.

—Me complace decir que mi diligencia y mis habilidades no pasaron inadvertidas en el templo —se jactó Nenry con una sonrisa fatua—. Gracias a los dioses, mi esposa y yo nos hallamos ahora entre los ciudadanos más destacados de Tebas.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo, y lo único que tuviste que hacer a cambio fue vender a un hijo —espetó Semerket, insertando la frase como un cirujano practica una incisión en una herida, con tanta destreza que acaba antes de que el corte empiece a sangrar.

Nenry hizo una mueca, se levantó y se cernió indignado sobre su hermano.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? Mi hijo se ha convertido en un príncipe gracias a mi altruismo. Lo entregué al tío de mi esposa por lo que podía hacer por él. Lo hice por el muchacho, ¿me oyes?

Semerket adoptó una actitud serena y tranquilizadora.

—Me has malinterpretado, Nenry. Has progresado mucho. «Escriba en jefe del alcalde»..., eso bien merece dos hijos cuando menos.

Nenry se lo quedó mirando y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—¿Por qué te ayudo una y otra vez? Nunca me lo agradeces; al contrario, te burlas de mí. ¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo?

Semerket le dirigió una mirada tan penetrante que Nenry se vio obligado a bajar la vista.

—Vendiste a tu hijo para convertirte en escriba. ¡Escriba, Nenry! Si supieras cuánto ansiamos Naia y yo un hijo... En cambio, tú entregaste al tuyo con la misma indiferencia con que una mujer presta un pañuelo.

Las muecas nerviosas se apoderaron de la boca de Nenry.

—Debería haberte dejado morir hoy. Todos habríamos salido mejor parados.

—Sí —asintió Semerket en voz cansada—, sobre todo yo.

EL SIERVO REGRESÓ CON EL VINO. Nenry rompió el sello, sirvió un cuenco y se lo alargó a Semerket, que lo apuró de un solo trago antes de devolvérselo en silencio para que le sirviera más. Esta vez bebió más despacio y suspiró al tiempo que recobraba visiblemente las fuerzas. Al poco clavó los ojos negros en su hermano y el sirviente.

—Bebed conmigo —instó.

—Te muestras muy generoso con el vino que he pagado yo —señaló Nenry todavía huraño, pero aun así sirvió el vino.

Los tres hombres bebieron en silencio durante unos instantes. Por fin, Semerket levantó la vista del cuenco y echó un vistazo a la casita.

—Nunca pensé que volvería aquí —observó, casi maravillado.

—¿Por qué no?

—¿Acaso no es evidente? Quería morir.

—Quieres decir que te habías cansado de aporrear la puerta de Naia a todas horas, deshonrándote a ti y a la familia —replicó Nenry sin conmoverse.

Esperaba que sus palabras desataran una de las proverbiales tempestades de su hermano y aguardó el estallido con aprensión.

—No, eso se acabó —se limitó a responder Semerket.

Nenry emitió un gruñido sarcástico.

—¿Y a qué milagro debe Egipto semejante cambio?

Semerket inhaló lentamente una bocanada de aire, y sus siguientes palabras brotaron en un largo suspiro.

—Lleva en su vientre al hijo de Najt, ¿lo sabías?

Nenry miró a su hermano con expresión atónita, olvidada toda hostilidad y con las facciones contraídas en un rictus compasivo.

—¡Oh, Ketí! —exclamó al tiempo que se acercaba a pocos centímetros del rostro de su hermano—. ¿Cómo lo has averiguado? ¿Quién te lo ha dicho?

—Ella misma.

—¿Cuándo?

—No lo recuerdo; durante el Festival de Osiris, creo. Me acercó la mano a su vientre..., lo sentí moverse...

—¿Cuándo nacerá?

—No lo sé, dentro de tres o cuatro meses.

—Lo lamento tanto, Ketí, de verdad.

Semerket volvió el rostro hacia la pared.

—No me compadezcas; tú no.

—En tal caso, acepta las condolencias de alguien que sabe lo que significa perder a un hijo.

Era lo más parecido a una confesión que Semerket había oído a su hermano. A sus ojos afloraron las lágrimas, y parpadeó para ahuyentarlas al tiempo que se enjugaba el rostro con ademán brusco.

—¿Por qué has venido precisamente hoy? —refunfuñó—. ¿Por qué no me has dejado morir?

Nenry alzó la cabeza.

—He venido porque te he encontrado trabajo. Mi esposa y yo creemos que si tienes algo en que ocupar el tiempo, podrás llegar a olvidar todo esto.

Semerket lanzó otro suspiro afligido.

—Todo esto —repitió.

—De hecho, apuesto algo a que cuando sepas de qué se trata, abandonarás esta terrible idea de beber hasta matarte —insistió Nenry con creciente entusiasmo—. Y lo mejor es que eres el único hombre capaz de desempeñar el trabajo.

El sirviente les llevó otra jarra de vino. Ya fuera gracias a ella o al hecho de que había tocado fondo, Semerket escuchó la historia de su hermano sin queja alguna.

Nenry le habló del asesinato de la sacerdotisa, del hecho de que el caso se hallaba en la jurisdicción de ambos alcaldes y de que el propio visir había elegido a Semerket para dirigir la investigación..., gracias a la intercesión de Nenry. Y lo mejor de todo, le aseguró Nenry, era que el visir Toh había elegido a Semerket a causa de su rebeldía y su falta de lealtades. Era el único que podía encargarse del asunto porque despreciaba a todo el mundo.

Cuando Nenry calló por fin, Semerket permaneció tan inmóvil y silencioso que Nenry tuvo que contener la terrible idea de que su hermano había muerto durante el relato. Pero al fin vio que Semerket parpadeaba, y sus siguientes palabras proporcionaron a Nenry la respuesta que necesitaba.

—¿Y dices que a la sacerdotisa la encontraron en la orilla de la ciudad?

—¡No! —GRITÓ MERYTRA AL CRIADO—. Todo el efecto reside en el equilibrio entre juncos y flores de loto. ¿Acaso eres demasiado estúpido para verlo?

El criado estaba sumergido hasta la cintura en el estanque de flores de loto, sujetando en la mano un ramo chorreante de papiro. Durante los últimos días habían limpiado laboriosamente el estanque de orina para después volverlo a llenar de agua. Merytra había gastado una gran cantidad de cobre en los bazares para adquirir plantas importadas del delta del Nilo, así como peces nuevos. El hombre avanzó un poco más con el junco en la mano, vaciló un instante y se volvió hacia ella en busca de confirmación.

—¡Sí, allí! Exacto. Plántalo allí.

Su esposo llevaba dos noches sin aparecer por casa. Tan solo le había dicho que su misión guardaba alguna relación con su hermano borracho, Semerket, y desde entonces no tenía noticias suyas. Sin embargo, no le importaba, ya que le traía sin cuidado el paradero de Nenry y cuándo regresaría.

Su sirvienta, Keeya, estaba con ella en el patio. Era una muchacha de aspecto vulgar (Merytra no toleraba la presencia de sirvientas hermosas), que suspiraba y bostezaba mientras sostenía la vasija de caros y relucientes pececillos a buena distancia del cuerpo. Al proceder de una ciudad que prohibía el consumo de peces por motivos religiosos, aquellas criaturas boqueantes la horrorizaban.

Merytra advirtió que, pese a que era muy temprano, la joven ya se había aplicado colorete en las mejillas, delineado los ojos con kohl y puesto unos largos pendientes de reluciente loza azul. Si bien sabía que no era hermosa, se esforzaba al máximo por mejorar su aspecto prestando gran atención al maquillaje y las joyas, por insignificantes que fueran.

El centelleo de los pendientes de Keeya a la danzarina luz del sol constituía una fuente de exasperante distracción para Merytra, que apretó los dientes en un intento de hacer caso omiso de los destellos azules que invadían la periferia de su campo de visión. El criado se agachó para plantar otro puñado de brotes verdes. Por desgracia, su trasero chocó contra el borde de piedra del estanque, y el golpe lo hizo caer hacia delante. La consiguiente ola de agua empapó de pies a cabeza a Keeya, que dejó caer la vasija al suelo de piedra, donde se hizo añicos. Los peces se deslizaron por las losas dando saltitos y no tardaron en morir a los pies de la esposa de Nenry. Era la segunda vez en una semana que los siervos provocaban una matanza entre sus peces.

—Estoy rodeada de imbéciles —masculló entre dientes.

Sus imprecaciones quedaron interrumpidas por un estridente grito de Keeya.

—¡Mi vestido! ¡Está destrozado!

—¿Tu vestido? —se indignó Merytra—. ¿Y qué me dices de mis peces, ramera? ¡Los has matado a todos!

—No ha sido culpa mía. Ya has visto lo que ha sucedido.

—Te juro que pagarás por ellos. Te descontaré su precio del salario.

—No puedes echarme la culpa.

Merytra se plantó junto a ella en un par de zancadas y la abofeteó con fuerza. Los alaridos de la muchacha arreciaron.

—¡No los pagaré! ¡No pienso hacerlo! —aseguró Keeya con obstinación entre bofetón y bofetón, sacudiendo la cabeza con firmeza mientras las cuentas de sus pendientes relucían como alas de escarabajo a la luz del sol.

Merytra solo pretendía tirarle del cabello, pero al alargar la mano, sintió algo frío y metálico entre los dedos, y al instante oyó el satisfactorio sonido de carne desgarrada.

Keeya dejó de chillar en seco y se quedó mirando anonadada la mano de su ama,

que ahora aferraba un puñado de cuentas. Con ademán vacilante se llevó la mano al lóbulo y al mirarse los dedos los vio empapados en sangre, al igual que su vestido.

El barrio entero tembló por los alaridos que empezó a proferir. La gente interrumpió sus quehaceres para escuchar; los vecinos se encaramaron a sus tejados planos para echar un vistazo al patio y chasquearon la lengua al ver que Merytra volvía a torturar a una de sus siervas.

Fue entonces cuando el atontado mayordomo de Nenry abrió la verja. Keeya enmudeció de repente, y ambas mujeres se volvieron para mirar. El escriba estaba de pie junto a unas voluminosas parihuelas.

Nenry parpadeó en un intento de interpretar la escena. Sangre sobre las losas, el llanto de la joven criada, peces esparcidos por todas partes... ¿Qué podía haber ocurrido?

Merytra se dirigió hacia la vega y se inclinó en una reverencia exagerada.

—¡Alabado sea el día que ha devuelto a mi esposo a su hogar!

Suspica ante el sarcasmo de su esposa, Nenry intentó hablar.

—Amor mío... —empezó.

Pero un torrente de impropiedades procedentes de la boca de Merytra ahogó sus palabras.

—Así que estás a salvo... Qué estúpida he sido al creer que podías haber muerto o resultado herido a manos de unos malhechores. ¿Por qué no has enviado a tu criado con noticias tuyas?

—Necesitaba que me ayudara. Mi hermano estaba..., está muy enfermo, como puedes comprobar.

Dicho aquello se volvió y señaló al hombre tendido en las parihuelas. El chai de lana que cubría a Semerket apenas se movía al ritmo de su débil respiración.

—En una silla con cuatro portadores, ya veo... Es más lujosa que todas las que he probado en mi vida. ¿Cuánto te ha costado?

—Treinta piezas de cobre...

—¿Treinta? ¡Escúchale, dios de los ladrones y los bandidos! ¿Acaso vuela esta silla? —espetó, señalando con dedo acusador a los portadores contratados para la ocasión, que instintivamente retrocedieron un paso.

—Es la única silla que he encontrado, amor mío. Ya te he dicho que está enfermo, muy enfermo.

Su esposa apartó la manta de un tirón.

—Querrás decir que tiene resaca.

En aquel momento, Semerket se removió un poco, y sus párpados amoratados empezaron a temblar. Muy despacio abrió los ojos, y aquellas lanzas color azabache centelleaban en un intento de asimilar la escena desconocida. Distinguió el patio sobrecargado de ornamentos, la expresión atormentada de su hermano, la sierva ensangrentada..., y supo sin lugar a dudas dónde se encontraba. Con un leve gemido cerró de nuevo los ojos, escuchando tan solo a medias la incesante diatriba de

Merytra.

—¡... un buen dinero malgastado!

—Te lo ruego, amor mío, es nuestro invitado y te va a oír.

—¿Invitado?

—Me ha parecido conveniente traerlo aquí para poder cuidar de él con mayor facilidad.

—¿Sin consultármelo?

—¿Qué querías que hiciera? Es mi hermano.

—Y yo soy tu esposa.

—¡Me ordenaste que me encargara de él!

—¿Te dije acaso que lo trajeras aquí, a nuestra casa? A buen seguro, lo único que hará es volver a emborracharse y avergonzarnos a todos. Se pondrá a chillar como un babuino en plena noche, llamando a esa puta con la que estaba casado para que todo el mundo lo oiga...

La cascada de improperios acabó en un gritito sobresaltado cuando la mano de Semerket surgió de las parihuelas para aferrarle la muñeca. Merytra profirió una exclamación de dolor al tiempo que las lágrimas afloraban a sus ojos.

Semerket la obligó a arrodillarse hasta que los rostros de ambos quedaron a la misma altura.

—¿Sientes la fuerza de esta mano? —siseó en voz baja e implacable.

—Suéltame —musitó ella con los ojos abiertos de par en par.

—Otra palabra insultante sobre Naia y te la quiebro como si fuera un junco.

Merytra miró aquellos ojos negros y supo que era un hombre de Set, provocador de disturbios, caos y violencia dondequiera que fuera. A él no podía controlarlo con su temperamento y sus bruscos cambios de humor como controlaba a su dócil y pusilánime esposo.

—Di lo que quieras de mí —prosiguió Semerket en el mismo tono—, pero no vuelvas a mencionar a Naia, ¿entendido?

Merytra asintió.

Semerket le soltó la muñeca con tal brusquedad que Merytra cayó al suelo con muy poca elegancia. Paseó la mirada entre el rostro avergonzado y mudo de su esposo y los de sus siervos. Keeya había olvidado su oreja desgarrada y miraba con los ojos muy abiertos a su ama despatarrada sobre las losas del patio. El criado contemplaba la escena por entre los juncos del estanque. Y de pronto empezaron a oírse vítores procedentes de todas las casas circundantes. Las criadas ululaban con voz estridente, y los criados gritaban en señal de aprobación.

Merytra se incorporó y sin mirar a nadie echó a andar con rapidez hacia la casa. Al llegar al umbral se lanzó a la carrera, y desde el patio se escuchaban sus alaridos ahogados.

Al cabo de un instante, Nenry se volvió hacia su hermano.

—No deberías haber hecho eso, Ketí. Merytra no es tan mala.

Semerket se limitó a cerrar los ojos y recostarse en la silla, por lo que no alcanzó a ver la levísima sonrisa que por un momento curvó los labios de Nenry.

TRANSCURRIERON VARIOS DÍAS hasta que el organismo de Semerket eliminó suficiente vino para que pudiera incorporarse sin marearse. Durante aquel período durmió sobre un jergón en un cobertizo situado junto al patio. Merytra permanecía en su habitación tras declarar que no saldría «hasta que ese loco se haya ido de mi casa». Era una solución satisfactoria para todos, y los sirvientes murmuraban entre sí que ojalá el hermano de su amo visitara la casa más a menudo.

Sin embargo, la esposa de Nenry se vio obligada a salir de su encierro cuando el alcalde Paser fue de visita para presentar sus respetos al nuevo administrador de Investigaciones y Secretos. Paser llegó por la mañana rodeado de su habitual séquito de ciudadanos embelesados. Nenry salió a recibirlo junto a la verja y se inclinó profundamente ante él con los brazos extendidos. Merytra se mantuvo en segundo término, los labios apretados de furia porque Paser no se había dignado a anunciar su visita con antelación.

—No, no —aseguró Paser—, tan solo quiero ver un momento a tu hermano y luego me iré. Aunque si por casualidad tienes una pierna de ternera... Un ave de corral tampoco estaría mal, y de paso unos dátiles fritos. Esta mañana estoy hambriento. Pero te ruego que no te tomes demasiadas molestias...

Dicho aquello, Paser entró en la sala de recepciones mientras la esposa de Nenry y los siervos se afanaban en preparar el refrigerio para el importante invitado. Paser se acomodó en la silla más grande de la estancia, y Merytra se mordió el labio al oír que las delgadas patas de ébano emitían un crujido de protesta bajo el paso del alcalde. Semerket, ataviado a toda prisa con la mejor túnica y el cuello más suntuoso de Nenry, no tardó en reunirse con Paser.

—Vaya, vaya, por fin tenemos aquí el hombre a quien todos esperábamos. Te llamas Semerket, ¿verdad?

Semerket dobló la cintura y extendió las manos a la altura de las rodillas.

Una sonrisa iluminó el rollizo semblante de Paser.

—Nenry se ha jactado ante todos de tu prodigioso talento. Esperamos grandes cosas de ti en este desafortunado asunto.

Semerket lanzó a su hermano una mirada dubitativa. Paser la captó y se echó a reír.

—Es cierto. No estarías hoy aquí de no ser porque tu hermano tuvo el valor de hablar en tu favor. Y permíteme que te diga que, en presencia del Viejo Espanto, incluso a mí me cuesta trabajo hacerme oír.

Paser dedicó una mirada afectuosa a su escriba, que permanecía al fondo de la estancia en actitud modesta.

—¿El Viejo Espanto? —inquirió Semerket.

—Es el sobrenombre que le he dado a mi colega de la ribera occidental, Pawero —explicó Paser.

—Ah, sí.

—Tengo entendido que por lo visto compartes la opinión que me merece. ¿Cómo me dijo Nenry que lo llamas? Un «viejo quisquilloso cerebro de mosquito», ¿no es así? Maravilloso.

—Mi hermano no debería haberte contado eso —se horrorizó Semerket.

—¿Y por qué no? Es lo que todo el mundo piensa. De hecho, tus palabras fueron lo que me convenció de que el visir hacía bien en asignarte el caso. —Se inclinó hacia Semerket antes de continuar hablando en tono cómplice—: Entre nosotros, sospecho que Pawero sabe más del asunto de lo que revela. ¡Ah, la comida!

Con la oreja vendada, Keeya les llevó una fuente de carne y pan mientras el siervo de Nenry servía vino en cuencos de plata. Pese a que la sonrisa no abandonaba en ningún momento el rostro de Paser, sus ojos no se apartaban de Semerket.

—Bebe, te lo ruego —lo instó, ofreciéndole un cuenco—. Insisto.

Entre las sombras, el rostro de Nenry se contrajo en una mueca de alarma. Semerket hizo caso omiso de la expresión de su hermano y aceptó el cuenco de fragante vino blanco mareótico de manos del alcalde. Paser no ofreció vino a Nenry, por lo que este tuvo que limitarse a presenciar impotente cómo bebía su hermano y a temer que aquello diera al traste con su incipiente curación.

—¿Por qué sospecha el alcalde de su colega? —inquirió Semerket.

Paser se llevó una costilla de ternera a la boca y la mordisqueó pensativo antes de responder. Al ver que el cuenco de Semerket estaba vacío, le sirvió más vino.

—Se debe a que desde siempre he desconfiado de la nobleza. No son como nosotros, Semerket, como tú y yo. Nosotros nos hemos visto obligados a respetar las reglas toda la vida, mientras que ellos hacen lo que les viene en gana.

Nenry emitió una tosecilla desde su rincón. El alcalde se equivocaba al creer que Semerket había respetado alguna regla que no fuera la suya. Sin embargo, no corrigió a Paser y comprobó que tampoco su hermano lo hacía.

—Estas familias del sur son las peores —prosiguió Paser—. ¡Todo arrogancia y privilegios! ¿Puedes pasarme el pato? Excelente. Y te diré otra cosa... Ahora que del imperio apenas queda nada, estas familias tienen que afrontar estrecheces por primera vez en su vida. Toda la riqueza se concentra en el norte ahora, no aquí en Tebas. Y eso no les hace ni pizca de gracia. Sospecho de ellos, Semerket, y sobre todo de Pawero.

—Pero ¿en qué sentido? —insistió Semerket al tiempo que aceptaba un tercer cuenco de vino.

—En todos... y en ninguno. No es más que pura intuición, nada más y nada menos. Y estoy completamente convencido de que Pawero oculta algo siniestro. En fin... —dijo Paser, el, semblante convertido ahora en una máscara astuta mientras succionaba la médula del hueso de costilla—. Si descubrieras algo..., cualquier cosa,

que justificara mis sospechas, tal vez estaría en posición de... No es necesario que continúe, ¿verdad? —terminó, dejando la promesa suspendida en el aire.

Semerket lo miró con expresión impasible.

—Comprendo —repuso, procurando arrastrar un poco la palabra.

Tras enjugarse con aire ausente los dedos en el cojín que cubría la silla de ébano, Paser desanudó la bolsa de cuero que llevaba al cinto y se la arrojó a Semerket. La bolsa estaba llena de plata.

—Sabía que eras un hombre perspicaz —constató el alcalde.

Dicho aquello, Paser se levantó y dio por terminada la entrevista con un estentóreo eructo.

—Cuenta conmigo, Semerket —declaró—. A partir de ahora soy tu amigo en todas las lides.

—Lo recordaré, alcalde.

Semerket no acompañó a su hermano y a su cuñada a despedir a Paser junto a la verja. Al cabo de unos minutos, Nenry lo encontró en la letrina, vomitando todo el vino que había ingerido.

AL DÍA SIGUIENTE, NENRY DISPUSO lo necesario para presentar a su hermano al visir. Pero poco antes del alba, una tormenta de arena se abatió sobre el desierto y Tebas. La arena se coló en las arrugas de los ancianos y se secó sobre las mejillas de los niños que lloraban. Formaba remolinos y se introducía en las chozas de los pobres, en templos y palacios, y se escurría en regueros por entre las grietas sin sellar de las paredes de arcilla.

Envueltos en túnicas de malla fina especiales para aquellas ocasiones, Semerket y Nenry se asieron del brazo para abrirse camino por las avenidas desiertas hasta el Templo de Ma'at. Andaban en silencio para evitar que la arena les llenara la boca. Pese a que mediaba la mañana, era casi noche cerrada en la capital del sur. Al llegar al templo, el visir los recibió sin dilación.

—He hecho indagaciones sobre ti —anunció el visir Toh a Semerket mientras lo observaba desde su pequeño trono elevado—. Aquí se te recuerda bien.

Semerket inclinó la cabeza.

—Pero no con afecto.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Semerket se limitó a sostener la mirada del visir desde su taburete bajo, colocado a los pies del sillón del anciano.

—Gran señor —intervino Nenry con el rostro atormentado por los tics nerviosos—, ya os anuncié que mi hermano es un hombre de gran sinceridad, nada proclive a la delicadeza ni a la adulación.

—¿De gran sinceridad? —lo atajó el visir—. Pues a mí me han contado que era un hombre grosero, insubordinado, de malos modales y peor carácter. Algunos incluso lo califican de vulgar.

Nenry intentó cambiar de táctica.

—No obstante, mi hermano posee una virtud, gran señor, y es que siempre dice la verdad.

Toh se reclinó en el trono con un suspiro.

—Eso también lo he oído.

Emitió un quejido, pues le dolían todas las articulaciones cuando estallaba una tormenta de arena. Al poco miró a Semerket por debajo de la peluca.

—Tengo entendido que tu hermano dice la verdad como un leñador blande su hacha.

Acto seguido, Toh pidió cerveza endulzada con miel. Su escriba, sentado en el suelo junto a él, dejó los utensilios y sirvió la bebida de una jarra colocada a su lado.

—Pues bien, quiero oír alguna muestra de esa verdad que siempre te acompaña —anunció el visir—. Dime algo que nadie ose decirme a la cara.

—¡Gran señor! —se alarmó Nenry, temeroso de las consecuencias que podía acarrear semejante petición.

En la penumbra de la sala, Toh alzó la mano para acallarlo.

—Vamos —instó a Semerket sin apartar de él su penetrante mirada—. Asómbrame.

Por un instante, Semerket dio la impresión de sopesar sus siguientes palabras.

—Al gran señor le duelen mucho los huesos hoy —dijo por fin.

—Pues sí —asintió Toh con un suspiro algo suspicaz—. Es cierto, los huesos me están matando. Soy muy, muy anciano.

—En tal caso, ¿por qué no te retiras y dejas el gobierno de Egipto en manos de un hombre más joven y vigoroso? —preguntó Semerket sin ambages.

La expresión que se pintó en el rostro del visir impulsó a Nenry a arrojarle al suelo, donde permaneció temblando como una hoja.

—¿Qué has dicho? —masculló Toh en un gruñido amenazador.

—Has cometido el error de creer lo que cree todo déspota longevo —prosiguió Semerket—, a saber, que lo que es bueno para ti es bueno para el país.

—¡Qué insolencia! —se indignó Toh con labios temblorosos por la ira—. ¡Debería hacerte azotar!

Semerket se encogió de hombros.

—¿Cómo puedes averiguar la verdad acerca del asesinato de una sacerdotisa si lo único que deseas es silenciar esa verdad a base de golpes?

—¡Por todos los dioses...! —se enfureció Toh.

Sin embargo, se interrumpió en seco a la mención de la sacerdotisa y volvió a recostarse en el trono, jadeante y tamborileando con los dedos sobre las filigranas de los brazos.

—Me han informado bien sobre ti. Tus modales deberían haber acabado contigo hace mucho tiempo.

—Nunca te mentaré, gran señor —prometió Semerket en voz baja—, por

desagradable que resulte la verdad. Ni tampoco volveré a bromear en nombre de la verdad.

De modo que el hombre le había gastado una broma, pensó Toh. Saberlo apaciguó su orgullo herido... un poco.

—¿Cuánto tiempo te llevará resolver este caso? —inquirió.

—Ni tan siquiera existen garantías de que llegue a resolverlo, gran señor. Y desde luego, no sé cuánto tardaré. Semanas, meses tal vez.

—Supongo que me acarrearé muchos gastos...

—Mi manutención, los sobornos habituales...

—Llevarás este distintivo para proclamar que eres mi enviado.

Toh le entregó un collar de cuentas de jaspe del que pendía la insignia del visir.

—Podrás recurrir a mis arcas siempre que lo precises, viajar sin restricciones y acceder a todos los lugares. No repares en gastos ni te detengas ante nada para averiguar la verdad. Quiero informes, pero solo cuando tengas algo que contarme. — El visir chasqueó los dedos, y el escriba le alargó una bolsa de cuero que el anciano arrojó a Semerket—. Con esto debería bastarte para empezar.

La bolsa estaba repleta de anillos de oro y plata, así como pedazos de cobre.

—Es suficiente —constató Semerket tras sopesar la bolsa.

—Si necesitas algo más mientras yo esté en el norte, acude a Kenamun. Él es mis ojos en el sur —anunció mientras señalaba al escriba sentado junto al trono con las piernas cruzadas.

El hombre se incorporó con ademán cortés y se inclinó ante ambos visitantes. Poseía un semblante afable e inteligente a un tiempo.

De repente, la fragancia de un perfume almizcleño interrumpió la conversación, y Toh husmeó el aire con expresión irritada. En el umbral de sus aposentos había cinco damas, todas ellas cubiertas de los pies a la cabeza con túnicas de gasa, la vestimenta de protección contra la tormenta de arena. La señora del centro fue la única que se retiró el velo de gasa que le protegía el rostro.

La figura que apareció en la penumbra era una mujer de cierta edad, pero de intensa belleza morena. Vestía con una sencillez rayana en la severidad, pero el áspid que coronaba su peluca impulsó a Semerket a inclinarse de nuevo con las manos extendidas a la altura de las rodillas. Solo los miembros de la familia real tenían permiso para lucir la insignia de la cobra sagrada. Nenry también se tendió de bruces en el suelo.

El visir había adoptado una expresión disgustada y en aquel momento se incorporó con dificultad para inclinarse ante la dama.

—Mi señora —saludó.

—Te ruego me disculpes por molestarte, visir Toh.

Semerket pensó que su voz era uno de los sonidos más hermosos que había oído en su vida, liviana pero rebosante de calidez y afecto maternal.

—La presencia de la reina Tiya es como el sol tras la tempestad —masculló el

visir.

Qué extraño que las palabras de tributo del visir sonaran tan frías. Semerket observó subrepticamente a la renombrada pero casi nunca vista reina.

—Por favor, siéntate, anciano señor —pidió la reina mientras avanzaba hacia Toh para ayudarlo a acomodarse de nuevo en el pequeño trono—. Me iré enseguida; es a Semerket a quien quería ver.

Nenry profirió una exclamación ahogada de gran asombro. ¿Cómo podía el nombre de Semerket haber alcanzado a un personaje de tan elevado nivel como la reina Tiya? Desde su posición tan solo veía sus sandalias doradas mientras la reina caminaba hacia su hermano y le apoyaba una mano en el hombro.

—Por favor —dijo en aquella voz mágica—. Me disgusta el protocolo. Siéntate junto a mí para que podamos hablar como personas.

Semerket se incorporó para obedecer a la reina. Titubeó un instante antes de sentarse, pero ella sonrió y palmeó el asiento del banco junto a ella. Semerket se sentó en el borde con la espalda rígida.

A un gesto de la reina, una de las figuras cubiertas avanzó para colocar un objeto metálico en la palma de su mano. La reina se volvió hacia Semerket, le tomó una mano, puso en ella el objeto y cerró sus dedos en torno a él.

—He venido para entregarte esto. Te protegerá y asimismo te ayudará en este terrible..., este sobrecogedor crimen que ha segado la vida de esa encantadora anciana.

Por increíble que pareciera, la reina rompió a llorar. Semerket sintió que la lengua se le adhería al paladar y se la quedó mirando en silencio. Tiya seguía aferrada a su mano.

—Hetefras era casi como una madre para mí —explicó la reina al recobrar la compostura—. Nos conocimos cuando ambas éramos sacerdotisas, pero con los años nos hicimos mucho más que amigas. Cuando pienso... —El labio inferior empezó a temblarle de nuevo, pero se contuvo con ademán resuelto—. Cuando Paser me contó que habías sido elegido para esclarecer el misterio de su muerte, supe que debía hacer cuanto estuviera en mi mano para ayudarte.

—Gracias, señora —musitó Semerket tras conseguir soltar la lengua cautiva.

La reina apoyó la mejilla húmeda en la mano del hombre y acto seguido se la besó.

—Sé que no soy más que una débil mujer, pero debes creerme si te digo que este amuleto es muy poderoso. He enviado otros a los *mejays* que custodian la Gran Pradera. Debes llevarlo siempre contigo.

Semerket asintió.

—Que los dioses te bendigan y te protejan, Semerket. Si necesitas algo, debes acudir a mí de inmediato.

Semerket volvió a asentir.

En aquel momento, Tiya se levantó y explicó que no podía llegar tarde al ensayo

del coro en el templo de Sejmet. Se cubrió el rostro con el velo, y mientras los hombres se inclinaban de nuevo, ella y sus damas se retiraron en silencio.

—Buf, mujeres y su magia —resopló Toh en cuanto se perdieron de vista—. Estoy cansado —anunció con un gesto vago, fatigado por la súbita aparición de la reina—, y la arena me está despellejando los párpados. Ya podéis retiraros.

De repente, el visir miró a Semerket con algo parecido a una expresión traviesa.

—Debo llevarte ante Ramsés —constató en tono algo perplejo—. Sin duda alguna le sentaría bien escuchar la verdad de tus labios.

Una vez fuera del templo de justicia, donde la tormenta de arena había arremetido y levantaba enfurecidos remolinos, Nenry y Semerket se cobijaron tras una esfinge de alabastro del gran dios Ramsés II, antepasado lejano del actual faraón.

—Tu juego es peligroso, hermano —gritó Nenry a Semerket a través del pañuelo—. Mira que tomar el pelo a Toh por su edad.

—Yo no juego —replicó Semerket—; tan solo procuro emplear el menor tiempo posible para alcanzar mis fines.

De repente, Semerket asió el brazo de su hermano entre los aullidos del viento. Nenry percibió su fuerza, y pese a la arena distinguió el brillo fiero de sus ojos negros.

—¿Puedo contar contigo, Nenry?

Este se lo quedó mirando unos instantes con expresión reacia.

—Sé que soy un cobarde y un estúpido —admitió por fin—, porque mi esposa me lo repite sin cesar..., pero tú eres mi hermano, y sí, puedes contar conmigo, si es que te sirve de algo.

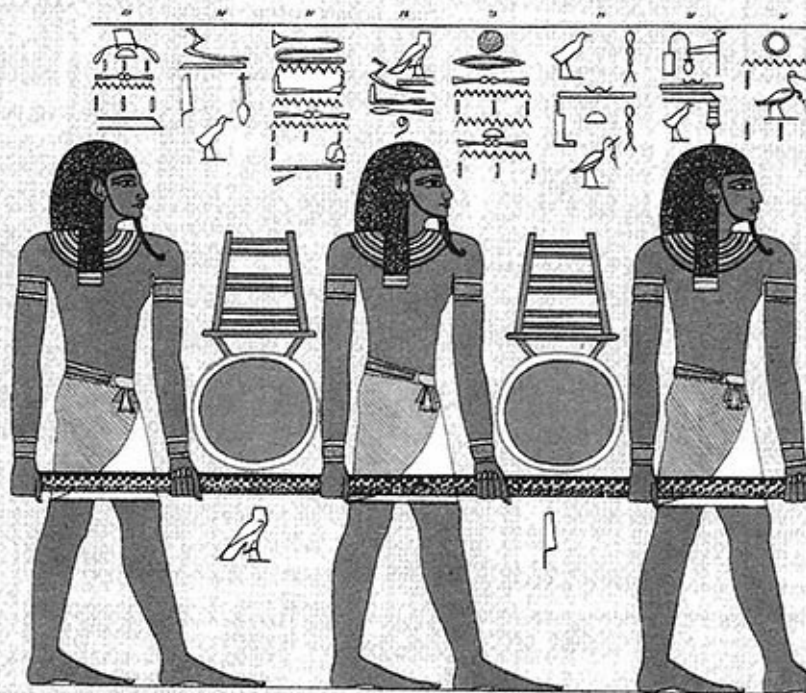
Semerket asintió.

—Te enviaré noticias mías cuando pueda —anunció.

Por entre la niebla de arena, Nenry creyó ver el fugaz brillo de los dientes de su hermano.

—Dile a tu esposa que ya puede salir de su cuarto.

Y de pronto, Nenry se quedó solo, siguiendo con la mirada la figura de su hermano hasta que se perdió entre los remolinos de arena.



LOS SIERVOS DEL LUGAR DE LA VERDAD



—¿QUÉ QUIERES?

El muchacho había abierto la gran puerta de madera con un gruñido huraño. Se quitó con el dedo una semilla atrapada entre las muelas y luego se lo limpió en el mugriento taparrabos mientras miraba a Semerket, o mejor dicho la jarra de cerveza fuerte que este llevaba.

Era mediodía. El aire seguía impregnado de arena fina, vestigio de la tormenta, y un calor estival abrasaba el paisaje, atrapado por la bruma que se resistía a desaparecer. Semerket había elegido adrede esa hora para visitar la Casa de la Purificación, sabedor de que los sacerdotes y sus sirvientes estarían descansando, aunque también de que el hedor de la casa alcanzaba su punto álgido a mediodía.

—¿Sigue vivo Metufer el Destripador? —inquirió.

—Es viejo y le tiemblan las manos, pero sí, sigue siendo el eviscerador.

Semerket le alargó la jarra.

—Llévame con él.

El rapaz cogió la jarra con aire codicioso, arrancó el blando sello de arcilla y olisqueó el contenido.

—Vaya, cerveza fresca, no los orines que nos suelen traer. —Al instante, una expresión suspicaz ensombreció su rostro—. Pero no traes a nadie para ser purificado. ¿Qué quieres de Metufer?

—Soy amigo suyo; me llamo Semerket.

El muchacho lanzó un bufido.

—¿Un amigo que no sabe si está vivo o muerto? Puede que más que un amigo seas una fuente de problemas.

—Si no quieres la cerveza... —dijo Semerket con un encogimiento de hombros antes de alargar la mano para recuperar la jarra.

El muchacho se apresuró a ponerse fuera de su alcance.

—Te llevaré con él, te llevaré con él —prometió con voz quejumbrosa—. Es que no recibimos muchas visitas..., y me azotarían si llevara a alguien a quien Metufer no quiere ver.

El muchacho abrió la puerta un poco más. Semerket aspiró una última bocanada de aire fresco y cruzó el umbral para adentrarse en la penumbra de la Casa de Purificación. El chico cerró la puerta tras él.

Los ojos del administrador fueron habituándose a la semioscuridad. Se hallaba en el vestíbulo de entrada, donde se alzaba la estatua de piedra caliza de Osiris, ennegrecida por muchas generaciones de incienso oleoso. El dios seguía engalanado desde el festival, si bien las flores aparecían ya marchitas. A su derecha se erigía una estatua de Anubis igual de mugrienta. Las ventanas instaladas cerca del tejado eran las únicas fuentes de luz de la estancia. Bajo las sandalias, Semerket sintió crujir las partículas de natrón, la fina sosa granular que se obtenía en el desierto.

—Espera aquí —indicó el muchacho—. Voy a buscar al Destripador.

Semerket reparó en que no había respirado una sola vez desde que entrara en la casa. Haciendo acopio de valor, exhaló el aire acumulado en los pulmones, y aun antes de inspirar la siguiente bocanada percibió el hedor sofocante de las especias. La pesada mirra resinosa colisionaba con los efluvios de las dulces esencias florales. La resina de enebro, las sales y sobre todo el olor salado a natrón conspiraron en sus fosas nasales para provocarle arcadas. Pero era el intenso hedor a carne descompuesta lo que le provocó las peores náuseas, un olor que todo lo impregnaba y que los perfumes no lograban ahogar.

Semerket deslizó la mano en la faja en busca de las virutas de cedro que llevaba consigo e inhaló con avidez la aromática madera. Seguía oliendo la carne podrida, pero ahora con menor intensidad.

Con paso seguro atravesó el vestíbulo, llevaba la bolsa de virutas de cedro apretada contra la nariz, y caminó por la penumbra hasta la parte posterior del complejo. Un postigo entreabierto dejaba pasar la luz del mediodía entre sus tablillas. Semerket lo abrió del todo y contempló parpadeando la luz neblinosa del patio.

Los cobertizos se encontraban a la izquierda, tal como recordaba, muy juntos y monótonamente idénticos. Construidos en los márgenes del desierto y provistos de numerosos estantes, cada nivel estaba atestado de montañas de natrón amarillo.

En el extremo más alejado del patio, Semerket distinguió un movimiento furtivo en el borde rojo del desierto. Eran perros salvajes que merodeaban inquietos en la frontera del complejo. Las bestias miraban los cobertizos con avidez y erguían las orejas en su dirección. El más osado de ellos, los escuálidos flancos color beis, un manto móvil de garrapatas y pulgas, avanzó cauteloso hacia el cobertizo más apartado. Los jóvenes centinelas se habían retirado para echar la siesta durante las horas más calurosas del día, y solo el más joven de ellos estaba de guardia. Al ver al animal, se apresuró a arrojarle piedras y gritar para ahuyentar a la jauría.

El macho dominante le plantó cara con la cabeza gacha y un gruñido amenazador. Cuando lo alcanzó un fragmento de cerámica, el can se abalanzó sobre el muchacho entre ladridos furiosos. El centinela giró sobre sus talones y huyó despavorido mientras pedía ayuda a sus compañeros.

Al ver que los cobertizos quedaban momentáneamente desprotegidos, el perro aprovechó la ocasión, corrió hacia el más próximo y empezó a escarbar con furia en un montón de natrón, levantando una polvareda amarilla. En cuestión de segundos

quedó al descubierto su presa..., un brazo humano flaco y arrugado.

El perro cerró la mandíbula en torno a la muñeca y tiró. El resto del cadáver no tardó en aparecer entre el polvo amarillo. Era una mujer en la última fase de la purificación, el cabello teñido de amarillo por el natrón, el cuerpo convertido en una muñeca rígida, seca y arrugada.

El perro arrancó el brazo a la altura del codo con un fuerte chasquido, llevándose como recompensa dos huesos quebrados y una mano de uñas ennegrecidas. Acto seguido, el animal volvió al desierto a toda velocidad, gruñendo a los demás perros que empezaron a abalanzarse sobre él para tirar del brazo y llevarse aunque tan solo fuera un pedacito de carne disecada.

Semerket vio salir a los otros centinelas de la casa para enterrar de nuevo a la mujer bajo su montón de natrón. Los parientes de la difunta, si es que tenía alguno, nunca llegarían a saber que le faltaba un brazo, pues los embalsamadores de la Casa de Purificación le pondrían uno de arcilla o tal vez una rama de palmera moldeada para emular la forma apropiada. Una vez bien envuelta en su sudario, nadie detectaría el engaño.

Semerket regresó al vestíbulo para sentarse en un destartado banco a esperar a Metufer. El calor y los nauseabundos olores se combinaban en una suerte de vapor narcótico. Mientras aguardaba al Destripador, sintió que los párpados empezaban a cerrársele contra su voluntad, y no tardó en dejar de oír el omnipresente zumbido de las moscas negras que llenaban el lugar.

Al poco, una carcajada lejana que se trocó en un acceso de tos estalló en el cerebro de Semerket.

—¡Por el falo rojo brillante de Anubis, pero si es Semerket! ¡Cuántos años!

Otro ataque de tos seca llenó el oscuro vestíbulo. Semerket despertó del todo y a punto estuvo de atragantarse al recuperar su ka errante y tragárselo. Abrió los ojos con serenidad y contempló a su viejo amigo y antiguo mentor, Metufer.

—Mírate —tosió el viejo—, roncando en mi casa cuando deberías ponerte en pie de un salto, maravillado al verme aún con vida.

Metufer era un hombre grotescamente obeso. Habían transcurrido diez años desde la última vez que se vieran, y Semerket se sorprendió al comprobar que el Destripador apenas si había cambiado. En efecto, las manos le temblaban un poco y su voz brotaba algo insegura, pero Semerket advirtió que ni una sola arruga surcaba su rostro.

—Metufer —lo saludó al tiempo que intentaba rodearlo con los brazos—. Tienes un aspecto estupendo.

El viejo sacerdote echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada, que de nuevo degeneró en un acceso salvaje de tos.

—Nunca... había... estado... mejor en... toda... mi vida —alcanzó a jactarse.

Metufer tosía desde que Semerket lo conocía; afirmaba que el natrón le irritaba los pulmones. Pero mientras que la tos le había privado de un habla fluida, al mismo

tiempo había aguzado su intelecto. Metufer era considerado una suerte de oráculo en la Casa de Purificación, tanto por su inteligencia como por su destreza con la daga de basalto, razón por la que lo habían nombrado Destripador.

En aquel instante, Metufer experimentó uno de sus arranques de clarividencia, y su risa se cortó en seco mientras observaba a Semerket.

—Algo te preocupa —constató con las comisuras de los labios curvadas hacia abajo—. Pero si mal no recuerdo, eso no es nada nuevo. Siempre has sido un muchacho taciturno.

—En efecto, un problema me trae hasta ti, Metufer —reconoció Semerket—. Ha muerto una sacerdotisa, y si se trata de un asesinato, soy el encargado de dar con su asesino.

—Así que de nuevo eres el administrador... de...

El anciano se agarró el vientre y se inclinó hacia delante para recobrar el aliento.

—Investigaciones y Secretos —terminó Semerket por él—. Me ha nombrado el visir Toh.

Dicho aquello se apartó la capa para mostrarle la placa con la insignia del visir que pendía del collar de cuentas de jaspe.

—En primer lugar debo determinar si la muerte de la sacerdotisa fue un accidente —explicó—. Su cadáver fue encontrado en el Nilo, y cabe la posibilidad de que se ahogara, de que un cocodrilo le infligiera las heridas o de que estas se produjeran después de su muerte, no lo sé. Lo único que sé es que tú, Metufer, eres capaz de oír hablar a los muertos mucho después de que sus labios dejen de moverse.

—Has elegido el momento idóneo —aseguró Metufer—. El cadáver de Hetefras ha estado sumergido en los baños de natrón, como dicta la tradición. Estaba a punto de abrirla cuando has llegado. Ven a ayudarme, como en los viejos tiempos.

La sala hasta la que siguió a Metufer era la más espaciosa del complejo. Al igual que todas las demás, permanecía inmersa en una penumbra iluminada tan solo por algunas antorchas. Una enorme piscina llena de agua del Nilo teñida de amarillo por el natrón ocupaba casi todo el rincón sur de la cámara. Semerket pudo guardarse la bolsa de virutas de cedro, pues allí el hedor de la carne descompuesta daba paso a la penetrante fragancia medicinal de la resina de enebro y de laurel.

Al otro lado de la piscina, dispuestas en pulcras hileras, se veían grandes mesas de piedra sobre las que yacían cuerpos en distintas fases de la purificación. Los jóvenes sirvientes, despiertos ya tras la siesta, empezaron a limpiar el suelo, empapándolo con jarras de agua. Era una tarea necesaria, pues los desagües instalados sobre las mesas transportaban una corriente constante de fluidos corporales. Otros muchachos llevaban cestas de natrón que esparcían por el suelo para contribuir a absorber una parte de los líquidos procedentes de las mesas.

Metufer se acercó a una mesa desocupada y ordenó a un hombre que sacara de la piscina el cadáver de Hetefras. Tras coger un largo palo rematado por un gancho de bronce, el hombre empezó a sumergirlo en distintos puntos del agua turbia, sacando

los cuerpos uno a uno, enganchados bajo el mentón, para aproximarlos a la mortecina luz de la sala. Semerket los observaba detenidamente con sus negrísimos ojos.

—¡Ahí! —exclamó al ver aflorar el cadáver de una anciana.

Instintivamente supo que se trataba de Hetefras. Se había forjado una imagen de ella desde que le asignaran el caso y experimentó una punzada de pena al verla. Si bien también él había trabajado en la Casa de la Purificación y sabía a qué atenerse, lo cierto era que siempre la había imaginado viva, no convertida en ese pedazo de carne encogida que el hombre encaramaba en aquel instante a la mesa.

En aquel momento vio el corte que le rebanaba el cuello. Era una incisión grande y limpia como las que practican los sacerdotes a las víctimas sacrificiales en los templos. Ningún cocodrilo podía infligir una herida tan perfecta. No obstante, cabía la posibilidad de que Hetefras hubiera sido mutilada tras su muerte. Era una pregunta que debía formularse y hallar respuesta, aunque Semerket estaba convencido de que dicha respuesta sería negativa.

Metufer y tres de sus ayudantes habían desaparecido en una antesala. Al regresar, todos ellos llevaban una máscara de cuero que representaba a Anubis, el dios con cabeza de chacal. Metufer sostenía un reluciente cuchillo de basalto, cuyos filos pulimentados captaban la escasa luz de la sala. Tras mascullar una última plegaria en petición de perdón, Metufer clavó el cuchillo en el costado de Hetefras con ademán brusco y cortó en dirección al abdomen.

Con la rapidez con que un matarife filetea un pato en el mercado, el Destripador practicó una incisión larga e incruenta. Semerket hizo una mueca, sorprendido al comprobar que con los años se había agudizado su sensibilidad. Cuando Metufer deslizó el cuchillo por el estómago de Hetefras, Semerket sintió que el suyo se le rebelaba. En silencio le ordenó que se calmara, como si de un perro desobediente se tratara, pero aun así no logró evitar que el sudor le humedeciera la frente.

Cuando por fin Metufer retiró el cuchillo, los otros sacerdotes de Anubis empezaron a vociferar, alzando las manos en fingida ira y aflicción. Empleando algunas expresiones del egipcio arcaico que se hablaba desde hacía mil años en el momento de aquellos «reasesinatos» rituales, persiguieron al corpulento Metufer fuera de la sala entre gritos y maldiciones. Al salir de la estancia, el Destripador indicó con un gesto subrepticio a uno de los muchachos que llevara una caja a Semerket.

Este comprobó que la caja contenía una prenda de hilo. La sacó y la desdobló. De las manchas de sangre que descendían desde el cuello por la pechera y la espalda se desprendía que era la túnica que vestía la sacerdotisa al ser encontrada. Pese al tiempo que su cadáver había permanecido flotando en el Nilo, el agua no había logrado limpiar la sangre. En la caja también había un pectoral de alambre tachonado de amuletos y algunos abalorios de cristal. Desde luego, no la habían matado para arrebatarle sus posesiones, pensó Semerket, sombrío. Al poco volvió a guardar las tristes reliquias en la caja, y al cabo de un instante, Metufer se reunió con él.

—¿Solo llevaba esto? —inquirió Semerket—. ¿No llevaba peluca ni sandalias?

—No hay nada más.

Semerket caviló unos instantes. Con toda probabilidad, la peluca y las sandalias yacían en el fondo del Nilo, una perspectiva lamentable. Sin embargo, si estaban en otra parte y lograba encontrarlas, tal vez pudieran indicarle dónde había muerto la señora.

Metufer se situó de nuevo junto a la mesa e indicó por señas a Semerket que se acercara.

—¿Qué quieres saber, Semerket? —preguntó.

Curiosamente, su tos había desaparecido.

—¿Se ahogó? —inquirió el administrador al tiempo que se aproximaba; conocía la respuesta, pero no le quedaba otro remedio que formular la pregunta.

—Veamos que nos cuenta esta difunta —dijo Metufer.

Acto seguido, introdujo la enorme mano en la incisión. Semerket vio que la carne del cadáver de Hetefras subía y bajaba a causa de los movimientos. Con destreza fruto de la experiencia, Metufer halló lo que buscaba y dio un tirón. La mano salió a la superficie con un pulmón de aspecto marronoso y distendido.

—No la ahogaron —susurró Metufer—. En tal caso, podría escurrir el pulmón y sacar agua como si de una esponja se tratara. En cambio, mira lo que sale si aprieto. —Oprimió el órgano, del que tan solo brotó sangre ennegrecida—. Estaba en tierra firme cuando la mataron, y la sangre le llenó los pulmones desde la herida que tenía en el cuello y la tráquea. Por eso el tejido ha cobrado este color marronoso.

—Es decir, que se ahogó... en su propia sangre —constató Semerket.

—No —denegó Metufer—. No hay suficiente sangre para eso. Murió antes de poder inhalar más.

Alargó el órgano a su asistente, quien lo guardó en una vasija de natrón. Más tarde, en cuanto estuviera del todo seco, lo sellarían con resina de enebro caliente y lo venderían para sepultarlo con los demás órganos de Hetefras.

—¿Podrían haberle infligido las heridas después de su muerte? —quiso saber Semerket.

Metufer ordenó a los sacerdotes de Anubis que tendieran a Hetefras de bruces.

—Fíjate en el color de su carne, Semerket. ¿Sabes qué sucede con la sangre cuando una persona muere y la sangre permanece en el interior de su cuerpo?

—Que se acumula cerca del suelo, independientemente de la posición del cuerpo.

—Y la carne de Hetefras está blanca, sin sangre acumulada que le haya teñido la piel de negro. ¿Qué conclusión sacas de esta circunstancia?

—Que toda la sangre le brotó de las heridas antes de morir.

—¡Sí! —exclamó Metufer, aplaudiendo la perspicacia de Semerket como si este fuera de nuevo el discípulo y él, su maestro.

Fue entonces cuando Semerket vio la segunda herida en la base del cráneo de Hetefras, una hendidura en el hueso y la carne que dejaba al descubierto parte del

cerebro. Los ojos ancianos pero agudos de Metufer también repararon en ella. Con ayuda de un pequeño gancho de alambre, empezó a palpar la herida.

—En circunstancias normales practicaría una incisión a través de los senos para extraer el cerebro, pero puesto que disponemos de un acceso tan cómodo...

Metufer procedió a retirar pedazos de cerebro sin demasiada sutileza. El cerebro no se conservaba porque no servía de nada, de modo que Metufer prefería ser concienzudo a cuidadoso.

De repente, tanto él como Semerket oyeron un leve tintineo metálico que no esperaban y cambiaron una mirada. Con suma delicadeza, Metufer desplazó el gancho por el interior del cráneo de la sacerdotisa. De nuevo se oyó el tintineo. Metufer siguió buscando, acercándose cada vez más al objeto.

Semerket apenas si se atrevía a respirar.

Por fin, Metufer dio con su presa. El administrador se inclinó hacia delante para perderse detalle. El Destripador movió el gancho una vez más y lo retiró muy despacio del cráneo. En una punta curva se veía un trozo de metal oscuro y reluciente, adherido al gancho con suero y pedacitos de cerebro.

Sin lugar a dudas era la punta de una hoja de hacha, fabricada con el raro metal azul de los hititas y rota en una esquina. Metufer la sostuvo entre los gordes pulgar y dedo medio. Con mucho cuidado la colocó junto al borde de la segunda herida, situada en la nuca de Hetefras, y pese a la deformación de la piel ocurrida en el Nilo, encajaba a la perfección.

Metufer alargó el trozo de hacha a Semerket.

—A todas luces, nuestra sacerdotisa quiere comunicarte algo. Pese a que este metal es el más resistente del mundo, se aferró a él aun en la muerte. Ni siquiera las aguas del Nilo lograron arrebatarlo. Si encuentras al propietario de la hoja en la que encaja este fragmento, tendrás a su asesino.

Semerket adoptó una expresión escéptica.

—Si es que no la han fundido o escondido. Pero al menos ahora sabemos a ciencia cierta que la pobre mujer fue asesinada.

Metufer se limitó a asentir y con sumo cuidado se inclinó para enjuagar el fragmento de metal azul en la piscina de lechoso natrón. Luego lo secó meticulosamente y se lo entregó a Semerket, quien se lo guardó entre los pliegues de la faja. Volviéndose de nuevo hacia el anciano y obeso sacerdote, Semerket le apoyó una mano en el hombro a modo de agradecimiento. De nuevo, la tos seca del anciano llenó la estancia. Con una última mirada a Hetefras, Semerket se llevó de nuevo la bolsa de virutas de cedro a la nariz y se fue por donde había venido.

EL DÍA AMANECIÓ INCREÍBLEMENTE RADIANTE. Semerket se apeó de la embarcación de juncos que lo había transportado a través del río y arrojó una pieza de cobre al barquero. Luego se volvió hacia la Puerta del Cielo, la montaña en forma de pirámide

que protegía la Gran Pradera, donde yacían los faraones. El sol naciente teñía la montaña de un vivo color melón, y a medida que avanzaba, las sombras de la ladera se aplanaron visiblemente hasta que su semblante de roca adquirió su matiz rosado habitual.

Semerket se alejó apresuradamente del embarcadero hacia el paso elevado que conducía hacia el oeste. El sendero de losas no estaba muy concurrido; tan solo vio a unos cuantos pescadores encaminándose hacia el río. Su bastón golpeaba las piedras con un ritmo constante que resonaba en el aire claro y fresco de la mañana.

Al cabo de unos minutos pasó ante el templo del gran dios Amenhotep III. Custodiaban el decrepito edificio los colosos gemelos del antiguo faraón, a quienes los lugareños llamaban Gobernantes de Gobernantes. Las estatuas sentadas presentaban aún colores muy vivos, aunque la pintura aparecía bastante desconchada. Ningún faraón, ni siquiera Ramsés II, había erigido estatuas mayores que aquellas. Sin embargo, en el templo que custodiaban tan solo moraba un puñado de sacerdotes. La estructura principal se había derrumbado años atrás, pues los ambiciosos arquitectos habían situado el edificio cerca del río, de modo que las aguas del Nilo lo anegaban todo en época de crecidas. Por esa razón, el templo se convirtió en el montículo simbólico de tierra que había surgido de las aguas del caos primordial. Por desgracia, muchos años de crecidas habían socavado los cimientos del templo, que acabó por sucumbir. Diversos faraones posteriores, sobre todo Ramsés II, habían aprovechado sus inmensas ruinas como cantera. El resto del complejo aparecía cubierto de maleza y palmeras jóvenes, y el canto de alondras y cigarras eran las únicas oraciones que ahora se entonaban en él.

Pese al ruinoso estado del lugar, los sacerdotes que lo habitaban estaban ofreciendo fuentes de cebollas y hogazas de pan a los espíritus de las estatuas. Cuando pasó ante ellos, lo miraron con semblante impasible, y Semerket continuó andando con el resuelto rostro vuelto hacia la Puerta del Cielo.

El paso elevado no tardó en bifurcarse. Sabía que el brazo sur lo conduciría hasta el Templo de Yamet. Concurrido y ruidoso, Yamet constituía el corazón de toda la industria y la riqueza de la zona, pues era la residencia meridional del faraón actual, Ramsés III. A la derecha de Semerket, el brazo norte ascendía hacia las montañas para luego adentrarse en el salvaje desierto rojo donde moraba el dios Set.

Semerket titubeó un instante. Las oficinas del alcalde de occidente también se encontraban en Yamet. Sabía que debía presentarse ante Pawero como gesto de cortesía, pues el alcalde era el señor absoluto de la parte occidental de Tebas, y técnicamente estaba violando la jurisdicción del alcalde al pisar aquel territorio.

Sin embargo, una fuerza incomprensible lo impulsaba a buscar el silencio agreste de los acantilados y del desierto. Era allí donde Hetefras había atendido sus pequeños altares y templos. Tenía que ir de todos modos, aunque solo fuera para forjarse una idea del lugar en que había vivido la sacerdotisa y lo que había visto durante sus días en la Tierra, incluso oler el aire que había respirado.

Semerket decidió que Pawero podía esperar y enfiló el sendero que conducía a la Puerta del Cielo.

Los campesinos aún cosechaban los campos, recolectando los últimos vestigios de espelta. Ninguno de ellos lo saludó, sino que siguieron trabajando, ya que pronto se les echaría encima la crecida del Nilo. En los campos se veían varias hogueras encendidas para quemar la paja, y el denso humo negro se elevaba en columnas hacia el cielo. Aquel olor lo cogió desprevenido y de repente le recordó a Naia. Recordaba su hogar, construido cerca de unos campos similares, impregnado de aquellos olores característicos de la tierra, las ocasiones en que él y Naia se unían a los campesinos en sus festivales para celebrar la cosecha...

Semerket se detuvo. De pronto se sentía abrumado por una amargura insondable y percibió que su *ka* quedaba reducido a la mínima expresión. El nombre de Naia era un grito en su mente, hasta el punto de que no sabía si acababa de pronunciarlo en voz alta o si por el contrario había permanecido en silencio, pero se le antojó que resonaba por el paisaje entero.

Concluyó que algún demonio o genio malvado debía de haberse apoderado de él. ¿Cuánto tiempo le llevaría olvidarla y volver a ser él mismo? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que aquella aplastante sensación de pérdida menguara? En aquel momento deseó con todas sus fuerzas poder echar un trago de vino para calmarse.

Con aire resuelto, se puso la capa de lana gris sobre el hombro y pisando la tierra con firmeza reanudó la marcha. El sendero pavimentado dio paso a un camino de tierra que se estrechó hasta convertirse en una angosta vía flanqueada de matorrales, apenas lo bastante ancha para una sola persona. A medida que transcurrían los minutos, el grito que resonaba en su mente quedó reducido a un mero susurro.

Las tierras de cultivo acababan de forma abrupta. Semerket pudo plantar un pie en la tierra negra que el Nilo había inundado el año anterior y el otro en las arenas rojizas que señalaban el principio del desierto. Había un pozo, y Semerket bebió su agua fría con avidez, pues no sabía cuándo volvería a tener ocasión de beber.

El sol avanzaba hacia su cenit, y el frío de la mañana se había desvanecido. El sendero ascendía escarpado entre acantilados de afilada arenisca roja. Ante sus ojos se erigía una torre de *mejays*. Supuso que los policías nubios lo detendrían para averiguar su identidad y comprobar sus credenciales. Los *mejays* nubios se mostraban implacables a la hora de mantener a toda persona no autorizada fuera de la Gran Pradera, o al menos eso tenía entendido.

Sin embargo, nadie le dio el alto. Al acercarse más oyó el leve pero inconfundible sonido de unos ronquidos sobre su cabeza. Meneó la cabeza en ademán desaprobador; toda la riqueza de las generaciones de Egipto estaba enterrada en sepulcros a escasa distancia, y nadie la custodiaba.

—¡*Mejay!* —gritó en dirección a la torre.

No obtuvo respuesta, y los ronquidos continuaron.

—¡Sargento! —gritó con más fuerza.

Recogió una piedra del suelo y la arrojó por la ventana de la torre, donde chocó contra algo blando. Los ronquidos cesaron en seco. Semerket esperó pacientemente a que apareciera el policía, pero al poco le llegó de nuevo el sonido de los ronquidos del guardia.

Semerket dio la espalda a la torre con un encogimiento de hombros y siguió camino hacia los desfiladeros. Semejante negligencia era un triste ejemplo del modo en que Pawero gobernaba aquella ribera del Nilo. El desdén que le inspiraba el alcalde occidental se agudizó varios puntos.

Para entonces ya se había adentrado en las profundidades de la Gran Pradera. El rojo de los acantilados de arenisca roja había dado paso de forma gradual al blanco apagado de la piedra caliza. El silencio era tan denso que constituía un sonido en sí mismo, una suerte de sobrecogedor rugido primordial. Descubrió que si permanecía inmóvil, la causa del ruido era el latido de su corazón.

En algún lugar bajo aquellas rocas se recolectaba la cosecha más importante de Egipto, las momias de los faraones muertos. De hecho, los sepulcros eran las forjas que insuflaban vida eterna a los reyes. Las inscripciones mágicas en las paredes garantizaban que despertarían a la vida eterna para velar para siempre por el bien de Egipto. A cambio, el pueblo los veneraba a perpetuidad y mantenía vivos sus nombres.

Algo que vio por el rabillo del ojo lo arrancó de su ensimismamiento. ¿Qué había visto? Escudriñó de nuevo el horizonte y de repente lo divisó. Eran los restos de un pequeño asentamiento en el lecho del valle. De inmediato enfiló el sendero de la montaña que conducía hasta él. La estrecha pista serpenteaba entre peñascos, y cuando Semerket rodeó un tortuoso recodo en torno a la pared de un acantilado, una pila de piedras calizas bloqueó su avance. No lo había visto antes porque permanecía oculto entre las sombras y las grietas de la montaña. Miró a su alrededor en busca de indicios de una cuadrilla, pues los escombros señalaban sin lugar a dudas que había constructores de tumbas en plena tarea.

Sin embargo, no oyó el canto típico de los trabajadores ni tampoco el sonido de voces. Ni siquiera el viento soplaba en aquellos parajes. En el cielo planeaba un halcón, única señal de vida. En lo alto de los acantilados que rodeaban el valle, Semerket vio otras torres de *mejays* idénticas a la que había visto un rato antes. Una de las razones por las que los reyes habían elegido aquel rincón lejano y desolado para sus sepulcros era que resultaba fácil de observar y proteger. Pero aquel montón de piedra caliza quedaba fuera del campo de visión de los *mejays*, según observó Semerket, oculto por los peñascos y sus sombras alargadas.

Aun así, las lejanas atalayas parecían desiertas; como antes, nadie lo llamó desde ellas para exigirle explicaciones. Con cierta dificultad, Semerket se encaramó a la montaña de escombros blanquecinos. Su suave pendiente le permitió caminar resbalando hasta el fondo de la Gran Pradera.

Los escombros lo depositaron directamente en el campamento desierto.

Quienquiera que lo hubiera instalado había intentado esconder los vestigios de la hoguera con una fina capa de arena, pero el viento la había barrido y dejado al descubierto un círculo oscuro de ceniza.

Esparcidos por todo el campamento se veían fragmentos de una vasija de arcilla ennegrecidos tras pasar mucho tiempo sobre el fuego. Por lo visto, la vasija se había hecho añicos a causa del calor, por lo que sus dueños habían prescindido de ella. Semerket advirtió que no había residuos de comida en la cara interior de las piezas. Por otro lado distinguió rastros de un revestimiento dorado en la cara exterior, y en una de ellas le pareció reconocer un glifo rudimentario, tal vez el nombre del antiguo propietario de la vasija. Empezó a recoger los fragmentos sin prisa y luego merodeó por el campamento en busca de otros vestigios. En un momento dado, sus dedos chocaron contra un objeto alargado de madera, y de la arena sacó el extremo ennegrecido de una rama de sicomoro que había hecho las veces de antorcha. Quien la había utilizado había trabajado con demasiada premura para reforzar la antorcha con un paño empapado en cera. Semerket arrojó la rama lejos de sí y se puso a dar puntapiés a la arena circundante. Aparecieron otras cinco antorchas de sicomoro. Al menos seis personas habían acampado en aquel lugar.

El administrador se preguntó qué clase de obra en la Gran Pradera podía requerir tanta luz. De haberse tratado de un grupo de *mejays*, guardias nubios, acampados, se habrían limitado a encender una hoguera. ¿Quizá se trataba de un proyecto en el interior de un sepulcro? Recordó vagamente que los constructores de tumbas empleaban una mezcla especial de valioso aceite de sésamo y sal para que las antorchas no humeasen, pero aquellos utensilios enterrados en la arena no eran más que antorchas corrientes.

Mientras intentaba dilucidar el enigma, siguió recogiendo todos los fragmentos de vasija que pudo, aunque sin saber por qué lo hacía. Luego los guardó en la capa, y estaba anudando los extremos para formar un hatillo cuando oyó la voz.

—Aquí se hace piel de dioses...

Desde su posición en el lecho del valle desértico, la voz parecía abalanzarse sobre él desde todas partes. Semerket giró en redondo y escudriñó los peñascos hasta que por fin divisó a un muchacho montado a horcajadas sobre un asno. El muchacho lo miraba con fijeza; llevaba la cabeza rapada y la trenza lateral de los príncipes.

—¿Qué has dicho? —preguntó a gritos para hacerse oír.

—Es aquí donde hacen la piel de dioses.

Semerket emprendió el ascenso por el sendero, aunque le resultó difícil volver sobre sus pasos al llegar al montón de piedras que lo bloqueaba.

—¡No entiendo lo que dices! —admitió mientras subía.

—Vienen cada mes.

—¿Quiénes?

—Los que hacen la piel de dioses, cuando Khons oculta su rostro —explicó el joven con una sonrisa.

—¿Cuándo no hay luna...?

El muchacho guardó silencio. Semerket recordó que la luna no había brillado las dos últimas noches.

—¿Quién eres? ¡Espera, te lo ruego! Quiero hablar contigo.

Semerket alcanzó el otro lado del montón de escombros y corrió en pos del muchacho. Siguió el tortuoso sendero con la esperanza de vislumbrarlo entre las grietas de la montaña.

—¡Por favor! —gritó.

Pero la única respuesta que obtuvo fue el silencio. Cuando alcanzó la esquina sobresaliente de uno de los peñascos, comprobó que el muchacho había desaparecido.

En su lugar había un *mejay* con la lanza baja. Sus ojos enfurecidos e inyectados en sangre miraban a Semerket desde el semblante negro. No le quedó otro remedio que levantar las manos muy despacio.

EL ALCALDE DE OCCIDENTE PAWERO jugueteaba con un abanico de plumas cortas de chorlito dorado. Mantenía el rostro algo desviado, como si le repugnara la idea de hablar directamente con Semerket.

—Has quebrantado la ley al ir allí —señaló—, sobre todo sin presentarme antes tus credenciales. Tienes suerte de seguir vivo... Los *mejays* tienen órdenes de matar a todo intruso que vean.

En aquel momento, Pawero se dignó a lanzar una mirada fulminante al *mejay* situado de pie al fondo de la sala, como si pretendiera acusarlo de incumplir su deber por el hecho de que Semerket siguiera vivo.

El *mejay* parpadeaba en un esfuerzo sobrehumano por mantenerse despierto. De sus ojos brotaban lágrimas de fatiga. Pawero siguió jugueteando con el abanico, ajeno a la somnolencia del policía.

—Si se permitiera a todos los plebeyos campar a sus anchas... —prosiguió su arenga.

Semerket sostuvo en alto la insignia del visir prendida al collar de cuentas de jaspe.

—El visir me ha concedido acceso ilimitado.

Los fríos ojos de Pawero apenas si repararon en la existencia de la insignia, pero sus dedos nerviosos continuaron tironeando del abanico.

—Tendré que decirle al visir que no puede haber dos autoridades en Tebas occidental. Le diré que ello acabará por perturbar la armonía de Ma'at.

—Como el alcalde desee —masculló Semerket con un encogimiento de hombros.

Pawero se exasperó ante la indiferencia de Semerket. De repente recordó lo que aquel hombre había dicho de él y las carcajadas que habían estallado en la sala del visir cuando los demás lo supieron. «Viejo quisquilloso cerebro de mosquito».

El alcalde de occidente se puso lívido al recordarlo, y sin dejar de tirar del

abanico, cambió de táctica. Esbozó una sonrisa que tensó sus delgados labios en torno a la dentadura alargada y estrecha.

—Siento curiosidad, administrador... ¿Cómo te las has arreglado para burlar la vigilancia de la torre?

Semerket vio que el pánico se apoderaba de los ojos enrojecidos del *mejay*. Dormirse durante la guardia era causa de terribles castigos e incluso motivo para tener que abandonar el servicio.

—Pues... —empezó mientras decidía cuál debía ser su respuesta—. Subí hasta el sendero que discurre por encima de la torre, señor —prosiguió al cabo de un instante—. Había visto a un muchacho..., un príncipe..., y quería conocerlo.

Una expresión de profundo alivio surcó el rostro del *mejay*, pero las siguientes palabras de Pawero volvieron a hacer temblar de miedo al policía negro.

—Si eso es cierto, *mejay* Qar, significa que durante tu guardia, dos intrusos han entrado en la Gran Pradera. ¿Qué nos parece eso, eh?

El *mejay* cayó de rodillas con las manos cruzadas sobre el pecho.

—No había ningún muchacho, señor. Este hombre se ha pasado todo el trayecto desde la Gran Pradera hasta aquí diciendo que se le había aparecido un príncipe, pero al examinar el camino no he encontrado más pisadas que las tuyas. He supuesto que mentía o que estaba loco, así que lo he traído ante ti.

Pawero se volvió hacia Semerket con la misma sonrisa falsa.

—Estoy de acuerdo con el *mejay*, administrador. No conoces el desierto como nosotros; es un lugar místico, capaz de provocar alucinaciones y espejismos a gentes ingenuas como tú.

—No ha sido un espejismo; he hablado con él.

Pawero no estaba acostumbrado a que lo contradijeran y apretó los labios para contener la ira. Empezó a abanicarse con furia, pero al poco se encontró bajo una lluvia de plumas de chorlito dorado, de modo que arrojó el abanico al suelo.

—¿Y qué te ha dicho ese joven «príncipe»?

—Que en ese lugar se hace piel de dioses.

El *mejay* se incorporó y lo señaló con aire exasperado.

—¡Te digo que no había ningún príncipe!

Pawero cortó el aire con la mano, y el policía enmudeció de inmediato.

—¿Piel de dioses? —preguntó el alcalde, mirando por primera vez a Semerket.

Este asintió.

Por un instante, Pawero quedó desconcertado y bajó la mirada hacia el suelo de basalto negro mientras meditaba. Por fin volvió a alzar la cabeza.

—La piel de los dioses es oro —explicó—. Incorruptible, el material más puro del universo. No alcanzo a imaginar a qué se referiría... La piel de dioses, el oro, no se hace.

—Al menos el señor alcalde admite que el muchacho me habló.

—No es cierto —refunfuñó Pawero—. Es evidente que te hallabas bajo el hechizo

del desierto, nada más, y que te imaginaste al tal «príncipe».

Semerket guardó silencio, pero toda su actitud irradiaba desprecio hacia el alcalde, hacia su vestimenta elegante en exceso, la suntuosa peluca en cuyas trenzas diminutas se veían pepitas de oro, y sobre todo hacia su altivez implacable. En su opinión, Pawero era la personificación del noble de cabeza vacua.

Por fin al anciano se le acabó la paciencia.

—Soy consciente de tu hostilidad, administrador, y el sentimiento es mutuo. Sé que no soy más que un «viejo quisquilloso cerebro de mosquito» a tus ojos. ¡Oh, sí! Sé que me llamaste así, no lo niegues...

Semerket maldijo en su fuero interno a su hermano por haber revelado aquel episodio.

—No obstante —prosiguió el alcalde de occidente—, a este lado del río yo dicto las reglas, y harás lo que yo te ordene.

—Estoy al servicio del visir, alcalde. Lo que me ordenes no me afectará —replicó Semerket en voz baja.

Aquello fue demasiado para Pawero, que se levantó de su trono con brusquedad.

—¡Tú! Tú, que no tienes familia que merezca tal nombre, no oses hablarme de ese modo. No recibirás ninguna ayuda de mí, señor. No te proporcionaré provisión alguna y ordenaré a cuantos gobierno que no te revelen nada. Y cuando mueras, que sea sin sudario ni sepulcro.

Semerket permaneció impasible mientras sus ojos negros centelleaban. Comprendía lo bastante bien a los seres humanos para saber que al amenazar con informar al visir sobre él, el alcalde acababa de expresar su mayor temor, por lo que no vaciló en utilizar su arma.

—En tal caso informaré al visir Toh de que sospecho que eres cómplice en este caso, al igual que el alcalde Paser, y que debes ser interrogado más exhaustivamente.

El *mejay* Qar miró a Semerket con profunda estupefacción. Aquel era el hombre más valiente o más chiflado que había conocido en toda su vida. El alcalde de occidente era hermano de la reina Tiya, la gran esposa del Faraón. ¿Entendía el administrador el riesgo que corría al dar rienda suelta a su lengua desvergonzada?

Pawero clavó una mirada enfurecida en Semerket y se irguió cuan alto era con el rostro aún más lívido que antes. Sin embargo, su furia no duró mucho y acabó por desmoronarse. Al poco se dejó caer de nuevo en el sillón, tembloroso, la cólera desvanecida con la misma rapidez con que había aparecido. Lanzó un profundo suspiro y miró a Semerket de soslayo, como si pretendiera calibrar el efecto que surtía sobre él.

—Paser se equivoca. Este crimen me atormenta, no sabes cuánto. El utiliza el caso para ponerme en evidencia, sobre todo ahora que mi hermana le presta atención. Incluso ella, la gran esposa, clama justicia. Tiya está convencida de que esta muerte acarreará la desgracia sobre nosotros y me insta a esclarecerla. Pero ¿qué puedo hacer yo?

Semerket se lo quedó mirando con expresión imperturbable.

—Si quieres resolver este caso, debes permitir que lleve a cabo mi misión sin intromisión tuya ni de los *mejays*.

Pawero exhaló varios suspiros más antes de asentir.

—Encuentra al responsable, administrador.

No obstante, sus ojos enmarcados con kohl aún emanaban una suerte de odio cansino.

Semerket se inclinó ante él, y cuando se disponía a abandonar la estancia, Pawero habló de nuevo.

—¿Adónde te diriges ahora?

—A la aldea de los constructores de tumbas, que llaman el Lugar de la Verdad. Interrogaré a los vecinos de la anciana.

—Después de que los interrogues quiero saber lo que te han contado.

Pero Semerket denegó con la cabeza.

—Imposible. Para dar con el asesino, todo cuanto averigüe debe permanecer en secreto.

Pawero reflexionó un largo instante y por fin despachó a Semerket y al *mejay* con un ademán cansado. Antes de salir, el administrador lo vio encogido en el sillón, con la mirada perdida.

Los dos hombres recorrieron las inmensas salas de techo alto que componían Yamet. Semerket lo miraba todo con ojos muy abiertos, pues nunca antes había estado en la residencia de un rey. Los azulejos de loza turquesa que revestían las paredes relucían al sol de la tarde, y los pilares pintados en colores brillantes que sostenían los altos techos eran incontables. El oro y la plata refulgían desde jarrones labrados repletos de las últimas flores estivales. En puertas y ventanas, las finísimas redes ondulaban a la brisa de la tarde, impidiendo que entraran las moscas negras egipcias.

Yamet era un templo consagrado al culto de Amón-Ra, pero al mismo tiempo era el centro de gobierno de Tebas oriental. Por todas partes se veían escribas, soldados, siervos y nobles yendo de aquí para allá en el desempeño de sus tareas. Los integrantes de la guardia de honor, compuesta por mercenarios libios, marchaban en formación o permanecían apostados junto a las puertas de las estancias privadas del Faraón para impedir la entrada a cuantos se acercaran a ellas. Semerket experimentó una momentánea punzada de decepción al no ver a ninguna mujer en el lugar, pues la belleza de las esposas del Faraón y sus siervas era legendaria. Había imaginado una corte atestada de féminas hermosas cubiertas de flores..., muselinas transparentes..., perfumes almizcleños...

—¿Dónde están las mujeres del Faraón? —preguntó al *mejay* Qar cuando ya estaban lejos de la sala de audiencias y cerca de las alcobas exteriores que ocupaban artesanos y sacerdotes.

—Nuestro faraón es un soldado y le horroriza que las mujeres se entrometan en

los asuntos de los hombres. Las confina ahí arriba, en el harén, o bien en los jardines.

Semerket alzó la vista en la dirección que señalaba el policía. En un alto balcón cerrado divisó las figuras vaporosas de varias esposas del Faraón que espiaban por entre las ranuras de las ventanas. El harén era responsabilidad del esposo de Naia, Najt, que gracias a la nobleza de su nombre había sido designado custodio de las esposas reales del rey. Semerket se estremeció al recordar su último encuentro. Al observar los movimientos tras las ventanas enrejadas, se convenció de que era el objeto de todas aquellas miradas. Como para confirmar su impresión, unas risas lejanas y agudas lo acompañaron mientras pasaba bajo el balcón del harén en dirección a la entrada del templo.

—No es cierto que evitara pasar junto a tu torre esta mañana —confesó Semerket a Qar cuando ya se hallaban junto a los Grandes Pilonos. De hecho, me detuve para presentarme antes de entrar en la Gran Pradera, pero el guardia estaba dormido. Se oían sus ronquidos desde abajo.

Sin aguardar las explicaciones o protestas de Qar, echó a andar de nuevo por el sendero que conducía a la Puerta del Cielo. Con el labio inferior adelantado por la vergüenza, Qar apretó el paso para no quedar a la zaga.

—Dime una cosa, ¿estabais los *mejays* haciendo maniobras en la Gran Pradera anoche? —preguntó en tono casual mientras recorrían el camino de piedra hacia el norte.

—No.

—¿Algún grupo de asistentes a un funeral..., funcionarios haciendo inventario o algo por el estilo?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

Semerket no tuvo valor para decirle a Qar que no solo él y el muchacho habían entrado sin permiso en la Gran Pradera, sino también al menos otras seis personas.

VIRUTAS DE NUBES LEJANAS EMPAÑABAN el sol poniente cuando el capataz Paneb salió del sepulcro inacabado del Faraón. Con paso cansino subió la larga escalera de piedra caliza hasta la entrada de la tumba. Como era costumbre, su equipo había trabajado durante ocho días y ahora se disponían a recoger sus utensilios para descansar tres días en el pueblo.

A su izquierda se encendió una llama. En el cobertizo, el escriba Neferhotep recortaba la mecha de una vela. Al final de cada período de trabajo tenía la costumbre de redactar un informe para el visir acerca de los progresos en la construcción del sepulcro, se lo hubieran pedido o no. El escriba alzó la vista, y su mirada se encontró con la de Paneb. Entre ellos no se estableció ninguna comunicación tácita, no hubo gesto alguno de deferencia ni intercambio de saludos. De inmediato, Neferhotep se inclinó hacia delante y corrió la cortina.

Los dos hombres nunca se habían llevado bien. Resultaba irónico que ahora,

gracias al sepulcro y a los altos cargos que ambos ocupaban en el Lugar de la Verdad, trabajaran unidos como hermanos. Paneb admiraba el hecho de que Neferhotep no permitiera que su actual alianza interfiriera en el desagrado mutuo que se profesaban.

Al oír las pisadas de sus hombres en la escalera del sepulcro, Paneb se volvió para saludar sus siluetas manchadas de pintura a medida que salían a la luz del crepúsculo.

—Esta noche irás a casa con tu guapa esposa, ¿eh, Kenna? No te veremos en un par de días... Kofi, aprovecha para dormir, pareces cansado... ¿Vas a emborracharte esta noche, Hori? Así me gusta...

Si bien hablaba en tono alegre, la voz de Paneb no casaba con su estado de ánimo. Desde el día en que su tía Hetefras había desaparecido, la aflicción era su única compañera, y nada conseguía alentarla.

Paneb era el capataz del sepulcro del Faraón, un hombre alto y robusto de fuerza prodigiosa y temperamento tumultuoso. Aunque no era en modo alguno apuesto, pues tenía la nariz aplastada por culpa de varias peleas con otros capataces, su presencia resultaba fascinante. En el Lugar de la Verdad, Paneb era más una suerte de héroe popular que una persona de carne y hueso, y verlo tan atípicamente apagado indujo a sus hombres a cambiar miradas de preocupación.

Habían transcurrido muchos años desde la «perforación» o excavación del sepulcro, y en aquellos momentos el equipo ejecutaba las suntuosas pinturas de rituales y hechizos que cubrirían las paredes, los techos y las galerías. Puesto que el faraón Ramsés III había sido bendecido con un reinado muy longevo, una generación entera de constructores de tumbas del pueblo había vivido y muerto sin trabajar en ningún otro sepulcro real. Esos hombres, incluyendo a Paneb, eran de hecho los hijos de quienes iniciaron la obra.

Dentro de la gran tienda donde los hombres pasaban las noches, Paneb se sentó con las piernas cruzadas y rodeado de sus hombres. Todos ellos se pusieron a limpiar con meticulosidad los pinceles y las plumas de junco antes de afilar las herramientas de metal. Era una tarea diaria que jamás se encomendaba a los siervos, que se hacía antes de empezar a preparar la cena, pues los utensilios de los hombres eran su pertenencia más preciada.

El joven Rami estaba sentado junto a Paneb. Si bien era hijo del escriba Neferhotep, era un muchacho fornido, de huesos grandes como el capataz, ojos dorados como él y el mismo rictus resuelto en la boca.

—Paneb...

—Dime.

—¿He hecho bien las plantillas de las figuras esta semana?

Rami era el encargado de crear grandes parrillas en las superficies de yeso pintado del sepulcro, insertando cordeles empolvados con tiza roja en cuadrados medidos con total precisión. Ello permitía a los maestros pintores realizar a escala los dibujos más pequeños que sus padres habían trazado sobre papiro muchos años atrás.

—Sí.

El muchacho lo miró con intención.

—El mes que viene cumpliré quince años.

Paneb deslizó una piedra de afilar a lo largo del cincel.

—¿Y?

—¿Ya tendré edad suficiente para empezar a dibujar los contornos de las figuras?

No las importantes, claro está, sino las que quedan en los rincones más alejados del sepulcro o en la parte de atrás de las columnas..., las que no ve nadie...

—Pero no tienes experiencia.

—He estado practicando. Mira, te lo mostraré.

Con ademán ansioso, Rami sacó algunos fragmentos de piedra caliza de su bolsa de paja. Sobre cada uno de ellos había trazado varias líneas. Algunas de ellas acababan en puntas afiladas, otras se retorcían en espirales o círculos, y varias de ellas terminaban en cantos romos.

—Impresionante —dijo Paneb.

Rami sonrió de oreja a oreja.

—Pero estos son trazos cortos —puntualizó Paneb—. ¿Te ves capaz de sostener un trazo así a lo largo de toda una pared, manteniendo firme la pluma de junco?

—Sé que puedo hacerlo.

—¿Te ves capaz, como hace Aaphat —Paneb guiñó el ojo al maestro pintor del sepulcro—, de trazar la línea del labio de un faraón y expresar en ella un minúsculo atisbo de sonrisa? ¿O de dibujar el ojo de un dios que contempla un mundo invisible para nosotros? ¿O la curva de los delicados dedos de una reina sosteniendo el tallo de una flor de loto?

La sonrisa de Rami se apagó como una vela.

—Yo solo quería dibujar los contornos de algunas figuras —suspiró, afligido—, no encargarme del sepulcro entero.

La repentina carcajada de Paneb resonó por toda la Gran Pradera. Era la primera vez desde la muerte de su tía que sus hombres lo oían emitir un sonido de alegría, y verlo tan contento los impulsó a corear sus risas.

Si bien en cierta ocasión Paneb había matado a un constructor de tumbas de una paliza por insubordinación, sus hombres lo adoraban por la solícita amabilidad con que los trataba. Recordaban el día en que el equipo terminó una obra antes de lo previsto y Paneb saqueó las reservas de cerveza y aceite pese a las protestas de Neferhotep. En otra ocasión, Paneb había cambiado sus cinceles de cobre por medio buey porque consideraba que sus hombres se lo merecían. Al día siguiente, todos se partieron de risa cuando su jefe acudió a un histérico Neferhotep para pedirle nuevas herramientas.

De hecho, sus hombres lo querían tanto por sus monumentales defectos como por sus virtudes. Y lo más destacado de todo, fuera defecto o virtud, era su habilidad con las mujeres. El hecho de que en ocasiones Paneb sedujera incluso a la esposa de alguno de ellos no mitigaba en absoluto la adoración que le profesaban; todos ellos

habrían dado la vida por él.

—Entonces, ¿me dejarás dibujar algunas siluetas? —insistió Rami.

—Ya veremos —repuso Paneb, rodeándole el cuello con la mano.

Como todo muchacho, Rami estaba convencido de que aquella respuesta significaba que sí, y su amplia sonrisa era un reflejo de la de Paneb.

Pero entonces cometió un error.

—Siento..., siento mucho lo de Hetefras, Paneb —musitó con la cabeza gacha—. No había tenido ocasión de decírtelo.

Era como si una puerta se hubiera cerrado de golpe en el rostro del capataz, que entornó los ojos y apretó los labios en una fina y obstinada línea.

—¡Maldito seas! —gruñó—. Te dije que no volvieras a hablar de ello nunca más.

Su mirada encolerizada se paseó entre sus hombres con tal intensidad que todos ellos bajaron la cabeza. Sin dejar de mascullar entre dientes, Paneb se colocó la bolsa de herramientas sobre los hombros y se levantó con brusquedad para emprender el camino de regreso a la aldea. Caminaba con tal rapidez que nadie habría logrado darle alcance.

Rami estaba anonadado. Adoraba a Paneb, lo amaba más que a su propio padre, y verlo avanzar a grandes zancadas furiosas por el sendero le causó un dolor inabarcable. Mientras las lágrimas traidoras amenazaban con aflorar a sus ojos, empezó a guardar a toda prisa sus herramientas. Nada iba bien desde la mañana en que Hetefras había muerto. Nada en absoluto.

ERA NOCHE CERRADA CUANDO PANEB pasó junto a la torre en que Qar montaba guardia. Saludó al policía sin detenerse; no quería compañía, pues a esas alturas ya se estaba reprochando haber tratado tan mal a Rami. El muchacho se había limitado a expresar la preocupación que todos sus hombres sentían.

Al cabo de pocos pasos ya había perdonado al muchacho. Lo compensaría permitiéndole dibujar algunas siluetas en el sepulcro. Sin embargo, decidió no darle la noticia hasta la mañana siguiente, porque le faltaba la energía necesaria para afrontar la alegría de Rami. Con el alma cansada y abrumado por la tristeza por el trágico fin de su tía, ni siquiera los apetitosos aromas procedentes de las hogueras del pueblo consiguieron levantarle el ánimo.

Pero junto a los muros del pueblo, al abrigo de la oscuridad, lo esperaba alguien. Paneb escudriñó las tinieblas y comprobó que se trataba de Hunro, apoyada en actitud indolente contra el dintel. Si bien había alcanzado una edad a la que la belleza de casi todas las mujeres egipcias empezaba a menguar, los años no habían hecho mella en sus encantos. No era hermosa en términos clásicos, ya que era alta, delgada y con el cabello muy corto. No obstante, poseía una mirada osada, cargada de promesas sórdidas, y su sonrisa de dientes prominentes engatusaba a cualquiera. A lo largo de su vida, Paneb había conocido a cientos de mujeres más hermosas que ella, pero

todas ellas acababan por aburrirlo. Sus senos y sus labios perdían el encanto de la novedad, y sus movimientos, aunque expertos, se tornaban previsibles.

Sin embargo, Paneb nunca había llegado a cansarse de Hunro. A medida que ambos envejecían, su pasión se iba alimentando gracias a la constante inventiva de la mujer, que se tornaba peligrosa por su temeridad. Paneb percibió que su entrepierna se agitaba con solo mirarla; hacía más de un mes que no la poseía. Ni tan siquiera la muerte de su tía había logrado apaciguar su creciente lujuria. Hunro era exactamente lo que necesitaba aquella noche para ahuyentar la tristeza y los demonios.

—Debería haber sabido que me estarías esperando —dijo a modo de saludo mientras dejaba el saco de herramientas en el suelo.

Hunro lanzó un bufido de desprecio que no enmascaró su timbre agudo y liviano.

—¿Y cómo sabes que no estoy esperando a mi esposo?

—Porque sé que Neferhotep ha enviado a un siervo a avisarte de que llegará tarde.

Hunro emitió una risita gorjeante y ávida.

—Detesto ser tan evidente.

—No puedes evitarlo; forma parte de tu naturaleza —le susurró Paneb al oído.

En la oscuridad, los afilados dientes de Hunro centellearon cuando esbozó una sonrisa, pero al mismo tiempo le lanzaba una mirada de advertencia.

—Eres un cerdo —le reprochó.

—Eso forma parte de mi naturaleza.

Hunro volvió a reír, esta vez con más fuerza. Paneb se acercó más a ella, sintiendo el calor que irradiaba su cuerpo, y la estrechó entre sus brazos. Hunro se había puesto un embriagador perfume de sándalo, el predilecto de Paneb. Cuando sus bocas se encontraron, Hunro separó los labios para que Paneb pudiera explorar su boca con la lengua. De repente, Hunro le mordió el labio con fuerza, y Paneb la apartó de sí con un gruñido.

—Esto es por dar por sentado que te esperaba a ti y por no traerme ningún regalo —explicó la mujer.

Paneb deslizó la lengua por la carne desgarrada y percibió el sabor de la sangre. Por un momento se sintió tentado de abofetearla, pero por fin se agachó y revolvió la bolsa en busca de algo. Finalmente encontró lo que buscaba y sacó un pequeño objeto envuelto en un paño manchado.

—¿Quién dice que no te he traído ningún regalo?

Hunro alargó la mano hacia el objeto con mirada codiciosa. Con gestos rápidos abrió el paño y lanzó una exclamación ahogada al ver de qué se trataba, pues relucía con intensidad aun en plena noche.

—¡Oh...! —suspiró—. ¿De dónde lo has sacado? ¿De los bazares de la parte oriental? ¿Has vuelto a cruzar el río?

—No —denegó él con mirada inexpresiva—. El viejo Amen-meses volvió a pasar por el campamento.

—¿El mercader de Kusho? Debe de haber sido carísimo.

—¿Acaso no lo vales?

Paneb le puso el brazalete en la muñeca. El peso mareó a Hunro mientras sostenía la joya a la mortecina luz de las antorchas encendidas sobre los parapetos del pueblo. El brazalete refulgía con más intensidad que el fuego; era un magnífico aro de oro que le cubría casi toda la muñeca, con incrustaciones de rubíes en cabujón que brillaban con más intensidad que la sangre derramada. Adornaban toda la circunferencia unos glifos taraceados, y donde los extremos se encontraban, las garras de dos buitres formaban el cierre.

Hunro le rodeó el cuello con los brazos, pero sin apartar la mirada de la joya. Al poco, emitiendo ruiditos guturales de alegría, le tomó la mano y lo guio tras el edificio principal del pueblo hasta los cobertizos.

—Tengo que darte las gracias como es debido —murmuró.

Con paso seguro por la práctica se dirigieron hacia un cobertizo de esquila y cayeron sobre un montón de lana recién cortada, hundiéndose en su mullida suavidad. Paneb se quitó la falda con ademanes bruscos, y Hunro alargó la mano para acariciarlo, sonriendo al encontrarlo erecto y caliente por el deseo. Paneb la besó de nuevo, jadeando al sentir la mano de Hunro masajeándole el sexo con dedos expertos. El labio le palpitaba, pero el dolor no hizo más que intensificar su lujuria.

Al poco le retiró la túnica de los hombros y empezó a descender por su cuerpo, lamiéndole el cuello, las orejas y las comisuras de los labios. Se habría demorado en sus senos, pero Hunro le empujó la cabeza hacia abajo y arqueó el cuerpo al percibir la caricia íntima de su lengua. Sus ojos se convirtieron en dos finas ranuras que ocultaban las pupilas. Paneb la penetró con la lengua, percibiendo su sabor mezclado con el gusto de la sangre. Hunro empezó a gemir y retorcerse hasta que por fin profirió una exclamación y luego otra al tiempo que intentaba apartarlo y retenerlo en un mismo movimiento. Al escuchar sus gritos, Paneb alcanzó el climax de inmediato, derramando sobre ella su esencia caliente y pegajosa. De inmediato la atrajo hacia sí y le abrió las piernas para terminar en su interior lo que había empezado. Al poco se estremeció extasiado y cayó sobre ella sin dejar de moverse mientras emitía profundos y bestiales gruñidos de placer. Al terminar, los movimientos de ambos se apaciguaron hasta detenerse. Permanecieron tendidos, bañados en el sudor de ambos, incapaces de hallar la energía necesaria para separarse. Por fin, Paneb se volvió hacia ella para susurrarle palabras tiernas al oído, pero en aquel instante se oyó un arañazo en la puerta.

—¡Paneb! —susurró una voz que bien podría haber sido el viento.

Hunro se incorporó. Paneb meneó la cabeza para advertirle que no revelara su presencia y le indicó por gestos que se quitara el brazalete.

—¡Paneb! —repitió la voz con insistencia—. Sé que estás ahí, así que no finjas que no estás.

—¿Khepura?

—¡Hay problemas!

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No en vano soy jefa. Sal tú también, Hunro. Tu hijo Rami ya ha llegado a casa.

Hunro lanzó una retahíla de improperios que no habrían desentonado en una taberna. Tras limpiarse con algunas hebras sueltas de lana, recogió la túnica y se la puso. Detestaba la idea de que Khepura estuviera al corriente de su paradero, se dijo mientras guardaba a regañadientes el brazalete en el paño en que lo había traído Paneb.

Khepura, la corpulenta y formidable esposa del orfebre Sani, los esperaba al otro lado de la puerta con una expresión de profunda desaprobación en cada arruga de su rostro ancho y plano.

—Miraos —espetó—. Cualquiera día de estos os juzgarán por adulterio, os lo digo yo.

—Vete al infierno, Khepura —replicó Hunro con voz ronca y despectiva.

No permitía que nadie la juzgara y menos aún aquella mujer gorda, fea y pesada.

—¡Callaos las dos! —ordenó Paneb con impaciencia mientras acababa de sujetarse la falda a la cintura—. ¿Qué ocurre?

—En casa de tu tía...

Alarmado, Paneb echó a correr antes de que Khepura pudiera acabar la frase.

—¡Enjuágate el labio, Paneb! —le gritó Khepura—. ¡Estás sangrando!

Las dos mujeres corrieron en pos del capataz, que cruzó las puertas del pueblo en un abrir y cerrar de ojos. Khepura, que consideraba su deber como jefa electa velar por la moralidad de las mujeres del pueblo, no cesaba de hacer comentarios reprobadores.

—No creas que soy la única que sabe lo tuyo con Paneb —advirtió a Hunro cuando enfilaron la angosta calle principal de la aldea.

—¡Como si me importara! —replicó esta al tiempo que esquivaba a un grupo de niños que jugaban en la calle.

Más veloz que Khepura, sorteó con destreza la jauría de perros que pasaron corriendo junto a ellas sin dejar de ladrar y se deslizó como una anguila entre los juncos en torno a los grupos de personas que chismorreaban ante las casas. Khepura pugnaba por darle alcance entre bufidos y jadeos.

—¡Tienes la moralidad de una gata callejera! —la acusó la jefa—. Estoy segura de que ni tan siquiera sabes quiénes son los padres de tus hijos.

—Estoy segura de que Sani es uno de ellos.

—¡Que Isis la oiga!

Las dos mujeres seguían discutiendo cuando llegaron a casa de Hetefras. La corpulenta figura de Paneb les impedía entrar, de modo que Hunro alargó el cuello para intentar ver el interior por encima de su hombro. Al no conseguirlo, lo empujó a un lado con todas sus fuerzas, y Khepura se unió a ella para poder pasar también.

Había un hombre sentado en el banco de oración de Hetefras. Aunque guardaba

silencio, sus ojos increíblemente negros refulgieron al mirar a Hunro. Nunca había visto unos ojos tan negros como aquellos. Tal vez por primera vez en su vida, se vio vencida por la timidez y se llevó las manos al cuello en un intento de disimular las posibles marcas que el ardor de Paneb hubiera dejado en él.

—Entiendo que no quieras a desconocidos en la casa de tu tía —aseguraba Semerket con infinita paciencia al hombre de la nariz aplastada que se cernía sobre él —, pero el visir me ha encomendado descubrir a su asesino y llevarlo ante la justicia.

Las vociferantes amenazas de Paneb enmudecieron de golpe.

—¿Asesino? —susurró, anonadado.

Los rostros horrorizados de las dos mujeres que lo flanqueaban eran fieles reflejos del suyo.

Khepura se adelantó un paso con las manos temblorosas.

—Pero habíamos oído que..., que quizá se ahogó..., o que un cocodrilo...

—La mataron con un hacha.

Paneb profirió una exclamación tan obscena que incluso Hunro se inmutó. Luego cayó al suelo, y Hunro se inclinó para rodearle los hombros con los brazos y susurrarle palabras de consuelo y compasión.

—¿Cómo sabes que fue un asesinato? —preguntó Khepura a Semerket con sequedad.

—Examiné su cadáver personalmente en la Casa de Purificación.

—Pero..., pero después de pasar tanto tiempo en el Nilo, ¿cómo puedes saber...?

Khepura lanzó una mirada a Paneb, que se mecía lentamente, aturdido por el dolor.

—No cabe ninguna duda —insistió Semerket.

No mencionó que también obraba en su poder una parte del hacha que había acabado con la vida de Hetefras; tenía intención de registrar en secreto las bolsas de herramientas de los trabajadores en busca de una hoja que encajara; tal era la razón principal por la que había decidido iniciar la investigación en el pueblo. Los constructores de tumbas estaban mejor equipados que cualquier otro trabajador de Egipto. Si alguien poseía herramientas de metal azul, sin duda serían ellos.

Al alzar la mirada, Semerket descubrió que Hunro lo observaba con ávido interés. Sus miradas se encontraron por un instante, y a Semerket le pareció detectar en la de ella alguna clase de invitación.

—Os ruego que aviséis a los habitantes del pueblo —se apresuró a pedir tras apartar la mirada con una tosecita— de que pasaré a visitarles para tomarles declaración.

Hunro asintió y se dispuso a hablar, pero Khepura la interrumpió.

—Eso es imposible. Una cosa así... tiene que someterse a la aprobación del Consejo de Ancianos —señaló al tiempo que erguía la barbilla con aire algo desafiante.

—En tal caso empezaré por los ancianos mañana mismo.

—¿Vas a quedarte a pasar la noche? —exclamó Khepura, alarmada—. ¿En el pueblo?

—Sí.

La gruesa mujer sacudió la cabeza.

—No se permite pasar la noche en el pueblo a nadie que no sea constructor de tumbas de oficio. El sepulcro del Faraón es un secreto de Estado.

—El visir lo autoriza, al igual que el alcalde de occidente —replicó Semerket mientras sostenía en alto la insignia de Toh, que llevaba colgada del cuello en su collar de cuentas de jaspe.

Hunro alargó la mano para tocar la barra de oro grabado. Khepura profirió una exclamación ahogada de disgusto, pero la otra mujer hizo caso omiso de ella y siguió acariciando la insignia. Si bien no supo leer los glifos inscritos en ella, sonrió a Semerket y dejó caer la pieza de oro sobre su pecho, donde se estrelló con un golpecito.

Khepura lanzó una mirada nerviosa a Paneb, instándolo en silencio a que dijera algo. Por fin, el capataz se incorporó.

—Haz lo que te plazca —masculló con brusquedad—, pero no puedes quedarte aquí.

—Debo hacerlo para registrar la casa en busca de pistas...

El rugido de furia de Paneb fue tan ensordecedor que los vecinos acudieron a la carrera, olvidados la cena y los chismes. El capataz levantó a Semerket del banco con tal celeridad que lo dejó sin resuello. En su cerebro estallaron mil luces blancas cuando su cabeza se estrelló contra la pared de arcilla y las manos de Paneb le rodearon el cuello.

Las dos mujeres se abalanzaron sobre Paneb y empezaron a golpearle los anchísimos hombros al tiempo que le tironeaban de la capa.

—¡Suéltale, Paneb!

—¡Paneb, no!

—¡Si lo matas, todo el pueblo pagará por ello!

—¡Es el enviado del visir, Paneb!

Semerket intentó apartarle las manos, arañarle el rostro, arrancarle los ojos. Por fin, con el último vestigio de fuerza que le quedaba, logró jadear:

—¿Por qué... no quieres... que esclarezca el asesinato de tu tía?

Aquella pregunta logró perforar la cólera de Paneb, y el demonio que se había apoderado de él se esfumó como por ensalmo. Con un último alarido de angustia, el gigante soltó a Semerket, que cayó al suelo sin resuello.

—Sí, sí —jadeó el capataz—, por supuesto que quiero que se esclarezca su asesinato.

Desde el exterior, una voz quejumbrosa exigió entrar, y al poco el escriba Neferhotep se abrió paso entre los mirones. Era un hombre delgado y aunque todavía relativamente joven, de hombros ya cargados por sus largos años como escriba.

Apenas le llevó unos instantes hacerse cargo de la situación.

—Madre mía, ¿qué has hecho esta vez, Paneb? —suspiró.

—Dile... —pidió Paneb, aún jadeante—. Dile que no puede quedarse en casa de mi tía, Nef. Dile que tú lo prohibiste.

—Lo haría encantado, pero... ¿quién es?

Khepura y Hunro empezaron a hablar al unísono, y gracias al relato entrecortado de las dos trastornadas mujeres, Neferhotep se puso al corriente. Su reacción ante la noticia de que la muerte de Hetefras había sido un asesinato fue idéntica a la de los demás.

—¡Asesinato! —exclamó por fin como si no pudiera dar crédito.

Luego se inclinó para ayudar a Semerket a incorporarse.

—Te ruego nos disculpes, señor. Como comprenderás, la noticia es devastadora para todos nosotros. Paneb era su sobrino, y sin duda el golpe que acaba de recibir le ha hecho perder...

—¡No quiero que se quede aquí! —atajó el capataz, en apariencia dispuesto a abalanzarse de nuevo sobre Semerket.

—Vamos, Paneb, es el enviado del visir. Si tiene que...

—¡No!

De repente, el semblante de Neferhotep se transformó de un modo absoluto y aterrador.

—Escúchame bien —siseó, acercando el rostro a escasa distancia del de Paneb—. Me parece que no sabes lo que dices y que estás demasiado trastornado para hablar con inteligencia. Creo que lo mejor será que no digas nada más, ya que de lo contrario este señor tal vez acuda al visir con terribles historias acerca de nuestra... hospitalidad —musitó sin parpadear una sola vez—. ¿Me entiendes?

Aunque con la boca aún apretada en una fina línea obstinada, Paneb bajó la cabeza y asintió.

—Muy bien —prosiguió Neferhotep—. Muy bien. Y ahora creo que deberías pedir disculpas e irte a casa.

—No es necesario... —empezó a protestar Semerket.

—Pues yo digo que sí. ¿Paneb? —lo interrumpió Neferhotep con voz serena.

El capataz ladeó el rostro en dirección a Semerket, el odio aún claramente visible en sus facciones.

—Lo siento —masculló antes de salir como una exhalación de la casa.

Los sobresaltados vecinos se apresuraron a apartarse mientras Paneb se abría paso entre el gentío y enfilaba la estrecha calle.

En cuanto se perdió de vista, Neferhotep exhaló un suspiro tembloroso y sonrió a Semerket.

—Lo lamento —se disculpó—. Paneb es nuestro capataz y no encontrarás a otro mejor. Sin embargo, en estos parajes los capataces tienen que recurrir a veces a la fuerza bruta, y digamos que él... no se complica la vida.

Semerket se frotó el cuello.

—Lo recordaré —aseguró.

—Espero que no nos lo tengas en cuenta —continuó Neferhotep en tono adulator —, sobre todo cuando presentes tus partes formales al visir.

Semerket guardó silencio.

—Soy Neferhotep —se presentó el escriba, ahora todo calidez—, escriba en jefe y cabeza del pueblo. Esta señora es Khepura, quien si no me equivoco lo recibió a su llegada. Y esta es mi esposa, Hunro.

Para sorpresa de Semerket, señaló a la mujer alta que con tanta osadía lo había mirado instantes antes.

—¿Esta señora es tu esposa? —exclamó.

De haberse casado un chacal con una leona, Semerket no se habría asombrado más.

La sonrisa cordial de Neferhotep no vaciló en lo más mínimo.

—Sí, contrajimos matrimonio cuando éramos poco más que unos niños, aunque Hunro no se crio aquí. Por favor, haznos saber lo que necesitas para estar cómodo y en qué podemos ayudarte. Quiero asegurarme de que hacemos cuanto está en nuestra mano para asistirte en tu misión.

—Bueno..., querría comer algo, si no es mucha molestia. Pagando, por supuesto.

En aquel instante, Hunro tomó la palabra con actitud solícita.

—Nuestros sirvientes cocinan para los *mejays*. Estoy segura de que habrá sobrado alguna ración.

Neferhotep la siguió con una mirada enigmática. Al poco, también Khepura abandonó discretamente la estancia. El escriba se volvió a tiempo para advertir que Semerket seguía mirando a su esposa, y su rostro se ensombreció.

—Vaya —se limitó a decir.

Y miró a Semerket con la misma expresión con que había mirado a Paneb, fija, sin pestañear, sin titubeo alguno. Y cuando por fin volvió a sonreír, sus ojos permanecieron fríos.

HUNRO CORRIÓ EN DIRECCIÓN a las cocinas, y para su exasperación, Khepura le dio alcance.

—¿Qué llevas envuelto en la mano? —preguntó la jefa en tono casual, como si comentara la cena de la noche anterior.

Hunro se encaró con ella e irguió la cabeza.

—Mi salvoconducto para huir de este agujero —replicó antes de ponerse el brazalete con ademán desafiante y sonreír satisfecha a la jefa.

Khepura se vio obligada a recurrir a toda su capacidad de contención para no abofetear a Hunro y así borrarle la sonrisita del rostro.

—Arruinarás este pueblo con tu conducta de ramera. Pero más vale que sepas una

cosa, Hunro... Las mujeres no permitirán que suceda. Todas pensamos lo mismo de ti.

Los labios de Hunro se contrajeron en un rictus de desprecio.

—A juzgar por las existencias, dudo mucho que entre todas seáis capaces de pensar —insultó con voz liviana, aunque con los ojos oscuros rebosantes de malicia—. Lo que de verdad te molesta, Khepura, es que no te reconcilias con el hecho de que el jefe de escribas sea mi esposo y el capataz, mi amante. Si sigues provocándome, acabarás descubriendo quién es en realidad la jefa aquí.

—No te saldrás con la tuya —aseguró Khepura sin inmutarse.

—Tú gobierna a tu manera, Khepura —propuso Hunro con una sonrisa indulgente—, que yo gobernaré a la mía.

Dicho aquello alzó el brazo hacia la luz de las antorchas para que el brazalete emitiera su fiero fulgor rojo y luego prosiguió camino hacia las cocinas.

Khepura no la siguió esta vez; ya había hablado bastante. Llegaría el día, se dijo, en que los dioses manifestarían su desaprobación hacia Hunro. Y se juró que ese día no tardaría en llegar.

HUNRO TARDÓ UNA HORA ENTERA en regresar a casa de Hetefras. Semerket ya no contaba con comer aquella noche. Pese al hambre bostezó, fatigado; había sido un día largo e inquietante. Tal vez le conviniera más dormirse sin cenar y empezar de nuevo a la mañana siguiente. Pero entonces Hunro abrió la puerta, llevando cerveza, pan y alubias.

—Siento haber tardado tanto, pero los siervos acaban de traerme la comida; no sé por qué se han demorado tanto.

Dejó el cuenco sobre el suelo embaldosado de la sala principal y retiró el sello de la jarra de cerveza. La penetrante fragancia de la levadura acarició los sentidos de Semerket, que de repente se sintió sediento.

—¿Quieres acompañarme? —ofreció a Hunro, señalando la cerveza.

—N..., no —repuso ella a regañadientes—. Mi esposo...

—He pensado que podríamos hablar.

—¿De qué? —preguntó ella, pestañeando.

Semerket agitó el brazo en referencia al pueblo.

—De este lugar, de Hetefras, de ti...

—¿De mí? —exclamó ella con una risita—. No soy nada interesante. No he salido de este pueblo desde el día en que me casé.

De repente, su voz parecía la de una anciana. Bajó la cabeza, se apoyó contra la pared de arcilla y miró hacia fuera con expresión huraña.

Semerket se sorprendió ante el cambio operado en ella; no quedaba rastro de su anterior coquetería. Se llevó la jarra de cerveza a los labios y la miró por encima del borde. Hunro se volvió hacia él.

—¿Es de tu agrado? —inquirió.

Semerket se encogió de hombros.

—Tiene un sabor... ¿Qué es?

—Le añadimos cilantro y otras hierbas. Imagino que no es tan fina como la cerveza que sirven en Tebas, pero sin duda ocurre lo mismo con todo.

Semerket sacudió la cabeza con expresión irónica y citó el poema.

—«¿Qué dicen los que tan lejos están de Tebas? Pasan los días pestañeando al oír su nombre. Ay, si fuera nuestra, dicen...».

La mirada de Hunro se tornó pétrea al escuchar aquellas palabras.

—Algún día será mía —aseguró—. Muy pronto.

Semerket sumergió los dedos en las alubias y al llevárselos a la boca percibió la misma hierba amarga que impregnaba la cerveza.

—¿Y qué harías con ella cuando fuera tuya? —quiso saber después de tragar un bocado—. Es un lugar triste. Sus gentes son codiciosas y viven con rabia..., como en todas las ciudades.

—Pero ¡los festivales! Los bazares, donde puedes comprarte el mundo entero si lo deseas. Las tabernas, donde la gente ríe y canta toda la noche...

Por el timbre extasiado de su voz grave bien podría haber dicho «luna» y «besos» en lugar de «ríe» y «canta».

—Y los extranjeros... —prosiguió en el mismo tono jadeante—. He oído decir que llegan de lugares tan lejanos como la India y Catay. ¡Qué emocionante!

Semerket bostezó casi vencido por el sueño. Empezaba a acusar los efectos de haberse levantado antes del alba.

—Los mendigos, los estafadores, los sacerdotes gordos y sebosos...

Hunro lanzó una carcajada que le sonó como aceite sobre agua.

—No lograrás disuadirme. Has olvidado lo maravillosa que es Tebas occidental porque siempre has vivido allí, supongo. Yo también viviré allí algún día, ya lo verás. Me iré de este agujero para no volver jamás.

Semerket no se lo discutió, sino que bajó la cabeza, pugnando por mantener los ojos abiertos.

—Lo siento... —musitó—. Estoy tan cansado...

—Deja que te ayude —murmuró Hunro.

Le pasó un brazo por los hombros y lo ayudó a incorporarse. Semerket se encontró recostado contra su cuerpo sorprendentemente fuerte y avanzando a trompicones hacia la parte posterior de la casa de Hetefras. Hunro lo sentó en un banco y desenrolló el jergón. Acto seguido lo tendió sobre él y lo cubrió con unas pieles ligeras que habían pertenecido a la anciana sacerdotisa. ¿Le rozó los labios con los suyos? Ni siquiera se dio cuenta de que se marchaba...

Al despertar creyó que habían transcurrido varias horas, pero a juzgar por el estrépito omnipresente del pueblo, era imposible. En algún lugar lloraba un niño. Cerca de la casa se oía el rasgueo de una sierra, un carpintero que trabajaba hasta bien

entrada la noche. Alguien extinguió una hoguera, y el ruidoso siseo fue seguido de una gran humareda acre. Hasta él flotaban retazos de conversaciones demasiado lejanas para distinguir las palabras y puntuadas por alguna que otra risa estridente. Oyó a un grupo de hombres hablando en susurros mientras sus pesadas herramientas tintineaban en la noche. Los hombres no tardaron en marcharse, por lo visto por un callejón.

¿Cómo conseguían dormir aquellos constructores de tumbas, hacinados durante toda su vida? se preguntó Semerket. Lo extraño es que no se mataran entre ellos más a menudo.

Y de repente, desde algún lugar cercano le llegaron los sonidos de una pareja enzarzada en una discusión. Las voces arañaban la oscuridad con su fuerza. Semerket pugnó por permanecer despierto y aguzar el oído para escucharlas, y las palabras enojadas flotaban hacia él confusas, como chillidos de hienas.

—... me lo dio... ¿Por qué no? Tú nunca..., tacaño, inútil...

—... ¡imbécil!

—... has vuelto a hablar con Khepura... No me importa... ¡... te abandonaré!

Y entonces un fuerte bofetón, un grito indignado en la oscuridad y los sonidos de una auténtica pelea, con más bofetones y puñetazos. Maldiciones, juramentos, silencio. Semerket estaba a punto de dormirse cuando oyó unos sonidos distintos.

Los sonidos de una pareja haciendo el amor.

Se despabiló de golpe. «Qué extraños son estos constructores de tumbas», se dijo. Pero ni siquiera los sonidos de aquel acto sexual furtivo lograron mantener a raya el sueño. Su ka forcejeaba para abandonar su cuerpo. Con un profundo suspiro, Semerket lo liberó y cerró los ojos.

YA FUERA POR LA INMENSA FATIGA O por el hecho de hallarse en un lugar desconocido, el sueño y la vigilia no tardaron en fundirse en una sola cosa. Poco después de la quinta hora, el momento más silencioso en el pueblo, Semerket se sumió por fin en algo parecido a un sueño profundo.

Sin embargo, al poco despertó con un gran sobresalto y abrió los ojos mientras su ka acudía presuroso a él. Había oído algo, el sonido de la puerta de Hetefras al abrirse.

Con un esfuerzo sobrehumano obligó a su corazón a serenarse y latir más despacio. Aguzó el oído, pero no percibió más que los ruidos habituales de la noche en el desierto. En el cielo silbó un halcón. En algún prado lejano mugió una vaca. Cerca de la casa se oían los pasitos susurrantes de un ratón de campo o tal vez un escorpión. Al cabo de unos instantes, Semerket cerró los ojos, convencido de que no había oído nada fuera de lo corriente.

Sin embargo, cuando el sueño empezaba a tironearle de nuevo de los párpados, escuchó un sonido distinto, el aliento profundo y primitivo de una bestia enorme, un

ruido tan grave que apenas podía calificarse de tal. Semerket se incorporó y escudriñó las tinieblas mientras la respiración se tornaba más fuerte a medida que la bestia se adentraba en la casa por la puerta. Los oídos empezaron a zumbarle de terror cuando percibió el hedor animal que empezaba a impregnar la estancia, mezcla de bestia y de caza sangrienta.

Con gran sigilo, Semerket apartó las pieles y en tres zancadas se plantó junto al saco donde llevaba sus pertenencias. Lo abrió procurando no hacer ruido y revolvió el contenido en busca de su daga. El arma le proporcionaría cierta protección, pero era lo único que tenía.

La daga no estaba allí.

De repente recordó que Naia se la había quitado la noche del festival, cuando acudió a su puerta para descargar su ebria furia.

Intentó gritar en demanda de ayuda, pero el terror le atenazaba la garganta de tal forma que tan solo alcanzó a emitir un absurdo graznido. Escudriñó de nuevo la oscuridad en busca de algún tipo de arma, cualquier utensilio con el que poder defenderse. Entonces la vio y quedó petrificado.

La leona entró en la habitación, restregando el lomo contra el dintel como un gato doméstico. En la oscuridad, su pelaje irradiaba una suerte de luz dorada. Semerket la veía ahora con claridad, los músculos tensos bajo el pelo, la saliva enrojecida que le pendía de los colmillos.

«La muerte ha venido a buscarme», pensó. «Este es el aspecto que tiene».

Mientras que hasta hacía muy poco había deseado la muerte con todas sus fuerzas, en ese momento cada fibra de su ser clamaba vivir. No quería morir de aquel modo, despedazado por los colmillos y las garras de aquella fiera. Empezó a retroceder muy despacio. Los ojos amarillos de la leona lanzaron destellos cuando se agazapó en posición de ataque y avanzó hacia él.

Semerket echó a correr hacia la parte posterior de la casa, atravesó la cocina y enfiló la escalera que ascendía hasta el tejado. La leona rugió y corrió en su pos. Semerket subió a la carrera y llegó en un abrir y cerrar de ojos al tejado, sumergido en las tinieblas más absolutas que había experimentado en toda su vida. Se cobijó tras un depósito que servía para recoger agua de lluvia y esperó. Al poco, sus ojos empezaron a captar algunos detalles, como las antorchas que ardían en la puerta sur del pueblo, la silueta de una torre *mejay* al otro lado de ella, más lejos las hogueras de la parte oriental de Tebas, en la orilla opuesta del río.

Desde donde se encontraba, los tejados del pueblo formaban una suerte de manto de retales a distintos niveles. En algunas casas habían añadido una pequeña segunda planta, y se dijo que si podía saltar sobre alguna de ellas, podría llamar a la puerta para pedir socorro.

Pero entonces advirtió que la leona había rodeado el edificio para ir a sentarse sobre el muro bajo que rodeaba la morada de Hetefras. Desde el tejado oía su respiración grave y tenue, una suerte de susurro. Con sumo cuidado se asomó para

observarla.

La bestia lo vio y bajó del muro. Se disponía a saltar...

De repente le acudió a la memoria una oración que todo niño egipcio rezaba al despertar de una pesadilla:

—«Ven a mí, madre Isis. Mira, veo lo que se halla lejos de mi ciudad».

La leona saltó con un terrible rugido. Semerket se llevó las manos a la cabeza y cayó cuan largo era sobre el tejado, a la espera del beso de sus colmillos...

Pero el impacto entre el felino y el hombre no llegó a producirse. En el silencio que siguió, Semerket se obligó a separar las manos para mirar. Se encontraba de nuevo en casa de Hetefras, sobre el jergón. A su espalda oyó un levísimo sonido y se volvió con una exclamación ahogada. Era un gato a todas luces doméstico, pues el movimiento brusco no lo ahuyentó.

Aún jadeante, Semerket se dejó caer sobre el jergón. Había sido un sueño, con toda probabilidad provocado por el vino que aún le envenenaba la sangre. Poco a poco, su respiración se fue calmando, y por fin lanzó una carcajada.

Una leona imaginaria, nada más.

El gato fue a acurrucarse junto a él sobre el jergón, y Semerket concilio el sueño acunado por su ronroneo.

LO DESPERTARON UNOS GOLPES en la puerta. Sacudió la cabeza para salir de su aturdimiento. ¿Qué hora era? Alzó la vista para mirar la ranura de cielo que se veía a través de las claraboyas y comprobó que el sol estaba imposiblemente alto. Se levantó de un salto, y el gato lo acompañó hasta el patio.

Khepura lo esperaba a cierta distancia, en el callejón.

—He venido a comunicarte que los ancianos se han reunido en casa de Neferhotep para considerar tu petición de interrogar a los habitantes del pueblo — anunció.

—¿Petición? —repitió Semerket, aún adormilado.

Se le antojaba extraño que alguien pudiera interpretar la orden del visir como una petición.

—Dijiste que querías conocerlos —prosiguió la mujer con aire acusador—. Te lo oí decir.

—Sí, pero...

Estaba contrariado, pero tal vez le convenía más no parecer demasiado autoritario. En aquel momento, el gato se escabulló por la puerta y echó a correr en dirección a las cocinas.

—¡Sukis! —exclamó Khepura—. ¡Ha vuelto!

El animal se volvió y contempló a la jefa con visible desprecio.

—Sí, anoche. Me dio un buen susto.

—Es la gata de Hetefras; nadie la veía desde el día en que ella desapareció.

Se inclinó para rascarle las orejas, pero la gata se apartó hasta un rincón y lanzó un bufido.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa, Sukis? —exclamó Khepura, ofendida, pero la gata se limitó a correr calle abajo.

La mujer se encogió de hombros y se encaró de nuevo con Semerket.

—En fin, ¿vienes o no?

—Iré dentro de un momento —repuso Semerket.

Khepura echó a andar por la estrecha calle principal en la misma dirección que había tomado la gata. De repente, Semerket recordó algo y la llamó.

—¡Khepura...!

—Cinco casas más abajo, al final de la calle —explicó ella sin volverse.

Al cabo de unos instantes, Semerket se hallaba en la penumbrosa estancia principal de la casa de Neferhotep. Allí lo esperaban siete hombres, ninguno de ellos demasiado viejo pese a su calificativo de «ancianos». Con actitud solemne le comunicaron que eran los jefes electos de los clanes del pueblo. Como jefa, Khepura también formaba parte del Consejo, al igual que Neferhotep en su calidad de jefe de escribas. Khepura explicó que hablaría en nombre de Paneb, que no había podido acudir por hallarse trabajando en el sepulcro real.

—Paneb se opone a realizar cualquier investigación en el pueblo —anunció.

—¿Por qué razón? —preguntó Semerket, enarcando una ceja.

—Porque es un insulto —replicó Khepura.

Las fosas nasales le temblaban de indignación, y aunque pretendía exhibir una expresión de gran dignidad, en aquel momento parecía sobre todo un búfalo furioso atrapado en un zarzal.

—Fue algún bandido u otro criminal quien asesinó a Hetefras..., si es que en verdad fue asesinada, no uno de los nuestros.

—¡Qué extraño! —musitó Semerket casi para sus adentros—. Creía que Paneb sería el primero en exigir una investigación.

Uno de los ancianos, un hombre de ropas manchadas, se hizo notar con una tosecita.

—Soy Sneferu, alfarero del Faraón —se presentó en voz baja al tiempo que se inclinaba hacia delante—. ¿Por qué dices que Paneb debería estar interesado en esta investigación?

A Semerket lo asombró que la situación requiriera explicación alguna.

—Porque Hetefras era su tía, para empezar —repuso.

Sneferu se volvió hacia los demás ancianos. Todos ellos se revolvieron incómodos durante unos instantes y por fin lanzaron risitas ahogadas, aunque al advertir la expresión atónita de Semerket recobraron de inmediato la compostura.

—Pero todos somos sobrinos de la pobre tía Hetefras —explicó Sneferu.

Semerket se limitó a parpadear.

El alfarero extendió las manos para recalcar su explicación.

—Bueno, él era su sobrino de sangre, pero como constructores de tumbas, casi nunca se nos permite salir del pueblo, de modo que nos casamos con nuestras primas. En este pueblo, todos estamos emparentados de una manera u otra.

Los ancianos emitieron murmullos de aprobación al oír las palabras de Sneferu.

El sol había alcanzado su cénit y la temperatura había subido. Semerket desvió la mirada y distinguió a Hunro en la puerta de una habitación apartada, escuchando la conversación. La saludó con un discreto ademán de cabeza, y ella se ocultó a toda prisa entre las sombras.

—Pero el visir me ha enviado para que lleve a cabo una investigación y debo insistir —señaló Semerket mientras se levantaba del banco y cruzaba los brazos ante el pecho.

—Te lo ruego, te lo ruego... —terció Neferhotep—, no te precipites. No pretendemos prohibir tus indagaciones, en absoluto. —Paseó la mirada en derredor, y sus ojos se clavaron por un instante en los de Khepura—. Sin embargo, también nosotros tenemos nuestras tradiciones. Lo único que decimos es que debemos debatir la cuestión en nuestra calidad de Consejo de Ancianos. Incluso el visir lo entenderá.

Semerket estaba atónito. Nunca había conocido a unas personas tan flemáticas, máxime teniendo en cuenta que acababan de saber que una pariente suya había sido brutalmente asesinada. Lo normal sería que los familiares de la víctima clamaran venganza en algún espacio público. De inmediato lo asaltaron las sospechas.

—¿Cuánto tiempo creéis que tardará el espíritu de Hetefras en recorrer el pueblo en busca de venganza? —preguntó—. Los fantasmas de las víctimas de asesinato son los más furibundos —añadió con una nota de incredulidad—. Arruinan las cosechas, provocan enfermedades en los niños, incluso pueden tornar a los dioses sordos a vuestras plegarias. ¿Por qué queréis correr ese riesgo?

Sneferu se dispuso a contestar, pero Khepura se apresuró a intervenir con expresión gélida.

—El espíritu de Hetefras comprenderá la necesidad de los ancianos de debatir este asunto aunque tú no lo comprendas —espetó con desdén—. A fin de cuentas, llevaba tres días desaparecida cuando nos dimos cuenta, y en ese tiempo ningún fantasma...

Se interrumpió en seco. Había hablado demasiado y se volvió hacia Neferhotep en petición desesperada de ayuda.

Los ojos de Semerket eran dos pozos negros y relucientes.

—¿Tardasteis tres días en daros cuenta de que había desaparecido? —quiso saber. Todos guardaron silencio.

—¿Cuándo disteis parte de su desaparición?

Una vez más, todos los presentes callaron, y esa fue toda la respuesta que necesitaba Semerket.

—Es decir..., que nadie dio parte.

Khepura fue la primera en recobrar el habla.

—No tienes por qué adoptar esa actitud tan acusadora —advirtió—. Hetefras atendía templos y santuarios por todas las colinas. Era habitual que pasara varios días fuera.

En aquel instante, uno de los ancianos intervino con exagerado entusiasmo.

—Antes de que los dioses le infligieran el mal de la ceguera, a menudo no la veíamos durante semanas —exclamó.

Khepura hizo una mueca al oír aquellas palabras y maldijo al anciano en silencio mientras Neferhotep apoyaba la frente en la mano. Al observar sus reacciones, el anciano quedó perplejo.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué he dicho?

—¿Era ciega? —inquirió Semerket con un brillo mortífero en la mirada.

—No es ningún secreto —señaló el anciano, a la defensiva—. ¡Todo el mundo lo sabía!

—A ver si lo entiendo —murmuró Semerket—. Una anciana ciega, vuestra tía, deambula por las colinas durante tres días con conocimiento de todo el mundo y a nadie se le ocurre buscarla al ver que no regresa...

El anciano cerró la boca de golpe, comprendiendo por fin el alcance de su metedura de pata.

—Rami era el responsable de acompañarla —explicó Khepura en medio del silencio—. Pero no le culpes. Cuando llegó a casa de Hetefras aquel día, ella ya se había marchado. Hetefras podía llegar a ser muy obstinada.

Neferhotep habló por fin con una sonrisa de disculpa en los labios.

—Todo esto es muy interesante, pero me temo que no puedo permitir que el interrogatorio continúe en estos términos, amigo Semerket, al menos no hasta que los ancianos hayan concluido sus deliberaciones.

Semerket le lanzó una mirada contrariada.

—¿Y cuándo será eso?

—Mañana o a finales de semana a lo sumo —repuso Neferhotep.

SEMERKET ATRAVESÓ EL LUGAR DE LA VERDAD, nombre que los constructores de tumbas habían dado a su pequeño pueblo. Pese a que le habían prohibido abrir una investigación formal, bien podía explorar un poco por su cuenta. Los constructores de tumbas se mostraban cautelosos con él, pero nadie cuestionó su presencia. No obstante, Semerket exhibía la insignia del visir bien visible sobre el pecho a fin de evitar cualquier posible enfrentamiento.

En primer lugar se forjó un plano mental del pueblo. Al recorrerlo calculó que albergaba a unas cien familias, y cada casa compartía los muros exteriores con la contigua. Asimismo advirtió que algunas familias, entre ellas la de Hunro, habían añadido una segunda planta a su morada.

Semerket intentó imaginar el aspecto que tendría el Lugar de la Verdad a vista de

pájaro. Suponía que parecería un solo edificio en forma de tortuga gigantesca, extremos ahusados y zona central muy ancha. La tortuosa calle principal por la que caminaba, tan estrecha que podía abarcarla al extender los brazos, formaba su columna vertebral, y los numerosos callejones que se abrían a este y oeste eran sus costillas. Los tejados planos e irregulares constituían los paneles del inmenso caparazón de la bestia.

Al volver sobre sus pasos reparó en que alguien lo seguía; era la gata de Hetefras, Sukis, que caminaba en su pos. Cuando Semerket se detenía para mirar a su alrededor, el animal se paraba con él y se sentaba para asearse concienzudamente el pelaje amarillento. En un momento dado, Semerket se agachó para acariciarla, y la gata se restregó contra sus tobillos, maullando.

De repente lo sobresaltó el golpeteo de una rueca procedente de una callejuela y decidió seguir el sonido. Los jeroglíficos pintados en la pared sobre la puerta anunciaban que aquel lugar era «Sudarios de Mentu». Semerket y Sukis se acercaron a la puerta. La mujer sentada ante el telar ni siquiera alzó la vista cuando se asomó al interior del establecimiento. Una muchacha, con toda probabilidad su hija, se encargaba de proporcionarle el hilo de la bobina. La rueca giraba de izquierda a derecha con tal rapidez que Semerket apenas si la veía. El hilo blanquísimo que desenrollaba la muchacha era tan fino que parecía imaginario, y la tela que iba cayendo del telar era pura niebla.

De repente le llamó la atención el estruendo de unos martillos golpeando metal. En un taller algunas puertas más allá divisó al orfebre Sani, el esposo de Khepura, bruñendo el semblante de una máscara dorada. A su alrededor, sus ayudantes, sus hijos a juzgar por sus siluetas idénticas, insertaban a martillazos barritas de oro en planchas delgadas como el papiro. Semerket se acercó para examinar la máscara que estaba puliendo Sani y se sobresaltó al ver el rostro del mismísimo Ramsés III. Sobre una mesa a su espalda se veía el tocado nemes a listas de oro y lapislázuli que más tarde se remacharía a la máscara para formar un todo sin fisuras. Era blasfemia que los egipcios siquiera imaginaran al Faraón muerto en su sepulcro, pero ante sus ojos se hallaba la máscara que algún día quedaría encajada sobre su momia.

Semerket bajó la mirada con la sensación de que acababa de ver algo demasiado sagrado y terrible para ser contemplado de forma tan casual. Sin embargo, ante el taller de Sani no cesaban de pasar artesanos ocupados en sus propios asuntos, sin aminorar siquiera la marcha para ver qué hacía el orfebre. Solo Semerket parecía nervioso, y se apresuró a proseguir su camino en compañía de Sukis.

De varios lugares del callejón, de cada puerta, de hecho, brotaban los sonidos propios de la artesanía. Martillos, el golpe metálico de un yunque al recibir los impactos, el susurro de las sierras, voces gritando instrucciones. Semerket se sentía abrumado ante tanta actividad, casi asfixiado. Se dirigió a ciegas hacia las cocinas, situadas cerca de las puertas del pueblo. Al acercarse percibió un olor sofocante a grasa y aceite. Siguió los enjambres de moscas que volaban en grandes nubes negras,

atraídas por el olor al igual que él. Sukis corrió hacia los establos, sin duda con la esperanza de hacerse con alguna gota de leche de oveja.

Semerket dobló una esquina y vio a unos sirvientes atando una gran pieza de ternera. Aquello lo sorprendió; a todas luces, el Faraón era generoso con sus súbditos si los alimentaba de aquel modo. Comer ternera asada un día corriente no era habitual en Egipto, y Semerket concluyó que aquella abundancia no solo resultaba extraña, sino también inquietante.

Había reparado en que las mujeres lucían joyas de oro y plata en el cabello, así como broches de piedras preciosas prendidos a la ropa y collares colgados del cuello. El tejido de su indumentaria era de calidad real, con pliegues pequeños e intrincados bordados. También los hombres llevaban suntuosos brazaletes de cobre y bronce, y su atuendo de trabajo era de carísimo hilo. Aquellas gentes no habrían desentonado en la zona oriental de Tebas, donde los nobles pugnaban sin cesar por superarse mutuamente en la majestuosidad de su indumentaria. En el pueblo tampoco había mendigos, lo cual también resultaba perturbador. No había ni rastro de tullidos de guerra, víctimas de accidentes o de la hambruna, aquellos desgraciados que poblaban cada rincón de Egipto.

De algún modo, el pueblo entero parecía falso, como aquellas maquetas de ciudades o granjas que la gente llevaba consigo a la tumba, perfectas hasta el último detalle. Todo el mundo parecía entero, joven, sano y rico. La pintura de las casas se encontraba en estado prístino, los muros aparecían reparados, y la penuria no tenía cabida en el lugar. El pueblo de los constructores de tumbas se antojaba la creación de un mago. Semerket casi esperaba que desapareciera como por ensalmo en cualquier momento, dejando tan solo un espacio vacío y barrido por la arena.

Nada podía ser tan perfecto.

Las sombras ya eran alargadas cuando Semerket y la gata color arena retrocedieron por la calle principal hasta la casa de Hetefras. Como de costumbre, el estruendo del pueblo resultaba ensordecedor, pero pese a ello logró distinguir el rasgueo quejumbroso de un arpa. Siguió el sonido y se sorprendió al comprobar que era Hunro quien tocaba. Estaba sentada en su sala principal de espaldas a él, acomodada entre almohadones, y Semerket avanzó unos pasos hacia ella para escuchar la música.

El corazón se le encogió al darse cuenta de que era una de las melodías predilectas de Naia, una antigua canción popular del Fayum, el inmenso oasis que constituía el centro geográfico de Egipto. Hunro empezó a cantar:

*Los molinos de agua me llaman,
y siete gansos pasan volando.
Desde las tierras oscuras claman
que mi amor está agonizando.*

*Los molinos de agua me llaman,
solo, en un lecho vacío,
mi amor yace en el oeste,
pero los fuegos aún se propagan.*

Los ojos de Semerket se empañaron al recordar la hermosa voz de Naia. Empezó a retroceder despacio, pero sin querer chocó contra el llamador de la puerta. Al oírlo, Hunro dejó de tocar, se volvió y sonrió al reconocerlo.

—No sabía que tenía público —comentó.

—Sí, te estaba escuchando —repuso Semerket mientras se enjugaba a toda prisa las lágrimas—. Lo siento, debería haber dicho algo —se disculpó al tiempo que retrocedía otro paso hacia el callejón—. Tocas muy bien.

—No tengo gran cosa que hacer aquí aparte de tocar para distraerme. —Se desperezó y desgranó un arpegio indolente—. Carezco de oficio, a diferencia de la inmensa mayoría de las mujeres de este lugar.

—Pero a buen seguro tu familia te mantiene ocupada... —aventuró Semerket, señalando con un gesto la casa y el ímprobo esfuerzo que sin duda requería mantenerla.

—Ahora ya solo vive aquí mi hijo menor, Rami, y pasa casi todas las noches fuera con su enamorada. Ahora que está a punto de cumplir los quince, no tardará en casarse y vivir en su propio hogar. En cuanto a mi esposo, esta noche tampoco está en casa.

—¿Adónde ha ido? —inquirió Semerket con las cejas enarcadas.

—¿Es una pregunta oficial? —replicó ella con mirada enigmática, aunque al poco se echó a reír—. Ha ido a la orilla opuesta, a la zona oriental. Probablemente me matará por habértelo dicho, pero me trae sin cuidado —aseguró, desviando la mirada.

—Creía que todos los habitantes del pueblo tenían prohibido cruzar el río.

—Oh, él y Paneb lo cruzan muchas veces por... «motivos oficiales», cada pocas semanas, de hecho. —Calló para lanzar un profundo suspiro—. Y yo me quedo aquí a tocar el arpa.

De nuevo empezó a tocar al tiempo que tarareaba el estribillo.

—*Los molinos de agua me llaman...*

—Canta otra cosa —ordenó Semerket con brusquedad.

—¿Por qué? —replicó ella con aire inocente mientras sus dedos seguían deslizándose por las cuerdas.

De repente lanzó una carcajada despiadada y lo miró con expresión asombrada.

—¡Pero si estás llorando! —exclamó.

—No.

—¡Sí! —rio ella de nuevo—. Veo lágrimas en tus pestañas. Vaya, vaya, el implacable hombre del visir, llorando por una canción.

—Era la favorita de mi esposa.

Hunro dejó de tocar para quitarse una pelusilla imaginaria de la túnica.

—¿Esposa...?

—Ya no.

En las comisuras de los labios de Hunro se dibujó una sonrisa leve pero feroz.

—¿Murió?

—Nos divorciamos.

—Ah —suspiró ella como si aquellas palabras lo explicaran todo—. La pegabas.

—No.

—Te acostabas con otras mujeres, supongo.

—¡No!

—Pues entonces tu esposa era una estúpida.

—Quería tener hijos.

Aquello la hizo reflexionar unos instantes.

—¿Y tú no podías...?

Semerket sacudió la cabeza.

—Créeme, para algunas mujeres ese sería uno de tus mayores atractivos —sentenció Hunro antes de coger de nuevo el arpa y desgranar con dedos crueles las notas de la misma canción—. «Mi amor yace en el oeste —cantó con aire desafiante—, pero los fuegos aún se propagan...». —Se detuvo una vez más—. ¿Qué crees que significan estas palabras? Me parecen tan insustanciales...

—Es una canción de Fayum.

—He oído decir que está todo cubierto de un verdor exuberante —suspiró ella—. Cómo me gustaría contemplar semejante belleza.

—Unos enormes molinos de agua transportan el agua a los campos. Se pasan el día crujendo y chirriando, y algunas personas creen que el sonido se parece al de una mujer llorando por su amado.

—Pero si hay tanta agua, ¿cómo pueden propagarse los fuegos? Es una estupidez —concluyó Hunro antes de tocar de nuevo el estribillo.

De repente, Semerket le arrebató el arpa y la arrojó sobre los almohadones, donde se estrelló con una nota discordante.

—Algunos fuegos no pueden extinguirse nunca —masculló con voz ronca, cerniéndose sobre ella casi sin aliento.

Sin apartar los ojos de él, Hunro se recostó muy despacio contra los almohadones.

—¿Nunca?

Y de repente se echó a reír al tiempo que cogía de nuevo el arpa.

UNA VEZ EN CASA DE HETEFRAS, Semerket procedió a hacer un inventario sistemático de todas las posesiones de la sacerdotisa para ver si encontraba algo que pudiera ayudarlo a conocerla mejor y así lograr determinar quiénes podían haber sido sus enemigos.

Se hallaba en el dormitorio de la sacerdotisa cuando encontró la caja oculta bajo la manta donde se había tumbado Sukis. Tras ahuyentar a la ofendida gata, Semerket llevó el pequeño cofre a la sala principal y lo alzó a la luz que entraba por la ventana alta. Sobre la tapa, unos cuervos negros de ágata volaban entre las viñas y picoteaban granos de uva de lapislázuli. En el suelo había hojas de parra de madera de peral, y bajo ellas, los ratones y los escarabajos se peleaban por la fruta que los cuervos dejaban caer.

Semerket contuvo el aliento mientras deslizaba los dedos por la madera y las piedras taraceadas. Cuanto más contemplaba el cofre, más fascinado estaba, no solo por los colores relucientes y la perfección de la factura, sino también por el artista capaz de crear semejante obra.

Aquella caja era un poema, un poema triste.

Más que describir una escena rústica, el cofre era una plasmación de la vida misma, de la destrucción inexorable de la belleza y la perfección a manos del mal caótico. Al girar la caja vio unos jeroglíficos de hueso estarcidos en la madera oscura de la cara inferior. «Yo, este cofre, pertenezco a Hetefras y soy obra de Yutmeses, ebanista del Faraón, su esposo».

Por un instante, Semerket se permitió imaginar a Yutmeses dedicando algún que otro momento precioso de cada velada a trabajar en aquel obsequio para su esposa. A todas luces, Yutmeses había depositado en él todo el amor que sentía por ella y previsto que el tiempo les arrebataría a ambos del gozo del instante.

Semerket recordó los regalos que había hecho a Naia durante su matrimonio. Ninguno era tan hermoso como aquella caja. Recordó una ocasión en que Naia se había encaprichado de un exótico cacto en flor que crecía en lo alto de un acantilado del desierto, pero él no quiso escalarlo para bajárselo.

Con sumo cuidado dejó el cofre de nuevo en el rincón. Mientras el viento fresco del desierto le acercaba los sonidos propios de la noche, pensó maravillado en el destino que lo había empujado hasta aquel lugar. Aquella era una ciudad encantada, cuya moneda corriente era la belleza. Y lo más extraño de todo era que los constructores de tumbas la sobreentendían del mismo modo en que otros egipcios sobreentendían el agua o el pan.

Semerket casi deseó no hallar entre ellos al asesino de Hetefras, porque si lo encontraba allí tan solo podría desempeñar el papel vaticinado en la tapa del cofre de Hetefras, es decir, el cuervo que echaba a perder la uva, profanador de la perfección. Los constructores de tumbas habitaban una isla de privilegios y confinamiento; si el

asesino de Hetefras era uno de ellos, sin duda Semerket se convertiría en la ráfaga de viento que la haría pedazos.

Presa de la inquietud, alzó a la gata, que se acurrucó entre sus brazos y la apaciguó con su ronroneo.

AL SALIR EL SOL, SEMERKET se dirigió hacia la torre del *mejay* Qar. Lo encontró desnudo y en cuclillas al pie de la edificación, aseándose con el agua de una vasija. Semerket había reparado en que el agua era un bien escaso en el pueblo de los constructores de tumbas, pues no había manantiales ni pozos en las inmediaciones de la Gran Pradera; la tierra era tan seca y árida como las momias sepultadas bajo ella. Cada día, recuas de asnos transportaban el agua para los constructores de tumbas por el escarpado sendero que ascendía desde el lejano Nilo.

—Veo que antepones la limpieza a la sed —observó Semerket en tono amigable mientras se acercaba al *mejay*.

Qar se incorporó y se secó con un trapo.

—¿Te sorprende que un «sucio nubio» se asee por las mañanas? —inquirió.

—Yo no he dicho eso —repuso Semerket.

—Pero lo has pensado, como todos los egipcios —refunfuñó Qar.

—Te envidio —aseguró Semerket sin cambiar de expresión— por tu capacidad de adivinar lo que piensan «todos los egipcios». Debe de facilitarte mucho la vida.

Qar se vistió a toda prisa, abrochándose la armadura y colocándose el casco. Al terminar lanzó una mirada suspicaz a Semerket.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero mostrarte algo en la Gran Pradera.

Qar esbozó una sonrisa que más bien parecía una mueca de desprecio.

—¿Otro príncipe invisible subido a una alfombra mágica?

—No, algo mucho más interesante —replicó Semerket antes de añadir en tono gélido—: Y si tienes suerte, puede que incluso te permita conservar el puesto.

Qar cogió la lanza y con una inclinación de cabeza indicó a Semerket que le enseñara el camino. Juntos ascendieron por el sendero que serpenteaba por el perímetro de la Gran Pradera. Tras dejar atrás los acantilados de piedra arenisca roja y llegar al valle, de nuevo los envolvió su sobrecogedor silencio. Sus pisadas regulares hacían caer guijarros sueltos al lecho del valle, y en la quietud las piedrecillas se antojaban una auténtica avalancha de cantos rodados.

El sonido provocó la reacción inmediata de las torres de *mejays* que flanqueaban los acantilados. Al menos siete policías bajaron de ellas lanza en ristre para observarlos desde distintos puntos. Qar agitó la lanza a modo de saludo, y al comprobar que los intrusos no eran enemigos, los guardias regresaron a sus torres. Semerket y Qar siguieron caminando en silencio. Las víboras que tomaban el sol sobre las rocas siseaban al verlos o se ocultaban en las grietas. Los escorpiones huían

despavoridos a su paso.

Continuaron andando hasta que por fin Semerket se vio obligado a detenerse.

—Estoy asombrado —confesó—. Creía que este era el sendero donde me detuviste.

—Y lo es —aseguró Qar.

—Pero...

Quería mostrar a Qar el campamento que había descubierto al pie de la pila de escombros de piedra caliza. Por fin había concluido que si personas no autorizadas habían entrado en el valle, tenía la obligación de comunicárselo a los *mejays*.

Paseó la mirada en derredor, girando sobre sí mismo para completar el escrutinio. Nada de aquello le resultaba familiar. No había ningún montículo de piedra caliza ni tampoco vestigio alguno de hoguera. Recordaba que el alcalde Pawero le había advertido que el desierto estaba hechizado, que era morada de fantasmas y demonios, y lo cierto era que empezaba a creerlo.

—Habría jurado que... —empezó en tono de disculpa.

—¿Otro espejismo? —espetó Qar en el tono que empleaban todos los policías al vérselas con un testigo indigno de confianza.

—Eso parece.

Qar se arrodilló para coger un puñado de arena y luego dejar que se escurriera entre sus dedos mientras contemplaba el valle.

—¿Qué creíste ver? —inquirió.

—Un campamento. Había seis antorchas clavadas en la tierra, y eran recientes. Quería que supieras que no soy el único que entró aquí sin ser visto.

Qar frunció los labios y siguió contemplando la arena del valle sin pestañear.

—¿Y crees que el campamento estaba instalado en este cañón? —preguntó.

—Ya no estoy seguro —admitió Semerket, compungido—. Había un montón de fragmentos de piedra caliza..., detrás de ese peñasco, creía. —Señaló la base de una pared cercana que ascendía hasta el sendero—. Bajaba hasta el suelo del valle.

—¿Piedra caliza? —inquirió Qar con brusquedad.

—Sí, de un sepulcro excavado —asintió Semerket antes de arrodillarse junto a Qar y rascarse el mentón—. Pero por lo visto estaba equivocado; puede que todo fueran imaginaciones mías a fin de cuentas.

Qar seguía contemplando el valle. Por fin se incorporó con ademán abrupto y señaló un punto en el lecho del valle.

—Allí —dijo.

En un abrir y cerrar de ojos empezó a descender por la pared del acantilado, apoyando los pies con absoluta seguridad en los salientes y las grietas. Semerket no se atrevía a seguirlo por miedo a resultar herido, de modo que corrió por el sendero hasta un punto donde se acercaba mucho al lecho del valle y saltó. Cuando se reunió jadeante con Qar, el *mejay* ya había desenterrado algunos fragmentos de carbón de una hoguera, pero solo encontró un puñado.

—Estuvieron aquí —señaló, utilizando la lanza para remover la arena y clavarla en algunos lugares.

Sin embargo, no halló ninguna punta de antorcha.

—¿Cómo lo sabes? No son más que unos pedazos de carbón; pueden ser de hogueras encendidas hace cincuenta años. ¿Dónde están los fragmentos de piedra caliza? —preguntó Semerket, mirando en derredor.

Qar guardó silencio durante un rato. Luego se incorporó y abarcó un semicírculo con la mirada, escudriñando cada rincón y cada grieta.

—Se deshicieron de ellos —constató en voz baja—. Los volvieron a arrojar al sepulcro.

—¿Quiénes? ¿Te refieres a los cavadores de tumbas?

—Hace más de treinta años que no se excava ninguna tumba en la Gran Pradera, Semerket, salvo la del Faraón, que está en el otro extremo del valle —explicó a regañadientes, como si estuviera revelando un importante secreto.

A Semerket no le hizo ni pizca de gracia el tono asustado de su voz ni la expresión que se pintaba en su rostro.

—No entiendo... —empezó.

Qar clavó de nuevo la lanza en la tierra sin tan siquiera darse cuenta.

—Saqueadores de tumbas —musitó, y el viento se llevó sus palabras, que resonaron con infinita suavidad contra las paredes de piedra—. Unos ladrones de tumbas entraron en la Gran Pradera y rellenaron el agujero que habían hecho con los escombros que viste. Por eso han desaparecido.

Semerket tragó saliva. El saqueo de tumbas era el delito más grave que podía cometerse en Egipto, la herejía más terrible. Si Qar estaba en lo cierto, y la Gran Pradera había sido profanada, el delicado equilibrio entre la vida y la muerte correría peligro. Los faraones muertos, que se ocupaban por toda la eternidad del bienestar de Egipto en la vida después de la muerte, darían la espalda a los vivos, y como consecuencia de ello imperarían el infortunio y el caos.

De repente oyeron un leve pero inconfundible chasquido a sus pies. La punta de la lanza de Qar había topado con algo metálico. Por un instante, él y Semerket se miraron con expresión aturrida, pero al poco el policía se arrodilló y empezó a escarbar con gestos impacientes. Al ver de qué se trataba retrocedió como si acabara de desenterrar un insecto repugnante. Semerket se agachó para echar un vistazo. Allí, en el suelo del valle, reluciente como una llama sobre la arena, había un pendiente dorado.

Fue Semerket quien alargó la mano para cogerlo. El pendiente era de oro, una joya voluminosa y llamativa de una dinastía pasada. Por todo el borde alisado a martillazos había rubíes en cabujón engastados. Era un objeto de luz y de sangre.

—LA CULPA ES MÍA —GIMIÓ QAR, consternado.

En lo alto de la torre de vigilancia, él y Semerket daban cuenta de la cena que les habían llevado los sirvientes del pueblo. Las hierbas que utilizaban los constructores de tumbas no eran tan amargas aquella noche, o tal vez empezaba a acostumbrarse a su penetrante sabor.

Semerket se llevó la jarra de cerveza a los labios.

—No sabes a ciencia cierta si han robado algo —señaló.

—La joya...

—Podría llevar siglos allí.

Qar guardó silencio como si considerara por primera vez aquella posibilidad. Mientras tanto, Semerket comió algunos dátiles.

—Y aunque no sea así, ¿por qué iba a ser culpa tuya? —prosiguió.

Muerto de vergüenza, Qar tosió antes de hablar.

—El día que viniste...

—¿Sí?

—Yo estaba dormido.

Semerket no dijo nada, aunque ya lo sabía.

—Este puesto... —continuó Qar—. Empiezo a ser demasiado viejo para él. Estoy tan fatigado que apenas puedo ponerme la coraza. Te digo que los ladrones consiguieron entrar en el valle por mi culpa.

Semerket sabía que aquella confesión le resultaba difícil en extremo. A ninguna persona, fuera hombre o mujer, le gustaba reconocer que ya no estaba en la flor de la vida. En el caso de Qar, semejante confesión implicaba el reconocimiento de que su debilidad podía haber facilitado que se cometiera un delito muy grave.

—Y la mañana que Hetefras fue a las colinas —prosiguió Qar, cuya confesión aún no había tocado a su fin—, la última vez que fue vista con vida...

—¿Qué?

—También estaba dormido. Por lo general iba a verla durante mis rondas, pero aquella mañana ni siquiera me enteré de que había venido —suspiró con infinita tristeza.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Semerket con otro suspiro.

—Me reuniré con los demás *mejays* y les mostraré el campamento que encontraste, así como la joya —repuso Qar tras meditar unos instantes—. Y después renunciaré a mi puesto. Si soy afortunado, me destinarán a algún lugar tranquilo a orillas del Nilo. Quién sabe...

—¿Por qué confesar algo de lo que ni siquiera estás seguro? —objetó Semerket, escéptico—. ¿Qué demuestra en realidad que alguien haya saqueado una tumba? No tenemos más que unos pedazos de carbón, un pendiente, unos fragmentos de piedra caliza...

—Tendremos que inspeccionar todos los sepulcros y hacer inventario de cada uno de ellos.

—Eso llevará años.

—En tal caso avisaremos a los *mejays* de Tebas oriental para que registren los bazares. Si encuentran piezas de tesoros reales a la venta, sabremos que se ha producido un robo.

Semerket sacudió la cabeza.

—En cuanto los *mejays* aparezcan en el mercado, todos los bienes sospechosos quedarán bien escondidos en sacos de cereales o vasijas de olivas. No los encontraréis jamás.

—¿Y qué podemos hacer si no?

—Enviar a alguien a los bazares, pero camuflado de comprador interesado —propuso Semerket tras un momento de reflexión—. Alguien de quien los mercaderes no sospecharían nunca. Que compre una pieza... Eso debería bastar como prueba.

—¿Quién podría hacerlo?

Semerket meditó unos instantes.

—Es posible que conozca a alguien —repuso por fin muy despacio.

El administrador sonrió para sus adentros. Estaba en deuda con su hermano por haberle conseguido aquel puesto; le estaría bien empleado.

De repente recordó los fragmentos de cerámica rota que había recogido en el campamento fantasma. Por alguna razón que ni siquiera él alcanzaba a comprender, no se las mencionó a Qar. Si bien su trato se había tornado más amistoso tras la expedición al valle de días atrás, aún no eran amigos. La confianza llegaría más tarde, se dijo.

—Hay algo que me preocupa de todo este asunto, Qar. ¿Te has parado a pensar alguna vez que quizá no eres el único que se duerme estando de guardia? —inquirió.

—¿Qué?

—Si los ladrones de tumbas van a pie —prosiguió Semerket—, ¿por qué no los oyeron los otros *mejays* cuando cavaban durante la noche? ¿Por qué no sabían que yo entré en la Gran Pradera el otro día? ¿Y cómo es posible que solo tú despertaras y dieras conmigo?

—Me despertó un sueño..., una pesadilla —explicó Qar, incómodo—. En ella me acechaba una leona. El sueño parecía tan real que incluso la olía... Olía la sangre en su aliento, su pelaje. Estaba convencido de que moriría entre sus garras.

Semerket se estremeció, y no por causa del frío viento del desierto.

—Y cuando saltó —musitó—, ¿despertaste y rezaste la oración de las pesadillas a Isis?

Qar se lo quedó mirando con expresión atónita.

A Toh, visir de las Dos Tierras, ¡larga vida y prosperidad bajo el faraón Ramsés III! ¡Larga vida y prosperidad de Semerket, administrador de Investigación y Secretos, Saludos...

Informe al Gran Señor sobre el caso de Hetefras, suma sacerdotisa del Lugar de la Verdad; he aquí lo que he descubierto...

Semerket relató su visita a la Casa de la Purificación, donde averiguó que, en efecto, Hetefras había sido asesinada, y además en tierra firme. No reveló al visir que poseía un fragmento del hacha que había acabado con su vida, pues no sabía quién más leería sus informes. Al cabo de un rato, Semerket dejó el punzón de junco y meditó acerca de qué más relatar a Toh. Estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la sala principal de Hetefras, con Sukis tendida de bruces junto a él, a la luz de una única vela de sebo. Había comprado un rollo de papiro a Neferhotep, así como varios punzones nuevos y un tarro de hollín mezclado con resina para hacer tinta. Ahora tenía el papiro extendido ante él, la tinta diluida en agua y el junco mascado hasta formar la punta que quería.

Semerket recortó la mecha de la vela y cogió de nuevo el junco.

El Consejo de Ancianos del pueblo de los constructores de tumbas me han contado que la sacerdotisa era casi ciega y que a menudo se ausentaba sola durante varios días para atender los santuarios locales pese a su frágil estado. Ello sucedía con tal frecuencia, según los ancianos, que a nadie se le ocurrió dar parte de su desaparición.

Sus pensamientos se desviaron hacia el recibimiento que le habían dispensado los habitantes del pueblo y el hecho de que parecían más preocupados por su derecho a interrogarlos que por esclarecer quién había asesinado a la sacerdotisa. Semerket sopesó las distintas posibilidades. Tal vez los lugareños estaban resentidos con Hetefras, una mujer que sin saberlo había acabado por provocar su propia muerte a causa de su lengua afilada. Sin embargo, ello no casaba con la imagen que la reina Tiya recordaba de ella. No obstante, no podía mencionar aquella impresión porque no se trataba de un hecho probado.

A su mente acudió la imagen del corpulento y formidable capataz Paneb. Pese a su ataque contra Semerket, Paneb era el único de aquellos extraños constructores de tumbas cuyo comportamiento se le antojaba comprensible. Paneb y su tía debían de haber estado muy unidos para que el hombre se desmoronara de tal modo al conocer la verdad sobre su muerte, pero Semerket tampoco podía relatar aquella suposición a Toh.

Se llevó la mano al cuello al recordar los gruesos dedos de Paneb. Un pensamiento le rondaba implacable por la mente.

¿Por qué tanto el capataz como los ancianos se oponían a dar con el asesino de su tía? Carecía de sentido, a menos que...

Semerket se irguió con la mirada clavada en la oscuridad.

A menos que Paneb..., a menos que todos ellos estuvieran protegiendo al asesino.

A cabo de unos instantes, Semerket paseaba inquieto por la casa de Hetefras, la carta a Toh olvidada en el suelo, la mente convertida en un hervidero de ideas. La conspiración era moneda corriente y no abrigaba esperanzas de llegar a desentrañar el

laberinto de posibilidades que se extendía ante él. Y ahora se enfrentaba a un nuevo misterio, más inquietante que todos los demás. ¿Por qué había soñado el *mejay* Qar con la leona?

Quizá no significara nada y la leona no fuera más que un símbolo de la tensión que tanto él como Qar experimentaban en su vida cotidiana. Semerket dejó de caminar, suspiró y se arrebujó en las pieles de Hetefras, pues el aire del desierto era frío.

Unos golpes en la puerta lo cogieron desprevenido. Se dirigió a la sala delantera alumbrado por la vela de sebo.

Hunro lo esperaba en la calle, vestida como Semerket nunca había visto que una mujer osara vestirse. Su fina túnica estaba teñida de un radiante granate, color reservado a dioses y diosas. Llevaba el cabello salpicado de motas de cera dorada, el rostro pintado como los de las diosas en los templos, los ojos alargados con lápiz de antimonio y malaquita, las mejillas adornadas con círculos de ocre... La embriagadora fragancia a sándalo de su perfume lo envolvió como un manto.

La lengua se le pegó al paladar y allí permaneció, negándose a moverse.

—Déjame entrar y cierra la puerta —ordenó Hunro con impaciencia—. De lo contrario los vecinos empezarán a chismorrear.

En lugar de obedecer, Semerket abrió la puerta de par en par para que todo el mundo pudiera ver el interior de la casa.

Hunro esbozó una sonrisa desafiante y entró en la sala de Hetefras.

—¿Acaso me tienes miedo?

Semerket asintió.

Hunro emitió un gemido de fingido dolor.

—A las mujeres no nos gusta escuchar que un hombre nos tiene miedo, porque eso puede provocar que esa cosa que tienen bajo el taparrabos se encoja y no sirva para nada.

Hunro se acercó a él, pero Semerket retrocedió.

—También temo a tu esposo —logró articular.

—¿Neferhotep? —rió Hunro—. No temas al ratón, sino al león, Paneb.

Al ver la expresión que adoptaba Semerket, Hunro lanzó un bufido exasperado.

—¿Cómo crees que matamos el tiempo en este aburrido agujero? Si no fuera por el adulterio, todos perderíamos el juicio.

—Sobre todo tú, supongo.

—En ese sentido soy una mujer honesta —espetó Hunro con voz aguda y desafiante—. Más que la mayoría, en mi opinión.

—¿Por qué has venido?

—He venido a decirte —suspiró ella— que los ancianos acceden a que interrogues a la gente. Puedes empezar cuando lo desees.

Semerket la miraba con aire escéptico.

—¿Y has venido hasta aquí vestida de este modo solo para decirme eso?

Hunro frunció el ceño con expresión dolida.

—¿Qué tiene de malo mi atuendo? —musitó—. A casi todos los hombres les gusta cuando me visto como una diosa. ¿A ti no?

De nuevo la lengua de Semerket se tornó inservible, por lo que se limitó a asentir.

Con una suerte de gorjeo, Hunro se apretó contra él. Pese al frío de la noche, Semerket empezó a sudar.

—Si me consideras tan hermosa, ¿por qué no me haces el amor? —murmuró antes de buscar sus labios.

Se besaron durante tanto rato que Semerket perdió la noción del tiempo. Le sorprendió estar tan excitado, pero haciendo acopio de toda su determinación, acabó por apartar a Hunro de sí.

La mujer sacudió la cabeza con actitud incrédula, y el oro de sus cabellos lanzó destellos a la luz de la vela.

—En fin, ya que no quieres mi cuerpo, pues a todas luces no soy más que una bruja vieja y marchita para ti —espetó al cabo de unos instantes—, ¿qué te parece si te doy mi mente?

—¿A qué te refieres?

—¿Y si te dijera que sé cosas?

Semerket pestañeó.

—¿Sobre...?

—Sobre este lugar y sus secretos.

—Si sabes algo tienes el deber de dar parte para que conste.

Hunro rio de nuevo, divertida por su ingenuidad.

—Puede que otros tengan una idea distinta acerca de cuál es mi deber.

—En tal caso hazlo por Hetefras, por la anciana a quien todos parecen haber olvidado.

A la mención de la sacerdotisa, Hunro apretó los maquillados labios.

—Es cierto que era la única mujer que se mostraba amable conmigo, y yo no soy de las que olvida a sus amigos, pese a lo que diga la gente.

Semerket estaba asombrado ante la rapidez con que Hunro cambiaba cuando no la acuciaba la llama del deseo. De repente parecía vieja y derrotada, y los afeites que cubrían su semblante se antojaban secos y resquebrajados.

—Pero puesto que nunca hago favores sin recibir algo a cambio, te contaré lo que he venido a contarte y lo anotaré en la cuenta —Hunro se acercó de nuevo a él—. ¿Sabes por qué los ancianos han necesitado dos días de «deliberación» antes de permitirte interrogar a los demás? —le susurró al oído.

—Por vuestra tradición de debatir los asuntos...

Hunro lo atajó con una carcajada.

—No existe tal tradición. Pero eso es lo único que te revelaré, Semerket, a menos que...

Semerket se acercó un poco más a ella.

—¿A menos que qué?

—Soy rica —explicó ella con rapidez—. Gracias a los regalos que he obligado a los hombres a darme por acostarme con ellos; cada regalo es una piedra para tender el puente hacia la otra orilla. Llévame allí. Yo no conozco la ciudad, pero tú sí. Te prometo que jamás volverá a faltarte de nada. Viviremos rodeados de lujos, y te daré un amor que no has experimentado jamás...

Intentó volver a besarlo, pero Semerket se zafó de ella y clavó la mirada en la oscuridad.

—Busca en otra parte, Hunro —denegó—. Los lujos no me atraen, y jamás le quitaría la esposa a un hombre, porque lo he vivido desde el otro lado.

Hunro se lo quedó mirando unos instantes.

—Eres un estúpido. Yo podría quitarte a esa mujer de la cabeza y reducir tu piel a cenizas si quisiera... Y de paso convertirte en un hombre rico.

Dicho aquello abrió la puerta, se volvió una vez para mirarlo y luego echó a andar a buen paso por el callejón.

Aquella noche, tendido sobre el jergón, Semerket no podía desterrar de su mente las palabras de Hunro. Sin embargo, no pensaba en las pistas que le había revelado sobre los constructores de tumbas, sino en la presión de su carne contra él, la curva de su vientre y el tacto de sus pechos. Sumido en un mar de angustia, se revolvió en el lecho hasta que por fin recurrió al gesto solitario con el que Atum había engendrado el mundo entero.

CASI DESPUNTABA EL ALBA cuando oyó un susurro al otro lado de la puerta.

—¡Semerket!

Qar lo esperaba en la calle con un dedo sobre los labios en demanda de silencio.

—Vengo de una reunión secreta de los *mejays* —explicó en cuanto estuvieron dentro, lejos de la calle y de quienes pudieran escuchar su conversación.

Semerket asintió a la espera de que siguiera hablando.

—Les hablé de mi problema con el sueño.

En lugar de estar trastornado, Qar sonreía. Sukis saltó sobre su regazo, y el *mejay* la acarició.

—¿Y sabes qué? Solo hizo falta mi confesión para que los demás admitieran que les sucede lo mismo, y siempre las mismas noches..., cuando no hay luna.

—¿Cómo es posible? —exclamó Semerket.

—¿No lo adivinas? Nos drogan la comida —repuso Qar con expresión sombría—. No es difícil. Todas nuestras comidas las preparan los sirvientes en las cocinas del pueblo y luego nos las traen uno por uno. Cualquiera podría drogarías.

Con los ojos abiertos como platos, Semerket se inclinó hacia Qar.

—Pero ¿con qué propósito?

Qar lanzó un suspiro largo y triste. Contrariada, Sukis saltó al suelo embaldosado

y se alejó a la caza de algún ratón.

—¿Qué mejor momento para saquear una tumba que cuando los *mejays* duermen? ¿Qué mejor noche que una noche sin luna en la Gran Pradera?

Semerket meditó unos instantes.

—«Donde hacen piel de dioses..., cuando Khons oculta su rostro», —recitó.

—¿Qué dices? —quiso saber Qar.

—Es lo que me dijo el muchacho en la Gran Pradera, ¿recuerdas? El príncipe que según tú no existe. Me dijo que hacían oro cuando no había luna.

Qar meneó la cabeza.

—Pero no tiene sentido. El oro se extrae de las minas, se martillea, se muele..., pero no se hace... —Qar se interrumpió en seco y lanzó una exclamación ahogada antes de añadir—: Pero sí se puede rehacer...

Semerket se lo quedó mirando con expresión perpleja.

—Hace mucho tiempo saquearon varias tumbas en el Lugar de la Belleza. Los ladrones no se molestaron en romper los sellos que protegían las puertas de los sepulcros, sino que cavaron directamente hasta las tumbas de las reinas y luego lo quemaron todo. Cuando el fuego se extinguió, lo único que tuvieron que hacer fue recoger los charcos de oro fundido que habían quedado bajo las cenizas. Así fue como los descubrimos, fundiendo las piezas más grandes en una vasija.

Al oír aquellas palabras, Semerket recordó los fragmentos de cerámica que había envuelto en su capa, piezas ennegrecidas y quebradas por el fuego, así como los restos de oro atrapados en las grietas. En su día había creído que formaban parte de algún dibujo o escritura, pero si lo que decía Qar era cierto, su significado podía ser mucho más siniestro.

—Hemos acordado que cada noche uno de los *mejays* ayunará —prosiguió Qar—. Así podrá dar la voz de alarma si ve a alguna persona sospechosa entrar en la Gran Pradera. Es evidente que alguien del pueblo está detrás de todo esto.

—¿Quién?

Qar sacudió la cabeza, y ambos hombres ponderaron la cuestión en silencio durante unos instantes.

—Lo que en realidad he venido a preguntarte —dijo por fin el policía— es si puedes hacer que la persona de la que me hablaste empiece a registrar los bazares en busca de joyas reales.

—Sí.

—Así me gusta —alabó Qar antes de disponerse a salir a la calle aún envuelta en la oscuridad—. Otra cosa, Semerket, cuidado con lo que comes. Tu comida también se prepara en las cocinas. Todos los *mejays* coincidimos en que de dormirnos una noche a dormirnos para siempre no hay más que un paso.

El administrador sintió un hormigueo en el cuero cabelludo.

—Y una cosa más... —añadió Qar en tono de repente vacilante antes de lanzar un suspiro—. Todos nosotros soñamos con leones.

Dicho aquello, el policía cerró la puerta sin hacer ruido.

SNEFERU ALZÓ LA MIRADA del torno de alfarero. Semerket estaba en el umbral con un hatillo de aspecto pesado que dejó en el suelo. Al igual que muchos de los otros artistas, el alfarero tenía su taller instalado en un precario cobertizo junto a la puerta norte del pueblo. Se hallaba al lado de la cisterna donde la caravana de asnos descargaba el suministro diario de agua, lo cual ahorra a Sneferu la tarea de acarrear pesadas vasijas de la cisterna a su casa.

El artesano aminoró la velocidad del torno y empapó con una esponja chorreante el cuenco a medio hacer. Sabía por experiencia que las visitas de Semerket eran largas y arduas, y se imponía conservar la humedad del cuenco.

—Semerket, buen amigo —lo saludó en un intento de mostrarse alegre—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Has concluido que yo asesiné a Hetefras?

Con un gruñido, Semerket desanudó el hatillo y lo volvió boca abajo. Varios fragmentos de cerámica ennegrecida cayeron en una pila; eran los que había encontrado en el campamento abandonado.

—He roto esta vasija de Hetefras —anunció.

—¿De Hetefras? No recuerdo que tuviera ninguna...

—¿Puedes repararla? No quiero ofender a su espíritu.

—Si están todas las piezas sí —asintió Sneferu.

—Me ha parecido conveniente traértela a ti, puesto que con toda probabilidad es obra tuya.

Si el alfarero contestaba afirmativamente, Semerket sabría que alguien del pueblo había estado en el campamento y que los fragmentos no llevaban allí varios siglos.

Sin embargo, Sneferu se limitó a sacudir la cabeza.

—Tal vez lo sepa cuando la haya arreglado.

—¿Cuándo la tendrás lista?

—Hay muchos fragmentos, tengo mucho trabajo y ningún ayudante...

—¿Cuándo?

—Dentro de algunas semanas.

El administrador se sacó una pieza de oro del cinto y la dejó sobre el mostrador.

—Te daré otra igual si te apresuras un poco —prometió.

Pero el alfarero ni tan siquiera miró la pieza de oro.

—Me pondré manos a la obra cuando pueda, amigo Semerket —insistió—, tal como te he dicho.

Cuando Semerket salió del taller, el alfarero cogió la pieza de oro y la olisqueó.

AL OTRO LADO DEL RÍO, en Tebas oriental, el humo sacrificial ascendía en una sedosa espiral negra desde el templo de Sejmet. Era muy temprano, y los fuegos del templo

rugían, hambrientos de la primera víctima del día.

La esposa de Nenry, Merytra, aguardaba un poco al margen de la muchedumbre de acólitos, con un papiro arrugado aferrado entre las manos. Con gesto nervioso, iba apoyando el peso del cuerpo sobre un pie y luego sobre el otro, y cada movimiento provocaba el tintineo de los múltiples brazaletes que llevaba. En un momento dado divisó a su tío abuelo, el sumo sacerdote Iroy, que rezaba en silencio a Sejmet.

Los acólitos abrieron paso cuando acercaron el primer toro al altar. La bestia subió plácidamente la escalinata hacia donde se encontraban Iroy y sus sacerdotes. Una vez ante ellos, el animal inclinó la cabeza para indicar que aceptaba de buen grado su muerte. Sin embargo, Merytra sabía que aquel gesto se conseguía echándole agua bendita en las orejas.

Uno de los sacerdotes aturdió al toro con un martillazo asestado en el cráneo, y casi al mismo tiempo, su tío abuelo le rebanó el pescuezo con un gran cuchillo de bronce. El toro cayó de rodillas y entre convulsiones vació el intestino sobre el altar mientras su sangre empapaba las manos de Iroy. El olor salado y metálico de la sangre se mezcló con el penetrante olor a excrementos, asaltando las fosas nasales de su sobrina. En el altar, Iroy formó un cuenco con las manos para llevar la sangre hasta el atuendo de Sejmet y embadurnarlo con ella. La tela ensangrentada se adhirió a los senos de piedra de Sejmet, resaltando su desnudez.

El sol se reflejaba radiante en el altar de mármol blanco, bañando el templo en una luz cegadora que por un instante aturdió a Merytra. Empezaba a marearse, y en la periferia de su campo de visión danzaban enfermizos círculos oscuros. La música estridente que las sacerdotisas ejecutaban con sus flautas le resonaba sobrecogedora en los oídos.

Presenció en silencio cómo Iroy espolvoreaba granos de cebada tostada sobre el toro sin vida, tal como dictaba la tradición. Sus asistentes procedieron a desollarlo con gran destreza antes de separar las patas de la carcasa con relucientes hachas de plata.

Acto seguido entregaron los grasientos muslos al sumo sacerdote, quien los dispuso sobre la pira sagrada, donde chisporrotearon y escupieron grasa cuando las llamas empezaron a devorarlos. Un reguero de sangre descendió por el altar de mármol hasta formar un charco en una pila abierta en el suelo a tal fin.

En aquel momento, Merytra perdió el conocimiento.

Volvió en sí en el santuario de su tío, presa de las náuseas y con un regusto a bilis en la boca.

—¿Qué...? —farfulló.

Le respondió un gruñido largo y profundo. Sobre ella se cernía una leona que la olisqueaba con aire suspicaz. Merytra profirió un grito. El felino retrocedió un paso sin saber qué pensar de aquella bestia chillona que tenía delante y se protegió tras las piernas del hombre que sujetaba su correa.

—Tranquila, Tasa, tranquila —murmuró el hombre con suavidad mientras

acariciaba la cabeza de la bestia—. Solo es la tonta de mi sobrina.

—¡Llévatela! —suplicó Merytra.

—Te aconsejo que dejes de gritar, sobrina nieta, o de lo contrario Tasa empezará a creer que eres un juguete, y cuando se pone traviesa cuesta mucho pararle los pies.

El sumo sacerdote guardaba un gran parecido con su sobrina, sobre todo en la ancha nariz y los ojos rasgados. Sin embargo, aquellos rasgos que a Merytra le conferían un aspecto torpe y masculino, en su tío abuelo formaban un conjunto armonioso; era un hombre apuesto, todavía muy fuerte y viril pese a su edad, si bien en los últimos tiempos había empezado a engordar.

El santuario de Iroy era una estancia reducida situada tras el Sagrado de los Sagrados, la morada de la diosa. De las paredes pendían pieles de león tensadas. Por la sala se distribuían numerosas estatuas votivas de la reina leona, algunas bañadas en oro y otros metales preciosos, otras labradas en piedra, y todas ellas obsequios de guerreros ansiosos por granjearse el favor de la diosa de la guerra.

—¿Por qué has venido a verme hoy? —preguntó Iroy a su sobrina en tono indulgente.

Mientras hablaba alargó la correa de Tasa a un sacerdote joven, a quien dio instrucciones precisas sobre la comida del animal, y por fin la bestia desapareció del santuario.

—¡Es Nenry! —gimoteó Merytra—. ¡Me ha pegado!

Iroy se sentó en el trono y se puso a limpiar la hoja de la daga sacrificial con un paño suave.

—Bien hecho —alabó con una risita ahogada—. Debería pegarte a menudo, querida; ya se lo dije cuando se casó contigo.

Merytra sepultó el rostro en el brazo mientras grandes lagrimones afloraban a sus ojos. La cabeza le palpitaba de un modo espantoso.

Iroy lanzó un suspiro. Siempre había sentido cierta vergüenza ajena por los vástagos de su sobrino y prefería mantener a Merytra alejada de sí. Se reclinó contra el respaldo del trono, aburrido por los banales problemas matrimoniales de su sobrina. Sin embargo, las palabras que la mujer pronunció a continuación le llamaron la atención.

—Sé que todo es culpa de su hermano, Semerket —dijo.

—¿Qué quieres decir? —espetó Iroy con una sequedad muy alejada de su habitual tono lánguido.

—Está investigando el asesinato de una sacerdotisa en Tebas occidental...

—Ya lo sé. Sigue.

—Anoche llegó un mensaje suyo..., este... —Alargó a su tío el papiro arrugado—. Está intentando involucrar a Nenry en algo malo, y cuando le di mi opinión al respecto, me pegó..., por primera vez en todos estos años. —Su llanto había arreciado un tanto—. Esta mañana, en cuanto se ha ido, he cogido la nota para enseñártela. Quiero que lo detengas, tío abuelo. Sé que cualquier cosa que ese loco le

pida representará una amenaza para nosotros.

Iroy ojeó a toda prisa la nota, deslizando la uña del pulgar teñida con henna por los jeroglíficos mientras leía:

A mi hermano, Nenry, larga vida y salud. De Semerket, administrador de Investigación y Secretos, saludos:

Hermano, necesito la ayuda que me prometiste. Ve al mercado disfrazado de noble y finge buscar joyas reales. Asegura a los mercaderes que no te importa su procedencia. Cómprame un par de ellas si te las ofrecen, y luego tráemelas a esta orilla del río. Te explicaré el resto personalmente. Semerket, tu hermano.

Iroy dejó el papiro a un lado.

—¿Sabes lo que pone? —preguntó a su sobrina con la misma sequedad.

—N..., no —reconoció Merytra, pues no sabía leer.

—¿Ha hecho Nenry algo fuera de lo habitual?

—¡Sí! Envío un mensaje al alcalde diciéndole que estaba enfermo, luego alquiló unas ropas suntuosas y se fue al bazar, pero no sé por qué.

Iroy masculló una obscenidad entre dientes. Curiosamente, cuando volvió a mirar a su sobrina, lo hizo con una expresión rayana en la amabilidad.

—Podría carecer de importancia, pero en cualquier caso, más vale que no menciones a Nenry que he leído el mensaje —advirtió al tiempo que le devolvía el papiro—. Vuelve a dejarlo donde estaba y no le digas nada a tu esposo.

—Sí, tío abuelo.

—Has hecho bien —la elogió Iroy.

Merytra esbozó una leve sonrisa. Si había hecho bien a ojos de su tío, tal vez pudiera aventurarse a preguntar...

—Tío abuelo...

—¿Sí?

—¿Tienes noticias de mi hijo? —inquirió Merytra, tragando saliva—. ¿Está bien?

—¿Tu hijo?

Merytra asintió.

—Lo adopté y lo convertí en mi heredero —le recordó Iroy, de nuevo enojado—. Nenry obtuvo un cargo más que digno a cambio. No sirve de nada que preguntes por él; te aseguro que él no pregunta por ti. Déjalo en paz; ahora lleva una vida distinta.

Merytra se sintió presa de una suerte de frío abrasador. El corazón le palpitaba desbocado, y las entrañas le quemaban. Por un instante temió que volvería a perder el conocimiento, y de repente percibió un calor húmedo entre las piernas que hizo comprender a ambos el motivo de su desmayo anterior. Trastornada, bajó la mirada y vio una mancha roja que se extendía por su túnica.

En su rostro se pintó una expresión de profunda vergüenza, y se ruborizó al

comprobar que su tío miraba la mancha. Sin embargo, el hombre se limitó a lanzar una carcajada.

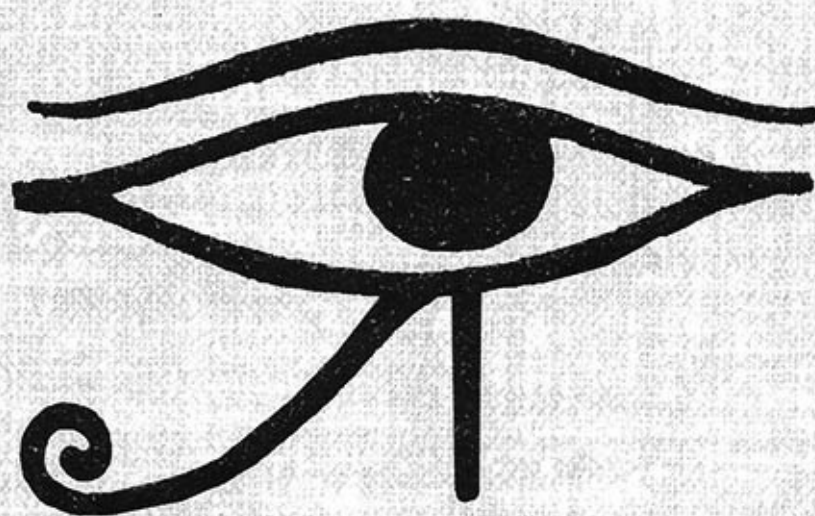
—¿Acaso crees que desconozco las mareas de las mujeres? —exclamó, risueño—. Tienes suerte de que no te haya pasado mientras Tasa estaba aquí. El olor a sangre hace que recuerde sus orígenes salvajes. Cúbrete con algo y acompáñame.

Juntos se dirigieron hacia un pabellón situado en el otro extremo del complejo. Iroy pidió audiencia urgente con la adivina del templo, y tanto él como Merytra se inclinaron ante la mujer cuando entró en el pabellón.

Iroy le habló en susurros de la carta de Semerket. La adivina guardó silencio durante largo rato y por fin habló con una voz que recordaba un instrumento mágico de numerosas cuerdas.

—Por lo visto, las pesadillas por sí solas ya no bastan. Necesitaremos algo más fuerte. Habrá que cortarle el cabello. —Dicho aquello se volvió hacia Merytra—. Acércate a mí, querida. Hablemos de la situación entre tu esposo y su hermano. Las mujeres sabemos manejar tales asuntos, ¿verdad?

Abrumada por la majestuosidad de la mujer, aunque al mismo tiempo atraída por ella, Merytra empezó a avanzar.



ABRE LOS OJOS



—NADIE DE AQUÍ HABRÍA QUERIDO HACERLE daño —aseguró el pintor Aaphat; Semerket estaba sentado ante él con las piernas cruzadas y tomaba notas—. Hallaron su cadáver en la otra orilla del río. ¿Por qué nos interrogas a nosotros?

—Todos la querían —corroboró en voz baja Teewa, su esposa.

—Era muy bondadosa —murmuró su hija.

Estaban sentados en su pequeña sala principal, que Aaphat había decorado con retratos de sus vecinos en pleno trabajo. Las figuras se agolpaban en las paredes, tan vividas que Semerket casi esperaba oírlas expresar sus opiniones acerca del asesinato.

El pintor se levantó y señaló el retrato de Hetefras, a quien había pintado mientras hacía ofrendas al dios luna, Khons.

—Dime, ¿acaso te parece una mujer con enemigos? —inquirió.

Semerket examinó el retrato con detenimiento. En él, Hetefras se encontraba en la flor de la vida. Si bien llevaba una peluca de color azul brillante, Semerket la reconoció por el pectoral y el estilo de la túnica de hilo, muy parecida a la que había visto empapada y arrugada en la Casa de la Purificación.

—Sin embargo —señaló—, está muerta, y alguien la asesinó.

—Quizá un forastero o un vagabundo, pero no un habitante del pueblo. Todos la queríamos.

Aaphat y su esposa bajaron la cabeza para indicar que no tenían nada más que contarle.

Un rápido vistazo al estudio de Aaphat le permitió concluir que ninguno de sus utensilios estaba fabricado con el duro metal azul de que estaba hecho el fragmento que siempre llevaba en el cinto. Nunca lo mencionaba directamente a los constructores de tumbas, ya que ello sin duda haría desaparecer el hacha de inmediato si es que en realidad existía. No obstante, siempre estaba atento a cualquier utensilio fabricado con aquel material.

La mañana después de que Hunro le anunciara la decisión de los ancianos, Semerket inició la investigación. Iba de casa en casa, siempre sin invitación, interrogando incluso a los niños. Pero formulara como formulase sus preguntas, sondeara cuanto sondease, los lugareños siempre adoptaban una expresión impasible y contestaban lo mismo. Pese a ello, Semerket no cejaba en su empeño, convencido de que si los habitantes del pueblo sabían algo acerca del asesinato, lograría

averiguarlo a base de insistencia y repetición.

El escultor Ramose estaba cincelando una estatuilla de diorita cuando Semerket entró en su taller, situado en el extremo más alejado del pueblo. Por la peculiar forma de la peluca de la figura, Semerket reconoció al instante que se trataba de Hetefras y pronunció su nombre en voz alta.

—¿La reconoces? —preguntó Ramose, complacido, antes de sostenerla en alto para que Semerket pudiera apreciar el refinamiento de los detalles.

El administrador asintió al tiempo que advertía que Ramose esculpía tan solo con cinceles de cobre.

—La colocaremos en su tumba a modo de ofrenda de todos sus vecinos. Era una gran señora.

A espaldas de Ramose, sus hijos, Mose y Harach, que asimismo supervisaban a un grupo de sirvientes del pueblo, alisaban una inmensa rueda de piedra caliza. La rueda de piedra yacía en el suelo y ocupaba casi toda la longitud del taller. De vez en cuando, los hijos miraban a Semerket por entre las pestañas cubiertas de polvo.

—¿Tenía enemigos? —inquirió este—. ¿Estaba involucrada en alguna disputa o había discutido con alguien?

—No —denegó Ramose con firmeza—. Era muy bondadosa.

—Todos la queríamos —añadió Mose desde el otro extremo del taller.

—Si quieres saber mi opinión —murmuró Ramose en voz tan baja que Semerket se vio obligado a acercarse a él para oírlo—, el asesino es un forastero o un vagabundo. Pierdes el tiempo interrogando a los habitantes del pueblo. ¿Por qué no vas a la otra orilla del río? A fin de cuentas, su cadáver fue hallado allí.

—¿Estáis de acuerdo con vuestro padre? —espetó de repente Semerket a Mose y Harach, que dieron un respingo.

—Todo el mundo quería a Hetefras —reiteró Mose.

—Ha sido un forastero o un vagabundo —secundó Harach.

Los jóvenes se concentraron de nuevo en su tarea; la piedra pómez chirriaba sobre el suelo como un grito sofocado en la garganta de una mujer.

Yunet, la mujer que bordaba velos y túnicas para la corte real, siguió cosiendo con expresión recatada mientras respondía a sus preguntas. Sus tres sobrinas estaban sentadas junto a ella en la sala principal, ataviadas con túnicas de intrincados pliegues idénticas a la que llevaba su tía, tan almidonadas que parecían alas de garza. Las sobrinas también bordaban la tela, y Semerket se encontró contemplando fascinado sus agujas de bronce, finas como cabellos, que dibujaban una constelación de estrellas de cinco puntas a lo largo de todo el ribete.

—¿Hetefras? ¿Enemigos? —musitó Yunet.

Era viuda, aunque aún parecía joven. Llevaba las numerosas trenzas recogidas discretamente en un pesado moño color ébano a la altura de la nuca. No lucía joya alguna, pero su rostro era de facciones agradables, y tenía los labios rojos.

—Conocía a Hetefras desde pequeña..., no hace tanto tiempo de eso, aunque no

lo creas. Era extremadamente bondadosa y querida —aseguró con voz suave como un soplo de brisa.

—¿Cuándo la viste por última vez?

De repente, Yunet se pinchó con la aguja y se succionó la sangre del dedo mientras miraba a Semerket con aire pensativo.

—¿La última vez...? —Miró a su alrededor, perpleja—. En el Festival de la Luna Nueva, ¿verdad? —Todas sus sobrinas asintieron—. El día antes de su... desaparición..., creo. Adoraba al dios luna, Khons, más que a ningún otro.

—¿Recuerdas de qué hablasteis?

Yunet denegó con la cabeza.

—Me parece que no...

—Yo sí, tía —intervino su sobrina Thuya con voz clara—. Le pediste consejo sobre el tío Memnet.

—Creía haber entendido que eras viuda —comentó Semerket al tiempo que consultaba sus notas.

Yunet se ruborizó hasta la raíz de los cabellos.

—Es cierto.

—El fantasma del tío Memnet se aparece a la tía Yunet por las noches —prosiguió Thuya con vehemencia—. Adopta forma de..., de...

Incapaz de continuar en voz alta, la muchacha se levantó con actitud solemne para susurrarle una palabra al oído que provocó a Semerket un acceso de tos. Una de las otras sobrinas intentó en vano ahogar una risita.

Yunet miró al administrador con expresión avergonzada.

—Creía que una vez sepultado en su tumba, no volvería a pedirme nada, pero las mujeres de mi familia son objeto de deseo incluso de los muertos.

Dicho aquello se inclinó hacia delante y apoyó con gesto tierno una mano en la rodilla de Semerket para recalcar sus palabras.

Sobresaltado, este alzó la mirada de sus notas y comprobó que tanto Yunet como sus tres sobrinas lo observaban con infinita inocencia; todas habían dejado de bordar estrellas. Con gran rapidez enrolló el papiro y se levantó del banco de ladrillo.

—Casi nunca vemos a hombres forasteros —musitó Yunet—. Es muy... estimulante para nosotras, pobres provincianas.

Sus sobrinas asintieron con entusiasmo.

—¿Creéis...? —farfulló Semerket con voz ronca—. Esto..., ¿creéis que Hetefras pudo ser víctima de algún espíritu vengativo? ¿De algún antepasado enojado, quizá?

—He oído decir... —repuso una de las sobrinas en tono vacilante—. Quiero decir que..., se dice por el pueblo que...

Semerket alzó una mano para atajarla.

—Sí, lo sé, que la mató un forastero o un vagabundo.

Les dio las gracias con un ademán de cabeza y huyó despavorido antes de que las mujeres pudieran invitarlo a probar su cerveza.

Hunro lo esperaba en el callejón. Había escuchado la conversación y se echó a reír al verlo tan alterado.

—¿Estás ahora dispuesto a pagar mi precio? —le susurró—. ¿Entiendes por fin que no sonsacarás nada a los habitantes del pueblo, que solo yo puedo ayudarte?

—Podría mandar que te azotaran en las plantas de los pies si creyera que realmente ocultas algo —espetó Semerket con más brusquedad de la que pretendía mostrar—. No tengo más que dar la orden.

Por toda respuesta, Hunro lanzó otra de sus carcajadas agudas y roncadas.

A LA SEMANA SIGUIENTE, SEMERKET salió del pueblo por la puerta norte al campo soleado y siguió el sendero que rodeaba la muralla hasta el diminuto templo de los constructores de tumbas. No tenía motivo alguno para ir allí salvo escapar del ambiente opresivo del pueblo, cuya estrechez empezaba a crisparle los nervios, además del hecho de que todos y cada uno de sus interrogatorios habían obtenido la misma opinión inamovible, a saber, que un forastero o un vagabundo habían asesinado a Hetefras. Al acercarse al templo reparó en que Sukis lo había seguido. Con la cola erguida lo condujo hacia unos sonidos que, según comprendió al poco, procedían de un aula.

Impulsado por la curiosidad, Semerket siguió las voces de los niños hasta la parte posterior del templo. Allí, los niños del pueblo estaban sentados en el suelo al aire libre frente a un joven sacerdote. Cada uno de ellos sostenía una tablilla de cera y un punzón, y juntos recitaban un texto que Semerket conocía, la historia del Rey Serpiente y el Campesino Afortunado.

Mientras observaba a los discípulos, Semerket se alegró de comprobar que el joven sacerdote no se extralimitaba en el uso de la vara, si bien como todo buen maestro seguía la ancestral máxima de que los alumnos «aprenden por las posaderas», por lo que de vez en cuando propinaba un golpecito a quien no se sabía la lección.

El susurro de la vara del sacerdote al cortar el aire recordó a Semerket el tiempo que él mismo había pasado en la escuela, donde había escuchado aquel sonido con frecuencia. No obstante, llegó el día en que el maestro rebasó el límite y golpeó a Semerket en el rostro, abriéndole un corte en la mejilla. Al cabo de unos minutos, los vecinos acudieron corriendo al aula a causa de los gritos del maestro y encontraron a Semerket, que a la sazón contaba trece años, dándole una monumental paliza. Fue la primera vez que lo llamaron seguidor de Set, y ese día su instrucción formal tocó a su fin. Al poco se convirtió en asistente de Metufer en la Casa de la Purificación.

—¿Deseas algo? —le preguntó el joven sacerdote.

Semerket denegó con la cabeza y se alejó a toda prisa. Sin embargo, se detuvo de nuevo a las puertas del templo, pues acababa de oír la voz de Neferhotep.

Del tono del escriba se desprendía que la conversación era más bien una disputa,

aunque las personas con quienes hablaba permanecían ocultas tras el muro del templo. Semerket avanzó con sigilo entre las sombras y al amparo de las altas hierbas marronosas hasta alcanzar un gran canto rodado tras el que se escondió. Desde ahí veía la escena con total claridad.

Para su asombro, Neferhotep conversaba con un trío de mendigos. Su líder era un hombre moreno y desaliñado, y al observarlo con más detenimiento, descubrió que le habían cortado las orejas y la nariz, indicio inequívoco de que en cierta ocasión lo habían castigado por un delito grave. Pese a la distancia, Semerket percibió el hedor acre que despedían los mendigos.

Permaneció oculto entre las sombras y aguzó el oído, pero tan solo alcanzó a distinguir media palabra, «... meses», pronunciada por Neferhotep. Intentó acercarse un poco más, pero se llevó una decepción al ver que el escriba y sus tres extraños interlocutores habían finalizado de forma satisfactoria su conversación, pues todos los integrantes del variopinto grupo sonreían. En aquel momento, Neferhotep sacó un voluminoso saco de una hornacina abierta en el muro del templo. Cualquiera que fuese su contenido, a todas luces pesaba mucho, pues el escriba se tambaleó al alargárselo a los mendigos.

Nariz Cortada escudriñó el interior del saco con expresión fascinada; al poco esbozó una sonrisa desdentada, hizo un gesto de asentimiento a Neferhotep y cerró la boca del saco con una soga. Tras unas palabras de despedida, Neferhotep se alejó a buen paso en dirección a los acantilados que se alzaban a las afueras del pueblo. Se hallaba a pocos pasos del escondrijo de Semerket, pero caminaba con la mirada clavada en el suelo y no reparó en su presencia.

Los mendigos se quedaron junto al muro del templo, hablando en murmullos con las cabezas muy juntas. Años atrás, Semerket había sido un personaje conocido en el turbio mundo del Rey Mendigo de Tebas, a quien había prestado un servicio en el transcurso de una investigación. A cambio, el Rey le había revelado la señal secreta que le garantizaba protección en sus dominios.

Los mendigos se separaron de un salto al verlo y se dispusieron cual barrera humana ante el saco. Semerket hizo la señal secreta con los dedos, pero los hombres se lo quedaron mirando con expresión suspicaz y sin reaccionar a su saludo.

—¿Una pieza de cobre, mi señor? —imploró Nariz Cortada al tiempo que extendía una mano parecida a la de un simio para asir la capa de Semerket—. Amón te bendecirá a cambio de un poco de plata...

—¡Una limosna, una limosna! —suplicaron los otros dos al unísono.

Semerket se sacó una pieza de cobre del cinto y la arrojó a Nariz Cortada.

—Nunca os había visto por aquí —comentó—. ¿Cómo os las habéis apañado para pasar junto a las torres de los *mejays*?

—No me pegues, mi señor —gimoteó Nariz Cortada con voz estridente—. No somos más que unos pobres mendigos pidiendo una limosna para poder comer.

—¿Qué asuntos os traéis entre manos con el jefe de escribas?

Al oír aquellas palabras, el mendigo adoptó una expresión astuta.

—Si me permites la pregunta, mi señor, ¿acaso te incumbe?

—Soy el nuevo capataz, así que contéstame ahora mismo.

—Perdona, mi señor, pero no eres el capataz, sino el hombre al servicio del visir. Hemos oído hablar de ti...

Los otros dos mendigos se desplazaron para rodearlo. Semerket se apretó contra el muro del templo para evitar que lo atacaran por la espalda. De repente, el sol del atardecer arrancó destellos a los cuchillos que los mendigos sostenían ahora en las manos morenas. Al cabo de un instante se abalanzaron sobre él. Semerket se hizo a un lado de un salto y oyó cómo las hojas de las armas arañaban el muro del templo en el lugar donde se encontraba un instante antes. Los mendigos mascullaron juramentos entre dientes por no haberlo alcanzado.

A una señal mutua, los dos hombres se separaron para flanquearlo. Semerket reparó en que Nariz Cortada no se apartaba del saco. Los otros dos avanzaban hacia él desde la izquierda y la derecha, obligándolo a apartarse de la pared e incrementando así su vulnerabilidad. El mendigo de su izquierda alzó el brazo para arrojarle el cuchillo. Semerket estaba a punto de gritar en petición de ayuda cuando de repente vio una flecha peluda volar ante él; era Sukis. Los mendigos se la quedaron mirando, fascinados por un instante ante su proximidad. Solo los nobles y los acólitos de los templos poseían gatos. Semerket aprovechó la ocasión para huir.

Tuvo suerte de toparse con un grupo de niños al doblar la esquina. El joven sacerdote había dado por finalizada la clase, y los alumnos charlaban con sus agudas voces infantiles. Al ver a Semerket se interrumpieron en seco y lo contemplaron con la boca abierta. Cuando se abrió paso entre ellos, los niños se apartaron, pero los mendigos no osaron seguirlo.

A una señal de Nariz Cortada, el trío desapareció entre las sombras de los acantilados. La última vez que Semerket los vio, los mendigos caminaban por el sendero del norte que los llevaría hasta la Puerta del Cielo y de allí a la orilla del Nilo.

Casi todos los niños habían huido despavoridos, pero algunos quedaron rezagados sin apartar la vista de él.

—Dime —abordó a un chiquillo—, ¿has visto a Neferhotep hace un momento?

La hermana mayor del niño avanzó un paso y asestó un puñetazo a su hermano en el hombro.

—¡No le digas nada! —ordenó.

Era una niña flaca, con los dientes prominentes como su hermano menor y la misma actitud precoz. El pequeño le devolvió el puñetazo, pero de un modo simbólico, sin intención de lastimarla. Siguió mirando a Semerket, más por curiosidad que por miedo, los ojos de obsidiana tan negros como los del hombre que tenía delante.

—Si me lo dices te doy una pieza de cobre —prometió Semerket al tiempo que se

sacaba otra pieza reluciente del cinto.

—¡Díselo! —exclamó su hermana de inmediato.

—Está en el cementerio —dijo el niño.

Cogió la pieza de cobre con avidez, y mientras se alejaba, Semerket oyó la discusión en que se enzarzaban los hermanos, ya que la mayor reclamaba la mitad de la recompensa.

El administrador recorrió el breve y escarpado sendero que conducía al cementerio del pueblo y cruzó la verja de bronce. Tenía intención de interrogar a Neferhotep acerca de los mendigos, que no eran tales, ya que en ese caso habrían reconocido la señal secreta, pero en las calles del cementerio no había rastro del escriba.

Todas las tumbas estaban orientadas al este, y en sus patios se veían sicomoros y arbustos en flor; eran jardines creados exclusivamente para disfrute de los muertos. Las estatuas de los difuntos miraban al sol desde las hornacinas situadas en los extremos de sus sepulcros, y los panteones aparecían coronados por pequeñas pirámides de ladrillo.

No había rastro de Neferhotep, y Semerket empezaba a dudar de la sinceridad del chiquillo cuando de repente oyó unas voces que el viento transportaba desde el norte. Conteniendo un presentimiento, siguió la dirección de las voces hasta un sepulcro situado casi en el centro de la necrópolis.

Pasó entre unos pequeños pilares para adentrarse en el patio. Una vieja acacia, mustia por la falta de agua, crecía en medio del jardín abrazada por la hiedra que ascendía desde la base cual tela de araña. Semerket dio un respingo al reconocer la estatua en la hornacina; desde ella, Hetefras lo miraba con fijeza. La figura de tamaño natural estaba recién pintada, y la sacerdotisa sonreía con aire bondadoso, ataviada con su peluca azul de alas de buitre y su túnica de hilo. A un lado del panteón se veía otra estatua, la de su esposo Yutmeses, muerto hacía ya tanto tiempo.

De repente le llegó la voz quejumbrosa de Neferhotep procedente de un pozo abierto en el centro de la veranda. Avanzó con gran sigilo para asomarse al hueco. Del suelo partía una escalera muy empinada, casi una escala de mano, que descendía hasta una lejana cripta alumbrada por la luz temblorosa de unas antorchas. Al asomarse distinguió que la segunda voz pertenecía al capataz Paneb. Semerket aguzó el oído y se asomó un poco más al hueco.

—¿Cuándo vas a acabar con esto de una vez? —preguntaba en aquel momento Neferhotep—. Llevas semanas sin trabajar en la tumba del Faraón, y ahora me entero de que has asignado al resto del equipo al sepulcro de Hetefras.

—Se lo debemos, Nef. No debería haber muerto.

—No me sueltes lo que llevo diciéndote desde el principio.

—Su tumba será la más bella del cementerio. Tal vez entonces, dioses mediante, pueda perdonarnos.

—¡Dioses! Estoy hasta la coronilla de los dioses. Los hombres tienen que valerse

por sí mismos...

De repente, Neferhotep profirió una exclamación de sorpresa y pronunció las siguientes palabras con furia apenas contenida.

—¡Por todos los demonios de Set! ¿Qué es eso?

—¿Qué...?

—¡Eso..., esos pilares! —insistió Neferhotep antes de lanzar otra exclamación—. ¡Por el amor de Osiris, pero si son de la tumba del Faraón! Los has robado..., los has cortado y los has traído aquí... ¡No puedo creerlo! ¿Acaso te has vuelto completamente loco?

—Nadie se dará cuenta, Nef.

—¿Acaso no te basta una investigación y quieres provocar otra?

Semerket oyó el ruido de unos pasos inquietos, y la luz de la cripta tembló aún más.

—Nef...

—Pues esta vez no pienso ayudarte si te metes en líos —aseguró Neferhotep con voz penetrante—. Has perdido el juicio. ¿Y por qué? Por una vieja simplona...

En aquel momento, Paneb estalló con un alarido angustiado. Semerket oyó un grito ahogado de Neferhotep, seguido de unos jadeos. La experiencia le permitió imaginar las manos de Paneb oprimiendo el cuello de Neferhotep para arrancarle la vida.

Semerket se disponía a bajar la escalera para intervenir, aun muy a su pesar, cuando oyó a Neferhotep aspirar grandes bocanadas de aire entre accesos de tos.

—Vete de aquí, Nef —jadeó Paneb en un susurro furioso—. Vete de aquí y no vuelvas.

—¡Te arrepentirás de esto! —masculló Neferhotep, aún sin resuello—. No creas que voy a olvidarlo.

—Ya me arrepiento de todo. Me arrepiento de haberte creído en su momento.

Acto seguido, Neferhotep trepó a toda prisa por la escalerilla. Semerket corrió a ocultarse tras la estatua de Hetefras antes de que el escriba llegara a la boca del pozo y saliera dando tumbos al patio bañado en la luz del crepúsculo. De repente, Neferhotep se volvió de nuevo hacia el pozo.

—¡Y aléjate de mi mujer! De lo contrario presentaré cargos por adulterio..., contra los dos, ¡te lo aseguro! ¡Y no levantaré un dedo cuando os lapiden!

El escriba pasó entre los pilonos y salió a la carrera de la necrópolis. Al cabo de un instante, Semerket salió de su escondite y se acercó de nuevo a la boca del pozo. En el interior de la tumba se reanudó el estruendo de la construcción. Al poco y para sorpresa de Semerket, los sonidos del martillo y la sierra se mezclaron con los sollozos de Paneb.

TRANSCURRIERON VARIAS SEMANAS. Grandes nubarrones negros se acumulaban sobre

el desierto, trayendo consigo un olor a lluvia inusual en Egipto. En el cementerio, la cámara sepulcral que Paneb había construido para Hetefras estaba terminada, con su techo abovedado apoyado sobre las cuatro ornamentadas columnas sacadas de la tumba del Faraón. Convencido de que la tumba de su tía era lo bastante sólida, Paneb la recorrió con parsimonia, acercando la antorcha a las paredes para inspeccionar hasta el último detalle.

Esperaba haber cumplido con su deber para con su tía y que la vida volviera a la normalidad en lo sucesivo. Él y su equipo reanudarían la construcción de la tumba del Faraón, y todo iría bien. Sin embargo, el corazón le dio un vuelco al recordar que la terrible muerte de Hetefras había arrebatado al pueblo la paz que hasta entonces había imperado en él..., para siempre.

A la luz temblorosa de la antorcha, Paneb alargó instintivamente la mano hacia la jarra de vino colocada junto a él y se la llevó a los labios. La boca se le llenó de un poso amargo. Con una arcada lo escupió en el interior de la vasija.

—¡Rami! —llamó sin pensar—. ¡Trae más vino del pueblo!

No obtuvo respuesta, y por fin recordó vagamente que había enviado a Rami a casa varias horas antes. A Paneb aún le quedaba una larga noche por delante en el sepulcro, pues tenía intención de aplicar una mano de pintura fresca al ataúd de su tío Yutmeses y al más pequeño situado junto a él, pues los colores de ambos se habían desvaído con el tiempo. Paneb ya no dormía bien en su casa y prefería el consuelo que le proporcionaba la tumba de sus tíos durante las largas noches.

El vino lo consolaría aún más, se dijo. Con ademán resuelto subió la empinada escalera, cruzó el patio de la tumba, pasando junto a la vieja acacia, y salió por la verja del cementerio. Con las prisas no reparó en que alguien lo observaba.

Semerket siguió con la mirada a Paneb desde detrás del muro del sepulcro contiguo. Tenía intención de registrar el sepulcro de Hetefras. La negativa del capataz a que lo interrogara, incluso a abandonar la tumba de su tía durante días enteros, había suscitado sus sospechas. En cuanto el constructor de tumbas se perdió de vista, Semerket entró a toda prisa en el patio de la tumba y se acercó al pozo. Llevaba una antorcha sin prender, pero se sorprendió al comprobar que Paneb había dejado una encendida.

—¿Hola...? —llamó en la oscuridad, creyendo que quizá quedaba alguien allí.

Al no obtener respuesta, Semerket bajó a toda prisa la escalera. Tras avanzar unos pasos se encontró en la nueva cámara excavada por Paneb y sus hombres. Las paredes estaban pintadas de un vivo color ocre que confería a la estancia una extraordinaria luz dorada. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra quebrada tan solo por las antorchas, las pinturas de las paredes fueron revelándose ante él. Dejó la antorcha y el pedernal en el suelo, y se limitó a mirar a su alrededor.

Si bien Hetefras había pasado la vida entera en el desierto, los constructores de tumbas se habían cerciorado de que en el más allá estuviera rodeada de sicomoros y acacias, palmeras cargadas de dátiles y viñas que se encaramaban a los dinteles.

Semerket se sintió transportado a otro mundo, lo cual, como bien sabía, era la finalidad del sepulcro.

Así fue como Paneb halló a Semerket, contemplando fascinado las pinturas que cubrían las paredes. La voz profunda del capataz le hizo dar un respingo.

—Vaya, vaya —masculló Paneb entre dientes, bloqueando toda escapatoria con su corpulencia—. Las personas que se meten donde no los llaman suelen acabar mal —advirtió al tiempo que avanzaba un paso.

Semerket se obligó a sonreír.

—Sí, por lo visto me paso la vida metiéndome donde no me llaman —convino—. Gajes del oficio, supongo.

—Tu «oficio» no me hace ni pizca de gracia —replicó Paneb.

Dejó la vasija de vino en el suelo y cerró los puños.

—Te ruego que me perdones —se prestó a disculparse Semerket—. Debería haberme marchado al ver que no estabas. Es que...

Dejó la frase sin terminar, y Paneb ladeó la cabeza con ademán inquisitivo. Semerket señaló con un gesto el sepulcro.

—Es tan hermoso.

De nuevo la lengua se le pegó al paladar, de modo que agitó las manos en un intento de expresar su admiración.

—¿Crees que a ella le gustaría? —murmuró Paneb con voz pastosa.

Semerket asintió al tiempo que advertía que el capataz estaba ebrio.

La expresión de Paneb se suavizó un tanto. Sirvió un cuenco de vino y se lo alargó, pero Semerket sacudió la cabeza con expresión afligida.

—Sin ánimo de ofenderte, no puedo beberlo.

—¿Tienes problemas con el vino? Yo antes también.

—¿Y cómo los resolviste?

—Decidí que el problema lo tenía el resto del mundo y que a mí no me pasaba nada.

Semerket lanzó una carcajada sorprendida que Paneb coreó con una risita ronca. De repente, ambos enmudecieron y volvieron a mirarse con suspicacia.

—¿Fue por una mujer? —inquirió Paneb tras beber un trago—. Suele suceder.

—Sí —asintió Semerket a regañadientes—. Mi esposa.

—¿Qué ocurrió? ¿Murió?

—No, me abandonó porque no podía darle los hijos que ella quería.

Paneb le dedicó una mirada compasiva.

—Yo empecé a beber cuando mi esposa me dejó. Según ella, me acostaba con demasiadas mujeres. Pero ya se lo había advertido cuando rompimos la vasija, si te casas con una serpiente, luego no esperes que vuele.

—Al menos no durante mucho rato —añadió Semerket.

Esta vez fue Paneb quien lanzó una carcajada. Luego tomó otro trago y rodeó los hombros de Semerket con el brazo.

—Puesto que sabes apreciar el trabajo que hemos hecho aquí, permíteme que te muestre otra cosa que quizá te guste.

Paneb lo arrastró hasta la pared más alejada. En su superficie aparecían pintadas varias figuras de pequeño tamaño dispuestas en varias hileras.

—Fíjate bien —lo instó Paneb.

Al escudriñar las figuritas, Semerket se dio cuenta con un sobresalto de que eran ingeniosos retratos de los habitantes del pueblo. En un rincón se veía la figura más hermosa, una mujer que tocaba el arpa.

—Pero ¡si es Hunro! —exclamó Semerket, impresionado—. Realmente es su vivo retrato.

—Bueno... —farfulló Paneb con un guiño lascivo—, no exactamente como la conocemos los hombres, ¿eh? Por aquí decimos que un mosquito picó a Hunro en sus partes y que desde entonces no puede contener el escozor. —Su risa atrevida resonó temblorosa en la cámara, pero el capataz se detuvo en seco al advertir la seria expresión de Semerket—. ¿A qué viene esa cara?

—Es una mujer casada, Paneb.

El capataz se sirvió más vino.

—No me digas que aún no te has acostado con ella.

—Pues no.

—Pues eres el único por aquí. —Escudriñó el rostro de Semerket mientras se balanceaba ligeramente—. Vaya..., no te gusta esta clase de conversaciones, ¿eh?

—Creo que deberíamos hablar acerca de quién crees que mató a tu tía. Se lo he preguntado a todos los habitantes del pueblo menos a ti.

Paneb se lo quedó mirando con fijeza.

—Un forastero —repuso con dificultad al cabo de un instante mientras pugnaba por enfocar la vista—. O un vagabundo.

—Paneb...

—¡Un forastero o un vagabundo!

El capataz se cirnió sobre Semerket con la ancha boca apretada por la rabia. Este sabía que Paneb estaba a punto de atacarlo o bien de perder el conocimiento. Sin embargo, la expresión del capataz se transformó de repente, y el hombre se acercó más a él.

—Si te gusta esta cámara, puedo enseñarte una auténtica obra de arte —murmuró con entusiasmo.

Paneb lo condujo escaleras arriba, a través del cementerio, al pueblo y por fin a su casa. Lo primero que hizo fue servirse más vino de la vasija que guardaba en la despensa. Acto seguido se llevó un dedo a los labios, le guiñó el ojo y le indicó por señas que lo siguiera al dormitorio. Una vez allí, revolvió el contenido de un baúl y sacó una vasija canópica de alabastro que guardaba protegida bajo unas pieles.

—¡Mira esto! —musitó mientras le alargaba la pieza con aire de veneración.

Semerket la cogió con cuidado. Su anfitrión recorrió la estancia dando tumbos en

busca de una vela, pues el sol ya se había ocultado tras la montaña y la casa estaba a oscuras. Paneb aplicó el pedernal a la mecha con dedos torpes. La mecha prendió, y la vela alumbró la estancia.

La vasija aparecía coronada por un busto de Imsety, el hijo con cabeza humana del dios Horus, protector del hígado conservado de los difuntos. Una vez más, Semerket quedó fascinado por el refinamiento y la delicadeza de la obra. Los glifos estaban grabados en oro, y el dios Imsety llevaba una larga peluca de lapislázuli labrado.

—La hizo mi abuelo —anunció Paneb con un eructo—. En su época era famoso por estas vasijas. Todos los faraones, nobles y reinas querían un juego para sus sepulcros.

—Es muy hermosa —alabó Semerket—. ¿Tu abuelo te la dejó en herencia?

Era una pregunta inocente, pero Semerket advirtió de inmediato que Paneb se ponía tenso.

—Amen-meses —repuso el capataz tras un titubeo.

—¿Qué?

—Un mercader de Kush. Me la trajo Amen-meses. Hace mucho tiempo se encargaba de vender las piezas de mi abuelo en el sur y pensó que me gustaría tener esta.

—Debe de ser muy anciano si conoció a tu abuelo —comentó Semerket mientras sostenía la vasija a la luz de la vela, aunque sin apartar la mirada de Paneb.

—Sí...

Paneb se balanceó un poco más, los ojos sumidos en sombras. De repente adoptó una expresión angustiada.

—Lo siento..., es que... —balbució antes de echar a correr hacia la cocina.

Después de vomitar todo el vino que había bebido, se desplomó en el suelo e intentó acurrucarse sobre las baldosas. Semerket sabía por su propia y sórdida experiencia lo mal que se encontraría el capataz al día siguiente. Lo arrastró hasta el dormitorio, lo tendió sobre el jergón, lo cubrió con pieles y dejó una jarra de agua junto a él.

Fue entonces cuando echó por primera vez un vistazo a la casa del capataz, a los platos sucios amontonados junto al hogar, los muebles volcados, la vajilla hecha añicos... Guardaba una gran semejanza con su propia casa después de que Naia lo dejara. Semerket se volvió hacia Paneb, que dormía entre estentóreos ronquidos, y sintió una punzada de compasión por él. A todas luces, estaba sufriendo mucho, y no era agradable ver a una persona abrumada por semejante dolor.

No obstante, ello no le impidió reconocer que se le brindaba una oportunidad inmejorable. Llevó la vela a la cocina, sacó la vasija canópica de la hornacina donde Paneb la había dejado, la sostuvo a la luz vacilante de la vela y admiró una vez más la perfección de sus líneas y detalles.

Mientras la hacía girar muy despacio entre las manos reparó en una pequeña

hendidura en forma de cartucho practicada en el alabastro, cerca del pie. Sabía que la sagrada forma ovalada solo se empleaba para exhibir los nombres de faraones, reinas y dioses, y no pudo por menos que sospechar que alguien había rascado adrede el cartucho, tal vez hecho de oro y plata como el resto de los glifos, a fin de borrar el nombre de su propietario.

Semerket paseó la mirada por la cocina hasta localizar un plato más o menos limpio. Lo sostuvo sobre la mecha de la vela hasta que se formó una pequeña mancha de carbón y luego se impregnó el dedo en ella. Acercando la vasija a la llama para ver mejor, restregó el dedo por el cartucho y consiguió revelar a medias los glifos grabados en él.

—Twos-re —musitó las palabras.

Nunca había oído aquel nombre, pero al restregar de nuevo el dedo por la superficie alcanzó a distinguir otro glifo.

—Mujer divina —leyó; era el símbolo de las faraonas.

Aquella pieza no era una reliquia perteneciente a un antepasado de Paneb, concluyó, ni tampoco la habían fabricado para venderla a los kushitas, sino que era la vasija de una reina gobernante. Sin embargo, debía cerciorarse de que sus sospechas eran fundadas.

Semerket forcejeó un poco para retirar la cabeza de lapislázuli. Las dos partes de la pieza estaban tan bien encajadas que no cedían. Inhaló sin hacer ruido, contuvo el aliento y tiró de nuevo al tiempo que intentaba girar la cabeza. La peluca de piedra azul labrada se rompió por la mitad. Semerket masculló un juramento entre dientes y dejó un fragmento de la peluca de piedra encajada en el borde de la vasija. De repente, la estancia se llenó de olor a laurel y resina de pino, una fragancia tan intensa que temió que llegara a despertar a Paneb. Pero la pesada respiración del capataz seguía retumbando en el dormitorio.

Semerket dejó la cabeza rota de Imsety en el suelo,ladeó la vasija hacia la vela y escudriñó el interior. Tal como sospechaba, contenía un objeto empapado en resina y envuelto en un paño de lino; parecía un pedazo de madera podrida, pero en realidad era el hígado conservado de la reina Twos-re.

Por la experiencia acumulada en la Casa de la Purificación, Semerket sabía que el hígado se secaba con natrón y se envolvía en tiras de hilo antes de guardarse en una de aquellas vasijas. Acto seguido se vertía sobre él una viscosa mezcla hirviendo de resina de enebro y laurel. Semerket introdujo un dedo en la vasija y tocó la superficie cristalina de la resina endurecida. A juzgar por la intensidad del penetrante olor, dedujo que, quienquiera que fuera Twos-re, no llevaba muerta demasiado tiempo. Le extrañaba no haber oído nunca su nombre ni visto inscripción ni estatuilla alguna que mostrara su figura o su cartucho.

Era evidente que la vasija había sido robada de un sepulcro. Pero ¿quién era el ladrón, el propio Paneb o el mercader Amen-meses? En cualquier caso, Paneb debía de saber que era un objeto robado. Eso por sí solo ya constituía un delito, aunque

muchos nobles e incluso faraones coleccionaban objetos mortuorios de dinastías antiguas a modo de pasatiempo.

Semerket se agachó para recoger la cabeza rota de Imsety. Sostuvo la vela de modo que la cera goteara sobre la fractura y pegó ambos fragmentos. Aguantaría, aunque no para siempre. Tan concentrado estaba en su tarea que al sentir un roce suave en las piernas profirió una exclamación y dio tal respingo que estuvo a punto de dejar caer la vasija. Sukis lo miró con expresión desdeñosa ante tan cobarde reacción y maulló, despectiva.

Temeroso de que Paneb la oyera, Semerket se llevó un dedo a los labios en un vano intento de acallarla, cruzó de puntillas la habitación donde dormía Paneb y devolvió la vasija al baúl del cual la había sacado el capataz. Esperaba que a la mañana siguiente el hombre creyera haberla guardado él mismo y que no advirtiera la fisura ni las manchas de hollín.

Salió del dormitorio con sigilo y se dirigió de nuevo al hogar, junto al que ardía la vela. Desde allí aún oía la respiración renqueante de Paneb. Merodeó por la casa del capataz acompañado de Sukis. En la sala principal dio con el saco de herramientas de Paneb, que contenía cinces de cobre de todas las anchuras, picos, cepillos de cerdas y mazas de madera, pero ningún objeto fabricado con metal azul.

De nuevo en la cocina, oyó maullar otra vez a Sukis. Sosteniendo en alto la vela para alumbrar mejor la habitación, vio a la gata en lo alto de la escalera que descendía hasta el sótano. De repente, el animal desapareció entre las sombras.

Semerket la siguió; tendría que darle alcance y marcharse a toda prisa. En el sótano vio las provisiones habituales de vino y cerveza, así como muebles rotos, paños de hilo y sacos de trigo y lúpulo. Pero también advirtió algo extraño, y era que Paneb había empujado todos los suministros contra una de las paredes.

Semerket vio a Sukis encaramarse de un salto a lo alto de la pila y escudriñar los ladrillos de la pared. Quizá había husmeado una rata, se dijo, pero la gata se volvió hacia él y maulló con insistencia.

Con todo el sigilo de que fue capaz y obedeciendo a su instinto, además de las indicaciones de la gata, Semerket levantó los sacos de cereales y los colocó al otro lado del pequeño sótano. Justo cuando se disponía a desplazar una silla a la que le faltaba una pata, oyó pisadas en la planta superior. Sukis corrió a esconderse tras unos sacos de trigo, las orejas aplastadas contra la cabeza.

Semerket apagó la vela. Paneb se había levantado del jardín y caminaba dando tumbos por la cocina. En un momento dado tropezó en la oscuridad contra unas piezas de vajilla y lanzó un juramento cuando cayeron al suelo y se hicieron añicos contra las baldosas. Por fin logró llegar a la letrina situada en la parte posterior de la casa, y Semerket oyó el potente chorro de su orina contra la palangana. Al cabo de unos instantes, el capataz regresó al dormitorio con un gruñido.

Semerket esperó hasta que la respiración de Paneb se tornó regular. Habría querido quedarse un rato más para descubrir qué se ocultaba tras los trastos

acumulados en el sótano, pero no consiguió dar con el pedernal para volver a encender la vela. Se maldijo por su descuido al darse cuenta de que se lo había dejado en el sepulcro de Hetefras. En la oscuridad total del sótano, apenas si consiguió cruzarlo y subir a la planta baja peldaño a peldaño. Finalmente salió al callejón en que se encontraba la puerta de Paneb, seguido sigilosamente por Sukis.

EL FUNERAL DE HETEFRAS tuvo lugar un día de invierno. En cuanto el sarcófago apareció ante el pueblo, transportado sobre un trineo tirado por un buey blanco del Templo de Yamet, las mujeres empezaron a proferir estridentes chillidos que resonaron sobrecogedores contra las paredes del cañón. A medida que se acercaba el catafalco, Semerket distinguió la pimienta que habían espolvoreado en los ojos del buey para que se le saltaran las lágrimas.

Tras las plañideras que bramaban y se tiraban del cabello caminaban los ancianos y sus familias en actitud estoica y sin derramar una sola lágrima. Por contra, Paneb lloraba sin ambages, y muchos de los presentes se acercaron a él para rodearle los hombros y susurrarle palabras de consuelo al oído. El capataz hacía caso omiso de ellos; las lágrimas le rodaban por las mejillas mientras contemplaba con aire compungido el colorido sarcófago de su tía. Hunro estaba de pie junto a Neferhotep, enjugándose los ojos enrojecidos. Por una vez, el escriba por lo general encorvado se mantenía muy erguido, aunque no lloraba y en su rostro se pintaba una expresión pétrea. Khepura se hallaba al otro lado de él, frente a Hunro.

Semerket escudriñó el rostro de la jefa en un intento de dilucidar su expresión. Fueran cuales fuesen sus sentimientos, sin duda no eran de duelo. Tenía la mirada inquieta y se tironeaba sin cesar de la peluca en un intento nervioso de ajustársela. En una ocasión, sus ojos se cruzaron con los de Semerket, y este comprendió de repente que lo que sentía la mujer era miedo.

A una señal del sacerdote, el trineo fue arrastrado hasta las puertas del cementerio. Varios habitantes del pueblo se adelantaron para llevar el sarcófago a hombros. Cruzaron el patio del sepulcro de Hetefras y colocaron el féretro de pie ante la puerta de la tumba, bajo la pequeña pirámide de ladrillo, de modo que la sacerdotisa parecía una invitada a su propio funeral.

En ese momento, los lugareños empezaron a sacar sus ofrendas. Cestas de cebolla, cuyo penetrante olor recordaría a Hetefras que debía volver a respirar en el más allá, hogazas planas de pan, vasijas de vino y miel, coronas de flores de dulce fragancia... La reina Tiya había enviado una hermosa silla de madera dorada. Portando una palanca fabricada con el metal de un meteoro caído, un sacerdote se acercó al sarcófago para cumplir el ritual de abrir la boca de Hetefras. Ahora que ya podía respirar y hablar de nuevo, Paneb avanzó para pronunciar las palabras rituales, pues era su pariente más cercano.

—Que permanezcas junto a Osiris por siempre, Hetefras —masculló con voz

ronca—, en los campos de Iaru, en la morada eterna que hemos construido para ti. —Acto seguido se dirigió al dios del más allá—. Osiris, tú que nos creaste, haz que su rostro vuelva a brillar, alza sus brazos e insufla tu aliento en sus pulmones. —De nuevo se volvió hacia la difunta—. Abre los ojos, Hetefras. Abre los ojos.

En aquel momento, su voz se quebró y fue incapaz de continuar. Fue Hunro quien ocupó su lugar para terminar la plegaria.

—Descansa en paz, Hetefras, y permanece por siempre entre los justos.

Horas antes habían excavado un gran hoyo en la avenida principal del cementerio. Los sirvientes lo habían llenado de carbón y brasas, y ahora estaba muy caliente. El buey fue sacrificado, desollado, lavado, condimentado y ensartado en un espetón.

El banquete se prolongó hasta bien entrada la noche. A su término, el féretro de Hetefras fue bajado a la cripta junto con las ofrendas funerarias. Una vez abajo lo colocaron sobre el lecho de madera para que descansara al lado de su esposo y de su hijo.

Fue entonces cuando Semerket presenció algo extraño. Entre jadeos y gruñidos, los hombres del pueblo hicieron rodar una inmensa rueda de piedra, la que Semerket había visto en el taller de Ramose, hasta el patio de la tumba para colocarla ante la puerta. Encajaba tan bien que ni siquiera un papiro podría haberse colado entre ella y las paredes. Desconcertado, Semerket paseó la mirada por el cementerio, Ningún otro sepulcro aparecía bloqueado por una piedra semejante; el de Hetefras era el único.

Semerket advirtió que Sukis se había encaramado a la roca que tenía a su espalda. Pobre gata, pensó. ¿Sabía que su ama yacía en el sepulcro? Alargó la mano para tomarla en brazos, pero la gata se zafó de él y saltó a una roca más alta, desde donde observó con ojos relucientes a los constructores de tumbas, ahora concentrados de nuevo en el festín.

SEMERKET ACUDIÓ DE NUEVO al taller del alfarero Sneferu para averiguar cuándo terminaría de ensamblar los fragmentos de la vasija que había hallado en el campamento abandonado. Sneferu se disculpó, alegando que sus tareas oficiales le habían impedido ocuparse del asunto.

—Parece que te está llevando mucho tiempo realizar una tarea muy sencilla —espetó Semerket, apenas capaz de ocultar su contrariedad.

—Si prefieres llevarla a otro sitio... —replicó Sneferu con expresión esperanzada.

Pero Semerket denegó con la cabeza.

—No, no... —murmuró, desviando la mirada.

De repente, unos niños pasaron corriendo junto al taller en dirección a la puerta norte del pueblo, seguidos de varios grupos de adultos exaltados. Semerket se volvió para mirar, y a los oídos le llegó el lejano sonido de unos cuernos de carnero procedentes del valle del río. Sneferu se apartó del torno para reunirse con él en la

calle, el rostro iluminado por una sonrisa incongruente.

—¿Qué...? —empezó a preguntarle Semerket.

Pero Sneferu ya se había alejado para unirse a la muchedumbre que gritaba enardecida junto a la puerta del pueblo. De nuevo oyó la música de los cuernos, esta vez más cerca, y las voces de los constructores de tumbas adquirieron un tono aún más excitado.

Semerket se situó algo apartado del gentío y desde allí vio cinco carros acercarse a toda velocidad al pueblo, levantando una gran polvareda. Los caballos que tiraban de ellos eran de los más hermosos que había visto en su vida, pequeños animales de pelaje rojizo que galopaban como pájaros sobre las piedras y la arena, tan veloces que sus patas apenas se distinguían. Pese a que el sendero era muy escarpado, los aurigas obligaban a sus tiros a subir raudos como flechas, en apariencia ajenos a que en cualquier momento los animales podían dar un paso en falso y despeñarse. Sin embargo, los corceles no daban ningún paso en falso, y los constructores de tumbas los vitoreaban enardecidos, sabedores de que aquel espectáculo iba destinado a ellos.

Cuando los aurigas se aproximaron un poco más, Semerket distinguió que su líder llevaba una coraza de discos de oro superpuestos y se tocaba la cabeza con una corona de cuero entretejido. Los hombres que lo seguían también iban suntuosamente equipados, aunque no tanto como él. Cerca de Semerket, Khepura se abrió paso entre la muchedumbre para acercarse más a los visitantes, y el administrador aprovechó la ocasión para asirle el grueso brazo.

—¡Suéltame, idiota! ¡Es el príncipe Pentwere! —gritó la mujer al tiempo que se zafaba de la mano de Semerket y seguía avanzando.

Al igual que todos los tebanos, Semerket había oído hablar de aquel hijo del Faraón. Era el primogénito de la reina Tiya y por tanto sobrino del alcalde Pawero. A diferencia de sus hermanos, que siempre procuraban mantenerse en un discreto segundo plano, Pentwere era un personaje extremadamente conocido en la capital meridional. El príncipe comandaba su propio cuerpo de élite de aurigas, y con frecuencia se los veía enzarzados en simulacros de batalla durante las festividades, espectáculos que representaban para el pueblo, arrojándose lanzas y saltando de carro en carro. Los tebanos adoraban a Pentwere por encima de toda la familia real, pues era del sur, su madre era de extracción aún más noble que el propio Faraón, y además era apuesto como un dios.

No obstante, Semerket sabía que el Faraón había elegido a otro como su sucesor, un príncipe también llamado Ramsés, primogénito de su esposa cananita, la reina Ese. Los habitantes del sur apenas si conocían al heredero, que vivía confinado y entregado a una vida de deber y servicio en la corte de su padre, en Pi-Remesse. Los tebanos se quejaban de que el Faraón hubiera relegado a un príncipe tan notable como Pentwere a favor de un hombre de mediana edad, algo enfermizo y por añadidura del norte.

Cuando Pentwere saltó de su carro, los habitantes del pueblo se agolparon a su

alrededor para saludarlo, y el príncipe extendió las manos para estrechárselas entre risas. Era la personificación del príncipe de los cuentos, alto, fornido, de tez morena tersa sobre los pómulos altos, elegante y capaz.

Pentwere saludó al capataz Paneb y al escriba Neferhotep como viejos amigos, y ambos hombres se esforzaron por tratarse con toda cordialidad en presencia del príncipe. No podían permitir que sus desavenencias ensombrecieran aquella ocasión tan especial. Rodeado de sus apuestos hombres, todos ellos fuertes y musculosos como él, el príncipe fue saludando a los constructores de tumbas con amistosas palmadas en la espalda. En un último gesto para con ellos, el mozo de Pentwere arrojó al aire numerosas piezas de oro. Los constructores de tumbas y sus hijos profirieron exclamaciones de alegría y se lanzaron a recogerlas.

Una vez guardado todo el oro, los lugareños volvieron al pueblo a regañadientes. Neferhotep y los ancianos condujeron al príncipe a cierta distancia de las puertas del pueblo para conversar con él en voz baja. Semerket no alcanzaba a imaginar de qué estarían hablando, aunque dudaba que Pentwere pudiera estar interesado en los pormenores de la construcción del sepulcro.

En aquel instante divisó a Hunro bamboleando las caderas entre la gente que regresaba al pueblo. Se abrió paso entre los que quedaban junto a él y se reunió con ella.

—¿Es una ocasión especial? —le preguntó, señalando a Pentwere con el mentón.

—El príncipe viene a menudo para verificar los progresos realizados en la tumba de su padre.

—¿Y los demás?

—No sé los nombres de todos, pero el negro es Assai. ¡Fíjate en esos hombros! ¡Y su cuello!

En sus ojos se advertía un brillo de lujuria, y de repente, para asombro de Semerket, empezó a dar saltitos y a gritar como una doncella enamorada.

—¡Oh, mira, mira! ¡Vienen hacia aquí!

En efecto, el séquito real avanzaba hacia Semerket. Hunro le propinó un fuerte codazo para recordarle que debía inclinarse con los brazos extendidos.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Pentwere en tono afable—. Así que este es el perspicaz hombre que intenta esclarecer el enigma de la muerte de la anciana sacerdotisa... Ardía en deseos de conocerte.

—Oh... —farfulló Semerket, alzando la vista—. ¿Por qué?

El compañero negro de Pentwere, Assai, se ofendió al escuchar aquella pregunta tan directa. Sin embargo, Pentwere hizo caso omiso del error de protocolo y respondió a Semerket en voz alta y deliberada, a fin de que todos pudieran oírlo.

—Mi madre te envía saludos y te insta a apresurarte. Dice que los dioses empiezan a impacientarse.

—Dile a tu madre..., y a los dioses, te lo ruego, que hago cuanto está en mi mano.

El príncipe lo observó con ojos entornados y luego le rodeó los hombros con el

brazo.

—¿Cómo va la investigación? ¿Tienes alguna pista?

—A decir verdad, no.

Semerket no sabía si la noticia disgustaba al príncipe o lo dejaba indiferente, pero lo acometió la extraña sensación de que tras la expresión neutra de Pentwere lucía por un instante brevísimo un destello de satisfacción.

—Estoy convencido de que no tardarás en averiguar algo —sentenció el príncipe con mayestática condescendencia antes de volverse hacia los ancianos que esperaban a su espalda—. Quiero que todos sepáis que mi madre, la reina Tiya, espera que este asunto se zanje lo antes posible.

Los ancianos asintieron con la cabeza sin decir nada. En aquel momento, el mozo llevó al príncipe una bolsa de cuero. Este revolvió su contenido con dedos torpes hasta dar con una serie de amuletos. Colgó algunos alrededor del cuello de Semerket y deslizó los demás en su cinto.

—¿Más amuletos? —preguntó Semerket.

—Madre cree que el que te dio no debe de ser lo bastante poderoso, ya que de lo contrario ya habrías resuelto el caso. Como sabrás —prosiguió en tono amable—, mi madre y yo profesábamos un gran cariño a la sacerdotisa.

Semerket suspiró, sabedor de lo que el príncipe diría a continuación. Pentwere se inclinó hacia él.

—¿Se te ha ocurrido la posibilidad de que tal vez la matara un forastero? —susurró con expresión solemne—. ¿O quizá un vagabundo?

—Sí, se me ha pasado por la cabeza.

—Pero no lo crees.

—No.

—En tal caso, no me extraña que carezcas de pistas. No me parece una buena táctica concentrar la investigación aquí. ¿Cómo puedes creer siquiera por un momento que la matara alguno de sus vecinos?

Semerket tomó consciencia de las miradas hostiles que le lanzaban no solo los ancianos, sino también los hombres del príncipe, en especial Assai, que de nuevo le estaba clavando una mirada furiosa.

—En primer lugar —repuso con firmeza tras obligarse a despegar la lengua del paladar—, casi todas las víctimas de asesinato mueren a manos de personas que las conocen. En segundo lugar, la sacerdotisa había salido a atender sus santuarios en la Gran Pradera. ¿Te parece probable que un desconocido entrara allí y la asesinara en un lugar tan bien custodiado? En tercer lugar, Hetefras era ciega. Si bien su cadáver fue hallado en la otra orilla del río, dudo que pudiera llegar hasta allí por sí sola, ¿no estás de acuerdo? Con toda probabilidad la mataron cerca de aquí y arrojaron su cuerpo al Nilo... ¿Quieres que continúe? —propuso tras una breve pausa.

—¿Tienes pruebas de estas... acusaciones? —replicó Pentwere con el ceño fruncido.

—No —reconoció Semerket.

De repente, el brazo que rodeaba sus hombros se tornó de granito, y en un momento de pánico irracional, Semerket tuvo la sensación de que le estaban quitando poco a poco el aliento.

—En tal caso te aconsejo —advirtió el príncipe, aún con una sonrisa cálida— que o bien encuentres pruebas o bien prosigas tu investigación en otra parte. Los ancianos me han dicho que la construcción de la tumba se está resintiendo de tu presencia. —La sonrisa se desvaneció—. Y eso no podemos tolerarlo.

De pronto, Semerket comprendió lo que sucedía. Los constructores de tumbas se las habían ingeniado para que una persona de mayor rango que el visir lo apartara del caso bajo el único pretexto que podía persuadir a las autoridades, a saber, que la construcción de la tumba del Faraón se resentía de la investigación.

Al observar los rostros deliberadamente impasibles de los ancianos, también entendió de repente que la culpabilidad se adhería a ellos cual hollín de incienso. Todavía ignoraba de qué eran culpables y si su delito desconocido guardaba alguna relación con la muerte de Hetefras. Menudo desparpajo tenían, se maravilló Semerket, al desafiar a un hombre tan astuto como el visir Toh, y cuánta inteligencia habían demostrado al recurrir a la familia real para que los protegiera. No obstante, estaba convencido de que los constructores de tumbas nunca habrían osado entorpecer la investigación por iniciativa propia; alguien los había instado a hacerlo.

Semerket se inclinó profundamente ante el príncipe.

—No olvidaré las sabias palabras del príncipe —prometió, convencido de que a Pentwere jamás se le ocurriría la posibilidad de que el perro no le obedeciera.

SEMERKET SE REUNIÓ CON QAR junto a la torre del *mejay* justo después de su encuentro con el séquito real. El policía también lo instó a encontrar pruebas lo antes posible a fin de mantener viva la investigación.

—En cuanto azucen al príncipe contra el visir —señaló Qar—, los intereses políticos la sofocarán.

Más al norte, los visitantes reales habían desaparecido en el interior de la tumba del Faraón, en apariencia para inspeccionar su construcción. Semerket se volvió hacia Qar.

—Tú has estado dentro... ¿Cómo es?

—¿El qué? ¿La tumba del Faraón? —exclamó Qar, sacudiendo la cabeza—. Te equivocas; solo los sacerdotes y los miembros de la familia real pueden entrar en ella..., aparte de los constructores, claro está. Los *mejays* solo la custodiamos para asegurarnos de que las personas como nosotros no entran en ella.

—Quiero verla —anunció Semerket tras tomar una rápida determinación.

Qar lanzó una risotada.

—¡Eso es imposible! Si te sorprendieran, esperarían que te ejecutase, y entonces

tendríamos a todos esos sacerdotes de nuevo aquí para castigar tu blasfemia. Y eso querría ahorrármelo, si no te importa, porque detesto a esos sacerdotes gordos y sebosos.

—Necesito algo..., lo que sea, y el sepulcro del Faraón es el escondrijo idóneo, si te paras a pensarlo.

—¿El escondrijo idóneo para qué?

Semerket se encogió de hombros.

—Pues para todos los tesoros robados de las tumbas saqueadas, supongo —dijo.

Qar lanzó un bufido despectivo.

—La tumba del Faraón es el lugar más público de todo Egipto, Semerket, sobre todo ahora que casi está terminada. Cada mes hay una inspección o un ritual. Sería imposible esconder nada allí. Será mejor que te concentres en algo más real.

—¿Como por ejemplo...?

—¿Qué me dices de tu hermano..., el que iba a husmear por los bazares? ¿Has tenido noticias de él?

Semerket denegó con la cabeza y anunció que tenía intención de cruzar la orilla de incógnito para hablar con Nenry. Según explicó a Qar, esperaría a que Paneb y Neferhotep viajaran a la parte oriental de Tebas en «visita oficial». Estaba decidido a averiguar adonde iban, qué hacían... y con quién hablaban.

En aquel instante, un estridente chillido procedente del cielo los indujo a alzar la vista. Un halcón volaba hacia ellos a la velocidad de un cometa. En el último momento remontó el vuelo, pero Semerket percibió la ráfaga de aire de sus alas al pasar muy cerca de él. El halcón se puso a aletear furiosamente a su alrededor sin dejar de chillar y graznar, hasta que por fin se posó muy tenso sobre una de las vigas de la torre con la mirada fija en Semerket. Era un ave de gran belleza, la cabeza ladeada y los ojos relucientes de inteligencia. Cuando el hombre alargó un dedo para tocarlo, el pequeño halcón profirió otro chillido y levantó el vuelo en dirección al Gran Lugar.

Semerket y Qar se miraron, mudos de asombro. El *mejay* trazó un signo sagrado en el aire con dedo tembloroso. No podía haber señal más clara que aquella. Uno de los dioses que adoptaba forma de halcón, Horus o Khons, había intentado comunicarse con ellos. Semerket recogió el bastón, Qar empuñó la lanza, y juntos echaron a andar en la misma dirección que el halcón.

Cuando apenas llevaban unos minutos caminando oyeron unos gritos. Unos doscientos metros delante de ellos, una patrulla de *mejays* corría a su encuentro. Qar los saludó y blandió la lanza.

Los dos grupos se encontraron en un lecho fluvial seco. El líder, a quien Qar saludó como a un superior, fue derecho hacia Semerket. Se presentó como capitán Mentmeses, y era un hombre flaco, muy erguido y canoso.

—Allí detrás —anunció en tono solemne—. Algo que buscas... o eso creemos.

Semerket siguió a los *mejays* lecho adentro. Paseó la mirada por toda la Gran

Pradera, escudriñando cada rincón. En el camino que discurría sobre sus cabezas se veía una pequeña capilla excavada en la roca viva, tan bien camuflada que hasta entonces no había reparado en ella. La señaló y preguntó a Qar de qué se trataba.

—El santuario de Osiris —repuso el policía.

Semerket se puso tenso. Era aquel el templo al que se dirigía Hetefras el día que fue asesinada. Más adelante, donde las paredes del pequeño lecho seco se sumergían en la arena, divisó a un *mejay*. Los hombres apretaron el paso para ver qué custodiaba.

A los pies del policía yacía una bola de fibras rotas de rafia, aplastadas, mugrientas y semiocultas entre dos pequeñas rocas. Semerket se arrodilló para examinarla. Se advertía que en su momento había sido de color azul brillante, pero la arena y la suciedad la habían teñido de pardo sucio. Algo más la había descolorido, y Semerket se acercó más para echar un vistazo. La mancha era de sangre seca, ennegrecida y repugnante. La hizo girar con cuidado entre los dedos. El objeto estaba ribeteado de trocitos de cera envueltos en grasa de pato. Con suma delicadeza, presionó la bola de rafia desde el interior en un intento de hacerle recuperar su forma original y advirtió que las fibras habían sido tejidas para emular la suave curva de unas alas de buitre.

Aun cuando no hubiera visto la pintura en la pared de casa de Aaphat o la figurilla de diorita que había esculpido Ramose, Semerket habría sabido que lo que sostenía entre las manos era la peluca de Hetefras, la que llevaba en el momento de su asesinato. Por fin daba con la prueba que vinculaba el asesinato a la zona, la prueba que el príncipe Pentwere lo había desafiado a encontrar hacía apenas una hora.

Semerket cerró los ojos con un suspiro en el que dio gracias a los dioses.

—¿Cómo la has encontrado? —preguntó luego al *mejay* en voz baja.

—Fue muy extraño —repuso el policía, apoyando el peso del cuerpo sobre la lanza—. Cada día pasamos por este lecho seco durante nuestras rondas, pero nunca la había visto. Pero hoy, un desconocido...

Semerket y Qar alzaron la vista de la peluca para mirar al hombre.

—Un muchacho montado en un asno. Creímos que era un príncipe por su atuendo y la trenza lateral. Sabíamos que hoy vendría una partida real a inspeccionar la tumba, así que creímos que tal vez alguien se había apartado del grupo. Pero el muchacho no reaccionó a nuestras llamadas y no conseguimos darle alcance. Sin embargo, nos condujo directamente hasta aquí y señaló estas rocas. Fue entonces cuando la encontramos. Pero..., y esto es lo más asombroso... —su voz se apagó, angustiada.

—No volvisteis a ver al muchacho —terminó por él Semerket.

El *mejay* asintió a regañadientes.

AL SALIR DEL LECHO SECO se toparon con los ancianos del pueblo y el príncipe

Pentwere, que en aquel momento abandonaban la tumba real. A juzgar por su radiante sonrisa, el príncipe no estaba en modo alguno disgustado con el trabajo de los constructores ni había reparado en el robo de los cuatro pilares que ahora adornaban el sepulcro de Hetefras. La sonrisa vaciló un tanto cuando se percató de la presencia de los *mejays* y Semerket, que esperaban a sus pies en el lecho seco del río.

—Vaya —exclamó el príncipe con voz estentórea que resonó en la quietud del lugar—. ¿Qué es esto, una partida de búsqueda? No es necesario, conocemos el camino.

Todos sus acompañantes le rieron la gracia.

—Fijaos en la expresión del administrador, mi señor —señaló Assai, la dentadura reluciente en medio de su apuesto rostro negro—. ¡Sin duda ha venido a detenernos!

Otro coro de risas saludó aquella salida. Solo Semerket y los *mejays* permanecían serios y en silencio. Al poco, la sonrisa de Pentwere se desvaneció.

—¿Tienes algo que decirnos, administrador?

Semerket sostuvo en alto la peluca ennegrecida por la sangre.

—Solo que he hecho lo que el príncipe me ha recomendado.

—¿Qué es esa cosa repugnante que tienes ahí? —quiso saber el príncipe.

—Una prueba.

Pentwere parpadeó.

—¿Un asqueroso hierbajo azul? ¿Una prueba de qué?

—De que la sacerdotisa Hetefras fue asesinada aquí, mi señor, y no en Tebas oriental. No la mataron a orillas del Nilo, sino aquí, en la Gran Pradera. Esto es la peluca de la sacerdotisa; la hallamos a apenas doscientos metros de aquí. Si dudas de mi palabra, compruébalo tú mismo en los numerosos retratos de ella que hay en el pueblo de los constructores de tumbas. Lleva esta peluca en todos ellos.

Pentwere miraba de un lado a otro, presa del pánico, y al poco se volvió hacia Assai con ademán impotente.

—¿A esto le llamas prueba, administrador? —espetó el lugarteniente a Semerket—. ¡Una basura encontrada en el desierto puede ser cualquier cosa!

En aquel instante, Paneb salió de la tumba real y cerró la puerta tras de sí antes de reunirse con los demás. Tardó unos instantes en comprender lo que estaba sucediendo. Paseó la mirada entre el príncipe, Assai y los hombres apostados en el lecho seco. Los ancianos aguardaban conteniendo el aliento, y Paneb presenciaba la escena con expresión perpleja. Y de repente vio lo que Semerket sostenía en las manos.

Abrió los ojos de par en par, y de su garganta brotó un grito ahogado. De pronto cayó de rodillas y empezó a proferir alaridos.

—¡Todos los demonios del infierno han venido a por mí! —gritó.

Y entonces Paneb, conocido en todo el pueblo por su valentía y su corazón ardiente, se desplomó sin conocimiento en la arena.

El príncipe y sus acompañantes corrieron hacia sus carros sin mirar ni una sola

vez al capataz tendido en el suelo ante ellos. Los ancianos se arremolinaron en torno a Paneb, que era presa de convulsiones, al tiempo que miraban a Semerket por encima del hombro, como si se hallaran en presencia del mismísimo Devorador.

AL IGUAL QUE EL RETUMBAR DE UN TERREMOTO, la noticia del descubrimiento de la peluca ensangrentada de Hetefras se propagó de casa en casa. De la noche a la mañana, un sombrío horror se apoderó del pueblo. Si hasta entonces el lugar era un hervidero de perpetua actividad, ahora permanecía sumido en el silencio, temblando al penetrante viento del desierto. La gente se refugiaba en sus hogares, encerrados a cal y canto, esperando.

Semerket seguía recorriendo la desierta calle principal y los callejones laterales con intención de interrogar de nuevo a los habitantes del pueblo, pero no veía a nadie. Llamaba a todas las puertas, pero no obtenía respuesta por mucho que las aporreara. Si aguzaba el oído, en ocasiones alcanzaba a distinguir susurros furtivos en algún callejón, pero cuando doblaba la esquina para sorprender a los dueños de aquellas voces, ya no había nadie, y por el rabillo del ojo veía una puerta cerrarse.

Semerket siguió aguardando. Encontrar la peluca era el golpe de efecto que necesitaba para arrancar a los constructores de tumbas de su actitud de autosuficiencia satisfecha. Sin embargo, la seguridad en sí mismos no se desmoronó, sino que más bien estalló. La noche del día en que descubrió la peluca, el pueblo recibió la visita de otra persona no invitada, una persona mucho más aterradora que Semerket. Llegó con la luna llena. Algunos habitantes del pueblo afirmaron más tarde haber visto a una hiena merodeando junto a la verja del cementerio, transformarse en una mujer y atravesar los muros del pueblo como si de aire se tratara. Otros aseguraban haber visto unas nubes en forma de mujer interceptar la luna antes de descender sobre el pueblo en un remolino de bruma, y un tercer grupo decía haber visto una sombra que caminaba sobre los muros, alumbrada por la luz temblorosa de las antorchas, yendo sigilosa de casa en casa.

La hija de un sirviente fue la primera en verla. Despertó en su jergón y vio a una anciana haciéndole señas desde el otro extremo de la estancia. La niña parpadeó y al abrir de nuevo los ojos vio a la figura inclinada sobre ella. Más tarde explicó que la anciana suspiró al tiempo que alargaba las manos para abrazarla. Al despabilarse un poco más, la niña comprendió que los suspiros y toses de la mujer eran en realidad carcajadas que parecían proceder de la garganta apergaminada de una momia. La niña empezó a gritar, y la mujer huyó.

Al poco, los suspiros de la anciana se convirtieron en chillidos salvajes que atravesaban la noche, subiendo y bajando en oleadas enloquecidas. Algunos afirmaban haber visto una luz misteriosa que se colaba por las rendijas de sus puertas cerradas o bien haber oído el griterío confuso de una gran muchedumbre de acompañantes espectrales.

Refugiados en sus hogares, los lugareños se aferraban a sus esposos y esposas al tiempo que protegían a sus hijos con toda clase de amuletos. Todos eran conscientes de la terrible verdad. De algún modo, la pesada rueda de piedra que los hombres habían colocado ante la puerta de la tumba no había bastado, y Hetefras había regresado a su pueblo.



LA CALLE DE LAS PUERTAS



SEMERKET Y QAR SOÑABAN CADA NOCHE CON leonas. El primero, que hasta entonces nunca había tenido miedo de los paisajes oníricos, temía cerrar los ojos durante más de unos minutos. Descubrió que si permanecía sentado toda la noche en el banco de ladrillo de la sala principal de Hetefras, conseguía despertar más deprisa cuando la leona se abalanzaba sobre él y así eludir sus garras una noche más. Desde el día en que el príncipe Pentwere le entregara todos aquellos amuletos y talismanes, sufría agudos y misteriosos dolores en todo el cuerpo, así como terribles jaquecas. En ocasiones se sentía envuelto en una suerte de presión sofocante, como si sus pulmones fueran incapaces de aspirar suficiente aire. Durante el día conducía su investigación con los ojos inyectados en sangre y el rostro sombrío, exhausto a causa de sus agitados sueños, irritable en extremo.

Qar, a quien su madre, hechicera, había enseñado a afrontar las pesadillas, comprobó que sus lanzas oníricas carecían de poder contra la leona. Nunca alcanzaban su objetivo, se desviaban en el último instante o bien se quebraban como briznas de paja contra su cuerpo. La única defensa contra sus colmillos y sus garras era permanecer despierto... o correr. Al igual que Semerket, no osaba dormir mucho tiempo seguido.

Una noche, Semerket despertó de un sueño en el que la leona se había abalanzado sobre él desde detrás de un árbol cercano. Había estado tan cerca de atraparlo entre sus garras que incluso consiguió arrancarle algunos mechones de cabello. Al despertar, Semerket advirtió que el cuero cabelludo aún le escocía en el lugar donde la leona del sueño le había arrancado los mechones y descubrió que la zona estaba calva como si se hubiera afeitado. Se palpó la cabeza, confuso y asustado, pero de repente lo sobresaltó el sonido de la puerta de Hetefras al cerrarse. Aún aterrorizado por la pesadilla, no logró hacer acopio de valor suficiente para averiguar quién o qué había estado en la sala principal de Hetefras.

Semerket se aferró a los amuletos y talismanes de la reina Tiya que llevaba colgados del cuello. Le quemaron los dedos como si hubieran pasado largo rato en las brasas, y tuvo la impresión de que pesaban más que antes. Semerket vio que tenía la zona del pecho sobre la que descansaban enrojecida e irritada. Con un ademán brusco e inconsciente se los arrancó y los arrojó al otro extremo de la estancia, donde yacía Sukis. La gata bufó, salió corriendo de la habitación, se encaramó a un muro del

callejón y de allí saltó al tejado.

SEMERKET ENTRÓ EN LA CASA DE LA VIDA del Templo de Yamet por las puertas revestidas de bronce, que medían seis codos o más. Situada junto a la residencia del Faraón, la Casa de la Vida era un laberinto de jardines, estanques reflectantes y terrazas hipóstilas. En su interior albergaba los libros de matemáticas, ciencias naturales, preceptos morales, historias oficiales y fórmulas mágicas que componían el conjunto de conocimientos acumulados en Egipto, y hacia ellos se dirigían sus pasos.

Semerket pasó ante las aulas y salas en que trabajaban los futuros escribas. Puesto que los constructores de tumbas seguían encerrados a cal y canto en sus casas, había decidido aprovechar aquel período de ociosidad forzosa para averiguar más cosas acerca de la misteriosa reina Twos-re, cuyo hígado, si es que en verdad era suyo, se encontraba en la morada de Paneb. Esperaba hallar una explicación lógica para el hecho de que el capataz poseyera una reliquia tan excepcional. Por mucho que se esforzaba, a Semerket le resultaba imposible detestar al grandullón; quería desterrar de su mente las persistentes dudas de que Paneb estaba de algún modo involucrado en el saqueo de tumbas.

Semerket fue enviado a ver a un bibliotecario llamado Maaye. El hombre, ligeramente jorobado, estaba sentado en un banco con un papiro extendido ante él. Al advertir la presencia de Semerket, lo enrolló a toda prisa y alzó la vista con aire contrariado. Semerket se fijó algo asqueado en los granos que cubrían su rostro e hizo una mueca al percibir su desagradable olor.

—¿Qué quieres? —espetó el bibliotecario con frialdad.

—Busco información sobre una reina llamada Twos-re.

Maaye reaccionó con una leve pero escandalizada exclamación al tiempo que enarcaba las cejas.

—Está en una sección restringida —dijo—. Nadie puede entrar sin permiso.

—¿Y eso por qué? —preguntó Semerket, sorprendido.

—Si te lo dijera no habría necesidad de restringir nada, ¿no te parece?

Semerket suspiró para sus adentros. Al igual que muchos otros bibliotecarios con los que se había topado a lo largo de su vida, Maaye consideraba los documentos de la Casa de la Vida como propios, tesoros que debían guardarse a cal y canto en sus anaqueles. Semerket sostuvo en alto el sello del visir que llevaba colgado del collar de cuentas de jaspe.

—¿Basta con esto? —inquirió.

Con un suspiro cansino, el bibliotecario jorobado se levantó, se ajustó la falda y desapareció en la parte posterior del edificio. En cuanto se perdió de vista, Semerket se arrodilló para desenrollar el papiro que el bibliotecario había estado leyendo a su llegada. Ante sus ojos aparecieron imágenes de la depravación sexual más escandalosa. Los dibujos eran tan exóticos que, en su ingenuidad, Semerket apenas si

alcanzaba a imaginar los actos que describían..., y desde luego no esperaba verlos en un papiro de la Casa de la Vida.

—¿Y bien? —le llegó la voz de Maaye—. No tengo todo el día.

Semerket soltó el extremo del papiro para que se enrollara por sí solo. Cuando dio alcance al bibliotecario, este señaló un estante atestado de papiros en un habitáculo separado de la sala principal.

—Ahí dentro —indicó.

Y sin darle ocasión a hacer más preguntas, volvió a toda prisa junto a su papiro.

Había otras dos personas en la «sala restringida». Uno era un libio, lo que Semerket dedujo del estilo en que llevaba cortada la barba, y además escolta, a juzgar por su aspecto. Estaba cerca de un caballero de tez muy clara que observó a Semerket con los ojos claros típicos de los nortños.

Este reparó en que, pese a tratarse de un hombre de rango lo bastante elevado para ir acompañado de un escolta, vestía con gran sencillez, y sus dedos aparecían ennegrecidos de tinta. Semerket se fijó en que sostenía unos antiguos planos de construcción muy cerca de su rostro.

«Un arquitecto», concluyó Semerket. El hombre vio que Semerket lo miraba y con ademán solícito hizo a un lado sus papiros para que pudiera acceder a los anaqueles.

Ambos hombres se saludaron con una solemne inclinación de cabeza.

Semerket eligió un papiro del estante que Maaye le había indicado y lo desenrolló. Luego se sentó en el suelo y empezó a leer, pero a medida que transcurrían los minutos, su exasperación se acrecentaba. El papiro no guardaba relación alguna con Twos-re, sino que era un tratado sobre alguien llamado «el gran criminal de Akhetaton», un hombre que, por lo visto, había gobernado Egipto un par de siglos antes. Dejó el papiro a un lado y frunció los labios, irritado.

El otro hombre, que lo observaba con ojos miopes, dejó sus instrumentos de escritura.

—¿Puedo ayudarte en algo? Estoy bastante familiarizado con la disposición de los papiros. Si me dices qué buscas...

—Bueno... —empezó Semerket a regañadientes—. Estoy buscando algún documento sobre una tal reina Twos-re.

—¿En serio? —replicó el hombre, mirándolo con fijeza—. ¿Y puedo preguntar por qué?

—Soy administrador de Investigaciones y Secretos al servicio del visir Toh —explicó Semerket con vaguedad—, y hace poco di con..., bueno, con algo que hace referencia a ella. Necesito saber más cosas para atar cabos.

—En tal caso, tú debes de ser Semerket. Toh te menciona con frecuencia.

Semerket se lo quedó mirando con los ojos abiertos de par en par. Siempre lo sorprendía que los demás lo conocieran. Pero antes de que pudiera preguntar al hombre cómo se llamaba, este se echó a reír y le quitó el papiro de las manos.

—Maaye te ha enviado al estante equivocado, como de costumbre. Si quieres, puedo contarte lo que sé de ella.

—¿Tú...? ¿Eres historiador? Te había tomado por un arquitecto.

—¿Arquitecto? —se sorprendió el hombre, pero al ver los planos extendidos ante él, su voz se tornó divertida—. Estos planos te han hecho pensar que soy...

Se volvió hacia el libio y lanzó otra carcajada. El otro hombre esbozó una sonrisa.

—Bueno, tal vez, pero también sé un poco de historia —aseguró—. Historia secreta, en este caso.

—¿Secreta?

—Twos-re no era una reina cualquiera... También era rey.

Semerket recordó el glifo correspondiente a «mujer divina» que había encontrado junto al cartucho de la reina en la vasija canópica.

—En tal caso, debió de gobernar hace mucho. No hemos tenido una reina gobernante desde Hatshepsut.

—De hecho, gobernó hace apenas cuarenta años.

Semerket estaba atónito.

—Pero no existe ningún monumento en su honor, ninguna mención a ella en las paredes del templo... Si su reinado es tan reciente, lo lógico sería que al menos hubiéramos oído hablar de ella.

El hombre meneó la cabeza.

—El rey Setnajte borró su nombre de las listas oficiales de gobernantes.

—¿El padre del Faraón?

—Mandó hacer añicos sus estatuas y eliminar su nombre de todas partes. Incluso su sepulcro fue destruido.

—¿Qué hizo para merecer tan terrible destino?

—Mató a su esposo para ser la única portadora de las coronas rojas y blancas. Incluso sus sobrinos murieron de forma misteriosa. Pero los dioses se horrorizaron ante sus pecados e impidieron la crecida del Nilo. La hambruna, las enfermedades y la guerra civil asolaron el país. Fue así como el Faraón Setnajte accedió al poder.

—¿Y la reina creyó realmente que podría salirse con la suya?

—Bueno, existía un precedente. Su padre también había usurpado el trono. Se llamaba Amen-meses.

¡Amen-meses! ¿Dónde había escuchado aquel nombre? De repente lo recordó; era el nombre del supuesto mercader del que Paneb había obtenido la vasija canópica que contenía el hígado conservado de la reina. O al menos eso afirmaba el capataz. Le pareció harto extraño que dos nombres tan malditos, Amen-meses y Twos-re, guardaran relación con un capataz del Lugar de la Verdad. Semerket percibió un hormigueo en el cuero cabelludo y se sintió igual que cuando era un niño y se acostaba tarde para escuchar las historias de fantasmas que contaban sus padres.

Cuando menos, el relato del arquitecto explicaba por qué el nombre de Twos-re había sido borrado de la vasija que contenía su hígado. Debía de ser una mujer en

verdad maldita para que incluso hubieran profanado su tumba y robado sus artefactos funerarios.

Semerket hizo la señal destinada a ahuyentar el infortunio.

—Al menos en nuestros días no suceden tales desgracias —murmuró en tono piadoso.

El hombre y su escolta se miraron con expresión enigmática.

—¿En verdad lo crees? —musitó el hombre, desviando la mirada.

Guardó silencio unos instantes, como si debatiera en su interior la conveniencia de proseguir, y por fin se inclinó hacia delante.

—La sangre contaminada de Twos-re y Amen-meses sigue viva en Egipto, Semerket, te lo aseguro, preparada para atacar en cualquier momento...

El arquitecto se interrumpió en seco cuando el bibliotecario Maaye apareció con el rostro desencajado, seguido de un sacerdote alto, delgado y de aspecto imponente.

—¡Ahí está! —oyó susurrar Semerket al bibliotecario.

El sacerdote entró en la estancia, bajó los brazos hasta la altura de las rodillas e hizo una complicada reverencia.

—¡Alteza Real!

Desconcertado, Semerket miró a su alrededor. ¿Se dirigía el sacerdote al hombre sentado junto a él? Pero si no era más que un arquitecto...

—Señor Messui —saludó a su vez el hombre con una inclinación de cabeza.

—No tenía idea de que este hombre os estaba molestando. Maaye será castigado por dejarlo entrar aquí.

—No me ha molestado en absoluto —aseguró el hombre—. Si vas a castigar a Maaye, que sea por señalar a este caballero los papiros equivocados.

Dicho aquello recogió sus punzones y notas, que el libio guardó en una caja de madera, y tras saludar a los presentes con otra inclinación de cabeza, tosió delicadamente en un pañuelo y se marchó.

—¿Quién es? —preguntó Semerket al sacerdote al cabo de unos instantes—. ¿Por qué lo has llamado Alteza Real?

Messui se lo quedó mirando como si Semerket fuera un pobre imbécil.

—Ese —masculló con el ceño fruncido— es el próximo faraón de Egipto..., si es que sobrevive.

—¿Si es que sobrevive? —repitió Semerket.

Pero Messui ya había salido de la sala.

—La salud del príncipe heredero es muy delicada —susurró Maaye con una sonrisita satisfecha—. Pese a ello, dicen que el Faraón lo designará como su sucesor. La reina Tiya se ha encerrado en sus aposentos a causa del disgusto, según cuentan.

—¿En serio?

—Oh, sí, es el gran escándalo de la corte. Cuando el Faraón contrajo matrimonio con Tiya, le prometió que serían sus hijos quienes heredarían el trono, pero ahora resulta que lo sucederá este hijo de su esposa del norte, la reina Ese, que por

añadidura no es más que una cananita...

—¡Maaye! —lo llamó el sacerdote Messui desde el otro lado de los anaqueles.

El jorobado y maloliente bibliotecario desapareció al instante, dejando a Semerket sumido en cavilaciones. Mientras enrollaba los papiros y los volvía a dejar en los anaqueles, por su mente rondaban imágenes de la malvada reina Twos-re y su igualmente despreciable padre, el rey Amen-meses.

¿A qué se habría referido el príncipe heredero al decir que la sangre de Twos-re y Amen-meses aún vivía? La intuición le decía que la historia del mercader kushita que llevaba el mismo nombre era mentira, que el mercader y el rey eran la misma persona. Pero en tal caso, razonó Semerket, la conclusión lógica era que el espíritu maligno de Amen-meses aún vagaba por los senderos de la Gran Pradera. ¿Y acaso no había afirmado el príncipe heredero que la sangre de la malvada pareja aún vivía en Egipto...?

Una vez más, experimentó aquel hormigueo en el cuero cabelludo.

AL DÍA SIGUIENTE, SEMERKET se hallaba en las cocinas del pueblo en compañía de Qar, buscando algo que poder comer sin correr riesgos. Se decidieron por unas cebollas sin pelar y aún cubiertas de tierra, algo de queso y una hogaza de pan recién salida del horno.

—Mira hasta dónde hemos llegado —se lamentó Qar en voz baja—. Temerosos de dormir porque la leona nos atormenta..., y temerosos de comer porque la comida puede hacernos dormir.

En otras circunstancias, la ironía de sus palabras habría divertido a Semerket, pero estaba demasiado cansado y hambriento para sonreír siquiera. Era una mañana silenciosa; los constructores de tumbas aún no habían reunido valor suficiente para salir de sus casas, y solo los sirvientes realizaban sus tareas habituales. Sukis se restregaba contra las piernas de Semerket, suplicando alguna sobra. De repente, la voz ronca de Hunro les llegó desde el otro lado de la pared, estentórea y furiosa. Sukis salió de las cocinas como una exhalación. Semerket cambió una mirada con Qar y se levantó para espiar por una rendija.

Hunro estaba junto a la cisterna, ventilando su enfado con las pocas personas que se habían atrevido a salir a buscar agua. Una vez más la habían relegado, estaba diciendo. Neferhotep le había prohibido asistir a la gran fiesta de bienvenida que se celebraría en Tebas con ocasión de la llegada del Faraón, algo que ella anhelaba presenciar al menos una vez en la vida. En cambio, ahí estaba, atrapada en aquel lúgubre agujero, culpable de un delito desconocido que no había cometido. No era justo, se quejó, ¡no era nada justo!

—Pero ellos sí van, por supuesto —espetó, señalando con el pulgar a unas personas a las que Semerket no veía. Cambió de postura y pugnó por averiguar a quién se refería Hunro. Por fin alcanzó a ver a Paneb y Neferhotep caminando por el

sendero del cementerio y conversando en voz baja.

Hunro se abalanzó sobre Neferhotep con las uñas fuera. Se produjo un forcejeo, pero Paneb y Neferhotep consiguieron aferrarle los brazos y llevársela de vuelta al pueblo. La mujer intentaba zafarse de ellos al tiempo que los imprecaba sin cesar, pero estaba atrapada entre ambos hombres como un ratón entre dos piedras de molino. En menos que canta un gallo la arrastraron hasta el ambiente humeante del pueblo, y sus gritos fueron apagándose.

—Si ellos cruzan el río —susurró Semerket a Qar cuando volvieron a sentarse en el banco—, tengo intención de seguirlos.

—Averigua de paso si tu hermano ha encontrado alguna joya en los bazares —le recordó Qar.

Semerket se escabulló del pueblo hacia mediodía, mucho antes de que Paneb y Neferhotep se pusieran en marcha. El trayecto hasta el río era mucho más corto que cuando Semerket llegara al pueblo, pues las aguas crecidas del Nilo casi llegaban a las escalinatas de los templos. Al llegar al punto del río donde se congregaban los barqueros, se ocultó entre las sombras de un establo y se cubrió el rostro con la capucha de lana gris.

El muelle era un hervidero de tebanos occidentales parlanchines y ansiosos por cruzar el río para dar la bienvenida al Faraón Ramsés III. Semerket no se había enterado del regreso del Faraón hasta aquella misma mañana. Si bien por lo general detestaba las aglomeraciones, ese día le vendrían de maravilla, pues si Paneb o Neferhotep miraban hacia él, le resultaría muy fácil esconderse entre el gentío.

Pagó a un barquero una pieza entera de oro para reservar su esquife; era casi treinta veces la tarifa habitual, pero quería asegurarse de tener una embarcación a su disposición cuando llegara el momento, por lo que no convenía escatimar.

Transcurrió alrededor de una hora hasta que por fin divisó a su presa. Paneb era un gigantón entre la muchedumbre agolpada en la orilla, de modo que sería fácil no perderlo de vista. En su rostro se pintaba una expresión impasible, mientras que Neferhotep parecía inquieto. Miraba de un lado a otro, y se volvía una y otra vez para ver quién caminaba tras ellos por el paso elevado. Al poco, Semerket distinguió su voz quejumbrosa y tensa; Neferhotep estaba enojado por no disponer de inmediato de una embarcación.

Después de largo rato, un barquero quedó libre para llevarlos. Semerket corrió hacia su esquife y ordenó al barquero que zarpara al instante. Acuciado por el oro o quizá por el hecho de transportar a un solo pasajero, el barquero no tardó en adelantar la embarcación que llevaba a Paneb y Neferhotep. Con los hombros hundidos para parecer un campesino anciano y el rostro vuelto hacia el norte para que los dos hombres no lo reconocieran, Semerket alcanzó la orilla opuesta mucho antes de que arribaran los constructores de tumbas y se ocultó tras un amarre para observar su desembarco.

Daba la impresión de que toda Tebas esperaba al Faraón en el muelle. Si bien el

año anterior se había proclamado un Festival de Sed en Tebas para conmemorar el trigésimo aniversario de la subida al trono de Ramsés III, las tensiones surgidas con los bárbaros del oeste habían impedido su visita. Desde entonces se había firmado un acuerdo de paz con las tribus, de modo que no existía razón alguna para posponer por segunda vez la visita del monarca. Una semana antes había llegado la noticia de que la flota real viajaba hacia la capital meridional.

Ya caía la tarde, pero la flota del Faraón aún no había aparecido. Paneb y Neferhotep se mezclaron durante un rato con el gentío congregado a lo largo del muelle. Cuando las sombras se alargaron aún más, los dos hombres entraron en una taberna del puerto llamada La Trompa del Elefante.

Semerket sabía que se trataba de un tugurio infecto que hedía a vino rancio y orina. Frecuentada por forasteros, pescaderos y esclavos, la taberna no era precisamente un lugar al que Semerket le gustara acudir, al menos no sin su cuchillo, y le extrañó que el escrupuloso Neferhotep accediera a pisar semejante antro. Por otro lado, Semerket también sabía que La Trompa del Elefante no tenía puerta trasera, lo cual impediría que los constructores de tumbas se escabullesen sin que él se diera cuenta.

Semerket entró en la taberna, se cubrió el rostro con la capa y procuró permanecer entre las sombras. Paneb y Neferhotep estaban sentados en la parte trasera y más penumbrosa del establecimiento. El administrador tuvo la impresión de que solo habían entrado para tomar un poco de vino, pues estaban sentados solos y en silencio. Al poco, Semerket salió de nuevo a la calle y se agazapó tras un viejo sicomoro plantado en una esquina de la taberna.

La barca de Ra casi rozaba el horizonte, pero el puerto seguía siendo un hervidero de gentes de ojos relucientes por la emoción y ataviadas con sus mejores galas. A lo largo de los grandes muelles de piedra, numerosos gallardetes de color azul y púrpura ondeaban en lo alto de espigados postes, y el revestimiento que cubría las puertas del templo de Amón relucía como nunca.

Los dignatarios y nobles de la ciudad ocuparon sus lugares. En la primera fila se sentaba una representación de los hijos del Faraón, si bien no había rastro del príncipe heredero, al que Semerket había conocido en la Casa de la Vida. Encabezaba la delegación el príncipe Pentwere, luciendo por una vez ropas de gala en lugar del sempiterno atuendo de batalla. El siguiente en aparecer fue el alto y delgado Pawero, seguido de la figura más baja y rechoncha de Paser. Como alcaldes de la ciudad se hallarían entre los primeros en dispensar la bienvenida a Ramsés.

Cuando Semerket divisó por fin a su hermano, Nenry, como era de esperar, se hallaba detrás de Paser, erguido como un pajarillo. En su rostro danzaban las habituales muecas, lo cual indicó a su hermano aun a aquella distancia que Nenry seguía abrumado por las responsabilidades.

Semerket llamó a un pilluelo que merodeaba por el lugar y le señaló a Nenry.

—Dile que su hermano lo espera al pie del gran sicomoro —le ordenó antes de

darle una pieza de cobre y seguirlo con la mirada mientras se abría paso entre el gentío.

El rapaz localizó a Nenry sin esfuerzo y señaló a Semerket. Nenry miró en dirección a la taberna con ojos entornados.

Semerket se retiró la capucha y agitó la mano, pero no sabía a ciencia cierta si Nenry lo había visto. De repente, unos gritos procedentes del tejado del Gran Templo de Amón anunciaron que por fin se habían avistado los mástiles de la flota del Faraón.

De algún lugar lejano río arriba llegaba el sonido de los tambores, flautas y matracas que desgranaban una melodía rítmica para azuzar a los remeros del Faraón. Al oír la música, la multitud se alborotó aún más. Los soldados encendieron las hogueras preparadas en las esquinas de las calles, y los sacerdotes dispusieron bolas de incienso en enormes incensarios, de modo que una humareda de penetrante fragancia no tardó en envolver los muelles como si de niebla se tratara.

Cien mil vítores se elevaron hacia el cielo cuando la flota dobló el recodo del río. Los faroles de los navíos estaban encendidos y se reflejaban en toda la anchura del Nilo. Las jarcias aparecían cubiertas de flores, y todos los barcos exhibían los tótems protectores de sus dioses.

En la orilla, los coros de los templos entonaron cánticos de bienvenida. Si bien Semerket no perdía de vista la puerta de la taberna a la espera de que salieran los constructores de tumbas, no pudo evitar quedar fascinado por el espectáculo que se desarrollaba en el río.

Los cuernos de carnero sonaron de nuevo cuando el venerable navío del Faraón, *Cuernos de la mañana*, se adelantó a las demás embarcaciones de la flota. El barco de guerra verde oscuro era el mismo en que Ramsés había obtenido su brillante victoria sobre los Pueblos del Mar unos veinticinco años antes. Los macarrones se veían dañados por las batallas, y el barco entró en el puerto algo ladeado, pero seguía siendo un formidable instrumento de guerra..., al igual que el propio Faraón.

Los marineros se aprestaron a arriar la vela cuadrada roja del *Cuernos de la mañana* para poder atracar. A medida que el buque de guerra se acercaba lentamente al muelle, los rayos del sol poniente arrancaron destellos a su mascarón de bronce en forma de cabeza de león. Sus imponentes mandíbulas se cerraban con firmeza en torno a una calavera humana, lo único que quedaba del cacique que había osado lanzar sus barcos contra Egipto. Los abuelos alzaban a sus nietos sobre los hombros para mostrarles el orificio abierto en el cráneo destrozado. Semerket oyó voces emocionadas rememorando el magnífico día en que Ramsés había golpeado al rey cautivo con una maza de granito hasta acabar con su vida en el Templo de Amón.

A otro grito del capitán, los remeros retiraron los remos del agua. La tripulación arrojó cabos al muelle, donde algunos hombres los ataron a los amarres de piedra. Una vez el *Cuernos de la mañana* quedó asegurado contra las balas de heno que acolchaban el muelle, Ramsés III salió del pabellón cubierto del navío. De inmediato,

el volumen de los vítores se duplicó, rayando en la histeria. Con aire majestuoso, el Faraón se limitó a hacer caso omiso de la algarabía.

Era la primera vez que Semerket veía al Faraón tan de cerca, y decidió encaramarse al tronco del viejo sicomoro para poder observarlo mejor por encima de las cabezas de la multitud. Resultaba fácil advertir que era el padre de Pentwere, pues poseía el mismo físico bien proporcionado. Semerket reparó en que, con los años, su corpulencia había menguado y su cabeza se inclinaba por el peso de las coronas rojas y blancas. Sin embargo, avanzó hacia la pasarela con andar firme.

Ramsés era exactamente lo que parecía, un viejo guerrero triunfador. La majestuosidad que irradiaba su persona se derivaba de la gloria de su cargo y no de la sangre que corría por sus venas. Ramsés III no había sido criado como un príncipe; era hijo del general Setnajte, que había subido al trono casi por accidente, rescatándolo, según sabía ahora Semerket, de las garras de la reina Twos-re. En las pocas ocasiones en que Semerket había oído hablar a Ramsés desde la Ventana de las Apariciones, solía dirigirse a sus súbditos como si de sus soldados se tratara. «¡Prestad atención!» eran las palabras que por regla general abrían sus bruscos discursos..., y la gente le prestaba atención. Algunos, en su mayoría gentes del sur, se quejaban de que su reinado carecía de la dignidad necesaria.

El Faraón tenía la tez aún más pálida de lo que Semerket recordaba. Era de labios finos, ojos claros y nariz afilada. Mientras que algunos miembros de su séquito iban pintados como estatuas, su rostro aparecía desprovisto de afeites. De joven había sido pelirrojo, al igual que la mayoría de los reyes ramésidas del norte, y el contraste entre él y sus súbditos tebanos de tez morena era muy marcado.

Semerket advirtió que el príncipe heredero estaba a su lado; sin lugar a dudas, era el hombre al que había conocido en la Casa de la Vida. Por lo visto, el príncipe había viajado al norte para navegar corriente abajo en el navío de guerra de su padre y así poder acompañarlo en aquel día tan especial. Ataviado con ropas anodinas, el príncipe sostenía en las manos una tablilla de cera y un punzón. Al ver juntos al padre y al hijo, Semerket distinguió con toda claridad el sello inconfundible de Ramsés III en las facciones del heredero, la nariz afilada, los labios finos, la tez clara...

De repente, comprendió el propósito de la visita del Faraón. Tal como había dado a entender el bibliotecario Maaye, Ramsés tenía intención de delegar el cargo en su hijo durante su visita a la capital sagrada, al igual que otros faraones visionarios habían hecho en las postrimerías de sus reinados, para garantizar una transición de poder sin fisuras.

La muchedumbre enmudeció cuando el Faraón se acomodó en su silla real. El visir Toh, más encorvado y envejecido que el Faraón, le hizo entrega del látigo y el cetro, que este aceptó. Acto seguido, una suerte de ola barrió los muelles cuando los tebanos se arrodillaron en un inmenso círculo creciente para que incluso los más apartados lo vieran postrarse en señal de tributo.

A una señal de los cuernos de carnero, los primeros en incorporarse fueron los

hijos del Faraón. Los doce príncipes alzaron la silla de su padre sobre sus hombros. El príncipe heredero no tenía obligación de ayudar a transportarla, de modo que precedió al Faraón en el trayecto hacia el Gran Templo. Era aquel un honor vetado a los demás hijos, y Semerket advirtió la humillación que se reflejaba en la mirada de Pentwere. El príncipe guerrero estaba acostumbrado a ser el favorito de los tebanos, pero en aquel momento, todas las miradas se centraban en el príncipe heredero que tan pocas veces hacía acto de presencia.

En aquel instante, Semerket se dio cuenta de que ninguna de las esposas del Faraón se hallaba presente para darle la bienvenida. Recordaba otras ocasiones similares, de mucho más joven, en que la reina Tiya había sido una figura preponderante. No obstante, ahora lo que destacaba era su ausencia. Semerket recordó que Qar le había dicho en Yamet que al Faraón le horrorizaba que las mujeres se inmiscuyeran en los asuntos de los hombres. También recordaba las palabras de Maaye en el sentido de que Tiya se había encerrado en sus aposentos en señal de protesta por el hecho de que Ramsés hubiera obviado a sus vástagos en la sucesión.

Los príncipes transportaron al Faraón por la avenida de los Carneros y entraron en el Gran Templo de Amón acompañados de los cánticos de los sacerdotes. Pasarían la noche en el santuario y la morada de los dioses con su padre celestial. Al día siguiente, el Faraón cruzaría hasta la orilla opuesta del río para ir al templo de Yamet, su residencia durante sus visitas a Tebas.

Los nobles de la corte acompañaron a Ramsés al interior del templo seguidos de los dignatarios de la ciudad. Desde donde se encontraba, Semerket divisó a los alcaldes de Tebas, el grueso Paser y el flaco Pawero, a hombros de sus portadores. Pawero mantenía una postura erguida y fría, sin dignarse siquiera mirar a la muchedumbre, mientras que Paser sonreía y saludaba a gritos a los tebanos, que lo aplaudían de puro contento. Pronunciaban su nombre y lo bendecían, y el alcalde de oriente se llevaba los dedos a los labios para arrojarles besos, saludándolos antes de desaparecer en el interior del templo.

Si bien aquel día no era una festividad oficial, los tebanos se dirigieron a las casas de placer y las posadas que flanqueaban el río. Los pobres se sentaban junto a la orilla, riendo, cantando y comportándose como si la llegada del Faraón fuera una celebración consagrada.

Semerket empezó a pasearse ante la taberna, cada vez más impaciente por hablar con su hermano. Mordiéndose la uña del pulgar, entró de nuevo en el tugurio y descubrió que otros dos hombres acompañaban ahora a los constructores de tumbas. Estaban sentados de espaldas a él y resultaba difícil distinguirlos en la penumbra. Tan solo acertó a ver que uno de ellos iba ataviado con el lino fino de los nobles, mientras que el otro vestía harapos.

La taberna estaba atestada de bulliciosos tebanos, y el estruendo hacía imposible oír la conversación de los cuatro hombres. De repente, Semerket sintió una mano en el hombro y dio un respingo. Era su hermano, que lo miraba con los labios fruncidos

en un rictus de desaprobación.

—Tendría que haberme imaginado que estarías aquí —exclamó en voz alta para hacerse oír por encima de la algarabía—. Creía que habías dicho que me esperarías junto al árbol. ¿Por qué vas tan cubierto, Keti?

Semerket le indicó con un gesto que callara y lo condujo a un rincón de la taberna.

—Habla más bajo —le susurró al oído—. Estoy siguiendo a alguien.

—¿A quién? —quiso saber Nenry con los ojos abiertos como platos.

Semerket lo empujó hacia el borde del pilar para poder espiar mejor al escriba y al capataz.

—A aquellos del rincón. El grandullón se llama Paneb, y el otro, Neferhotep.

Nenry escudriñó a los hombres en la penumbra.

—No —denegó al cabo de un instante—. Esos no son sus nombres.

Semerket parpadeó con aire perplejo.

—Si vas a seguir a alguien —prosiguió Nenry—, en mi opinión te conviene saber de quién se trata. El grandullón se llama Hapi, y el menudo de hombros redondeados se hace llamar Panouk.

Semerket abrió la boca, estupefacto. Al cabo de un momento la cerró y tragó saliva.

—¿Qué?

—Los he visto a menudo en casa del alcalde Paser. Son ingenieros.

Nenry se volvió hacia Semerket con una sonrisita satisfecha, pero una sierva que pasó junto a ellos con una lámpara de aceite alumbró el rostro de Semerket, y la expresión autocomplaciente de Nenry se trocó en otra de preocupación.

—Keti, ¿te encuentras mal? ¿Qué sucede? ¡Estás pálido!

Semerket sacudió la cabeza para restar importancia al asunto.

—¿Qué sabes de ellos?

—Déjame pensar... Vi por primera vez al grandullón, Hapi, el mismo día que supimos de la muerte de la sacerdotisa. Estaba en los aposentos privados del alcalde a primera hora de la mañana, cubierto de polvo de piedra caliza de los pies a la cabeza. Recuerdo que sentí vergüenza ajena al verlo. Pero no creas que es necesario vestirse para la ocasión para presentarse ante el alcalde...

Cada vez que Nenry hablaba de la vestimenta apropiada para cada ocasión, Semerket tenía la sensación de hundirse en el lodo que cubría el lecho del Nilo.

—Pero ¿de qué hablaban con Paser, Nenry? —lo atajó.

Nenry abrió la boca para responder, pero de repente adoptó una expresión desconcertada.

—A decir verdad, no lo sé. El alcalde siempre me encomienda alguna tarea en cuanto... —Nenry enmudeció, clavó la mirada en su hermano y siguió hablando en tono suspicaz—. ¿Qué me estoy perdiendo, Keti?

Semerket se restregó la frente.

—De repente, yo también estoy en la inopia, pero sí sé que no se llaman Hapi y Panouk y que no son ingenieros, sino constructores de tumbas —señaló a los otros dos hombres, el noble y el harapiento—. ¿Qué me dices de sus invitados? ¿Los conoces?

Para entonces, la taberna estaba tan abarrotada de gente que Nenry no veía nada.

—Dame tu capa —ordenó a su hermano.

Se cubrió el rostro tal como había hecho Semerket, echó a andar con el paso inseguro de un borracho y se encaminó hacia un rincón de la taberna como si pretendiera orinar. Al pasar echó un vistazo a la mesa donde se sentaban los cuatro hombres.

—El de la izquierda no es nadie —explicó cuando volvió junto a su hermano—, tan solo un mendigo o un criminal. No tiene nariz ni orejas... ¿Por qué me miras así, Ketí?

Escudriñando de nuevo la taberna sumida en la penumbra, Semerket comprobó que en efecto era Nariz Cortada quien estaba sentado con Paneb y Neferhotep. Echó un rápido vistazo a su alrededor en busca de sus dos secuaces. Si estaban en la taberna y lo reconocían, él y su hermano correrían peligro. Pero aunque el local estaba abarrotado y envuelto en humo, Semerket se convenció de que los otros dos mendigos no se encontraban allí.

—¿Y el otro? ¿El noble?

—Sí, lo conozco —asintió Nenry con la mirada clavada en las manos y el rostro de nuevo contraído en muecas—. Y tú también.

—No es verdad.

—Sí, Ketí. Es el esposo de Naia, Najt.

DE ALGÚN MODO, SEMERKET había salido de la taberna. Sin hacer caso de los intentos de su hermano por detenerlo, se abrió paso por las avenidas aún muy concurridas y por fin llegó al final del embarcadero, donde se encontraba el puerto de aguas profundas. Se sentó sobre los pilonos y se puso a contemplar la corriente del Nilo mientras pugnaba por recobrar el aliento.

—Ketí... —empezó Nenry en cuanto lo alcanzó.

Semerket le lanzó una mirada cargada de odio.

—No me echas la culpa a mí —se defendió Nenry al tiempo que se sentaba junto a él—. Eras tú quien los seguía, no yo.

La furia de Semerket se esfumó como por ensalmo.

—No lo entiendes —suspiró—. Creía que por fin había conseguido olvidarla. Hubo un día en que no pensé ni una sola vez en ella. Pero al ver a Najt...

Semerket enmudeció. De un almacén cercano les llegaba un olor a pimienta y canela, y un poco más al norte, un barco atracado y recién cargado emitía una fragancia algo rancia a maíz y espelta. Los efluvios resultantes, mezclados con el olor

a agua sucia, produjeron ciertas náuseas a Nenry. Observó la expresión atormentada de su hermano, y convencido de que tenía la responsabilidad de animar a la gente, buscó en su interior algo con que arrancar a Semerket de su aflicción.

—Bueno, ¿quieres saber lo que he descubierto en los bazares? ¿No es esa la razón por la que querías verme?

—Supongo que sí —repuso Semerket con otro suspiro.

—Hice lo que me pediste. Ya me puedes imaginar vestido con el atuendo de un mercader babilonio. Incluso me cubrí un ojo con un parche enjoyado, aunque no te lo creas, y me puse a hablar con esa cantinela que usan todos ellos. «Joyas», iba diciendo. «Joyas para mis esposas de Babilonia».

Miró a su hermano, que seguía igual de hosco. Nenry siguió hablando con voz más animada.

—Les guiñaba el ojo, ya sabes, para que entendieran a qué me refería. Pero todos me sacaban piezas sin valor alguno que incluso yo supe reconocer como falsas. «¡No, no, no!», les gritaba. «¿Acaso pretendéis insultar a mis esposas con esta basura de ramera?». Insistí tanto que al final me dijeron que volviera al día siguiente. ¿Qué otro remedio me quedaba? Aunque debo decirte que mi esposa estaba totalmente en contra...

Aquella última observación suscitó por fin el interés de Semerket.

—¿Y por qué? —preguntó con cierta brusquedad—. ¿Acaso tus idas y venidas son de su incumbencia?

—Para serte franco, considera que todo lo que guarda relación contigo atrae la desgracia. Y te diré que no la culpo, porque por lo general es cierto.

Semerket emitió un gruñido, incapaz de discutir aquel extremo, y se volvió de nuevo hacia el río.

—Así que al día siguiente regresé a los tenderetes. Pero ¿sabes qué? Los mercaderes me dijeron que me fuera, que no tenían lo que buscaba. Te aseguro que su recibimiento fue muy distinto del del día anterior. ¿Por qué crees que cambiaron tanto de actitud?

Semerket siguió contemplando el río.

—Alguien les sopló que estamos al corriente del saqueo de tumbas —repuso en tono neutro.

Los labios de Nenry empezaron a temblar de forma espasmódica al tiempo que su rostro se disolvía en un paroxismo de muecas nerviosas.

—¿Saqueo de tumbas? —farfulló con voz estridente.

Semerket alargó la mano para cubrir la boca de su hermano.

—Haz el favor de calmarte. ¿Acaso quieres que nos oiga todo el mundo?

Nenry se apartó de él.

—Tienes que contármelo todo, Ketí. De haber sabido eso sobre las joyas, nunca habría accedido a intervenir, lo sabes muy bien. ¡Saqueo de tumbas!

Así pues, Semerket refirió a Nenry todo lo que había averiguado desde el inicio

de la investigación. El campamento abandonado en la Gran Pradera, el zarcillo antiguo enterrado en la arena, sus sospechas en torno a los constructores de tumbas, la extraña e insensible reacción de estos ante la muerte de Hetefras, su temor a ingerir la comida del pueblo por creer que estaba drogada... o algo peor... Le habló de Hunro, de sus insinuaciones acerca de ciertas actividades turbias en el pueblo, describió la enemistad que enfrentaba a Paneb y Neferhotep, quienes a pesar de ello trabajaban codo con codo, del hecho de que con frecuencia se escabullían del pueblo para visitar Tebas oriental pese a tenerlo prohibido. Le habló del día en que se enfrentó a los mendigos delante del templo del pueblo y del hecho de que Nariz Cortada hubiera aparecido en La Trompa del Elefante esa noche..., aunque ignoraba con qué propósito. También contó a su hermano, que lo escuchaba con la boca entreabierta, que los *mejays* habían descubierto la peluca ensangrentada de Hetefras en las arenas de la Gran Pradera, y que sospechaba que los constructores de tumbas habían pedido ayuda al príncipe Pentwere a fin de entorpecer o incluso truncar la investigación. Le contó asimismo que había hallado el hígado de la reina asesina en casa de Paneb y que había oído hablar de un misterioso mercader llamado Amen-meses, que supuestamente se lo había vendido. Por último le refirió que el fantasma de Hetefras visitaba el pueblo de los constructores de tumbas.

—Estoy caminando por una calle de puertas, Nenry —concluyó con el rostro sepultado entre las manos—. Registro todas las casas, abro todas las puertas y cuando me convenzo de que ya lo sé todo, llego a la última puerta, la abro... y me encuentro en otra calle con otras puertas. Cuanto más sé, menos sé. Y esta noche se han abierto dos nuevas puertas, la de la casa del alcalde Paser y la de Naia. —Lanzó un suspiro derrotado—. Los dioses están jugando conmigo, Nenry. Esto es una conspiración.

De repente, Nenry temió por su posición.

—¿Cómo puede estar el alcalde Paser involucrado en todo esto? ¿Con qué objetivo?

Semerket se levantó y echó a andar hacia la avenida principal.

—No lo sé —musitó en tono cansino.

Siempre se planteaba lo mismo con su hermano. ¿De qué modo podía la situación afectar a su carrera y la posición que ostentaba en Tebas?

—¿Adónde vas, Ketí? —inquirió Nenry cuando llegaron a la avenida.

—A un lugar al que no debes seguirme. Vete a casa, Nenry.

Aquella noche, Semerket se disponía a abrir otra puerta, una que, en realidad, se había abierto semanas antes, el día en que se topó con Nariz Cortada y sus amigos tras el templo del pueblo. Tenía que cruzar aquel umbral por aterrador que le resultara.

UNA VEZ A SOLAS, SEMERKET recorrió las calles que conducían al sector extranjero de Tebas. Allí vivían los comerciantes, los mercenarios y los inmigrantes procedentes de

tierras lejanas, pero que consideraban Egipto como su hogar. Muchos de ellos eran exiliados, desterrados a Egipto por delitos que habían cometido en otros parajes, mientras que otros eran visitantes que hallaban Egipto demasiado agradable para abandonarlo.

Sobre las calles por las que caminaba se veía una profusión de galerías y balaustradas, tan apiñadas que casi se tocaban. Los balcones, antaño pintados de vivos colores, aparecían ahora curtidos y desteñidos por el paso del tiempo. Cuando un edificio se desmoronaba, los escombros permanecían tirados en la calle, mezclados con montones de desechos podridos.

La sordidez del distrito casaba a la perfección con sus otros habitantes, los vagabundos, los lisiados y los mendigos que componían el Reino de los Mendigos. Estrafalarios personajes de toda calaña se agolpaban en los umbrales y clavaban la mirada en él al verlo pasar. Tal como había hecho con Nariz Cortada y sus secuaces en el pueblo de los constructores de tumbas, Semerket los saludaba con la señal secreta del reino. En esta ocasión, el gesto surtía el efecto deseado. Los mendigos se ocultaban de nuevo entre las sombras, sin amenazarlo.

No tardó en llegar a la ruinosa verja de un templo abandonado. Era un lugar repugnante que los tebanos de bien rehuían, un edificio construido por los hyksos varios siglos antes. Pocos sabían que era la morada de un rey.

Semerket aguardó junto a los pilares de la verja. Lo que más deseaba en el mundo era salir huyendo, pero no podía. Haciendo acopio de valor, golpeó la dilapidada verja con los puños.

—¡Abrid! ¡Tengo asuntos que tratar con el rey!

La puerta negra no tardó en abrirse muy despacio, y por ella apareció un hombre inmenso como un dios. Semerket lo saludó con la señal secreta, a la que el gigante correspondió al tiempo que lo miraba por debajo de las cejas pintadas al estilo egipcio, si bien su barba era de estilo extranjero. Sobre su pecho se cruzaban dos dagas. Al cabo de un instante, indicó a Semerket por señas que lo siguiera.

En el patio del templo reinaba un silencio extraño. El lago sagrado se había encenagado con los años, pero aún estaba conectado mediante algún viaducto subterráneo olvidado con el Nilo, por lo que se había convertido en un descuidado oasis de palmeras y juncos. Semerket siguió al gigante por aquel bosque en miniatura, oyendo el susurro de las serpientes y los escorpiones que habitaban entre la maleza podrida.

El interior del templo estaba alumbrado tan solo por diminutas lámparas de aceite colocadas en huecos de las paredes. Semerket reparó en la presencia de cientos de mendigos acampados por los pasillos para pasar la noche. Al advertir su presencia parecieron hundirse en el suelo, y alguno de ellos mascullaba una maldición cuando Semerket pisaba sin querer un pie. Mientras caminaba se llevó la capa a la nariz, pues el lugar hedía peor que una letrina.

El gigante empujó una rejilla que daba a otro conjunto de pasillos. Aquella

colección caótica de pasillos y más pasillos recordó a Semerket las historias que había escuchado sobre las gentes de Keftiu, cuyo dios, preso en el centro de un gran laberinto, era una criatura medio toro, medio hombre a quien sus fieles alimentaban con carne humana.

Casi al hilo de aquel recuerdo le llegaron los lejanos alaridos de un animal monstruoso y enloquecido. Los chillidos se intensificaron a medida que avanzaban por los pasillos, y al acercarse, Semerket comprendió que los sonidos no pertenecían a una bestia, sino a un hombre.

El gigante lo condujo hasta una pequeña antesala contigua a la estancia de la que procedían los gritos.

—Espera aquí —indicó.

Semerket se sentó en una tosca silla y comprobó que la enea raída le pinchaba los glúteos. De repente, los chillidos cesaron, y oyó unos sonidos que le resultaban familiares; el inconfundible golpeteo de un aparato con ruedas, seguido del balido quejumbroso de un carnero. Le resultaba imposible permanecer sentado, de modo que se levantó y se acercó a la puerta para mirar.

Vio a tres hombres de cabeza rapada y ataviados tan solo con taparrabos que sujetaban a un hombre tumbado sobre una mesa. Un cuarto hombre, a todas luces el cabecilla, esperaba algo apartado. El hombre tumbado estaba atado y amordazado, pese a lo cual se las arreglaba para forcejear y gritar. Eran sus chillidos los que Semerket había oído. Al poco, el cuarto hombre se acercó a la figura tendida y apoyó una rodilla sobre su pecho mientras los otros tres le inmovilizaban la cabeza.

El cabecilla alargó uno de sus largos y delgados brazos hacia una mesa cubierta de instrumentos de bronce, cogió una cucharilla y la hizo girar entre sus escuálidos dedos para que la luz del brasero se reflejara en ella.

Con suma destreza, el hombre delgado deslizó el instrumento en la cuenca del ojo izquierdo del prisionero, lo retorció delicadamente y arrancó la órbita mojada y translúcida antes de dejarla caer en un pequeño cuenco. La sangre empezó a manar como una fuente de la cabeza del hombre, salpicando a sus torturadores, quienes siguieron trabajando sin hacer caso alguno de la lluvia roja ni de los chillidos de su víctima. Con otro movimiento rápido, el cabecilla procedió a arrancarle el ojo derecho.

Semerket comprendió que se hallaba en los dominios del Lisiador y sus tres asistentes. Percibió sabor a vómito en la boca, pero estaba demasiado fascinado para sufrir una arcada siquiera, pues en el Reino de los Mendigos, el Lisiador era tan legendario como el propio Rey Mendigo. Era un sacerdote apóstata formado como médico, y su arte no consistía en curar, sino en crear deformaciones sublimes con ayuda de ganchos y cuchillos. Probaba cualquier alteración dolorosa, cualquier deformidad estrafalaria para así crear mendigos más rentables.

El Lisiador alargó la mano hacia el brasero para coger con el pulgar y el dedo medio una brasa que se apresuró a aplicar primero a una cuenca sangrante y luego a

la otra para cauterizar las heridas. Se oyó una especie de siseo, seguido de un penetrante olor a carne quemada, y la hemorragia cesó de repente..., al igual que los alaridos del hombre. Con una última convulsión, la víctima perdió el conocimiento.

El Lisiador se puso a hablar mientras vendaba los ojos del hombre inconsciente.

—Esta noche dadle un poco de pasta de opio —prescribió con voz sorprendentemente aguda y dulce—, y también los próximos tres días. Nada de alimentos sólidos, tan solo caldo. Si no le sube la fiebre, sobrevivirá.

Dicho aquello, el Lisiador empezó a enjugarse la sangre del cuerpo con gran meticulosidad.

Semerket no veía a la persona a quien se dirigía el médico apóstata, pero al poco oyó una voz procedente de las sombras.

—Si sobrevive, envíalo a la corte del Rey Mendigo del norte. El rey debe saber que el destino más cruel espera a los espías que envíe a mi reino.

—Sí, señor —asintió el Lisiador con un gorjeo de placer, pues disfrutaba sobremanera con su trabajo.

—¡Yusef! —llamó la otra voz.

El gigante que había acompañado a Semerket por los pasillos asomó la cabeza a la estancia.

—¿Señor?

—El otro asunto... Nos ocuparemos de él ahora.

Semerket estaba tan fascinado por lo que había presenciado que no reparó en que Yusef había regresado a la antesala y se hallaba justo detrás de él con una sonrisa depredadora pintada en el rostro.

—Cuidado —le advirtió el gigante—. Ese pobre desgraciado era culpable de haber visto demasiado. —Sacudió la cabeza con fingida tristeza—. Pero eso se acabó —constató con una carcajada cordial, como si fueran viejos amigos.

Semerket siguió a Yusef a la estancia contigua. El aire seguía impregnado del olor metálico de la sangre, y hacía mucho calor. Un movimiento brusco en la penumbra captó su atención. Era un carnero robado del rebaño sagrado de Amón, en Karnak. Su blanco pelaje peinado flotaba hasta el suelo en algodinosas madejas de lana, y sus cuernos curvos estaban esmaltados de oro. El carnero tiraba de un carro en miniatura hecho de madera de cedro con filigranas, de la que surgió una voz profunda.

—Así que ha venido a visitarme Semerket.

—Así es, majestad.

—Pero ¿no estabas en Babilonia, Troya u otro de esos lugares remotos?

—Perdóname, majestad, pero siempre sabes exactamente dónde estoy..., al igual que sabes todo lo que sucede en Tebas.

Una profunda carcajada retumbó por la estancia, y al escudriñar la penumbra, Semerket advirtió que los fieros ojos del Rey Mendigo estaban clavados en él. Llevaba colgadas del cuello varias cadenas voluminosas de oro y plata, y se tocaba la cabeza con una estropeada corona de oro. Pese a su indumentaria real, no era más que

un torso sin piernas y dotado de dos brazos musculosos en extremo. Otro Lisiador le había cortado las piernas largo tiempo atrás, antes del inicio de su reinado, y el carnero y el carro se habían convertido en su medio de locomoción.

—Así que estás investigando otro crimen.

—Sí, señor.

—¿Guarda relación con una sacerdotisa asesinada?

—¿Qué puedes contarme sobre ello? —inquirió Semerket en voz baja, disimulando su sorpresa.

El Rey Mendigo golpeó con las riendas los flancos del carnero y empezó a avanzar por la estancia.

—No tuvimos nada que ver con ello, si es eso a lo que te refieres. Ya tengo suficientes problemas sin necesidad de ir asesinando a ancianas. Ah, Semerket, hace mucho que no hablamos, y muchas cosas han cambiado. Corren tiempos difíciles en el sur. Nuestro imperio se ha marchitado con los años, y solo el norte es rico hoy en día.

—Tebas parece bastante próspera.

—No vista a través de los ojos de un mendigo. Cuando las grandes familias del sur pasan apuros, las limosnas escasean y los sobornos menguan.

Acto seguido empezó a quejarse amargamente del Rey Mendigo de la capital septentrional, un monarca aún más rico y poderoso que de algún modo se había hecho con el control de la abundante entrada de dinero y bienes extranjeros procedentes de la orilla opuesta del Gran Mar.

—Sabe dónde nos duele —explicó el Rey Mendigo—, porque envía aquí a sus espías y agentes. Apresamos a uno de ellos en Tebas ayer mismo; es ese hombre tendido sobre la mesa —señaló al tiempo que dirigía una mirada casi bondadosa al hombre inconsciente, que apenas si respiraba—. Pero lo hemos castigado para que nunca más pueda espiarnos. Y puesto que somos misericordiosos, lo mandaremos de vuelta al norte a modo de advertencia..., si es que sobrevive.

El Rey Mendigo detuvo el carrito a los pies de Semerket.

—Pero estos son nuestros problemas. ¿A qué has venido, después de tanto tiempo? ¿Qué necesitas de nosotros?

Semerket le habló de los mendigos que habían ido al pueblo de los constructores de tumbas y del hecho que desconocían la señal secreta de los suyos. Al escuchar la historia del Rey Mendigo se le ocurrió que tal vez fueran mendigos del norte confabulados de algún modo con los constructores de tumbas. Semerket expresó sus temores de que todo aquel asunto guardara alguna relación con el saqueo de tumbas.

—¿Saqueo en la Gran Pradera?

Incluso el Rey Mendigo parecía escandalizado... o envidioso, tal vez; Semerket no lo sabía a ciencia cierta.

En aquel instante, el hombre sin ojos comenzó a emitir leves gemidos, como si estuviera despertando. El Rey Mendigo giró el carro para observarlo.

—Ven, Semerket.

Este se acercó y se inclinó para examinar al mendigo. Para su asombro, lo reconoció de inmediato.

—¡Es uno de los que me atacó en el templo del pueblo! —exclamó.

Los ojos del Rey Mendigo emitieron un destello rojizo.

—En tal caso, fórmale tus preguntas, Semerket; averigua por qué contamina mi reino.

—Soy el hombre del visir al que intentasteis matar en el pueblo de los constructores de tumbas —susurró Semerket al oído del hombre—. ¿Me recuerdas?

El hombre ladeó la cabeza en dirección a la voz de Semerket. Regueros de sangre y lágrimas fluían por entre los vendajes. Por fin hizo un gesto de asentimiento con gran esfuerzo.

—Tengo tu vida en mis manos —prosiguió Semerket—. Podrás vivir si me cuentas la verdad. ¿Pertenece al Rey Mendigo del norte?

El hombre volvió a asentir.

—¿Qué relación tiene con los constructores de tumbas de la Gran Pradera? ¿A qué has venido tú?

Los labios resquebrajados del hombre se movieron un poco cuando intentó hablar. Semerket miró a su alrededor hasta dar con la vasija de agua, en la que seguía en remojo el instrumental del Lisiador. Pese a que el agua aparecía teñida de rosa por la sangre y otras sustancias, Semerket cogió una esponja, la empapó y humedeció los labios del mendigo antes de acercarse más a él para oírlo.

—El barco... ha volcado —susurró el hombre en voz apenas audible.

Semerket y el Rey Mendigo cambiaron una mirada desconcertada. El primero concluyó que el hombre deliraba.

—¿Qué barco ha volcado? ¿A qué te refieres?

El hombre se estremeció. Respiraba entrecortadamente, aspirando aire como un pez fuera del agua. Una vez más, Semerket le humedeció los labios con agua, pero las gotas resbalaron por su mentón hasta formar un charquito sobre la mesa. Con un leve gemido y un último estertor, el hombre se estremeció de nuevo y murió.

—¡Maldición! —rugió el Rey Mendigo.

Semerket lanzó un suspiro y se irguió en la penumbra.

—Hay más de los suyos en Tebas. Anoche vi al que tiene la nariz cortada en La Trompa del Elefante...

Instintivamente, el Rey Mendigo condujo el carro hasta la puerta para gritar a Yusef que fuera con una partida de hombres a la taberna y capturara al mendigo. En cuanto el gigante se fue, Semerket se acercó al Rey Mendigo.

—¿Me consideras amigo tuyo? —preguntó.

—Yo tengo aliados, no amigos —replicó el monarca con expresión suspicaz.

—En tal caso, de un aliado a otro..., no caigas en la tentación de traficar con ningún tesoro que caiga en tus manos. Los *mejays* ya sospechan y cuando den con los

ladrones y las joyas desaparecidas, todos los que las hayan tocado perderán la vida como castigo. Te aseguro que incluso los reyes podrían caer.

LA NOTA DECÍA LO SIGUIENTE:

Es importante que nos reunamos. Estoy en el establo junto al pozo público. Ven sola. No estoy bebido. Te lo ruego.

SEMERKET

A la mañana siguiente, Semerket hizo acopio de todo su valor para cruzar la segunda puerta que se había abierto la noche anterior. De pie en la plazoleta a la que daba la verja de la finca, esperó hasta que una joven sierva salió de la casa con la cesta de la colada apoyada sobre la cadera. La muchacha habría sido bonita de no ser por su labio leporino, e hizo una mueca al ver que Semerket se aproximaba a ella, pues estaba acostumbrada a que los hombres reaccionaran con repulsión a su aspecto. Él le indicó con un gesto que no tenía nada que temer y le alargó el papiro doblado.

—¿Podrías entregárselo a tu señora? —pidió—. Y asegúrate de que nadie más lo vea...

Dicho aquello se sacó una pieza de cobre del cinto y se la alargó.

Al ver el reluciente metal, la mirada de la sierva se tornó mucho más amistosa. Asintió con la cabeza, cogió la nota y desapareció en el interior de la casa. Con paso indolente para dar impresión de total despreocupación, Semerket se dirigió a los establos donde las familias residentes en torno a la plaza guardaban el ganado. Vacas lecheras, asnos de monta y carga, algún que otro caballo... Saludó con un gesto a los mozos que trabajaban en los establos, pero sin hablar con ellos, y se apoyó contra un poste.

Mientras aguardaba se obligó a serenarse. «No te desmoronarás», se ordenó con firmeza. «Hoy mantendrás la calma. No te...».

—¿Semerket...?

Su voz grave le hizo girar en redondo con un sobresalto. Pese a las instrucciones que acababa de darle, el corazón amenazaba con salirle por la garganta.

—Naia —dijo en apenas un susurro.

La mujer estaba de pie en la entrada del establo, esbelta y más bella aún de lo que la recordaba, embriagándolo ya con su habitual fragancia de cítricos. No parecía haber cambiado nada, aunque iba vestida con más suntuosidad que durante su matrimonio con él. De sus orejas pendían discos de oro, y su tocado era de fina lana negra que caía en largos pliegues hasta el suelo.

Fue entonces cuando reparó en que llevaba algo en brazos. En el primer momento no alcanzó a comprender de qué se trataba, pero al poco oyó unos quejidos levísimos,

y en su rostro se pintó una expresión pétrea.

—Ya sé que tu nota decía que viniera sola —se disculpó Naia al advertir su mirada—, pero no podía dejarlo en casa. Solo tiene una semana, y no puedo confiárselo a las siervas...

Al enviar la nota, Semerket no había imaginado semejante escena. De hecho, había procurado con tal ahínco no imaginar nada en absoluto que su mente se había cerrado a todas las posibilidades. Permaneció inmóvil y casi sin aliento.

—¿Semerket? —dijo Naia al tiempo que avanzaba un paso—. ¡Di algo, Semerket!

—No sabía... —farfulló él, tragando saliva—. Quiero decir, nadie me había dicho...

Luchó por recuperar la sensibilidad en las extremidades, que se le habían entumecido por completo, y conseguir que su estúpida lengua volviera a funcionar. Por fin respiró hondo y habló.

—Quiero decir que..., enhorabuena, Naia.

Para su sorpresa, pronunció aquellas palabras con voz serena.

La mujer esbozó una sonrisa de alivio, se acercó a él y sostuvo al bebé en alto al tiempo que retiraba un poco la ropa que lo cubría para que Semerket pudiera verle la cara.

—¿Verdad que es precioso?

En efecto, lo era. Había heredado la tez clara y aterciopelada de su madre, y cuando alzó la carita hacia Semerket y parpadeó, este comprobó que sus ojos eran grandes y oscuros como los de un ternerillo. Tenía la cabeza cubierta de finísimo cabello negro, y su ancha frente era una promesa de inteligencia. Sin poder contenerse, Semerket extendió un dedo para tocarle la manita suave y perfecta.

El niño lo miró con expresión solemne y se aferró a su dedo con sorprendente fuerza. Con el rostro aún impassible, Semerket se dijo para sus adentros que estaba a punto de caer desplomado y morir allí mismo.

—¿Cómo se llama? —preguntó sin embargo con la misma serenidad.

—Según la tradición, la familia de Najt procede del Faraón Huni, de modo que así lo llamamos..., al menos de momento.

—Huni —repitió Semerket al tiempo que retiraba el dedo.

El pequeño cerró los ojos, volvió la cabeza y empezó a emitir soniditos de succión. Semerket miró a su exesposa.

—No hace falta que te pregunte cómo estás, Naia, porque tú también estás preciosa.

Naia sonrió complacida, pero al poco frunció el ceño con expresión preocupada.

—En cambio tú, Ketí, no tienes buen aspecto. ¿Padeces alguna enfermedad?

¿Qué podía responder? No podía contarle que la comida que ingería podía estar envenenada o drogada, ni que temía conciliar el sueño por las noches a causa de la leona que lo acechaba.

—Estoy bien, de verdad —aseguró por tanto.

—¿Qué haces aquí, Keti? En tu nota decías que era urgente.

Semerket miró a su alrededor mientras intentaba decidir cómo expresarse.

—Es una larga historia. Estoy investigando un delito, un asesinato...

Naia se llevó una mano a la boca con expresión encantada.

—¿Significa eso que vuelves a trabajar en los tribunales, Keti? Es una noticia magnífica.

—Naia...

—Es que te hace tanta falta rehacer tu vida...

—Naia...

—No sabes lo preocupada que estaba por ti...

—¡Basta, Naia! —espetó Semerket con más severidad de la que había pretendido imprimir a sus palabras.

Naia enmudeció con los ojos abiertos de par en par.

—He venido porque sospecho que tu esposo está involucrado en el crimen.

Ella siguió mirándolo con la misma expresión al tiempo que abrazaba a su hijo con fuerza.

—Lo vi, Naia, anoche. Najt se reunió con ellos, los hombres a los que yo seguía. Naia, son unos hombres malvados. Uno de ellos, un mendigo con la nariz cortada, incluso intentó matarme en cierta ocasión. Es muy peligroso, Naia. Otro es un capataz de la tumba del Faraón, y el escriba... Una sacerdotisa ha sido asesinada, y creemos que están saqueando sepulcros en la Gran Pradera, y ahora el alcalde Paser...

Semerket se detuvo. Se estaba expresando con absoluta incoherencia. Naia seguía mirándolo con los ojos muy abiertos. «Debe de creer que he perdido el juicio», se dijo Semerket.

—Naia... —farfulló con aire de impotencia.

—¿Qué quieres de nosotros, Semerket? —preguntó de repente ella en el tono más gélido que jamás había empleado con él.

Semerket parpadeó.

—Necesito saber qué está ocurriendo.

Naia meneó la cabeza muy despacio.

—Apareces aquí de la nada y esperas que delate a mi propio esposo... —Se sentó sobre una bala de heno como si las fuerzas la hubieran abandonado de improviso—. Creía que...

Lanzó un suspiro y calló.

Semerket se sentó junto a ella para intentar explicarse mejor.

—Naia, si Najt está implicado en este asunto, las consecuencias serán terribles para todos. Ya conoces las leyes de Egipto. Toda tu familia será castigada; todo el mundo correrá peligro, tú, tus sirvientes, incluso el bebé que sostienes en tus brazos.

Estupefacta, Naia abrió la boca, y en sus ojos brilló un destello de miedo e

indignación.

—¿Crees que conseguirás que haga lo que me pides amenazando a mi hijo? Oh, Semerket, no, ¡no!

Naia salió del establo como una exhalación. Semerket la alcanzó junto al pozo y alargó la mano para asirle el brazo. Era la primera vez que la tocaba en muchos meses, y el impacto fue terrible para ambos. Ella se detuvo en seco, casi sin resuello, pero no se volvió a mirarlo.

—No he venido para amenazar a tu hijo, amor mío —musitó Semerket—. Mataría a cualquiera que se atreviera a hacer eso. He venido para ayudarte y para ayudar a tu esposo si me lo permite.

Naia guardó silencio unos instantes, aún sin mirarlo.

—¿Qué quieres que haga, Semerket? —inquirió por fin con un hilo de voz.

—Ve a verle y dile que, cualquiera que sea su implicación en este asunto, aún hay vuelta atrás. Lo mejor sería que revelara lo que sabe.

En aquel instante, el bebé empezó a berrear, y el sonido pareció arrancar a Naia de su aturdimiento.

—El niño tiene que comer, Semerket.

Y acto seguido corrió hacia la verja y la abrió.

—¿Le dirás a tu esposo...? —insistió Semerket.

Pero Naia ya había cruzado el umbral de su casa.

AQUELLA NOCHE, LA LUNA FORMABA un finísimo gajo en el cielo. Solo la silueta negra de la Puerta del Cielo recortada contra el firmamento salpicado de estrellas guio su avance desde el templo hasta el pueblo de los constructores de tumbas. Le resultó extraño sentir alivio al divisar las antorchas en lo alto de las murallas. ¿Acaso su vida se había tornado tan solitaria que ya anhelaba la compañía de personas que lo odiaban?

Cruzó la pequeña puerta sur y se adentró en la oscuridad del pueblo. Si bien era temprano para sus habitantes, el lugar aparecía desierto. Las puertas y los portales estaban cerrados a cal y canto para protegerse de la noche y de lo que pudiera acechar en ella.

Semerket recorrió despacio la oscura calle principal en dirección a la casa de la sacerdotisa, rozando con los dedos las paredes que la flanqueaban. Caminaba a tientas a fin de esquivar las vasijas y escobas que los moradores dejaban delante de sus puertas.

Mientras avanzaba adquirió consciencia de otro sonido. Cada vez que daba un paso oía una réplica de dicho paso a su espalda, como si alguien intentara caminar exactamente al mismo ritmo que él. Se volvió para escudriñar las tinieblas, pero lo único que vio fue la luz de las antorchas instaladas en la puerta sur.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Quién anda ahí?

No obtuvo respuesta, pero cuando dio el siguiente paso, oyó de nuevo el paso de quien lo seguía. De pronto acudió a su mente la imagen de una leona en pleno ataque, y junto a ella vio la figura difusa de Hetefras, ensangrentada y espeluznante. Echó a correr, ajeno a toda vasija o escoba que pudiera hacerlo tropezar.

Por fin alcanzó la puerta de Hetefras, tembloroso y sin aliento. La abrió de un empujón, entró, corrió el cerrojo y aplicó la oreja contra la madera para escuchar. Al no oír ningún sonido, se obligó a respirar hondo para calmarse, y al cabo de unos instantes, el temor remitió.

—¿Crees que realmente está entre nosotros? —preguntó de repente una voz tenue en la oscuridad.

Semerket giró en redondo con el corazón en un puño. Hunro estaba sentada en el suelo embaldosado de la sala, con un chai echado sobre los hombros para protegerse del frío y Sukis en el regazo. La gata se levantó y caminó con aire afable hasta Semerket para restregarse contra sus piernas.

Obligando a su corazón a calmarse, Semerket se agachó para acariciar a Sukis sin dejar de observar a Hunro. Parecía pequeña y asustada, muy distinta de su habitual personaje osado y extravertido. Llevaba el rostro desprovisto de afeites y una túnica sencilla en extremo. Avanzó un paso hacia ella.

—He comprobado que los remordimientos pueden corroer a los culpables de modo que acaban viendo fantasmas y demonios por todas partes —comentó.

Hunro se estremeció y sepultó el rostro entre las manos. Había olvidado perfumarse con fragancia de sándalo, como solía hacer, y Semerket advirtió de repente que resultaba infinitamente más atractiva cuando iba sin perfume, pinturas e indumentaria de diosa.

Semerket le acarició la mejilla con un dedo y se sorprendió al notarla mojada de lágrimas.

—¿No temes que Hetefras pueda acechar en la oscuridad? —le preguntó con suavidad.

Hunro hizo caso omiso de su pregunta, pero su respiración era entrecortada.

—He venido a decirte que me voy mañana. Tengo mis joyas —señaló un pequeño cofre de alabastro que había dejado en el suelo— y me voy a la parte oriental de la ciudad a primera hora de la mañana. Quería preguntarte si me ayudarías a encontrar una casa, algún lugar donde nadie pueda encontrarme jamás. Me obligarán a volver si saben dónde estoy.

—Hunro...

—Si no me ayudas, no sé qué haré. No tengo nadie más a quien recurrir.

—Sí, te ayudaré —asintió Semerket sin pensar.

Hunro se lo quedó mirando, maravillada.

—¿De verdad?

Semerket asintió con un gesto. En términos sencillos, ella era la única persona a la que se sentía unido, pero aquella no era la única razón. ¿Por qué no iba una persona

a poder conseguir lo que anhelaba?

Semerket advirtió que un destello cálido iluminaba la mirada de Hunro al escuchar su respuesta. Se acercó mucho a él con los labios entreabiertos, y Semerket percibió el calor de su cuerpo. Hunro alzó la cabeza, y sus labios se encontraron, mezclando sus alientos. Semerket emitió un gruñido e intentó apartarse, pero comprobó que le resultaba imposible.

De pronto oyó las mismas pisadas suaves que lo habían seguido por la calle detenerse ante la puerta. Irguió la cabeza con brusquedad y escudriñó las tinieblas. Sukis estaba muy alterada, el lomo arqueado y las orejas pegadas al cráneo. Semerket se llevó un dedo a los labios en demanda de silencio y caminó de puntillas hasta la puerta al tiempo que aguzaba el oído. Olvidados ya sus temores, pues los sonidos que oía eran sin lugar a dudas humanos, abrió la puerta de par en par.

Por supuesto, debería haber adivinado lo que se encontraría.

—¿Qué estás haciendo aquí, Khepura? —preguntó en voz alta.

La jefa se lo quedó mirando por un instante como un pez atrapado en el anzuelo.

—He oído ruidos dentro de casa de Hetefras —explicó por fin en actitud defensiva—, y quería comprobar por mí misma si estaba aquí.

Semerket sabía que Khepura quería que creyera que había acudido en busca del fantasma de Hetefras, pero dada la intuición de la jefa, lo más probable era que supiera que Hunro estaba detrás de la puerta.

—Pues no está —replicó Semerket con la misma vaguedad que Khepura, los ojos negros casi invisibles en la oscuridad.

—Me ha parecido oír más de una voz —insistió la jefa con expresión inocente—. ¿No estás solo?

Inclinó la cabeza para mirar dentro de la casa, pero Semerket bloqueó la entrada con su cuerpo. A su espalda oyó el leve sonido de Hunro al retirarse hacia la cocina. Khepura también lo oyó.

—No estoy solo —corroboró Semerket.

—Ah...

—Estoy con la gata.

—Oh.

—Buenas noches, Semerket —se despidió, consiguiendo imprimir a aquellas palabras en apariencia inocuas la convicción de que tras aquella puerta anidaba un universo entero de desvergüenza.

Asqueado, Semerket se apartó de ella, y en aquel instante, Khepura vio el cofre de alabastro que Hunro había llevado a la casa. Yacía sobre las baldosas, iridiscente a la tenue luz de las estrellas. Sin lugar a dudas, lo reconoció, y la sonrisa obscena se ensanchó en su rostro, como si aquello confirmara todas sus sospechas. Con una risita ahogada, dio media vuelta y echó a andar por el callejón. Para una mujer de su corpulencia, lo cierto era que caminaba con cierta gracia, se dijo Semerket, si bien una gracia algo elefantina.

Cerró de nuevo la puerta y fue a reunirse con Hunro. Advirtió que Sukis se había calmado un poco, aunque seguía erguida y atenta.

—Sabe que estás aquí —anunció a Hunro.

—¿Y qué? Mañana seré libre.

—Ha visto tu cofre de tesoros en el suelo.

Por un instante, Hunro adoptó una expresión atemorizada y corrió a la sala delantera para recoger el pequeño cofre y abrazarlo como Naia había abrazado a su hijo recién nacido. Pero al poco, su expresión asustada se trocó en otra de fiereza.

—Maldita bruja, ¡la odio! En buena medida es por ella que quiero irme de aquí. Siempre anda espiándome y diciendo mentiras sobre mí.

—Tienes que esconder tus joyas —advirtió Semerket—. Puedes dejarlas aquí conmigo, si quieres.

En los ojos de Hunro brilló un destello involuntario de desconfianza, y abrazó el cofre con más fuerza.

—N..., no —denegó por fin—. Tengo un lugar seguro en mi casa, detrás de un ladrillo suelto. Solo yo lo conozco.

De repente cambió de actitud y siguió hablando con su habitual ligereza, describiendo el tipo de casa que deseaba para ellos en Tebas oriental.

—Y cuando llegues a casa, te tenderás sobre nuestro lecho, y yo te masajearé los pies —dijo—, y nuestros vecinos harán bien en no meter las narices en nuestros asuntos.

Semerket no cabía en sí de asombro.

—Hunro —farfulló, sintiendo que la lengua amenazaba de nuevo con pegársele al paladar—, al ofrecerte mi ayuda no quería decir que..., lo que quiero decir es que... Traigo mala suerte a las mujeres, soy un peligro terrible. Acabarías maldiciéndome...

Hunro se limitó a sonreír con aire confiado y le puso el cofre de alabastro delante de las narices, como si los tesoros guardados en él bastaran para sofocar cualquier protesta. Levantó la tapa, y al ver el contenido, Semerket, en efecto, enmudeció.

Ante sus ojos estaban las joyas reales que él y Qar habían estado buscando, las que Nenry había intentado localizar en vano por los bazares. El cofre estaba lleno de anillos, zarcillos, brazaletes y amuletos, una explosión de colores que refulgían aun en la oscuridad. La sola factura de las piezas habría revelado a Semerket que se trataba de joyas reales, pero por añadidura exhibían los inconfundibles glifos de oro, plata, marfil y electrón, cada uno de los cuales los identificaba como propiedad de faraones, reinas y príncipes del pasado remoto de Egipto, nombres tan legendarios como los nombres de los dioses.

Mudo de fascinación, Semerket cogió un escarabajo corazón con incrustaciones de piedras preciosas y lo sostuvo en alto para leer la inscripción a la mortecina luz de las estrellas. Distinguió claramente el nombre del faraón Hatshepsut inscrito en el vientre dorado del escarabajo. A toda prisa cogió otras piezas. Cartuchos de Tutmés, Amenhotep y Nefertari pasaban ante sus ojos en rápida sucesión. Pero la prueba más

contundente era el nombre de la reina Twos-re inscrito en un magnífico brazalete de oro con incrustaciones de rubíes en cabujón, la pieza más grande que poseía Hunro. Semerket había contemplado una vez la joya que hacía juego con ello, el zarcillo que él y Qar habían hallado enterrado bajo las cenizas del campamento abandonado en la Gran Pradera.

—Hunro... —balbuceó.

—Obtendré un buen precio por ellas, ¿verdad, Semerket? Son de buena calidad, ¿verdad?

—¿De dónde las has sacado?

—Ya te lo dije —masculló ella sin mirarlo—, sobre todo de los hombres que trabajaban en la tumba. Me daban las joyas a cambio de lo que..., de lo que les hacía. No estarás celoso, ¿verdad? Siempre he sido sincera contigo, pero a partir de mañana, nunca más...

—¿Quién te dio esta? —la atajó Semerket, sosteniendo en alto el brazalete de la reina Twos-re.

—Paneb.

—¿Y esta?

—¿El anillo de lapislázuli? Aaphat, creo.

—¿Y esta? —inquirió, mostrándole un pectoral de oro y camelia en forma de la diosa serpiente Meretseger.

—Sani... ¿Por qué me miras así, Semerket?

Él se limitó a menear la cabeza, intentando hallar las palabras adecuadas.

—Hunro, ¿sabes de dónde proceden todas estas joyas?

—Por supuesto. Los hombres se las compran con su jornal a un mercader. Creo que se llama Amen-meses.

—¿Lo has visto alguna vez? —espetó Semerket con tal brusquedad que Hunro se apartó de él, confusa y asustada.

—No —reconoció la mujer.

—¿Lo ha visto alguien del pueblo aparte de Paneb y sus hombres?

—No lo sé... —musitó ella—. ¿Me estás diciendo que estas joyas no valen nada, Semerket? ¿Que no puedo venderlas?

Semerket sacudió la cabeza con expresión compungida.

—Te estoy diciendo que si intentaras venderlas, te detendrían. No creo que te sometieran ajuicio siquiera; se limitarían a ponerte la soga al cuello.

Hunro abrió los ojos de par en par.

—No me hacen gracia tus bromas, Semerket.

—Son joyas reales, Hunro, procedentes de sepulcros reales. No existe ningún mercader. Amen-meses era un rey, un hombre que robó el trono de Egipto hace años. Con toda probabilidad, el nombre es una contraseña para indicar el lugar del que robaron las joyas. Es posible que procedan de su tumba, no lo sé, pero lo que sí sé es que no se las compraron a ningún mercader. Son joyas robadas.

Hunro abrió la boca, pero fue incapaz de articular palabra. Por fin recogió las joyas y empezó a guardarlas de nuevo en el cofre de alabastro.

—Me da igual —masculló—. Ahora son mías. Estás equivocado.

Las manos le temblaban con tal fuerza que apenas podía sostener las joyas entre los dedos, y el anillo de lapislázuli salió despedido por los aires.

Semerket lo recuperó y lo dejó con delicadeza sobre la palma de su mano helada. Hunro tenía la mirada perdida en la oscuridad como si de un abismo se tratara.

—Hunro... —empezó Semerket—. Nada ha cambiado; podrás vivir en Tebas de todas formas. Acompáñame a ver al visir mañana y cuéntale cómo has obtenido las joyas...

—¡No! —lo interrumpió ella, alarmada.

—Te recompensaré. Tendrás una pensión, una casa, cualquier cosa que desees. ¡Escúchame, Hunro! En cuanto intervengan las autoridades, todo habrá terminado.

La mujer sacudía la cabeza con una expresión entre avergonzada y desesperada.

—Semerket, si se lo cuento a las autoridades, todo el mundo en Tebas sabrá cómo...

Su voz liviana se quebró por la tensión. Semerket se inclinó hacia ella para consolarla, pero Hunro se apartó, apretándose contra la pared y aferrando el cofre de alabastro con más fuerza.

—Sabrán cómo las conseguí.

De repente, Semerket comprendió el alcance del infortunio que afligía a Hunro. Llevaba tanto tiempo siendo la víctima de las bromas crueles de todo el pueblo que había llegado a creérselas. Incluso su amante, Paneb, contaba historias obscenas sobre ella. Los hombres del pueblo la habían compartido y pagado sus servicios con joyas robadas. Hunro se había comportado con aquella ligereza porque estaba convencida de que era el único modo de escapar de una vida que aborrecía. Al igual que Semerket había vivido tildado de seguidor de Set desde que era niño, obligado a ser tan solo lo que aquel calificativo implicaba, Hunro había vivido confinada en el papel que los demás le habían impuesto.

—Si se lo cuento todo a las autoridades... —susurró—, ¿qué será de los hombres que me han dado las joyas?

La mirada grave de Semerket confirmó sus sospechas.

—Semerket, conozco a esos hombres de toda la vida.

—Ni tú ni yo podemos cambiar el hecho de que son culpables —señaló este.

Por muy delicadamente que lo expresara, el asunto se reducía a una única verdad.

—Hunro, si no quieres morir con ellos, debes hacer lo que te digo.

—No puedo... —musitó ella con labios temblorosos—. No puedo destruir a todas las personas que conozco.

—Se han destruido ellos mismos.

Pese a que estaba tiritando, Hunro tenía la frente perlada de sudor. De repente se inclinó y vomitó sobre las baldosas. Cuando terminó, Semerket la ayudó a sentarse en

el banco. Su respiración se fue serenando, y por fin apoyó la cabeza contra la pared de ladrillo.

—¿Qué vas a hacer, Hunro? ¿En qué estás pensando?

—¿En qué estoy pensando? —repitió ella al tiempo que se levantaba con dificultad, como si le doliera todo el cuerpo—. En que desearía no haberte conocido nunca.

SNEFERU ESTABA SENTADO ANTE EL TORNO. En un momento dado, la luz que entraba por la puerta se amortiguó, y al alzar la vista vio a Semerket y Qar de pie en el umbral.

—Señores —dijo con voz insegura—. ¿En qué puedo servirlos a esta hora tan temprana?

—¿Has conseguido reparar la vasija de Hetefras, tal como me prometiste?

El alfarero asintió.

—Bueno, en parte; he hecho lo que he podido, pero faltaban algunos fragmentos. He tenido que utilizar arcilla cruda para cerrar los agujeros. Espero que no te importe.

—Tráemela —ordenó Semerket.

Una vez más, Sneferu se sobresaltó ante la expresión seria de Semerket y la sequedad de su tono. Paseó una mirada preocupada entre ambos y por fin desapareció en las entrañas del taller.

Semerket y Qar cambiaron una mirada sin decir nada. Al despuntar el alba, Semerket había ido a la torre del *mejay* para contarle lo que había averiguado en la zona oriental de Tebas y hablarle de los fragmentos de arcilla que había encontrado en la Gran Pradera hacía ya tiempo, los trozos que había entregado a Sneferu para que recompusiera la vasija. También le había descrito todas las joyas que obraban en poder de Hunro.

—Están saqueando las tumbas que construyen —constató Qar, atónito—. Aunque por otro lado, tiene sentido que los culpables sean los propios constructores de tumbas. Son quienes mejor conocen la Gran Pradera.

Qar y Semerket acordaron que obligarían a Sneferu a revelarles el nombre del verdadero propietario de la vasija, sin duda alguno de los constructores de tumbas. Más tarde confiscarían las joyas de Hunro. Por supuesto, a ella le parecería el colmo de la traición, pero Semerket se aseguraría de que la recompensaran por desvelar la conspiración; al menos de eso modo lograría salvar la vida.

Semerket regresó portando la vasija.

—Me sorprende que encontraras esta vasija en casa de Hetefras, Semerket —comentó con timidez.

—¿Por qué?

—Porque no es suya.

Semerket cambió otra mirada con Qar.

—¿De verdad? Qué alivio, porque sería terrible que Hetefras la codiciara en su

actual estado de ánimo. ¿De quién es entonces?

Sneferu vaciló un instante, atemorizado por la expresión con que lo observaban Qar y Semerket, «como búhos acechando a un ratoncillo de campo», pensó. El alfarero se estremeció de pies a cabeza.

—La..., la hice para Sani —confesó por fin.

—¿El orfebre? ¿El esposo de Khepura?

Sneferu asintió y examinó la vasija con aire dubitativo.

—Es posible que Khepura se la prestara antes de que...

De repente lo interrumpieron unos gritos procedentes de las puertas del pueblo. Una de las voces se elevaba histérica por encima de las demás.

—¡Es Hunro! —dijo Semerket a Qar.

El policía le entregó la vasija, salió del taller y se abrió paso entre la muchedumbre que atestaba las calles hasta la plaza, con Semerket pisándole los talones. Entre gritos y sollozos, Hunro se arrodilló al ver a Semerket y golpeó el suelo con los puños.

—Han desaparecido. Todas ellas —gimió.

Tenía las mejillas empapadas de lágrimas y el cabello enredado como maleza.

—Las joyas —jadeó, aferrándose a Semerket—. Me las han robado, Semerket.

Este quedó aturdido. Si las joyas habían desaparecido, las pruebas que él y Qar tenían intención de presentar contra los constructores de tumbas también se habían esfumado. Solo quedaba la patética vasija resquebrajada que sostenía en las manos, del todo insuficiente para condenar a nadie. Se volvió hacia Qar, que paseaba la mirada por la plaza con expresión furiosa, como si esperara encontrar al ladrón entre el gentío agolpado allí.

Al poco, Rami se abrió paso hasta ellos seguido del esposo de Hunro, Neferhotep. Al ver que su madre se hallaba en medio de aquel jaleo, Rami corrió a su lado.

—Vamos, madre, todo el mundo te está mirando. No hagas esto.

Intentó incorporarla, pero Hunro, sin dejar de llorar y gemir, se había convertido en un peso muerto.

—Te lo ruego, madre —insistió el muchacho, volviéndose para mirar a los curiosos—. Me estás avergonzando.

Neferhotep se acercó por entre la gente.

—Levántate, furcia —espetó entre dientes—. No permitiré que sigas deshonrando a nuestra familia.

Hunro parpadeó, sobresaltada por sus duras palabras, pero en aquel instante aciago vio a Khepura abriéndose paso entre los presentes acompañada de Paneb. La jefa se detuvo ante ella con una sonrisita de desdén y luego se inclinó hacia Neferhotep para susurrarle algo al oído. Todo el mundo oyó su risita de satisfacción.

Hunro se zafó de las manos de su hijo y se encaró con la jefa.

—¡Ladrona! —gritó—. ¡Devuélveme mis joyas! ¡Sé que me las has robado tú!

—¡Yo no he robado tus baratijas de ramera! —protestó Khepura con los ojos muy

abiertos—. Por Amón, yo misma me enterraré en mi tumba si miento.

—¡Sé que has sido tú!

La muchedumbre se apresuró a intervenir en el enfrentamiento.

—Que decida nuestro buen dios —exclamaron—. ¡Traed el oráculo!

Todos los constructores de tumbas lanzaron vítores a excepción de los ancianos. Neferhotep hablaba en susurros furiosos con Hunro, ordenándole que retirara sus acusaciones de inmediato. Rami le suplicó que se retractara, y Paneb la instó a que se calmara.

—¿De qué están hablando? —preguntó Semerket a Qar en un susurro.

—De la estatua de Amenhotep, el faraón que fundó el pueblo hace más de trescientos años. Es el juez al que recurren para arbitrar en esta clase de disputas.

—¿Una estatua?

Qar se limitó a asentir sin apartar la mirada de los habitantes del pueblo. Muchos pidieron a voces que fuera Qar quien eligiera a los portadores del dios, tal como dictaba la ancestral tradición. El *mejay* seleccionó a toda prisa a seis hombres. Rami se mantenía al margen, tembloroso y ruborizado hasta las orejas.

Los seis elegidos entraron corriendo en el santuario y al poco regresaron portando una camilla sobre los hombros. En ella se sentaba la figura de piedra caliza del primer faraón Amenhotep. Con su tocado nemes listado, pintado y ungido a toda prisa, el faraón de piedra contemplaba con semblante adusto a su pueblo.

Los hombres acercaron la estatua a Hunro. Por un instante, la mujer mantuvo la cabeza gacha, pero de repente, Qar le propinó un empujón, lo cual le hizo recuperar el habla.

—Actúa, mi señor —imploró Hunro a la estatua—, para recuperar lo que he perdido.

Por un momento no ocurrió nada, pero de pronto, los seis hombres empezaron a balancearse con los párpados temblorosos. Inesperadamente, los portadores del lado derecho cayeron de rodillas, como si pretendieran volcar la estatua al suelo. Una exclamación ahogada recorrió la multitud, que intentaba rehuir la mirada del dios. Al poco, la camilla se enderezó, pero solo para inclinarse hacia delante cuando los dos primeros portadores se arrodillaron. Los constructores de tumbas gritaron de nuevo. Sin embargo, los dos hombres no tardaron en incorporarse, dieron la vuelta a la camilla y echaron a correr en la dirección opuesta. Los habitantes del pueblo se apartaban a su paso entre gritos.

—¿Qué está pasando? Cuéntamelo —exigió Semerket.

—El dios presiona los hombros de los portadores —le susurró Qar al oído— para indicarles en qué dirección deben conducirlo.

Los portadores parecían confusos. Iban de un lado a otro, de modo que el oráculo de Amenhotep tuvo ocasión de mirar a todos los residentes del pueblo. En un momento dado se detuvieron en seco como si hubieran echado raíces y permanecieron inmóviles durante largo rato. Por fin se volvieron hacia Khepura y

echaron a correr directamente hacia ella.

—Ahora —susurró Qar, asestando un codazo a Semerket.

La estatua siguió avanzando, los ojos de obsidiana clavados en Khepura. La jefa se cubrió la cabeza con los brazos y abrió la boca para gritar. Pero en el último momento, la estatua se desplazó un poco para mirar a otra persona. Los portadores se arrodillaron para no levantarse más.

El buen dios había dado con el ladrón.

Hunro se llevó el puño a la boca para contener un grito, y los demás moradores del pueblo se apartaron del acusado, dejándolo solo en el centro del círculo. Semerket asió el brazo de Qar.

Era Rami.

El joven cayó al suelo. Hunro corrió hacia él y le sostuvo el rostro entre las manos.

—¿Has sido tú?

El muchacho asintió a regañadientes.

—Retiro los cargos —anunció Hunro sin tardanza.

Qar se adelantó y constató que el dios había emitido su juicio y que, por tanto, los cargos seguían vigentes.

—Pero si Rami devuelve los objetos robados, le perdonaremos el castigo —anunció—. En caso contrario, su padre lo azotará con una vara tal como dicta la ley.

Hunro acarició la cabeza de su hijo, apartándole el cabello de los ojos.

—Rami, por favor, debes hacerlo —le suplicó.

Este le dedicó una leve sonrisa y denegó con la cabeza.

—Lo siento, madre, pero ya no tengo las joyas y ni siquiera sé dónde están.

Dicho aquello bajó la cabeza y se negó a mirarla.

—¡Traed una vara! —ordenó Qar.

Alguien cortó una rama gruesa y flexible de una acacia plantada en el jardín del templo. Una vez retiradas las espinas y las hojas, Qar consideró que estaba preparada y se la entregó a Neferhotep.

—Cógela y azota a tu hijo hasta que confiese el paradero de las joyas de su madre.

Neferhotep cambió una mirada con Khepura mientras Semerket los observaba detenidamente.

—No puedo hacerlo —anunció Neferhotep en voz alta y clara.

—¡Es la ley! —tronó Qar.

—No puedo azotarlo. Rami no es mi hijo.

Otra exclamación ahogada recorrió el gentío. Las expresiones de los habitantes del pueblo iban del asombro a la euforia. Hunro se llevó una mano al cuello, donde palpitaba una vena azulada.

—Ya he ocultado mi vergüenza al pueblo durante demasiado tiempo —prosiguió Neferhotep en el mismo tono de voz, si bien con una expresión de fingido dolor en el

rostro—. Es un bastardo que ha crecido en mi casa. El padre de Rami es Paneb. Mi esposa es una adúltera, y es Paneb quien debe castigar a su hijo.

Semerket comprendió al instante el alcance de las palabras de Neferhotep. Hunro sería acusada de adulterio y detenida.

Las joyas habían desaparecido, y ahora desaparecería también la testigo principal contra los constructores de tumbas.

El rugido de Paneb cogió desprevenidos a todos los presentes.

—¡Canalla! —gritó a Neferhotep—. Me has obligado a hacer muchas cosas terribles, pero ¿no puedes obligarme a hacer esto!

Paneb se irguió en toda su imponente estatura, y arrebató la rama de acacia de las manos de Qar, aferrándola con tal fuerza que los nudillos se le quedaron blancos. La rama produjo un ominoso siseo cuando Paneb se lanzó en persecución de Neferhotep.

El escriba echó a correr. Se abrió paso a empujones entre la muchedumbre y corrió pendiente abajo hasta la puerta del pueblo.

—¡Detenedlo! —imploró a los habitantes del pueblo al pasar—. ¡Que alguien lo detenga! ¡Se ha vuelto loco!

Pero nadie intervino.

Paneb alcanzó a Neferhotep junto a las puertas y lo golpeó en los hombros con la vara. Neferhotep empezó a chillar como una liebre atrapada entre los colmillos de una hiena, cayó sobre la arena e intentó protegerse el rostro con las manos.

Para entonces, Qar y Semerket ya habían dado alcance al formidable capataz. Lo asieron por los brazos, pero Paneb siguió azotando a Neferhotep hasta que el sudor empezó a rodarle por las mejillas. A la desesperada, Qar se arrojó entre los dos hombres, ocasión que Neferhotep aprovechó para incorporarse, cruzar de nuevo las puertas del pueblo y correr por la calle principal como alma que lleva el diablo.

Paneb empujó a un lado a Qar como si de un niño se tratara y siguió a Neferhotep por toda la calle principal, apartando a puntapiés las vasijas y los desechos acumulados junto a las puertas de los lugareños. Los perros le ladraban al pasar, acrecentando la confusión y el tumulto. Neferhotep llegó a su casa justo en el momento en que Paneb le daba alcance. El escriba se lanzó al interior y corrió el cerrojo.

—¡Sal, Neferhotep! —bramó Paneb, aporreando la puerta—. Ya he matado antes, así que otra muerte no significará nada para mí. ¡Estoy perdido haga lo que haga, y todo gracias a ti!

Fue Qar quien, en compañía de otros *mejays*, consiguió reducir por fin a Paneb, golpeándolo en la cabeza con el extremo romo de la lanza. Paneb se desplomó, aturdido. Los *mejays* lo ataron y aseguraron las ligaduras con un palo. Luego se lo llevaron a hombros como si de un antílope cazado se tratara. Qar ordenó atar también a Rami. Acto seguido, padre e hijo fueron llevados a la cárcel situada en el cuartel general de los *mejays*, en los márgenes de la Gran Pradera.

Semerket y Qar guardaron silencio durante largo rato, hasta que por fin Semerket

se volvió hacia el policía.

—¿Qué demonios acaba de suceder aquí? —susurró.

MÁS AVANZADA LA TARDE les llegó la noticia de que una delegación de mujeres encabezada por Khepura había arrestado a Hunro. Entre forcejeos y gritos, la habían llevado a la celda situada en el extremo más alejado del pueblo. Tal como había vaticinado Semerket, las joyas habían desaparecido, y la testigo principal corría ahora la misma suerte.

Finalmente, Qar puso manos a la obra.

—Ha llegado el momento de recuperar el control —anunció.

Aquella noche, unas fuertes pisadas cogieron desprevenidos a los habitantes del pueblo. Al darse cuenta de que eran seres humanos y no espíritus quienes formaban aquel estruendo, empezaron a asomar la cabeza y vieron a una patrulla de *mejays* marchando en fila de a dos. Los encabezaba el capitán Mentmeses, y todos ellos sostenían las lanzas en alto.

Doblaron por uno de los callejones, y al cabo de unos instantes todos oyeron unos fuertes golpes en una puerta lejana. Por encima de los muros les llegaron los gritos sorprendidos de Khepura, seguidos de las exclamaciones enojadas de sus hijos. Los constructores de tumbas se miraron con expresión atemorizada y salieron a la calle, silenciosos y asustados, en el instante en que los *mejays* reaparecían.

Consternados, comprobaron que los policías se llevaban al esposo de Khepura, Sani, en grilletes. Los *mejays* lo empujaron sin miramientos hacia la puerta norte. En el rostro de Sani se pintaba una expresión tan aterrorizada que estaba casi irreconocible. Los *mejays* avanzaban implacables, empujando a un lado a todo constructor de tumbas que osara interponerse en su camino.

De repente, los gritos angustiados de Khepura llenaron la calle principal cuando la mujer apareció para ir en pos de los policías.

—¡Sani! —vociferó—. ¡Sani...!

Pero los *mejays* siguieron empujando al orfebre con las puntas de las lanzas. De repente, Khepura se desplomó en la calle principal, repitiendo una y otra vez el nombre de su esposo y rodeada de sus hijos.

—Es un buen hombre —aulló—. ¡Devolvédme!

Qar miró la calle principal por encima del hombro. Casi esperaba encontrarse con una multitud enfurecida, pero lo único que vio fueron familias apiñadas en los umbrales de sus casas, los rostros contraídos en una mueca de resignación, como si lo que más temieran en el mundo se hubiera hecho por fin realidad.

CUANDO QAR SE LLEVÓ A SANI, Semerket se escabulló de la casa de Hetefras y salió del pueblo. Soplaban un viento fuerte y frío, y tan solo la luz de las estrellas iluminaba

el desierto. En el horizonte se acumulaban nubarrones de lluvia, y de las profundidades de la Gran Pradera le llegaban los ladridos estridentes de una jauría de chacales. Al escudriñar la oscuridad en aquella dirección, Semerket distinguió sus siluetas retozando en las lejanas arenas. De vez en cuando se detenían, escarbaban en busca de roedores y larvas, y luego seguían adelante, gruñéndose unos a otros. Semerket percibió que se le erizaban los pelos de la nuca; los chacales eran los perros del cementerio, los compañeros de la muerte.

Recorrió a buen paso el sendero que conducía a la prisión del pueblo, poco más que un hoyo profundo revestido de ladrillos de arcilla y cerrado con una pequeña reja de bronce. Nadie montaba guardia en el lugar, de modo que Semerket se acercó a la rejilla sin ser visto. Al arrodillarse junto a ella empujó un guijarro que fue a estrellarse contra el suelo de la celda. El hoyo debía de tener al menos cinco codos de profundidad, dedujo.

—Hunro —susurró al interior de la celda.

Oyó un movimiento, pero no alcanzaba a ver nada.

—¿Semerket? —le llegó su voz tenue a través de la oscuridad.

—Te he traído una capa y algo de pan. Ten cuidado, voy a tirártelos.

Empujó la capa por entre los barrotes de la reja y luego arrojó la hogaza de pan, que tuvo que partir en dos para que cupiera.

—Eres muy amable al acordarte de mí, Semerket —agradeció ella, conmovida.

—Hemos detenido a Sani, y será torturado si no nos cuenta lo que sabe, Hunro. Paneb ya está bajo custodia, y a partir de mañana, los *mejays* detendrán cada día a un integrante del equipo de construcción hasta que alguno de ellos confiese.

Hunro guardó silencio durante unos instantes.

—Horrible... —la oyó mascullar por fin.

—Quiero que sepas que salvaré a Rami si puedo. Pero debes advertirle, Hunro, que su única esperanza es confesar. ¿Se lo dirás?

Otra pausa.

—Sí, si es que vuelvo a verlo. Gracias, Semerket.

—Mañana al alba iré a Yamet para ver al visir. Él ordenará tu puesta en libertad.

De nuevo Hunro guardó silencio. Semerket supuso que estaría llorando, pero cuando por fin habló, lo hizo con voz sorprendentemente serena.

—Adiós, Semerket.

Este se incorporó a regañadientes y se limpió el polvo de las rodillas. Mientras se ajustaba la capa de lana sobre los hombros, miró sin querer hacia la Gran Pradera, y vio seis pares de relucientes ojos amarillos clavados en él. Los chacales se habían acercado osadamente a él. Hizo un gesto amenazador y pateó el suelo; las fieras dieron media vuelta y huyeron por el sendero, deteniéndose de vez en cuando para mirarlo.

El viento del desierto le azotaba el rostro por encima de las dunas, cargado de arena y frío. Tiritando, Semerket se dirigió a las cocinas del pueblo para que los

siervos le dieran la cena. Absorto en sus pensamientos y preocupado por Hunro, abrió la puerta sin pensar quién podía haber dentro.

Khepura y sus hijos estaban sentados en un apretado círculo, rodeados por sus vecinos. La mujer lloraba, y sus hijos se inclinaban sobre ella, suplicándole que fuera valiente. Otros constructores de tumbas murmuraban palabras de consuelo, asegurándole que en su fuero interno estaban convencidos de que Sani volvería a casa pronto, de que los *mejays* no podrían retenerlo durante mucho tiempo...

Khepura gimió que temía que los *mejays* azotaran a su esposo, que este ya no era joven, que no podría sobrevivir a semejante tormento, y al pronunciar aquellas palabras, su llanto arreció de nuevo.

Cuando Semerket cruzó el umbral, los constructores de tumbas enmudecieron como un solo hombre, bajaron la cabeza y le lanzaron furiosas miradas de soslayo. Semerket maldijo su suerte por verse rodeado de tantos habitantes del pueblo resentidos con él. Su única alternativa era afrontar la situación con valentía y esperar que no se produjera ningún enfrentamiento.

Los saludó con un ademán de cabeza, pero sin mirarlos, y se acercó a las hogueras, donde ordenó a la sirvienta que le diera una jarra de cerveza y a otra que le llenara un cuenco de lechuga y queso. Al darse la vuelta para marcharse, descubrió que Khepura estaba justo detrás de él, bloqueándole la retirada, una expresión malvada pintada en el rostro.

—Fuiste tú quien ordenó detener a mi esposo —masculló en tono acusador.

—No —denegó Semerket con firmeza—. Lo han detenido los *mejays*.

—Pero tú eres el responsable.

—Cúlpatе a ti misma, Khepura. Tu esposo no estaría en prisión si no hubieras encarcelado a Hunro.

—Sneferu nos habló de la vasija, de tu estratagema para obligarlo a recomponerla. ¿Acaso crees que no sabemos lo que intentas hacernos? ¿Convertir a personas inocentes en criminales para quedar bien ante el visir?

Semerket percibió que enrojecía de rabia. Sintió deseos de echarse a reír, de abrumarla con acusaciones. ¿Inocentes? Estaba convencido con cada fibra de su ser de que Khepura tenía algo que ver con la desaparición de las joyas de Hunro, aunque Rami hubiera asumido la responsabilidad. Las palabras amenazaban con brotar de sus labios, y sentía la lengua libre de su habitual entumecimiento. Le costó un esfuerzo ímprobo contenerse y no decirle, decirles a todos, que podían haber eludido la saga gracias al oportuno robo de las joyas de Hunro, pero que él no tardaría en volver a apretar el nudo.

Pero los cuatro hijos de Khepura lo miraban con expresión sombría, listos para atacar a una señal de su madre. Semerket dejó la jarra de cerveza junto al cuenco de lechuga, se volvió hacia ellos y se obligó a hablar con voz serena.

—Si tu esposo es inocente, Khepura, no tienes nada que temer.

—Él es inocente, pero en cambio tú eres culpable —espetó la mujer con infinito

veneno—. Sé que Hunro estaba contigo anoche. Sé lo que estabais haciendo, te lo aseguro. Podría haberte encarcelado acusado del mismo cargo de adulterio si se me hubiera antojado. Soy la jefa, y eso no es cualquier cosa, aunque tú te creas tan superior a nosotros.

Otra oleada de furia se apoderó a Semerket, y esta vez las palabras brotaron de su garganta sin brida alguna.

—No podrías detenerme, Khepura —masculló—, porque tu esposo es culpable del mismo delito. Dime una cosa... ¿Alguna vez Sani te ha traído joyas procedentes de una tumba, como hacía con Hunro?

Khepura profirió una exclamación ahogada y se apartó de él. Sus hijos empezaron a protestar enardecidos. Semerket lamentó al instante su estallido, si bien al mismo tiempo no podía negar el placer que le había proporcionado. A toda prisa se volvió para recoger su comida, deseoso de marcharse antes de que los presentes se abalanzaran sobre él, pero la jarra de cerveza y el cuenco de lechuga habían desaparecido. Contrariado, llamó a la sirvienta, y tras buscar por la cocina durante unos instantes, localizó su cena al final de un largo banco de madera.

Salió de las cocinas y regresó a casa de Hetefras. Sukis salió a recibirlo y se restregó contra sus tobillos, atraída por el olor de la comida. La gata amarilla lo siguió al interior de la casa. Semerket dejó la comida sobre el banco de ladrillo de la sala principal y en cuanto entró en la cocina, Sukis se encaramó con descaro al banco y se hizo con un pedazo de queso.

—¡Malcriada! —la regañó antes de emitir un siseo para ahuyentarla.

La gata saltó del banco y se sentó con la cola muy erguida, siguiéndolo con la mirada. Semerket fue en busca de una vela. En la cocina no había ninguna, pero recordaba haber visto varias nuevas en el sótano. Bajó, buscó a tientas durante unos instantes y por fin las encontró.

De nuevo en la cocina, se sacó el pedernal del cinto y consiguió prender la vela. Luego olisqueó la cerveza; como de costumbre, los sirvientes le habían añadido demasiadas especias. El cuenco de lechuga y queso también despedía un olor amargo, y una señal de alarma se activó en algún rincón de la mente de Semerket.

Pero antes de que dicha sensación pudiera tomar cuerpo, oyó el sonido de una arcada procedente de la sala. Con la vela en alto, Semerket vio a Sukis caminando con las patas rígidas, intentando alcanzarlo con pasitos cortos que resultaban casi cómicos. De su garganta brotaban unos extraños sonidos, y Semerket vio que tenía espuma en las comisuras de la boca y que estaba temblando.

Corrió junto a ella e intentó comprender lo que sucedía. La gata se desplomó de costado con un jadeo, pero de repente pareció superar aquel primer espasmo.

—¡Sukis...! —dijo Semerket en voz alta.

Quiso coger al animalito en brazos, pero en aquel instante profirió un alarido tan horripilante que Semerket retrocedió involuntariamente un paso. Los ojos de Sukis amenazaban con salirse de las órbitas, y para horror de Semerket, su lomo empezó a

arquearse hacia dentro como si quisiera partirse por la mitad. El alarido subió de volumen, y la boca de la gata se abrió en una sonrisa amplia y macabra.

Sumido en la impotencia y el pánico, Semerket miró a su alrededor sin saber cómo ayudarla, pero de repente, ya no había modo de hacerlo, porque con una última arcada, Sukis murió. El terrible espasmo que la atenazaba remitió, y su lomo se irguió hasta su posición normal. El cuerpo de Sukis volvía a ser blando y maleable, pero inerte.

Semerket la contempló durante largo rato. Era consciente de que si Sukis no hubiera robado el pedazo de queso, ahora sería él quien yacería sobre las baldosas con la espalda arqueada y espuma en los labios. Los ojos se le empañaron mientras acariciaba el pelaje amarillo de la gata.

Por fin levantó el cadáver, lo envolvió en un paño y lo dejó en un rincón, prometiéndose a sí mismo que más tarde mandaría disecarlo y sepultarlo junto a Hetefras. Luego cogió el cuenco de comida y la jarra de cerveza, se dirigió a la letrina y vació en ella su contenido.

Semerket regresó a la habitación donde yacía el cuerpo de Sukis y abrió la puerta de la calle para contemplar el firmamento. Los nubarrones de lluvia que había visto sobre el horizonte cubrían ahora buena parte del desierto. De repente anheló tener compañía. Se le ocurrió ir a la torre de Qar para explicarle lo ocurrido, pero enseguida recordó que el policía estaba en el cuartel general de los *mejays*, situado en el otro extremo de la Gran Pradera. Tenía una idea muy vaga del emplazamiento del cuartel; tan solo sabía a ciencia cierta que estaba instalado en un sepulcro abandonado en la cara occidental del valle. Decidió que la noche era demasiado oscura para intentar recorrer los escarpados y tortuosos senderos de la Gran Pradera, porque no había luna...

Irguió la cabeza y contempló el cielo. ¡No había luna!

Y de repente supo con toda certeza que los constructores de tumbas saquearían otra tumba aquella noche.

LOS CONSTRUCTORES DE TUMBAS APARECIERON por uno de los callejones del pueblo y torcieron hacia el norte en dirección al Gran Lugar. Semerket los observaba oculto tras el muro del templo. Se asombró al ver que llevaban antorchas que alumbraban intensamente el sendero. Parecían por completo indiferentes al hecho de ser tan visibles en el valle envuelto en las sombras de la noche. Incluso sus sacos, cargados con sus herramientas de cobre, tintineaban alegremente mientras ascendían por el escarpado sendero. Por lo visto no les preocupaba en absoluto llamar la atención.

En los círculos trazados por la luz de las antorchas, Semerket comprobó que Neferhotep encabezaba el grupo. Tras él caminaban el maestro pintor, Aaphat, y sus dos asistentes, Ken-na y Hori. Solo quedaban ellos cuatro de la cuadrilla original, antes compuesta por siete miembros. El orfebre Sani, el corpulento capataz Paneb y

el joven Rami estaban confinados en la cárcel de los *mejays*. A buen seguro, se dijo Semerket, cuatro hombres no bastarían para abrir un sepulcro, saquear sus tesoros y volver a cerrarlo en una sola noche...

Empezó a inquietarse. Tal vez no planeaban robar ninguna tumba a fin de cuentas. Desde luego, no se esforzaban en modo alguno por proceder con sigilo. Los seguía a unos cincuenta codos de distancia, procurando pegarse a los oscuros peñascos. En ningún momento miraron atrás para comprobar si alguien los seguía. Sin lugar a dudas creían que había muerto a consecuencia de la comida envenenada.

Tres *mejays* salieron de entre las sombras y se acercaron a los hombres para preguntarles qué hacían en la Gran Pradera a esas horas.

—Vamos a la tumba del Faraón, ¿adónde si no? —replicó la voz estridente y nasal de Neferhotep en tono ofendido—. Ahora que os habéis llevado a nuestros mejores hombres, no tenemos más remedio que trabajar de noche para terminarla.

Los *mejays* franquearon el paso a los constructores de tumbas y regresaron a sus torres, al otro lado del valle. Semerket distinguió los comentarios mordaces de los constructores de tumbas, y su satisfacción le hizo sospechar que Neferhotep y sus hombres se habían hecho notar adrede para ocultar a los *mejays* sus verdaderas intenciones. Sin embargo, al ascender en su pos por el camino, comprobó que los hombres se dirigían en efecto al lugar donde aguardaba la tumba incompleta del Faraón.

Pese a que no había luna, la noche poseía una cualidad casi plateada gracias a las estrellas que brillaban en el firmamento y al lejano fulgor de las hogueras de Tebas. Semerket vio que Neferhotep sacaba una gran llave de madera y la introducía en la puerta de cedro que protegía la entrada de la tumba. Antes de que el escriba cerrara la puerta tras ellos, Semerket observó que se volvía para escudriñar el valle con detenimiento. Se aplastó contra la pared del acantilado, contuvo el aliento y a la luz que brotaba del interior de la tumba vio que Neferhotep buscaba algo o a alguien. Al cabo de un instante, el escriba cerró la puerta.

Semerket cruzó el lecho seco y se apostó en lo alto de un pequeño barranco para esperar. Transcurrió una hora y luego otra. Sentía calambres en las piernas y estaba aterido por el viento del desierto. Empezaba a sentirse nervioso e incómodo, incapaz de quedarse quieto. A despecho de toda precaución, descendió por el barranco y cruzó sigilosamente el lecho seco hasta la entrada de la tumba.

Esperaba encontrar la puerta cerrada, pero cuando tiró del pomo, se abrió silenciosa hacia él, perfectamente encajada en la jamba. Semerket la abrió tan solo una rendija.

No vio a nadie, de modo que hizo acopio de valor y entró por primera vez en el sepulcro del faraón Ramsés III. Las antorchas alumbraban el largo pasadizo descendente a intervalos, y Semerket tardó un momento en acostumbrarse a la luz después de pasar tanto rato en la oscuridad. No oyó ninguna voz ni sonido que indicara que los constructores de tumbas estuvieran trabajando.

Dedujo que estarían en el otro extremo, en la cámara funeraria. Ladeó la cabeza en aquella dirección y aguzó el oído, pero el lugar seguía sumido en el más absoluto silencio. Combatiendo el impulso de salir huyendo, Semerket se obligó a seguir adelante.

La entrada de la tumba se hallaba en lo alto de una larga escalera que descendía hacia las profundidades de la montaña. A su izquierda vio un gran baúl de herramientas manchado de pintura y destartado por el uso. En su interior había diversos utensilios, tales como sierras, hachas, picos, cinces y martillos. La experiencia le permitió comprobar de inmediato que ninguno de ellos estaba hecho del metal azul que había acabado con la vida de Hetefras. En el fondo del baúl vio también algunas antorchas y sacó una sin hacer ruido. Le serviría para alumbrarse en caso necesario y también como arma para defenderse. Cerca del baúl había una vasija llena del aceite de sésamo y la sal que le permitirían prender la antorcha sin provocar una humareda. Llenó el cono de la antorcha, pero no la encendió.

Semerket contó veintisiete peldaños hasta el primer pasadizo. El dintel aparecía decorado con pinturas que el maestro pintor, Aaphat, había terminado recientemente, un prístino disco solar flanqueado por imágenes de las diosas Isis y Neftis.

Las antorchas que habían encendido los constructores de tumbas estaban muy espaciadas y por tanto solo iluminaban breves tramos del pasadizo. Semerket avanzaba buena parte del tiempo en la penumbra hasta llegar al siguiente círculo de luz y distinguía tan solo una fracción de las figuras pintadas en las paredes del sepulcro. Las que vio eran en extremo formales y aterradoras, como correspondía a la tumba de un dios.

A medida que avanzaba, Semerket advirtió que la tumba se desviaba un poco hacia la derecha. Seguía sin oír voces ni sonidos. Ante él, en lo que suponía que era la entrada de la cámara funeraria propiamente dicha, ya no había antorchas, tan solo negrura. Los constructores de tumbas no estaban trabajando en la cámara funeraria como había deducido en un principio; habían llegado hasta aquella amplia galería para luego esfumarse.

Semerket se adentró en las tinieblas que conducían a la cámara funeraria, pero de pronto tropezó con un pesado objeto que yacía a sus pies. En la oscuridad apenas si alcanzó a discernir una serie de cestas, al menos siete, alineadas ante él. Estaban llenas de lo que parecían ser piezas de metal planas y oblongas. Alargó la mano para coger una y examinarla a la luz de una antorcha, pero en aquel momento oyó voces procedentes de la entrada del sepulcro.

Semerket se adentró más en la porción oscura del pasadizo y corrió a ocultarse tras una columna cuadrada que soportaba el techo curvo de la larga galería. A juzgar por las pisadas que oía, debían de ser tres. Los hombres se detuvieron en el punto donde la tumba se inclinaba hacia la derecha y entraron en una antecámara. Con suma cautela, Semerket se asomó al pilar.

De inmediato distinguió el perfil inconfundible, o mejor dicho la ausencia de

perfil de Nariz Cortada. El andrajoso mendigo escudriñó el suelo de la antecámara antes de señalar algo y volverse hacia sus dos acompañantes.

—Está ahí —anunció con su marcado acento del Delta—. Levantadla.

La luz de las antorchas proyectaba las sombras temblorosas de los mendigos sobre la pared frente a Semerket. Los tres hombres estaban muy juntos y con gran esfuerzo intentaban levantar algo del suelo. Semerket oyó el sonido de una piedra al arañar el suelo, y al poco vio que los hombres desaparecían uno tras otro en un agujero abierto en él.

Esperó hasta dejar de oír sus voces y se dirigió en silencio a la antecámara. En el suelo había un agujero de contornos irregulares por el que ascendía la tenue luz de unas antorchas. Unos toscos peldaños descendían la breve distancia que separaba la antecámara del nivel inferior. En aquel instante oyó más voces, entre ellas el inconfundible quejido de Neferhotep.

Los constructores de tumbas se hallaban en una estancia situada bajo sus pies. Semerket regresó a su escondrijo en la galería para esperar. Al cabo de unos minutos oyó que los hombres subían de nuevo por el pozo. Los cuatro constructores de tumbas y los mendigos aparecieron por el agujero, Nariz Cortada y Neferhotep en último lugar.

—¿... cuántas? —estaba preguntando el escriba al mendigo.

—Al menos veinte —repuso Nariz Cortada.

Neferhotep profirió una exclamación trastornada.

Para entonces, los dos hombres ya se hallaban en la antecámara. Nariz Cortada cogió una antorcha de la pared y echó a andar por el pasadizo en dirección al escondite de Semerket. La luz se iba intensificando a medida que se acercaba, y el administrador contuvo el aliento con el corazón desbocado.

—Siete en esta parte de la tumba, y luego las de abajo. Lo que necesitamos es un carro de bueyes.

El mendigo y Neferhotep pasaron junto al voluminoso pilar cuadrado que protegía a Semerket, y la luz de las antorchas lo alumbró de lleno. Sin embargo, los dos hombres estaban concentrados en las cestas llenas de discos metálicos que se hallaban al otro lado del pasadizo. De haber vuelto un poco la cabeza, sin duda lo habrían descubierto. Semerket dio la vuelta al pilar para encararse con la cara norte de la tumba. Ante él, la figura pintada de un arpista desgranaba una melodía.

—¿Y se puede saber cómo mantendremos alejados a los *mejays*, con todos vosotros pululando por el valle? —oyó inquirir a Neferhotep con su característica voz estridente.

—Por mí pueden irse todos al infierno a hacerle compañía al hombre del visir.

—No puedo envenenarlos a todos.

—¿Por qué no? —espetó Nariz Cortada—. Para cuando alguien descubra lo que ha pasado, será demasiado tarde, ¿no? Entretanto, sacamos estas esta noche y volvemos a buscar el resto mañana...

Entre gruñidos y juramentos, los hombres se alzaron las cestas sobre los hombros. Luego, los constructores de tumbas y los mendigos echaron a andar muy despacio por el pasadizo que conducía a la entrada del sepulcro, extinguiendo las antorchas a su paso. Semerket escudriñó el pasadizo por el que se alejaban. Los hombres alcanzaron la puerta de cedro. Neferhotep apagó la última antorcha, sumiendo así la tumba en la más completa oscuridad, la negrura más absoluta que Semerket había experimentado en su vida, abrió la puerta y salió en silencio seguido de los demás.

Y entonces Semerket escuchó el sonido más terrible, el de la puerta de cedro al cerrarse desde fuera. ¡Estaba atrapado en la tumba del Faraón!

El pánico se apoderó de él.

Al cabo de un instante echó a correr por la oscuridad y subió por el pasadizo hasta la escalera. Contó los peldaños y al llegar al número veintisiete frenó y avanzó con sumo cuidado hasta apoyar las manos contra la pesada puerta. Pero la hoja de cedro no cedió ni un ápice.

Pugnando por contener la histeria y mantener la calma, Semerket deslizó las manos por la puerta en busca de algún cerrojo o mecanismo que pudiera accionarse desde el interior. Pero la plancha de madera era tan lisa como una piedra pulimentada. Semerket se dejó caer en el suelo, jadeando de miedo.

¡Encerrado en una tumba! Se dijo con severidad que la razón y la lógica lo ayudarían a salir de aquel apuro. Su mente trabajaba a toda velocidad; sin lugar a dudas, los hombres volverían a la mañana siguiente para proseguir con la construcción. Sí. Volverían. Al pensar en ello, los latidos de su corazón se serenaron un poco. Por supuesto que no se quedaría encerrado para siempre en aquel sepulcro. No tenía más que esperar a que los constructores aparecieran a la mañana siguiente y escabullirse sin ser visto.

Necesitaba luz; la luz le levantaría el ánimo y le permitiría aprovechar su encierro para explorar las profundidades del sepulcro del Faraón. Deslizó la mano en el cinto, rogando a los dioses que no hubiera olvidado llevar consigo el pedernal.

Ahí estaba. Lo rascó y lo acercó a la antorcha, que prendió al primer intento. Cuando su luz alumbró la tumba, la oleada de pánico empezó a remitir.

Semerket volvió a descender los veintisiete escalones y fue recorriendo las diversas galerías. Al poco dio con el punto en que el sepulcro se inclinaba hacia la derecha y entró en la antecámara. Acercando la antorcha al suelo, limpió el polvo de piedra caliza que alfombraba el suelo en un intento de encontrar alguna puerta o trampilla. De repente, sus dedos rozaron una pequeña hendidura. Era una cuña de piedra caliza diseñada para cubrir un agujero de aproximadamente un codo de diámetro. Semerket levantó la trampilla y dejó al descubierto el pozo que conectaba ambas zonas.

Dejó caer la antorcha al nivel inferior, situado a unos seis o siete codos por debajo de él. Conteniendo el miedo, introdujo las piernas en el agujero y descendió lenta y precariamente por los asideros. Aferrándose a ellos con manos y pies, logró llegar por

fin a una superficie plana. Lanzó un suspiro tembloroso, contento de pisar de nuevo tierra firme. Recogió la antorcha aún encendida del suelo y la sostuvo en alto.

Y entonces lo vio.

Había oro por todas partes. Máscaras de dioses, jarrones, copas, cálices, cofres taraceados, collares, pectorales, zarcillos... Auténticos tesoros amontonados en pilas más altas que él y guardadas en un espacio equivalente a la casa de Hetefras. Semerket miró a su alrededor con la boca abierta de par en par por la estupefacción. El espectáculo que se extendía ante él le produjo tanto vértigo que se vio obligado a sentarse.

Recordó la conversación que había sostenido con Qar el día que encontraron la peluca azul de Hetefras a apenas doscientos codos de la estancia donde ahora se encontraba. En aquel momento había deducido que la tumba del Faraón sería el lugar idóneo para esconder el tesoro, pero los constructores de tumbas habían superado sus expectativas al ocultarlo en aquella caverna secreta bajo el sepulcro. Podían ir y venir a sus anchas, sin levantar sospecha alguna, delante de las narices de los *mejays*, los inspectores e incluso el mismísimo Faraón. No podía por menos que admirar su astucia.

Al cabo de un rato, Semerket se recobró y empezó a recorrer la estancia para contemplar las numerosas maravillas que contenía. De niño había leído fábulas sobre campesinos que se topaban con las riquezas de dioses y magos, pero su escasa imaginación nunca había concebido un tesoro de aquella magnitud.

Había gran cantidad de cestas de mimbre amontonadas, todas ellas rebosantes de discos metálicos de formas extrañas como los que había visto arriba. Semerket cogió una de aquellas peculiares piezas y la lamió para comprobar si era de latón, pero su saliva no provocó ninguna reacción ácida. Sin lugar a dudas, el disco era de oro.

De algún modo, el precioso metal había formado un charco antes de solidificarse. Desde los confines más remotos de su mente le acudió a la memoria la historia que le había contado Qar sobre el hecho de que a veces los saqueadores hallaban más práctico quemar el contenido de las tumbas y luego rescatar las piezas de oro fundido que quedaban bajo las cenizas. También recordó de repente al muchacho montado en un asno que había visto en la Gran Pradera y las palabras que había pronunciado: «Aquí se hace piel de dioses».

Mientras contemplaba las cestas, Semerket comprendió que el disco que sostenía en la mano podía haber sido en su momento una copa que tocara los labios de un faraón o una reina, o tal vez un cuenco sagrado para las golosinas que entregaban como ofrenda a un dios. Examinó las numerosas hileras de cestas que se alineaban a lo largo de las paredes de la estancia, todas ellas repletas de piezas de oro fundido, y fue entonces cuando adquirió conciencia del verdadero alcance del robo, el desperdicio, la destrucción absurda que implicaba.

De repente, Semerket arrojó el disco de oro al otro extremo de la caverna, donde se estrelló contra la pared y se hizo añicos. ¿Cómo habían podido cometer semejante

crimen? Todas aquellas piezas eran obras de sus abuelos, tíos y padres, y ahora se habían perdido para siempre. ¿Acaso los constructores de tumbas eran tan inmunes a su arte que ya ni siquiera lo veían y lo fundían porque así era más fácil de transportar? Pero entonces recordó a Paneb, tan orgulloso de una vasija creada por su abuelo. A buen seguro también formaba parte del expolio, y el formidable capataz, en un arranque de sentimentalismo, la había rescatado. Semerket experimentó una punzada de simpatía hacia Paneb; al menos uno de los constructores de tumbas amaba un tesoro por algo más que su valor en el mercado.

Semerket ladeó la antorcha para inspeccionar el resto de la habitación y a su luz divisó una puerta situada al fondo. Impelido por la curiosidad, Semerket se acercó a ella y descubrió que daba a otro pasadizo. Lo que vio lo hizo detenerse en seco.

Aquello no era una caverna secreta, sino otra tumba que se extendía tenebrosa en ambas direcciones, tan larga que Semerket no alcanzaba a calcular sus dimensiones. Qar le había dicho que la tumba de Ramsés había sido excavada treinta años antes por los padres y abuelos de los actuales constructores de tumbas. Al observar la disposición del segundo sepulcro, dedujo que las dos tumbas se habían encontrado, que el techo de la más antigua coincidía con el suelo de la más reciente, lo cual había obligado a los constructores a darle cierta inclinación, lo que a su vez explicaba que la tumba de Ramsés se desviara hacia la derecha.

Semerket sostuvo la antorcha cerca de las paredes en un intento de averiguar la identidad del propietario original de la tumba. Si bien distinguía con claridad las formas de las figuras que en tiempos habían adornado las paredes, observó que las habían picado para borrarlas, dejando tan solo sus contornos irregulares.

El administrador recorrió despacio el pasadizo. Alguien había eliminado concienzudamente todas las imágenes. Sin embargo, al final del sepulcro descubrió un resto de mural intacto. En él se veía la pequeña cabeza de un faraón, reconocible por la corona de cabezas de áspides que el rey lucía en la frente. Quienquiera que fuese, se trataba de un hombre de extrema apostura, si el retrato era realista. Las facciones marcadas y regulares del rey recordaron a Semerket a alguien a quien había visto hacía poco... ¿Quién? Creyendo que era fruto de su imaginación, desterró la idea de su mente. Por fortuna, los profanadores habían pasado por alto uno de los cartuchos. A Semerket se le erizaron los pelos de la nuca al descifrar con cierta dificultad los glifos desvaídos.

—Amen-meses —musitó, atónito.

Se encontraba en la tumba del usurpador, del padre de Twos-re, la reina cuyo nombre había aparecido más de una vez a lo largo de su investigación. De repente comprendió cuánto debían de haber odiado los egipcios a Amen-meses para destruir de aquel modo su última morada. Eliminar su nombre incluso de su tumba garantizaba que el faraón criminal perdiera todo derecho a la vida inmortal. Con toda seguridad, la tumba de su hija, dondequiera que estuviera, se hallaba en el mismo estado.

Apenas si le quedaba aceite en la antorcha. Semerket volvió sobre sus pasos, cruzó la caverna llena de oro, trepó por los asideros hasta llegar a la tumba inacabada del Faraón y volvió a su escondite tras el pilar de la galería. Al poco, la antorcha se extinguió con un siseo, y Semerket se dispuso a aguardar el regreso de los constructores de tumbas. Sabía que los mendigos volverían la noche siguiente, en la que la luna seguiría ausente, para llevarse el resto del tesoro. Pero ¿adónde lo llevarían? ¿Y por qué razón?

No obstante, las respuestas a aquellas preguntas carecían de importancia, porque a la mañana siguiente, en cuanto pudiera salir del sepulcro, iría derecho a ver al visir Toh, y los ladrones serían detenidos.



LA ADIVINA DE SEJMET



TAL COMO SEMERKET HABÍA PREVISTO, LOS constructores de tumbas regresaron al alba. Pasaron junto a él sin advertir su presencia y bajaron a la cámara funeraria para reanudar su trabajo. En cuanto se aseguró de que no volverían a subir, Semerket recorrió sigiloso el pasadizo principal, cruzó la puerta ahora abierta de par en par para recibir al sol naciente y subió por el barranco hasta el sendero que discurría sobre la tumba.

Al cabo de una hora caminaba por el bazar improvisado de Yamet, donde los mercaderes habían instalado cientos de tenderetes junto a los muros desde el regreso del Faraón. Mostró la insignia del visir a los guardias apostados en los Grandes Pilonos, y estos le franquearon el paso al instante.

Los jardines no estaban tan concurridos como el exterior, aunque numerosos nobles, sacerdotes y artesanos iban de aquí para allá en el desempeño de sus tareas matutinas. El complejo estaba envuelto en el humo procedente de los sacrificios matutinos, pero en los senderos pavimentados olía a cítricos y a jazmín.

Al llegar a las puertas interiores del templo, Semerket abordó a un guardia.

—¿Dónde se encuentran las dependencias del visir? —le preguntó.

Sabía que Toh había abandonado sus dependencias del Templo de Ma'at para estar cerca del Faraón durante su estancia en Tebas. Al ver la insignia del visir que Semerket le mostraba, el guardia respondió a su pregunta.

—Pero si buscas a Toh —añadió—, debes saber que partió antes del amanecer con su guarnición hacia Erment... Pero volverá dentro de una semana más o menos —se apresuró a agregar al ver la expresión de Semerket—. Ha ido a inspeccionar al nuevo toro de Buchis.

Semerket sabía de la intempestiva muerte del anterior toro de Buchis, espeluznante augurio de catástrofe. El toro se consideraba la manifestación terrenal del poder de Ramsés III, y su sustitución recaía en el dignatario de más alto rango, lo cual explicaba el inesperado viaje de Toh.

—Tal vez su escriba, Kenamun, pueda ayudarte si es tan urgente —aventuró el guardia.

Sí, Kenamun. Él sabría cómo ponerse en contacto con Toh a la mayor brevedad posible. Semerket dio las gracias al guardia con un ademán de cabeza y recorrió los pasillos sumidos en la penumbra, cuyas baldosas de basalto pulimentado relucían

bajo sus sandalias. Pero hacía tiempo que no entraba en el templo, y al cabo de un rato empezó a desconcertarse. Reconocía la pared de azulejos de loza, pero... ¿debía tomar el pasillo de la derecha o el de la izquierda?

De repente le llegó a los oídos una voz conocida, y en el otro extremo del patio divisó la escuálida figura del alcalde Pawero. Este no se comportaba con su habitual altivez, sino que charlaba amistosamente con otra persona y en un par de ocasiones incluso rio a carcajadas. Semerket estaba intrigado; nunca había visto al alcalde de la ribera occidental en actitud tan distendida y asequible. Avanzó un poco más para averiguar quién era su interlocutor.

Era el alcalde Paser.

Semerket se llevó una sorpresa mayúscula. ¿Qué había sido de su aborrecimiento mutuo, del odio apenas contenido que se profesaban? ¿Acaso el armiño y la cobra se habían convertido en amantes?

Semerket se acercó a ellos sigiloso, con la esperanza de espiar su conversación. Por desgracia, en aquel momento Pawero desplazó el peso del cuerpo y vio a Semerket. Dio un respingo y palideció sobremanera al comprobar de quién se trataba. Al ver a su acompañante tan alterado, Paser se volvió para averiguar la causa.

Los dos hombres se separaron de un salto como niños sorprendidos con las manos en la masa.

—¡Tú! —masculló Pawero, apenas capaz de articular palabra—. Pero si se suponía que estabas...

Tragó saliva sin poder terminar la frase.

Paser lanzó una mirada alarmada a su homólogo y se apresuró a tomar el hilo de sus palabras.

—Que estabas en el pueblo de los constructores de tumbas...

El alcalde de occidente asintió con aire aturdido y todavía muy pálido.

—¿A qué has venido, Semerket? —inquirió Paser.

—El visir... He venido a ver al visir —repuso Semerket, y vio que los dos hombres cambiaban una mirada al oír aquellas palabras.

—¿Significa eso que has esclarecido el asesinato de la sacerdotisa? —musitó Pawero.

Semerket los observaba con ojos entornados y críticos. Ahí había gato encerrado.

—Solo he venido a que Kenamun me dé la paga, señores —aseguró en tono solemne.

De inmediato, los dos alcaldes se relajaron, y Paser incluso esbozó una sonrisa.

—¿Así que ya te has gastado toda la plata que te di? —exclamó.

—El vino va muy caro últimamente, alcalde —se justificó Semerket con un guiño y una sonrisa.

Paser lanzó una risita, pero sin dejar de observar a Semerket con expresión fría. Por su parte, Pawero había recobrado su actitud altiva y rígida, y sin pronunciar una sola palabra más, se alejó en dirección a sus aposentos, volviéndose de vez en cuando

para mirar a Semerket con un estremecimiento.

—Ha oído hablar de los disturbios acaecidos en el pueblo de los constructores de tumbas —explicó Paser—. No puedes reprocharle que te considere responsable, Semerket.

—Los responsables son ellos mismos —replicó Semerket con sequedad antes de añadir en tono más apacible—. Discúlpame, señor, pero debo ir en busca de Kenamun. ¿Puedes decirme dónde está?

Paser señaló uno de los pasillos. Tras inclinarse ante el alcalde, Semerket se alejó.

Kenamun estaba sentado a una mesa, escribiendo en un papiro. Al ver entrar a Semerket en la estancia abrió los ojos de par en par, y Semerket advirtió que daba la vuelta al papiro. Por un instante tuvo la impresión de que tampoco el escriba del visir se alegraba de verlo.

A toda prisa le habló del oro que había hallado en la tumba olvidada de la Gran Pradera, de que los constructores de tumbas habían intentado matarlo y de que, de algún modo, creía que todo ello guardaba relación con el asesinato de Hetefras. Asimismo, afirmó que la detención de Hunro y el robo de sus joyas habían obstaculizado la investigación.

—Quiero que sea puesta en libertad —exigió— y que goce de la protección del visir. Además, quiero que esta misma noche un escuadrón de hombres vaya a capturar a los mendigos que planean llevarse el tesoro.

Kenamun palideció y empezó a pasearse por la estancia, muy alterado.

—Madre mía... —masculló con voz entrecortada mientras pensaba a toda velocidad—. Desde luego, podría ordenar la puesta en libertad de la mujer..., pero carezco de la autoridad necesaria para obtener escolta militar para ti.

—¿Y quién tiene la autoridad necesaria?

—En ausencia del visir Toh, tan solo el Faraón —repuso Kenamun, encogiéndose de hombros con aire impotente.

—En tal caso, debemos acudir a él —sentenció Semerket.

Kenamun se horrorizó ante semejante propuesta.

—No se puede solicitar sin más audiencia al Faraón, Semerket. Existe un ceremonial intrincado, miles de reglas...

—A buen seguro, el tesoro que he visto apilado en aquella tumba es razón más que suficiente para obviarlas.

—No lo entiendes, no es tan sencillo. No, necesitamos a alguien que tenga acceso inmediato a él.

Kenamun caviló unos instantes y por fin asintió con la cabeza como si acabara de tomar una decisión.

—Espera aquí —ordenó, y mientras se alejaba por un pasillo, se volvió para mirarlo por encima del hombro—. No hables de esto con nadie, ¿entendido? —advirtió.

Semerket asintió a regañadientes.

El escriba regresó al cabo de unos instantes.

—Estamos de suerte —anunció sin resuello—. Tiya, la Reina Madre, ha accedido a recibirnos. Cuando le cuentes tu historia, estoy seguro de que convencerá al Faraón para que envíe algunos hombres.

Semerket siguió a Kenamun por unos pasillos que conducían al ala sur del templo. Al cabo de un rato comprendió que se dirigían a la residencia privada del Faraón. La única entrada era una puerta de cedro ornamentada, aunque al mismo tiempo sencilla y de dimensiones modestas. Los dos únicos guardias que la custodiaban les franquearon el paso sin hacer preguntas; por lo visto, conocían bien a Kenamun.

El palacio era un edificio espacioso en términos egipcios, aunque no tan inmenso como los que Semerket había visto en Babilonia y Siria. Era una edificación de piedra, a diferencia de la mayoría de las viviendas egipcias, construidas con ladrillos de arcilla. Kenamun precedió a Semerket por una escalera que ascendía hasta la segunda planta y por un estrecho pasillo puntuado por diminutos ventanucos. Semerket miró por ellos para orientarse y divisó los jardines del templo y el lago sagrado. Fue entonces cuando comprendió adonde lo llevaba Kenamun. Se detuvo en seco.

—Pero ¡este es el puente que conduce al harén! —exclamó.

—¿Dónde si no esperas encontrar a la gran esposa del rey? —replicó el escriba.

Obediente, Semerket atravesó con él el puente y cruzó el umbral que conducía a los aposentos de las mujeres. Los dos hombres entraron en una cámara pequeña y bien ventilada. Nadie salió a su encuentro, ni tampoco vieron rastro de ninguna de las esposas del Faraón. Semerket experimentó una punzada de decepción.

Se conformó con echar un vistazo a la estancia. Las paredes aparecían cubiertas de vistosos murales, y al observarlos con más detenimiento, Semerket advirtió que describían escenas de una intimidad turbadora. En una de las paredes, el Faraón jugaba una partida de senet con una muchacha desnuda. En la pared opuesta se veía a Ramsés rodeando con el brazo la figura esbelta de una concubina, rozándole un seno mientras ella ensalzaba su destreza amatoria con el puño alzado.

Unas leves pisadas lo sobresaltaron, y Semerket se volvió hacia ellas con el cuerpo tenso. Ante él vio a Tiya. La reina no lucía el atuendo severo que llevaba el día que la conoció, sino una túnica transparente que lo hizo ruborizar.

—¡Semerket! —lo saludó con aquella voz grave, tierna y cálida que casaba a la perfección con el color de su piel, dorada como las cuentas de jaspe que él llevaba colgadas del cuello—. Hemos pensado mucho en ti desde el día en que nos conocimos en los aposentos del visir.

Semerket cayó de rodillas. Tiya se adelantó y extendió las manos para ayudarlo a incorporarse. Su perfume le azotó las fosas nasales, y para su vergüenza se sorprendió con la mirada clavada en los pezones teñidos con henna que se adivinaban a través del fino tejido de su corpiño. La reina lo miraba con expresión penetrante.

—¿Dónde están los amuletos y talismanes que te hice llegar? —preguntó—. ¿Acaso no los recibiste? Pentwere me dijo que te los colgó del cuello personalmente. Si me mintió...

Semerket apresuró a atajarla.

—Tu hijo me los entregó, señora, pero me los quité a causa de... de los extraños sueños que me provocaban.

Tiya agitó un dedo ante su rostro.

—Es por las poderosas oraciones y cánticos con que los consagré. No deberías habértelos quitado. No me extraña que Kenamun me haya dicho que estás en apuros. Esto explica muchas cosas.

El tono de reproche con que le hablaba la reina Tiya le recordó tanto a la voz de su madre que Semerket se sintió absurdamente cómodo en su presencia. Pero de repente se encontró mirando de nuevo sus voluminosos senos a través de la muselina transparente y bajó la vista a toda prisa.

—Me doy cuenta de que al menos tienes la sensatez de avergonzarte —comentó la reina al tiempo que le acariciaba el rostro—. Os comportáis todos como unos niños malos que nunca hacen lo que se les ordena. Aunque por otro lado, menos mal. ¿Dónde estaría yo ahora si mis hijos no me necesitaran como me necesitan?

Tiya le rozó la mejilla con las uñas, y cuando le sonrió, Semerket vio las puntas de sus dientes blancos y regulares. Los dedos de la reina se desplazaron hacia arriba hasta llegar al punto misteriosamente rasurado tras el sueño.

—Ven —indicó—; siéntate conmigo junto a la ventana y cuéntame todo lo ocurrido en el pueblo de los constructores de tumbas. Kenamun dice que la situación es grave. Te escucharemos y luego decidiremos el camino que cabe seguir.

Semerket se dejó conducir hasta una galería cerrada con vistas a los jardines de Yamet. La reina le indicó que se sentara junto a ella en un diván situado ante la ventana enrejada. Por su parte, Kenamun tomó asiento en una banqueta algo apartada de ellos. Reacio a participar en la conversación, el escriba parecía conformarse con escuchar.

Mientras hablaba, Semerket no pudo por menos de fijarse en los sinuosos movimientos de la reina. Su forma de deslizarse el dedo por la frente con aire ausente, el modo en que jugueteaba con la borla del cinturón dorado, la manera en que extendía los hombros con ademán indolente, sin dejar de escuchar con total atención. Frunció el ceño y profirió una exclamación ahogada de horror ante la idea de que alguien hubiera osado saquear la tumba de sus antepasados y estado a punto de acabar con la vida de Semerket. Cada vez que este se detenía para tomar aliento, la reina le formulaba preguntas certeras que demostraban lo bien que entendía la situación. A todas luces, Kenamun la había puesto al corriente de todo, se dijo. Por último explicó a la reina que Hunro languidecía en la cárcel del pueblo, acusada de adulterio por el simple hecho de haberlo ayudado.

—Ella es una de las razones por las que he venido —concluyó—. Debe ser puesta

en libertad para que pueda testificar contra sus vecinos.

—¿Estás enamorado de ella? —inquirió la reina con una sonrisa.

—Es la esposa de otro hombre, señora —masculló Semerket con la mirada baja.

Tiya le alzó el mentón para obligarlo a mirarla.

—Semerket, ya deberías saber que es absurdo intentar ocultarme algo.

Semerket se sintió avergonzado de repente, aunque desconocía el motivo.

—Es la primera mujer desde mi esposa que... me hace sentir algo —confesó con cautela—. Si eso es amor...

Tiya rio, complacida.

—Una respuesta típica de un hombre. ¿Por qué nunca podéis expresar vuestros sentimientos con sinceridad?

—¿Acaso tienen importancia mis sentimientos? —replicó Semerket con cierta impaciencia—. Hunro está en peligro, y los mendigos irán esta noche a la tumba para llevarse el tesoro. No hay tiempo que perder, Gran Señora.

El lejano sonido de unos cuernos de carnero surcó la pequeña estancia. De repente, el rostro de Tiya se transformó en una máscara dura y fría. Una criada o tal vez una de las esposas menores, se acercó para susurrarle algo al oído. Tiya meneó la cabeza sin decir nada.

—Me comunican que el Faraón ha concluido sus conferencias —anunció a Kenamun y Semerket—. Esta mañana mi hijo Pentwere ha organizado una cacería de patos en las marismas del sur. Lo dispondré todo para que nos acompañes, Semerket.

Semerket la miró horrorizado; no había tiempo para semejantes frivolidades.

—Majestad...

Tiya alzó una mano teñida con henna para acallarlo.

—Te pido que nos acompañes por una razón. Últimamente, las coronas rojas y blancas le pesan sobremanera sobre la cabeza. Otro golpe como este y..., en fin...

Tiya lanzó un suspiro trágico para expresar que el Faraón estaba demasiado débil para arrostrar semejantes noticias.

—En cuanto el príncipe heredero sea nombrado corregente, sin duda todo será mucho más fácil... —comentó Semerket sin pensar.

Tiya se sobresaltó visiblemente. Abrió los ojos color miel de par en par, y su boca se torció en un rictus que dejó al descubierto sus dientes más bien afilados. De repente asió el brazo de Semerket, clavándole las uñas hasta dejarle marcas rojas en la piel.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Dónde has oído semejante mentira? ¡Responde, estúpido! Nadie ha sido nombrado corregente, y menos aún ese...

En aquel momento, Kenamun se levantó de la banqueta y carraspeó. Tiya se volvió hacia él, cerró la boca de golpe, volvió a tenderse en el diván y respiró hondo. Cuando por fin se serenó miró a Semerket con resentimiento.

—El Faraón no necesita ningún corregente. Es un toro poderoso, un halcón majestuoso.

Pero aquellas palabras tradicionales sonaban huecas en sus labios. Semerket guardó silencio mientras las marcas que las uñas de Tiya le habían dejado en el brazo empezaban a sangrar. Tiya fingió concentrarse en el tejido de su túnica.

—No soy más que una anciana —comentó— que protege en exceso a su esposo, supongo. Pero te ayudaré, Semerket, a pesar de tus crueles palabras.

Dicho aquello empezó a exponer todos los planes y detalles relativos a la cacería de patos como si nada hubiera sucedido. Semerket la acompañaría en su embarcación de placer, anunció, y sin duda el estado de ánimo del Faraón mejoraría tras abatir unas cuantas presas.

—Y entonces le pediré que asigne a unos hombres para que te acompañen al pueblo. Debo hallar el momento idóneo para solicitárselo. Pero tú debes guardar silencio, pues solo yo sé cómo manejar al Faraón.

En aquel momento, como si se hubiera roto un hechizo, el harén se convirtió en un hervidero de actividad. Las esposas menores salieron de sus habitaciones bostezando, y numerosos eunucos corrían de aquí para allá.

Tiya dio instrucciones a Semerket acerca de la hora a la que debía presentarse en el muelle. Kenamun se quedaría con él y no permitiría que nadie lo abordara. El escriba no debía apartarse de su lado en ningún momento, recalcó. A fin de cuentas, ¿quién sabía qué peligros acechaban y dónde? ¿Acaso no habían intentado ya acabar con su vida en una ocasión?

Tras hacer una profunda reverencia, Semerket dejó a la reina junta a la ventana enrejada. Cruzó las puertas que conducían al puente de piedra seguido de Kenamun.

—La reina es una mujer extraordinaria, ¿no te parece? —observó el escriba.

Semerket se limitó a mirarlo, sintiendo el escozor de las marcas que las uñas de Tiya le habían dejado en la piel.

EN AQUEL PRECISO INSTANTE, a mucha distancia de allí, la criada Keeya se hallaba junto a la hoguera exterior, cargada con una cesta rebosante de los residuos propios de cualquier hogar tebano. Huesos de los ágapes de toda la semana, cabezas de pescado, trapos tan gastados que ya resultaban inservibles... Miró a su alrededor en busca del pedernal y la fibra de palma para encender el fuego.

Era media mañana, y su señora había ido al templo de Sejmet a ver a su tío, el sumo sacerdote. Keeya se dijo que últimamente Merytra acudía con mucha frecuencia al templo de su tío, y que al regresar siempre se mostraba huraña y retraída. En tales ocasiones, Merytra a menudo encerraba a los sirvientes en el pequeño sótano que los tres compartían. En la oscuridad, junto a los sacos de cereales que olían a humedad y las vasijas de cerveza en fermentación, la oían caminar por la planta baja, a veces en círculos y con frecuencia cantando para sus adentros. Keeya sospechaba que su señora estaba poseída por un demonio.

El pedernal estaba en un pequeño hueco de la pared de ladrillos. Al alargar la

mano para cogerlo, Keeya advirtió una baldosa suelta bajo sus pies.

Tras meditar unos instantes, se agachó para colocarla en su lugar, pero seguía suelta, como si algún objeto la presionara desde abajo. Por fin levantó la baldosa, miró lo que ocultaba y a duras penas consiguió contener un grito.

Devolvió a toda prisa la baldosa a su lugar, y cuando su ama volvió a casa no dijo nada, sino que esperó hasta que Nenry regresó para almorzar. En cuanto el escriba, cargado de papeles y rollos, abrió la verja con aire fatigado, Keeya lo abordó.

—Señor, ¿podrías venir a ver una cosa? —le pidió.

Nenry estuvo a punto de negarse, pues aquella mañana Paser había dejado en sus manos todos los informes de los supervisores y los calendarios tributarios. Por alguna razón, el alcalde se había ido para participar en una cacería de patos con la reina Tiya. Sin embargo, la expresión de la criada era tan solemne que Nenry decidió no protestar y la siguió hasta el hoyo de la hoguera.

Keeya levantó de nuevo la losa. En el hueco yacían los restos mortales de una recién nacida. Estaba pintada de rojo, con las diminutas palmas de las manos, los pies y la frente cubiertos de glifos. No se trataba de glifos corrientes, sino de símbolos procedentes de un pasado remoto. El pequeño cadáver aparecía cubierto de numerosos amuletos y talismanes. Alguien le había abierto el vientre en canal y allí, entre las vísceras disecadas, había un muñeco de cera. El bebé tenía clavado un cuchillo en el pecho y los ojos vendados.

—Ve a buscar a los demás —ordenó Nenry con voz sobrecogedora.

Merytra yacía en el lecho, pues tenía por costumbre echar una siesta mientras su esposo almorzaba, un arreglo que convenía a ambos porque minimizaba su contacto diario. Por ello, se sorprendió al ver aparecer a su esposo en el umbral seguido de los sirvientes.

—¿Por qué perturban estos estúpidos mi descanso? —suspiró en tono resignado como si rogara a los dioses que le revelaran sus insondables caminos.

Nenry cruzó la estancia a grandes zancadas, la asió por el cabello y la arrojó contra la pared con un grito.

—¡Bruja! —vociferó—. ¡Hechicera!

Estaba a punto de prorrumpir en llanto, pero logró contener las lágrimas con un esfuerzo sobrehumano.

—Cogedla —ordenó a los sirvientes—. Atadla bien y llevadla al sótano.

Merytra estaba demasiado asombrada para hablar, y no fue hasta que los sirvientes le pusieron las manos encima para atarla que de sus labios empezaron a brotar maldiciones y juramentos. Sin embargo, tanto su esposo como los sirvientes hicieron caso omiso de sus amenazas y promesas de castigos terribles. La única satisfacción que obtuvo fue la repulsión con que la tocaban, como si fuera un monstruo con cuernos y escamas.

Nenry los aguardaba en el sótano y se negó a mirarla mientras los sirvientes la ataban de pies y manos a una silla encarada a un banco sobre el que había dispuesto

con pulcritud las pruebas de su magia negra. Al observar la actitud altiva y sentenciosa de su esposo y sus sirvientes, Merytra empezó a forcejear y exigir a gritos que la soltaran, porque de lo contrario se lo contaría todo a su tío, que Nenry perdería su cargo y que ella misma se encargaría de vender a los siervos a un burdel.

Le permitieron desahogarse a gritos hasta que su actitud impasible la acalló. Por fin guardó silencio y dejó de retorcerse contra las ataduras.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —preguntó Nenry—. ¿Acaso no me he ocupado siempre de ti? ¿Acaso no te he dado siempre lo que deseabas?

Miró con fijeza el espeluznante muñeco de cera que sostenía en la mano, atravesado por una aguja dorada. Al poco desvió la mirada hacia el cadáver de la niña, y al ver su vientre desgarrado y embutido de horribles amuletos, no pudo contener un gemido.

—Suéltame, estúpido —masculló Merytra—. Cuando mi tío se entere de que has roto el hechizo...

Nenry se abalanzó sobre ella con un rugido y la abofeteó en la boca con tal fuerza que la sangre empezó a rodarle por la barbilla.

—Me has destrozado la vida —espetó el escriba—. Estoy acabado.

—Te equivocas, como siempre —aseguró ella en tono de repente suplicante—. ¿Acaso no entiendes que lo he hecho para protegerte?

Nenry se limitó a sacudir la cabeza al tiempo que señalaba el reseco cadáver pintado de rojo.

—La niña... ¿Es nuestra?

Merytra lanzó un bufido exasperado.

—Por supuesto que no. ¿Cómo podría ocultarte un embarazo siquiera a ti? Se la compré a una prostituta junto a las puertas de la ciudad. De todas forma iba a abandonarla allí. Le tapé la boca con la mano hasta que...

El alarido ahogado de su esposo la hizo enmudecer. Nenry levantó de nuevo la mano, y solo un esfuerzo sobrehumano de contención le impidió volver a golpear a su esposa.

—Y esto... —musitó al tiempo que sostenía el muñeco en alto—. Soy yo, ¿verdad? Me has echado una maldición para provocar mi muerte.

—Cálmate, Nenry, te juro que no eres tú.

—¿Quién es, entonces?

—Tu hermano, por supuesto. Esos cabellos son suyos, ¿de quién si no?

—¿Semerket?

—Tenía que hacer algo —se justificó Merytra con aire ofendido—. Te estaba involucrando en asuntos indebidos, y lo sabes muy bien. Cuando te cuente de quién fue idea la maldición, me lo agradecerás. Las más altas personalidades del país quieren ver muerto a tu hermano y a todos sus amigos. ¿Acaso crees que permitiría que te sucediera algo así a ti? He trabajado demasiado para perderlo todo por culpa de tu credulidad.

—Pero ¿quién puede desear su muerte? —replicó Nenry, desdeñoso.

—Pues la adivina de Sejmet, ni más ni menos. Y su magia es la más poderosa de Egipto.

—¿Quién...? —Nenry no había oído hablar nunca de ella.

—No me digas que no sabes quién es, precisamente tú, si incluso trabajaste un tiempo en el templo de Sejmet. Aunque por otro lado no me extraña, porque siempre has vivido con la cabeza enterrada en la arena...

—¿Quién? —la atajó Nenry con la mano de nuevo alzada.

—Es la gran esposa del rey..., la reina Tiya —se apresuró a contestar Merytra.

Nenry tuvo la sensatez de creerla. Aturdido, ordenó a su mayordomo que le llevara a toda prisa la capa y el bastón, y acto seguido anunció a sus sirvientes que se dirigía a la parte occidental de Tebas.

—Tengo que ponerlo sobre aviso —murmuró casi para sus adentros.

Pero su esposa lanzó una carcajada sarcástica al oír sus palabras.

—Más te vale quedarte en casa, estúpido. No puedes hacer nada por él; es demasiado tarde, me lo ha dicho mi tío en persona. La leona se va hoy al extranjero. ¡Hoy es el día de la muerte de tu hermano!

Del estante donde guardaban los utensilios para sacrificar las aves y filetear el pescado, Nenry cogió un largo cuchillo de trincar y se lo entregó a Keeya.

—No la pierdas de vista —ordenó—. Si intenta escapar, empieza a desvariar o suelta una maldición..., rebánale el cuello.

Keeya no se inmutó al coger el cuchillo y de repente lo abrazó.

—Que los dioses te acompañen, mi señor. Ve a salvar a tu hermano, pues ambos sois hombres buenos.

Y lo besó en la mejilla.

Lo último que vio Nenry al salir del sótano fue a Keeya de pie ante su esposa, el largo cuchillo de bronce centelleando en su mano. Una vez fuera de la casa, el escriba echó a correr hacia el muelle repitiendo una y otra vez el nombre de su hermano, como si de un talismán se tratara, al tiempo que apelaba a cuantos dioses conocía.

—¡Semerket...!

Y aquel nombre encerraba todas las plegarias del mundo.

LA FLOTA DE EMBARCACIONES DE PLACER había zarpado de Yamet a media mañana para navegar por el canal del templo hasta el Nilo. Una vez en el río, las barcas torcieron hacia el sur, y las tripulaciones izaron las pequeñas velas cuadradas para aprovechar los vientos que soplaban con fuerza desde el desierto. Los remeros guardaron los remos, permitiendo que las naves pintadas de vivos colores avanzaran transportadas por las brisas.

Semerket estaba sentado con Tiya bajo la marquesina de madera de su embarcación, ataviado como de costumbre con su falda de flecos y su capa de lana

gris. Nunca había poseído la tradicional indumentaria de caza de hilo plisado blanco que lucían los cortesanos. Las ocasiones en las que había salido a cazar no lo había hecho por placer, sino para procurarse la cena.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por un grito procedente de otra embarcación. Al volverse comprobó que la nave de Pentwere estaba a punto de darles alcance y que junto al príncipe se hallaba su compañero inseparable, el negro Assai, reclinado junto a su señor bajo la marquesina.

—¡Madre! —llamó Pentwere desde su embarcación—. Hermoso día para ir de ir de cacería, ¿no te parece?

Semerket alzó la mirada hacia el cielo y al divisar los nubarrones de lluvia que se agolpaban sobre el desierto se preguntó a qué se referiría el príncipe, pues daba la impresión de que en cualquier momento podía sorprenderlos una tormenta. Sin embargo, al oír las palabras de su hijo, Tiya lanzó una de sus tintineantes carcajadas.

—¡Un día espléndido, en efecto! —convino—. No podrías haber elegido uno mejor. Los dioses están contigo, Pentwere.

El príncipe desvió su mirada centelleante hacia Semerket.

—Mira, Assai, es nuestro amigo el administrador. ¿Crees que habrá encontrado más pelucas en el desierto?

Assai le rio la gracia, pero su expresión era fría, y se negaba a mirar a Semerket a los ojos.

—No más pelucas, Alteza —aseguró Semerket.

—¿Cómo va la investigación? ¿Has dado ya con el asesino de la sacerdotisa?

—Todavía no.

Pentwere y Assai se miraron y de repente lanzaron sendas carcajadas estentóreas. Asqueado, Semerket apartó la vista. Tenía poca paciencia con los principitos malcriados y sus chistes torpes. Se dedicó a observar las embarcaciones que componían la partida de caza. Calculó que habría unas treinta o cuarenta, cada una de ellas adornada con flores y serpentinas. El sol de la mañana arrancaba destellos a sus marquesinas de madera revestidas de oro.

De repente, el sol reflejado contra una popa dorada lo deslumbró, y al recobrar la visión advirtió que la embarcación dorada del Faraón se alineaba con la suya. Pentwere y Assai hicieron una genuflexión, y también Tiya inclinó la cabeza. Semerket advirtió en su rostro una expresión de... ¿Irritación? ¿Pánico, tal vez? Para su trastorno, los marineros del rey arriaron las velas para que el navío se adaptara a la velocidad del de la reina.

—Qué sorpresa tan desagradable encontrarte aquí, señora —masculló una voz ronca desde la embarcación real—. Pentwere, sabes muy bien que no quería mujeres en esta cacería.

Era el propio Faraón quien hablaba. Desde su posición arrodillada, Semerket miró de soslayo hacia el esquife del príncipe y comprobó que Pentwere había palidecido bajo el cutis bronceado.

—Padre...

—No culpes al muchacho, Ramsés —se apresuró a atajarlo Tiya mientras se desperezaba lánguidamente bajo la marquesina—. Me he invitado yo misma. Me apetecía una merienda campestre entre los juncos.

—¿Una merienda campestre, señora? Te recuerdo que esto es una cacería. ¿Acaso no he creado suficientes jardines y lagos para tus meriendas campestres? ¿Y quién es el que está contigo, tu amante?

Semerket tardó un instante en darse cuenta de que el Faraón lo apuntaba con su bastón. Se apresuró a ocultar el rostro, horrorizado. Lo último que necesitaba en aquel momento era que lo acusaran de ser el amante de la gran esposa.

—No digas ridiculeces, Ramsés —espetó Tiya, enojada—. ¿Acaso crees que tendría a un campesino por amante? Ya me rebajé lo suficiente al entrar a formar parte de tu familia.

Los ojos claros del Faraón centellearon.

—Quién sabe cuán bajo serías capaz de caer, señora... —replicó.

—Es Semerket —prosiguió Tiya en tono lánguido, haciendo caso del comentario de Ramsés—. Como sin duda recordarás, es el investigador encargado de esclarecer el asesinato de la sacerdotisa. Lo nombró Toh.

—Eh, tú —llamó el Faraón a Semerket—. Levanta la cabeza para que pueda verte.

Este obedeció.

—Hum —resopló el Faraón, escéptico—. Toh te llama el terrible cuenta verdades. ¿Es cierto que llamaste idiota al hermano de mi esposa, Pawero?

—No, Majestad.

El Faraón frunció el ceño.

—Pues eso me dijo Toh. ¿Quién es el embustero? Habla.

Semerket lanzó un suspiro desesperado antes de contestar.

—No lo llamé idiota, Majestad, sino viejo quisquilloso cerebro de mosquito.

La carcajada ronca y seca del Faraón surcó el río entero.

—¡Ja! ¡Cuán cierto!

Al instante, el río entero se llenó de las risas cortesanas que coreaban la del monarca. Semerket miró a la reina por entre las pestañas y comprobó que se había puesto lívida. Por su parte, Pentwere y Assai lo miraban con odio.

—Veo que Toh tenía razón respecto a ti —comentó el Faraón con una sonrisa satisfecha—. Después de la cacería me acompañarás hasta el palacio en mi embarcación, Semerket. Me sentará bien escuchar a una persona sensata para variar.

—¿Por qué? —terció Tiya—. Nunca haces caso de las palabras sensatas.

—Imagino, señora, que tus palabras son una referencia sutil a nuestras discrepancias relativas a la sucesión.

—Son una sutil referencia al cumplimiento de la promesa que me hiciste cuando contrajimos matrimonio.

—Hago lo mejor para Egipto, señora, no para tu familia.

Con ojos relucientes, Tiya paseó la mirada por la flota como si buscara un rostro en concreto.

—¿Dónde está el príncipe heredero? Pentwere lo invitó a participar en la cacería. ¿Acaso está enfermo? —Sus labios se curvaron en una levísima sonrisa maliciosa—. ¿Otra vez?

—Se ocupa de los asuntos de Egipto, señora..., que por otro lado, no son asunto tuyo.

Antes de que sus padres pudieran proseguir en aquella línea, Pentwere los interrumpió desde su embarcación.

—Yo podría ayudarte en los asuntos de Egipto, padre. ¡Ponme a prueba! ¡Encomiéndame una misión! Haré lo que quieras —aseguró, y si bien era un hombre a punto de cumplir los veinticinco años, su voz sonaba como la de un niño suplicante—. Si me dieras una oportunidad...

—¿Cómo? —exclamó Ramsés con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Y privar a los tebanos de tus acrobacias circenses durante los festivales? Eso sería una crueldad por mi parte. Dedícate a entretener al pueblo, hijo mío; es lo que mejor se te da —sentenció Ramsés antes de volverse hacia su timonel—. ¡Adelante!

Los marineros izaron la vela al instante. La tela se hinchó, y la embarcación del Faraón cobró velocidad. Entre gritos, los cortesanos se pusieron de nuevo en marcha, y la nave de la reina Tiya, tripulada por sus damas, quedó algo rezagada.

La flota de la cacería se separó en las marismas de papiro. La reina eligió una pequeña laguna alejada de la zona de la cacería. Tras el episodio con el Faraón se había mostrado silenciosa y huraña, pero en cuanto su embarcación atracó entre los juncos, su humor mejoró y se tornó de nuevo más habladora, casi bulliciosa. Fue a buscar personalmente el vino almacenado en popa y retiró el sello que protegía una vasija. Se sirvió de ella en una copa de oro puro con incrustaciones de piedras preciosas y bebió un largo trago.

—Ah —suspiró, complacida—, qué delicia. Es de las tierras de mi familia. Dicen que nuestras uvas son tan exquisitas como las de los viñedos del propio Osiris. ¿Quieres un poco? —ofreció al tiempo que servía más vino en la copa.

Semerket solo había tomado cerveza desde que llegara al pueblo de los constructores de tumbas, y la perspectiva de beber vino constituía un auténtico tormento para su lengua. La reina lo vio vacilar y retiró la copa.

—Ah —repitió con expresión enternecida y un deje compasivo en su voz de mil texturas—. Mi mayordomo, Najt, me dijo en cierta ocasión... ¿Qué era? Ah, sí, ya lo recuerdo..., que tienes problemas con el vino. Me contó que por las noches aporreabas su puerta, ebrio y furioso, con la intención de arrebatársela a su esposa.

—¿Eso te contó? —masculló Semerket en voz baja.

La reina alejó aún más la copa.

—Creo que no debo ofrecerte vino. No querría ser la responsable de una conducta

impropia por tu parte.

A la mención de Naia, el estado de ánimo de Semerket se ensombreció.

—Najt te ha informado mal —aseguró al tiempo que alargaba la mano hacia la copa.

Tiya pareció titubear, pero sus labios temblaron como si pugnara por contener una sonrisa, y por fin le dejó coger la copa.

Semerket bebió. El líquido morado le inundó la lengua y los sentidos. Tiya estaba en lo cierto; las uvas que habían producido aquel néctar sin duda debían de haber crecido en los campos celestiales de Iaru. Paladeó el líquido, que se le antojó sereno y excitante a un tiempo, un recordatorio de que Egipto había sido en tiempos tierra de orden y respeto... Y al beber más también halló en el vino sabiduría. Alargó la copa para volver a probar esa sabiduría, y la reina se la llenó de nuevo.

En aquel momento, las damas se acercaron desde popa, se sentaron junto a él, le colocaron una corona de flores sobre la cabeza y lo espolvorearon con granos de cebada tostada mientras una de ellas empezaba a cantar acompañándose al arpa. Semerket se echó a reír.

—¿Acaso vais a sacrificarme? —bromeó.

Pero las muchachas se limitaron a sonreír y a indicarle que guardara silencio para no estorbar a los cazadores. La mañana transcurrió envuelta en el zumbido de las libélulas, los gritos lejanos de los cortesanos y el canto de los pájaros. Semerket alargó de nuevo la copa, y de nuevo se la llenaron.

Por entre la bruma del vino, Semerket distinguió que una de las damas de Tiya izaba una bandera roja al mástil. Al cabo de unos instantes oyó el chapoteo de unos remos muy cerca de la embarcación. Pugnó por mirar por encima de la borda. Había llegado el momento de la comida, pues la barca solar de Ra se hallaba casi en su cénit.

—¿Está todo dispuesto, Pentwere? —oyó preguntar a la reina.

El príncipe entró en la laguna solo, tripulando personalmente su esquife. Semerket se sorprendió vagamente de no ver al sombrío Assai junto a él.

—Todo dispuesto como deseas, madre —repuso el príncipe—. Ya vienen.

—Magnífico —alabó Tiya.

Acto seguido se apoyó en una de las columnas doradas de loto que sostenían la marquesina.

—¡Najt, custodio de todos los palacios del rey, bienvenido! —saludó.

—¡Salve, Tiya, reina de reyes! —repuso una voz a lo lejos.

Semerket levantó la cabeza y divisó a Najt entrando en la laguna. Lanzó un bufido de disgusto al verlo ataviado con un almidonado hábito blanco de caza, la personificación de la nobleza. Semerket dio gracias a los dioses por el excelente vino que había tomado, pues ni la presencia del insoportable esposo de Naia lograba perturbarlo.

—¡Salve, Paser, visir de Egipto, bienvenido!

Semerket parpadeó, sorprendido pese a los vapores del vino al ver al alcalde de oriente, Paser, adentrarse entre los juncos. ¿Qué hacía tan lejos de su jurisdicción? Reparó en que el esquife del alcalde avanzaba ladeado a causa de su peso, lo cual le arrancó una risita irreverente.

—¡Iroy, sumo sacerdote de Egipto!

Otra embarcación se adentró en la laguna. Semerket había visto con anterioridad al hombre que iba en ella e intentó recordar dónde. Al calor de las marismas, los pensamientos se removían por su mente como arcilla espesa. Cerró los ojos en un intento de concentrarse, y la respuesta acudió a él despacio. Aquel hombre era el suegro de Nenry, o el tío..., algo por el estilo. Y era el sumo sacerdote de Sejmet, y no... ¿Cómo lo había llamado Tiya? ¡El sumo sacerdote de Egipto!

Semerket se incorporó y se quitó la guirnalda de la cabeza. Las damas intentaron recostarlo de nuevo sobre cubierta, pero él les apartó las manos mientras pugnaba por despejar la mente. Sintió una punzada de temor en el corazón. Los títulos con que la reina saludaba a los recién llegados eran incorrectos, como si los hubieran ascendido en secreto durante la noche..., como si todos sus superiores hubieran muerto de repente y ya no pudieran interponerse en su camino...

—¡Salve, Tiya, reina de reyes!

Otra embarcación llegaba a la laguna; Semerket reconoció la voz quejumbrosa de Neferhotep aun antes de verlo. La punzada de temor se convirtió en un hormigueo espeluznante que le recorría el cuerpo de pies a cabeza.

Pero ¿por qué tenía tanto miedo? Sabía que la respuesta se hallaba enloquecedoramente cerca, al alcance de la mano, y de nuevo cerró los ojos para concentrarse..., pero con el vino martilleándole la cabeza y la cegadora luz del sol taladrándole los ojos...

—¿Empiezas a encajar las piezas, Semerket?

Abrió los ojos con un sobresalto. Tiya se cernía sobre él. El sol brillaba tras su cabeza como la corona de una diosa. Semerket parpadeó, y en un destello traicionero de sol distinguió los colmillos rojos en su afable sonrisa. En aquel instante de claridad absoluta comprendió que sus pesadillas se habían hecho realidad, que la leona lo había atrapado por fin entre sus garras.

Tiya se inclinó sobre él, y Semerket cerró los ojos a la espera de que la leona le rebanara el pescuezo con las zarpas tal como había intentado hacer cien veces en sus sueños. Sin embargo, su rostro aparecía tan amable y su voz tan bella como siempre.

—¿Por qué? —musitó Semerket.

—Porque nos has descubierto, Semerket —repuso ella en un murmullo.

¡Yo no os he descubierto! quiso gritarle. ¡El asesino de Hetefras sigue en libertad! Sin embargo, ahora sabía que no les preocupaba en absoluto quién había matado a la anciana sacerdotisa, sino otra cosa muy distinta. ¿Con qué podía haber dado para que las personalidades más poderosas de Egipto se reunieran en una marisma por su causa?

«Concéntrate», se ordenó en silencio.

Solo existía una respuesta posible: el tesoro robado que había descubierto en el sepulcro. ¿De qué otra cosa podía tratarse? No obstante, tampoco aquello tenía sentido. Con la excepción de Neferhotep, aquellos hombres se contaban entre los más ricos de la nación. Por tanto, la respuesta era incorrecta. La pregunta que debía formularse a sí mismo era qué podía tener más valor para ellos que el oro.

Semerket profirió una exclamación ahogada cuando acudió a su mente la única respuesta posible: el poder.

Paseó la mirada por la laguna y vio sus sospechas confirmadas en aquellos rostros. Najt, Paser, Iroy, Pentwere, incluso la propia reina... Todos ellos utilizaban el tesoro robado para financiar sus planes. Apenas unos días antes, Semerket había confiado a su hermano que presentía una conspiración.

¿Qué clase de conspiración habían urdido, cuál era su alcance y contra quién iba dirigida? El vino que corría por sus venas ya no le impedía pensar, sino que, por el contrario, le permitía encajar piezas en apariencia dispares hasta formar un conjunto que de pronto resultaba de lo más coherente.

En aquel instante le acudió a la memoria el parloteo de Maaye, el bibliotecario, revelando chismes en la Casa de la Vida. Pero el Faraón había renegado del acuerdo y elegido como sucesor al pálido hijo de la extranjera reina Ese. Y a renglón seguido recordó las palabras del propio príncipe heredero: «La sangre contaminada de Twos-re y Amen-meses sigue viva en Egipto, Semerket, te lo aseguro».

Visualizó de nuevo con toda nitidez el diminuto retrato del faraón Amen-meses que había hallado en la tumba situado bajo la tumba. Dirigió la mirada al otro extremo de la laguna y en las facciones del príncipe Pentwere, al igual que en las más delicadas de su madre, distinguió los rasgos apuestos que viera en el retrato. Aquella revelación lo hizo encogerse, acobardado.

Tiya era la mujer de sangre más real de todo Egipto. Semerket lo había oído decir toda la vida y nunca se había detenido a cuestionarlo ni a preguntarse cómo había llegado a merecer semejante distinción. Pero ¿por qué otra razón se había casado con ella Ramsés? La tradición dictaba que los faraones no nacidos en la Casa Dorada contrajeran matrimonio con las hijas y nietas del linaje anterior a fin de fortalecer su posición. Ahora comprendía con claridad meridiana qué la reina criminal Twos-re, aquella mujer feroz que había asesinado a su esposo para hacerse con el poder, pervivía en Tiya.

Y de repente lo tenía delante, el plan que había desvelado sin querer gracias a una pista hallada en el pasado borrado deliberadamente, aquello que tanto temían que supiera. La acusación afloró a sus labios sin que pudiera contenerla.

—¡Vais a asesinar al Faraón!

Tiya profirió una exclamación ahogada y se apartó de él. Por un instante, sus ojos se llenaron de terror, y de repente se volvió hacia los hombres de la laguna.

—Ya os dije que debíamos tenerle miedo —espetó con furia—. Pero según

vosotros no era más que un desgraciado borracho, incapaz de encontrarse ni el trasero y mucho menos...

—¡No digas nada más, madre! —imploró Pentwere desde su embarcación.

En aquel instante, Najt intervino desde el otro extremo de la laguna.

—Oh, Semerket no diría nada, Majestad —aseguró tranquilizador con su habitual deje aristocrático—. Nuestro plan está a salvo.

—No estés tan seguro, Najt —advirtió Semerket.

—Si hablaras, Semerket —replicó Najt como si se dirigiera a un babuino adiestrado—. Naia moriría junto con todos nosotros. Es la ley, tú mismo se lo dijiste, ¿recuerdas? —señaló al tiempo que una sonrisa cordial ensanchaba su insulso rostro—. Ah, y gracias, por cierto. Si no la hubieras puesto sobre aviso cuando lo hiciste, no habríamos adivinado cuánto sabías.

De repente, el sacerdote Iroy ya no pudo seguir conteniéndose e intervino en tono impaciente desde su barca.

—¡Acabemos con esto de una vez! Todos sabemos que no hablará porque estará muerto. Por ese motivo nos hemos reunido aquí, ¿no es cierto? Para verlo morir.

—¡Iroy! —lo reprendió Tiya—. No seas grosero.

La voz estridente y quejumbrosa de Neferhotep surcó el claro.

—Me permito recordar a la augusta reina que el tiempo apremia. Esta noche los mendigos deben transportar el tesoro hacia el norte para entregárselo a los generales de los ejércitos. Estoy de acuerdo con el reverendo sumo sacerdote... Matémosle ahora. —En aquel instante, su tono plañidero se trocó en otro cargado de amargura—. He esperado este momento durante seis meses.

A una señal de Tiya, las damas se abalanzaron sobre Semerket para inmovilizarlo. En los ojos de la reina se pintaba una expresión pétrea e implacable.

—Dadle la vuelta —ordenó con sequedad.

Con ademanes bruscos, las mujeres tendieron a Semerket de bruces sobre la cubierta, con la cabeza suspendida sobre el agua, y lo sostuvieron con firmeza pese a sus forcejeos. Semerket veía con toda claridad el reflejo de su rostro en el agua quieta y verdosa, los ojos negros abiertos de par en par, la boca abierta por el terror. Alzó la cabeza para comprobar si podía razonar con alguno de los presentes, pero todos los conspiradores se habían inclinado hacia delante, ávidos por presenciar la escena.

—Adiós, Semerket —masculló Najt con una sonrisa malévola—. Me aseguraré de explicar a Naia que al final suplicaste por tu vida.

Los hombres estallaron en carcajadas desdeñosas, pero Tiya los acalló con un gesto antes de arrodillarse junto a Semerket.

—Daré parte al Faraón de tu terrible accidente —anunció en tono dolido—. Le contaré que estabas tan borracho que te caíste por la borda. Hicimos cuanto pudimos por salvarte, pero ¿qué podíamos hacer nosotras? No somos más que un puñado de mujeres indefensas.

Dicho aquello se acercó aún más a él para susurrarle algo al oído.

—Te has resistido a mi magia hasta ahora, Semerket, pero hoy no te zafarás de mi poder. —Su hermosa voz adquirió una cualidad mística—. Mira las aguas, Semerket. Sumerge tu mirada en ellas y observa cómo se agitan a una orden mía.

Semerket clavó la mirada en el agua, y mientras Tiya hablaba, la superficie verdosa se abombó ante sus ojos, haciendo añicos su reflejo. Bajo ella empezó a materializarse una masa negra desde el fondo del río, arriba, cada vez más cerca...

—Y ahora... —concluyó Tiya, triunfante—, contempla tu propia muerte.

La cosa surcó la superficie del agua. Semerket sintió que algo lo aferraba y lo arrojaba de cabeza a la laguna. Las aguas frías despejaron los últimos vestigios de vino que aturdían su mente. Forcejeó a ciegas, con los ojos cerrados, arañando y propinando puntapiés a la masa que tiraba de él.

Era Assai.

El favorito del príncipe, todo músculo negro y reluciente, sonreía aún bajo el agua, el fulgor del odio que profesaba a Semerket era tan intenso como el de la daga dorada que llevaba. Este le asió la muñeca con ambas manos para detener el descenso del arma sobre su cuello.

Con un ademán brusco, Assai se liberó y casi al mismo tiempo se abalanzó sobre Semerket. De inmediato, el agua se tiñó de rojo a su alrededor. El cuchillo de Assai había cortado la frente del administrador, y el agua fría le quemaba la herida como si de brasas de tratara. Assai atacó de nuevo, pero Semerket eludió el cuchillo descendiendo hacia el fondo lodoso del río. En el último instante, a través de la nube negra de sedimento, entrevió la daga dorada surcando el agua hacia él.

Con una vigorosa patada, Semerket se alejó hacia las aguas abiertas de otra laguna, sorteando los juncos mientras Assai le pisaba los talones. Al poco salió a la superficie para aspirar una profunda bocanada de aire. Miró por encima del hombro y vio una línea de burbujas que se dirigía derecha hacia él. Respiró hondo, se sumergió y escudriñó el agua turbia. Assai buceaba a toda velocidad hacia él.

A todas luces, Semerket no era capaz de nadar más deprisa que Assai, de modo que intentó hallar otra escapatoria mientras el corazón le latía como los tambores del templo a causa de la desesperación. Cuando Assai ya estaba muy cerca de él, Semerket exhaló el aire de los pulmones para poderse sumergir con mayor rapidez hasta el fondo. Al llegar allí arañó el lecho con los dedos para levantar el lodo y distribuirlo hasta crear una película que lo ocultara del guerrero negro, o al menos así lo esperaba. Ya no veía a Assai, pero decidió alejarse en diagonal hacia otro extremo de la laguna, donde crecían espesas matas de juncos.

Se permitió mirar atrás un instante y vio a Assai surgir de la nube de lodo negruzco y nadar hacia donde había visto a Semerket por última vez. Al cabo de unos instantes, el guerrero se detuvo con aire vacilante y luego ascendió a la superficie.

Incapaz de seguir sumergido y hambriento de aire, Semerket salió a la superficie para sentir una vez más el sol en el rostro y aspirar una ruidosa bocanada de aire. Tal como esperaba, Assai lo descubrió al instante y nadó con vigorosas brazadas hacia él.

Semerket volvió a sumergirse y buceó frenético hacia una mata de juncos que crecía ante él. De nuevo hundió los dedos en el fondo del río, y el lodo sedimentado tanto tiempo atrás se elevó en una espesa nube. Y de nuevo Semerket se desvió al amparo de aquella pantalla. Al salir de la nube divisó una densa mata de juncos a escasos metros de él. Atrapado entre las hojas, cerca de la superficie, había una antiquísima embarcación hundida, poco más que un casco astillado y medio podrido. Quizá allí podría esconderse de Assai, pensó. Si bien los pulmones le ardían de nuevo por falta de aire, siguió buceando hacia el fantasmagórico pecio.

Los pulmones empezaban a fallarle. Asomó la cabeza un brevísimo instante para respirar y volvió a sumergirse. En un momento dado torció el cuerpo para mirar atrás y vio el destello de la túnica de hilo de Assai acercándose a toda velocidad.

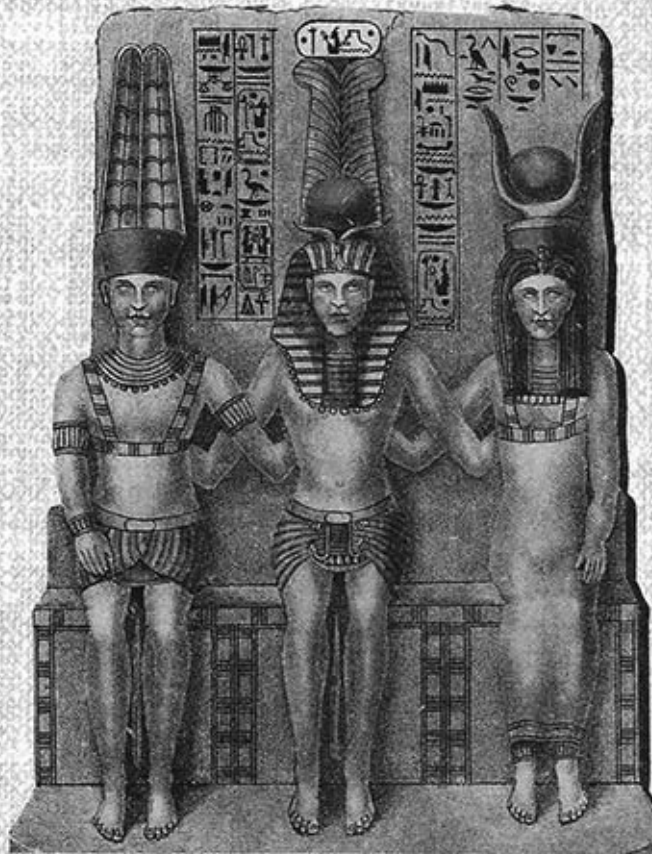
Presa del pánico, Semerket pataleó más deprisa para llegar a los juncos. De repente, su pie chocó contra algo duro, y enseguida advirtió que era uno de los brazos de Assai. El hombre le asió el tobillo con fuerza, pero Semerket se zafó de una patada y siguió buceando.

En un costado del casco se abría un agujero, y Semerket nadó a través de él con la esperanza de poder ocultarse en el oscuro interior y luego escapar por la popa para adentrarse en los juncos. Justo cuando cruzaba la abertura sintió de nuevo la mano de Assai cerrándose en torno a su pierna. Esta vez, su adversario no lo soltó pese a sus esfuerzos por liberarse.

Empezaba a ver destellos de luz por la falta de aire. Tenía que respirar a toda costa. Los pulmones pedían aire a gritos, pero Assai se mantenía implacable. Al volver la cabeza, Semerket vio que el guerrero sonreía en el agua oscura. Los pulmones le ardían tanto que, sin poder contenerse, abrió la boca instintivamente para respirar.

El agua le escaldó los pulmones y sintió que se ahogaba, pero solo durante un breve instante. Al poco, la negrura empezó a apoderarse de él. Alzó la mirada y distinguió un punto de luz más allá de la cercana superficie; era el sol. Su cuerpo aún se rebelaba débilmente para salvarse, pero al mismo tiempo, empezaba a envolverlo una extraña calma. Una sensación sublime de liberación le recorría el cuerpo como una cascada. En un intento de combatir el letargo que se apoderaba de él, Semerket hizo acopio de sus últimas fuerzas y golpeó con el cuerpo la madera podrida del barco. El cedro se quebró bajo su peso. Volvió a intentarlo y percibió que la presión de las manos de Assai se aflojaba. Un último envite... y consiguió salir...

Pero la negrura ya lo envolvía todo, hasta lo más hondo de su ser. Semerket se sintió flotar hacia arriba. Y aquel punto de luz que era el sol, lo último que vio, se apagó.



LA CASA DE LA ETERNIDAD



FATIGADO POR EL ASCENSO DESDE EL RÍO, pues había corrido durante casi todo el trayecto, Nenry se detuvo a recobrar el aliento junto a la puerta sur del pueblo de los constructores de tumbas. Por un instante quedó asombrado ante los brillantes colores de las casas que flanqueaban la angosta calle principal. Ketí no le había hablado de la peculiar belleza de aquel lugar ni del hecho de que, en realidad, estaba compuesto de dos edificios coronados por sendos tejados inmensos. Sin embargo, lo más extraño del pueblo era el silencio absoluto que imperaba en él, como si fuera un lugar de reunión de espectros.

—¿Hola...? —llamó vacilante desde la puerta.

Al no obtener respuesta, entró en el pueblo con paso cauteloso y llamó a la primera puerta que vio.

—¿Hay alguien ahí? ¿Pueden ayudarme?

De nuevo el silencio.

—Por favor —suplicó—. Estoy buscando a mi hermano, Semerket. ¿Está aquí?

Más silencio.

Sus llamadas a las siguientes puertas arrojaron idéntico resultado. Nenry empezaba a sentirse inquieto por la sobrecogedora quietud. Pero de repente oyó el clamor de una multitud. Las voces no procedían del interior del pueblo, sino de las afueras.

Nenry volvió sobre sus pasos y cruzó de nuevo la puerta. Los gritos sonaban con más fuerza allí, procedentes del oeste, y Nenry caminó en aquella dirección.

Al doblar un recodo vio a una muchedumbre de lugareños apiñados en un claro ante la pared rojiza de un acantilado, una pared surcada de vetas como un pedazo de carne. Nenry supuso que se habían reunido para celebrar alguna fiesta o ceremonia religiosa. Tal vez Semerket se hallara entre ellos, pensó esperanzado mientras avanzaba hacia ellos para comprobarlo. Al poco llegó al claro, pero los habitantes del pueblo estaban tan concentrados en lo que presenciaban que no se volvieron para saludarlo; de hecho, ni siquiera parecían conscientes de la presencia del forastero.

A través de los cuerpos agolpados en el claro vislumbró a un contingente de mujeres de expresión adusta que espetaban acusaciones contra alguien. Por lo visto, la persona en cuestión se había comportado de modo vergonzoso y estaba siendo sometida a alguna suerte de juicio. Pese a la acuciante necesidad de encontrar a su

hermano, Nenry quedó fascinado. Se abrió paso entre los lugareños y por fin vio a una mujer de pie en el centro del claro con las manos atadas a la espalda. Era una mujer de estatura alta y extraña belleza. No la habían amordazado, y Nenry se quedó de una pieza al escuchar las palabras que profería contra sus acusadores. Jamás en su vida había oído a una mujer renegar de un modo tan soez. Los estaba amenazando con toda clase de castigos si no la soltaban de inmediato, y Nenry se sorprendió al oírla pronunciar el nombre de su hermano Semerket a modo de amenaza.

—Ya veréis cuando vuelva..., ya veréis. Ha ido a ver al visir y volverá con soldados. Seréis afortunados si no acabáis todos en la cárcel de Yamet.

—¿Semerket...? —intervino Nenry en voz alta mientras se abría paso a empujones para llegar hasta la mujer.

Cuando los cien habitantes congregados en el claro repararon por fin en Nenry, que portaba las distintas insignias propias de su cargo, retrocedieron al instante con expresión culpable, e incluso la acusada dejó de lanzar improperios.

En medio del silencio incómodo que se produjo, Nenry hizo un ademán de saludo.

—Estás hablando de Semerket... Es mi hermano, y lo estoy buscando.

—¡Oh, gracias a los dioses! —exclamó la mujer atada.

Los demás presentes no parecían saber qué hacer.

—¡Tienes que ayudarme! —imploró la mujer—. Quieren lapidarme por lo que sé de ellos... sobre lo que han hecho. Tu hermano prometió que me sacaría de aquí si se lo contaba todo a las autoridades. Por favor, mi señor, tienes que hacer algo, o de lo contrario moriré.

Nenry tragó saliva y paseó una mirada nerviosa entre la gente.

—Estoy seguro... —farfulló vacilante—. Estoy seguro de que si Semerket dijo...

De repente, una mujer corpulenta y formidable se separó de la muchedumbre y avanzó hacia él.

—Tu hermano no está aquí —espetó con firmeza—. Y tú tampoco eres bienvenido.

Nenry volvió la cabeza hacia ella. La lengua brusca y afilada de aquella mujer le recordaba tanto a su mujer que de repente se apoderó de él la furia.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —masculló en un tono bajo y amenazador que lo sorprendió incluso a él.

Nerviosa, la mujer miró a su alrededor en busca de ayuda, pero nadie salió en su defensa.

—Eres un intruso —insistió la mujer con voz aún desafiante, aunque ya no tan firme—. Nadie puede entrar en el pueblo salvo...

—Estás hablando con el escriba en jefe de Tebas oriental —la atajó Nenry—. ¿Cómo te llamas, mujer?

—¡Su nombre es Khepura! —terció la mujer atada.

—Maldita seas, Hunro... —siseó la otra.

—¡Silencio! —ordenó Nenry.

Para su sorpresa, Khepura enmudeció, y Nenry se volvió hacia la mujer llamada Hunro.

—Soltadla de inmediato. Si mi hermano dijo que te sacaría de aquí, sin duda sería por una buena razón. Iremos juntos en su busca.

—¡Gracias, mi señor..., gracias!

Al ver que ninguno de los presentes se adelantaba para liberarla, Nenry se dispuso a hacerlo personalmente, pero de repente Khepura sucumbió a un acceso de cólera ciega, se agachó para coger una piedra del suelo y la arrojó contra Hunro con un grito. La roca se estrelló contra un lado de la cabeza de la mujer con un golpe sordo que resonó por todo el cañón. Hunro se desplomó como una marioneta a la que acabaran de cortar los hilos, la sangre brotándole a borbotones del cuero cabelludo.

Nenry estaba tan cerca de ella que la sangre le salpicó el rostro y la capa. Aturdido, giró sobre sus talones y se encaró con los rostros impávidos de los habitantes del pueblo. En los ojos de todos se pintaba una expresión dura y cargada de odio. Había estado a punto de reprenderlos, pero al ver sus facciones de insensibilidad absoluta se quedó sin habla. Sabía instintivamente que su propia vida también corría peligro. Impotente, presencié cómo uno a uno se agachaban para coger más piedras del suelo.

Hunro se incorporó con dificultad y paseó la mirada entre sus vecinos. Por fin se acercó a uno de ellos.

—¿Aaphat? —murmuró, incrédula—. ¿De verdad vas a hacerme esto? ¿Después de lo que hemos sido el uno para el otro?

El hombre clavó la mirada en el suelo. Fue su esposa quien, de repente furiosa, arrojó la siguiente piedra, que fue a chocar contra el hombro de Hunro.

—No podéis hacerme esto —farfulló Hunro—. No es justo.

Pero de pronto, las piedras empezaron a llover sobre ella desde todas las direcciones. El sobrecogedor sonido de la piedra al chocar contra hueso y carne llenó el cañón. La mujer cayó de nuevo al suelo para no levantarse más. Los habitantes del pueblo no se detuvieron hasta que su cuerpo quedó convertido en una masa irreconocible y medio sepultada bajo las piedras.

Nenry presenciaba la escena horrorizado y convencido de que él sería la siguiente víctima de aquellos verdugos. Pero el destello enloquecido se apagó en los ojos de los habitantes del pueblo, que dieron media vuelta y echaron a andar hacia la puerta norte en una suerte de letargo, ajenos al mundo que los rodeaba. Nenry los veía pasar mientras de su garganta brotaban sollozos histéricos. Escudriñó sus rostros, pero ellos siguieron caminando como si fuera invisible, haciendo caso omiso de la autoridad que representaba. Cuando todos ellos hubieron cruzado la puerta, alguien la cerró, y Nenry oyó el chasquido de los cerrojos.

Fue aquel sonido el que lo arrancó de su parálisis. Con el gusto amargo de la bilis en la boca, se dijo que tenía que salir de allí. Todo su mundo, todo Egipto, de hecho,

había enloquecido. ¿Qué había sucedido para que la furia general se desatara de aquel modo, primero en la persona de su esposa y ahora allí, en aquel recóndito pueblo?

Mientras corría no se dio cuenta de que se hallaba en el centro de la Gran Pradera. Corría por los peñascos, siguiendo el serpenteante sendero que coronaba los acantilados. Tal vez habría corrido hasta adentrarse en el desierto occidental de no ser por los dos *mejays* negros que lo interceptaron al doblar una enorme roca.

Detuvieron su carrera asiéndolo por los brazos, y al ver las insignias del alcalde de oriente que llevaba colgadas del cuello, no lo detuvieron por irrumpir en la Gran Pradera ni lo pincharon en lugares embarazosos con las puntas de las lanzas, sino que le permitieron narrar su historia, el trayecto desde Tebas oriental hacía apenas una hora, la lapidación de la mujer en el pueblo de los constructores de tumbas después de que él se limitara a preguntar por su hermano, que corría un terrible peligro y se llamaba Semerket...

—¿Semerket? —lo interrumpió el *mejay* Qar con la mirada clavada en aquel hombre, cuyo rostro era en verdad una parodia del de su hermano, similar pero al mismo tiempo deformado por muecas y tics nerviosos.

—¡Tengo que avisarlo! —imploró el hombre.

—¿Por qué?

Nenry parpadeó. ¿Debía confiar en aquellos hombres? Tal vez también estuvieran involucrados en la trama que amenazaba la vida de Semerket. Pero al cabo de unos instantes concluyó que podía contarles la verdad porque eran *mejays* y de piel negra.

—Corre peligro a causa de la reina Tiya —explicó—. Tiene algo que ver con lo que descubrió *aquí*. La reina planea matarlo hoy, y tengo que avisarlo.

Qar se volvió hacia el otro *mejay*.

—Thoth, ve al cuartel y dile al capitán que vaya con algunos hombres al Lugar de la Verdad para ver qué ha sucedido. Si se han tomado la justicia por su mano...

—Es demasiado tarde —masculló Nenry—. Demasiado tarde...

—¿Y tú qué vas a hacer, Qar? —inquirió Thoth.

—Ir con este hombre a Yamet. Si existe una conspiración contra Semerket a causa de lo que sabe, los siguientes seremos nosotros.

Qar asió a Nenry del brazo. Mientras caminaban a buen paso por el sendero salpicado de guijarros de piedra caliza en dirección al templo, los sorprendió una fuerte ráfaga de viento. Qar husmeó el aire y oteó el horizonte occidental con expresión preocupada. En los márgenes de la Gran Pradera se acumulaba una masa de nubarrones negros.

De pronto, un silencioso destello rosado iluminó los peñascos a su espalda. Qar explicó al aturdido Nenry que el único lugar donde se veían relámpagos de aquel color eran los desiertos que rodeaban la Gran Pradera.

—Pero pueden matarte tan deprisa como cualquier otro —añadió al tiempo que dirigía la punta de cobre de su lanza hacia la tierra.

Habían llegado a lo alto del acantilado, y Nenry contempló el lejano lazo azul que

era el Nilo. El horror de la escena que acababa de presenciar lo azotó por fin con toda su fuerza, y empezó a temblar de un modo incontrolable.

Otra ráfaga de viento los hizo tambalearse. Ambos hombres se arrebujaron en sus capas, y acompañados por el olor acre de la tormenta inminente, reanudaron el camino por el sendero que los conduciría hasta el Gran Templo de Yamet.

SEMERKET SALIÓ A LA SUPERFICIE de la laguna. Vomitó el agua acumulada en sus pulmones y aspiró profundas bocanadas de aire húmedo pese a las intensas punzadas de dolor que le provocaban. Por fin abrió los ojos.

Su primera reacción fue de pánico. Agitó los brazos a ciegas, sintiendo aún las manos de Assai aferradas a él, pero no eran más que unas hojas empapadas que se le habían enredado en el brazo. Assai no estaba allí.

Semerket se llenó los pulmones de agua y se sumergió para buscarlo, esperando verlo aparecer en el agua verdosa en cualquier momento. Pero en el agua no había nada; estaba solo. Emergió de nuevo, respiró hondo y buceó los escasos metros que lo separaban del barco hundido entre los juncos. Assai estaba atrapado por el cuello de su hábito de hilo, que había quedado enganchado en las planchas de cedro astilladas del casco. El favorito de Pentwere se retorció con gestos frenéticos mientras intentaba cortar la tela con la daga. La histeria tornaba sus movimientos ineficaces, y el agua empezaba a teñirse de rojo por las heridas que él mismo se infligía con el cuchillo.

Al verlo, Assai le lanzó una mirada implorante. Luchando contra su instinto, Semerket se limitó a presenciar horrorizado cómo el hombre se ahogaba lentamente delante de sus ojos. Los gestos del lugarteniente se tornaron más compulsivos, al tiempo que los ojos amenazaban con salirse de las órbitas. Por fin, Semerket oyó un rugido de rabia pura, el último aire que Assai exhaló. Incapaz de seguir contemplando su lucha contra la muerte, Semerket subió a la superficie.

Oculto entre los juncos, esperó hasta que las burbujas de Assai desaparecieron del agua. Espantado, Semerket giró sobre sí mismo en el agua para intentar orientarse. Intuía que los conspiradores se hallaban muy cerca, y en efecto, al poco entrevió la bandera roja que coronaba la embarcación de la reina Tiya ondeando sobre los juncos en una laguna cercana.

En aquel instante sintió el contacto de algo humano. Giró en redondo, ajeno al chapoteo que provocaba y al grito que escapó de su garganta. Pero no era más que el brazo extendido de Assai. Bajó la mirada hacia el cuerpo que flotaba justo debajo de la superficie; una vez cesado el forcejeo de Assai, el barco lo había liberado. La boca del hombre que había intentado asesinarlo aparecía abierta en un rictus horripilante y llena del eco de su último grito. Sus ojos miraban el sol sin ver.

Semerket sabía que tenía que alejarse de allí lo antes posible. La sangre que brotaba de las heridas de Assai y del corte que este le había hecho en la frente sin

duda atraería a los cocodrilos, aunque estos preferían las aguas abiertas a los juncos. Asimismo, los conspiradores no tardarían en ir en busca de su compañero. Como si aquel pensamiento fuera un conjuro, la voz quejumbrosa de Pentwere se alzó desde detrás de unos juncos cercanos.

—¡Assai! —llamó el príncipe—. ¿Dónde estás?

Semerket rodeó el cuello del cadáver con el brazo y lo arrastró hasta un juncal más apartado con la esperanza de que se confundiera con las sombras y la vegetación medio podrida. Cuanto más tardaran en descubrir el cadáver del favorito, más tiempo tendría Semerket para alejarse del juncal y ponerse a salvo.

De repente, un enorme chapoteo agitó las aguas de la laguna, como si alguien acabara de saltar desde un esquife. Fue seguido de otros que se acercaban hacia él, y Semerket se sumergió a toda prisa. Buceó cuanto pudo entre los juncos. Sobre su cabeza vislumbraba los cascos de las barcas de la partida de caza, la mayor de ellas la de la reina. Emergió silencioso en la proa de su nave, ocultándose bajo el saledizo de la cubierta. Su cabello negro y reluciente contribuía a disimular su presencia en el agua oscura.

Semerket se sobresaltó al oír un alarido; Pentwere había descubierto el cadáver de Assai. Por entre las hierbas altas vio que el príncipe sostenía a su amigo entre los brazos, suplicándole que viviera, que volviera a respirar, implorando clemencia a los dioses.

En el agua, vio el reflejo distorsionado de la reina Tiya en la proa.

—¡Majestad! Si Semerket sigue vivo... —le llegó la voz nerviosa de Paser desde el otro extremo de la laguna.

—¡Cállate! —espetó la reina.

—Pero ¡lo contará todo!

La reina se volvió hacia el alcalde con un ademán tan brusco que la embarcación se tambaleó.

—¿Es esta la clase de comentario que puedo esperar de ti cuando seas visir? ¡Deberías darme consejos, no soltar obviedades!

Semerket oyó acercarse los remos de las embarcaciones de Iroy, Najt y Neferhotep. Los chillidos enloquecidos de Pentwere aún resonaban en la otra laguna.

—Si Semerket ha intentado reunirse con el Faraón, Majestad... —empezó Najt.

—¡Imposible! —espetó Tiya—. Ramsés está en la otra punta de esta marisma olvidada de la mano de los dioses. El administrador no puede haber llegado hasta allí en tan poco tiempo. A buen seguro los cocodrilos se encargarán de él...

—Los cocodrilos evitan los juncos, Majestad —señaló Iroy.

—¡Me trae sin cuidado! ¡Os digo que no está con el Faraón!

—Pero solo es cuestión de tiempo —insistió Paser.

Semerket imaginaba su rostro rollizo desmoronado en pliegues de desánimo. Sin duda ya visualizaba la terrible muerte que sufriría si lo capturaban. Puesto que no era de sangre real, para él no habría soga de seda ni el suicidio en privado que se

otorgaba a los nobles. Su ejecución sería un espeluznante espectáculo público.

—Debemos huir —prosiguió el alcalde con voz quebrada—, exiliarnos.

—Sí —convino Najt—, debemos ir a Siria o a Libia. Más adelante, cuando podamos regresar...

La carcajada de la reina atajó sus palabras.

—Vaya, estoy rodeada de valientes —se mofó con desdén—. Aun cuando consiguiéramos llegar hasta la India, el Faraón nos encontraría.

—¿Insinúas que estamos perdidos? —intervino de nuevo Paser en tono más estridente.

—No —denegó Tiya con firmeza—, pero nuestra única esperanza es seguir adelante con el plan... esta misma noche.

—Pero Majestad..., ¡no estamos preparados! —el habitual quejido de Neferhotep llenó la laguna—. El tesoro sigue en su escondite..., los generales aún no han recibido su oro...

Tiya guardó silencio durante unos instantes. Semerket esperó todavía oculto bajo la cubierta de su embarcación.

—¿El tesoro será trasladado esta noche? —inquirió por fin la reina.

—Sí, Divina Majestad —asintió Neferhotep en un quejido atropellado—. Pero tardará muchos días en llegar a Pi-Ramesse, y desde ahí aún transcurrirán muchos días más antes de que los mendigos lo entreguen a los generales.

—En tal caso, los generales tendrán que esperar un poco hasta obtener su recompensa.

—Pero ¿quién nos protegerá de nuestros enemigos? —quiso saber Paser—. No puedes esperar que la familia nortea del Faraón se quede de brazos cruzados, sobre todo tras la muerte del príncipe heredero.

Semerket hizo una mueca. ¡La conspiración incluía al príncipe Ramsés! Debería haberlo supuesto. ¿Cómo iba a gobernar Pentwere si su principal rival no desaparecía de la ecuación?

—Convertiremos Yamet en una fortaleza y nos atrincheraremos en ella hasta que nuestras tropas lleguen allí —decidió Tiya tras meditar unos instantes.

Los hombres reunidos en la laguna callaron. Pese a que no alcanzaba a verlos desde su escondrijo, Semerket dedujo que estaban de acuerdo con la reina, que no tardó en empezar a dar instrucciones.

—Paser, tú volverás a Tebas oriental y reunirás a los hombres de la guarnición del templo de Sejmet. Llévalos a Yamet para organizar nuestra defensa. Iroy, tú acompañarás a Paser. Prepara todo lo necesario para la hechicería y distribuye los objetos entre nuestros enemigos para que sepan que están embrujados. Cérciorate sobre todo de que los guardias del Faraón comprendan que están bajo mi control.

Paser e Iroy asintieron en un murmullo.

—Najt, tú y Neferhotep iréis al Gran Lugar para organizar el traslado del tesoro hacia el norte.

—¿Y tú, Majestad? —inquirió Najt con una tosecita.

—¿Yo? Me limitaré a esperar el placer del Faraón en el harén —repuso la reina con un deje de leona en la voz—, ataviada con sedas asiáticas y bañada en el perfume de las orillas de Punt. ¿Qué otra cosa voy a hacer?

—Pero... —empezó a replicar Paser.

—¿Sí? —lo atajó Tiya con fiereza.

—Es un plan astuto, un plan perfecto, Majestad, pero ¿qué me dices del príncipe heredero? ¿Quién...? Es decir..., ¿sobre quién recaerá el honor de...?

Semerket oyó que la reina llamaba a su hijo, que seguía sollozando y gimiendo junto al cadáver de Assai.

—Ven, hijo mío —le ordenó—. Construiremos un sepulcro magnífico para tu héroe en este lugar..., pero más adelante. Ahora mismo tenemos asuntos más urgentes de que ocuparnos.

Semerket volvió a sumergirse y atravesó a nado las lagunas y los juncas adyacentes, alejándose cada vez más de los conspiradores. En cuanto calculó que se hallaba a suficiente distancia de la flota para no ser visto, salió del agua.

El viento invernal le azotaba la piel mojada. Se volvió hacia el sur y más allá de los juncas comprobó que las velas de la flota estaban desplegadas por toda la marisma. La cacería aún no había terminado. De repente sintió que la cabeza le palpitaba, y al llevarse la mano a la frente advirtió que le quedaba manchada de sangre. Había olvidado el corte que le había hecho el cuchillo de Assai.

¿Qué debía hacer? Sabía que lo más sensato sería poner sobre aviso al Faraón de inmediato, mientras los conspiradores seguían ultimando su plan en la laguna, pero el rey estaba demasiado lejos. Rodear la marisma a pie le llevaría horas, y si intentaba nadar hasta la flota, sin duda se perdería entre los juncos y sucumbiría presa de algún cocodrilo. No, lo mejor era intentar avisar a las autoridades de Yamet.

Al mirar hacia el norte, Semerket divisó una masa de nubarrones negros en los límites del desierto, iluminados a intervalos por relámpagos. Se avecinaba una de las infrecuentes tormentas de Egipto. No había tiempo que perder.

Semerket inició la larga carrera hacia el templo.

LOS VIENTOS DE LA TORMENTA del desierto barrían el Templo de Yamet. Fuera, en los bazares provisionales, las ráfagas arrancaban los toldos de los mercaderes de sus soportes. Los vendedores corrían de aquí para allá para sujetar sus mercancías antes de que cayeran al suelo. Inadvertido entre el tumulto, Semerket estaba de pie junto a la pared de baldosas de loza azul en el interior del edificio principal. Muchos gritaban que aquellos vientos sin duda presagiaban una terrible catástrofe, pero Semerket daba gracias al dios que los había traído, ya que cuanto más tiempo soplaran, más tiempo quedaría el Faraón retenido en la marisma y por tanto fuera de peligro.

Semerket no tenía modo de conocer el alcance de la conspiración, de modo que

no sabía en quién podía confiar. No podía recurrir a los capitanes del ejército, ya que la reina Tiya había afirmado tener las tropas bajo su control. Fuera o no cierto, Semerket no podía correr el riesgo de revelar su historia a ninguna persona a quien antes hubiera considerado amiga, al menos hasta que supiera a ciencia cierta el número y los nombres de todos aquellos que planeaban asesinar al Faraón.

Se ocultó entre las sombras de una columna para ponderar el dilema. En aquel momento vio al alcalde Pawero caminando a toda prisa por el pasillo. Lo seguía un auténtico ejército de sirvientes, a quienes el alcalde ordenó bajar las celosías de madera de puertas y ventanas, cuyos cortinajes se agitaban incontrolados.

—¡Hay que extinguir las hogueras sagradas! —lo oyó ordenar—. Si cae una chispa sobre las celosías, el templo entero será pasto de las llamas.

Semerket se dirigió de inmediato hacia las dependencias de Pawero. Puesto que el alcalde era hermano de la reina Tiya, estaba convencido de que también estaba involucrado en la conspiración. Recordó el encuentro de aquella misma mañana. Pawero se había puesto extrañamente nervioso al verse sorprendido en amigable conversación con Paser, su rival.

Y de repente lo comprendió; la hostilidad manifiesta que se profesaban ambos hombres no era más que una tapadera, un intento de desviar la atención del objetivo que compartían, es decir, sentar al hijo de Tiya en el trono. Y si la reina había prometido a Paser el visirato, ¿cuál sería la recompensa de Pawero por participar en la conspiración? se preguntó Semerket. Puesto que era tío carnal de Pentwere, sin duda se convertiría en el consejero principal del joven rey, cargo que lo situaría por encima de cualquier visir. Por añadidura, lo más probable era que obtuviera el título de Príncipe de la Sangre. Semerket se estremeció al pensar en lo que fluía en aquella sangre; también Pawero era descendiente directo de los criminales Amen-meses y Twos-re.

Dedujo que, con toda probabilidad, Tiya y su hermano llevaban largo tiempo planeando dividirse el gobierno de Egipto. Sin duda no resultaría difícil distraer al hijo de Tiya, Pentwere, cautivado por sus favoritos y los vítores del pueblo, de las responsabilidades de gobierno más importantes, que quedarían en manos de su madre y su tío. Semerket imaginó aquel Egipto futuro gobernado por los dos hermanos, un reino basado en la altivez y la arrogancia. Cómo disfrutarían al ver el país entero humillado a sus pies, convencidos de que los herederos legítimos de Egipto sostenían de nuevo el látigo y el cetro en sus manos manchadas de sangre.

Semerket apartó el cortinaje que protegía la puerta de Pawero y entró en las dependencias del alcalde. La estancia estaba sumida en una penumbra aliviada tan solo por la luz que entraba por una pequeña abertura en el alto techo de piedra. Semerket se adentró en las sombras, atento a la presencia de escribas o administradores. Sin embargo, la suerte seguía de su lado, pues la habitación estaba desierta; la tormenta acaparaba la atención de todos.

Avanzó a grandes zancadas hasta las mesas cubiertas de papiros. Al echarles un

vistazo comprobó que se trataba de documentos inocuos, transcripciones de juicios, listas de bienes entregados en Yamet en concepto de tributos, informes tributarios y demás.

Si en verdad existían documentos incriminatorios, ¿dónde los escondería el alcalde? se preguntó. La habitación contenía múltiples estanterías, y cada uno de los compartimientos de piedra albergaba varios rollos. Examinó a toda prisa las etiquetas identificativas de cuero, pero ninguna de ellas indicaba que allí hubiera otra cosa que listas y calendarios como los que había visto sobre las mesas.

En aquel instante vio una puerta situada al fondo de la estancia, casi invisible a causa de la penumbra. Al abrirla comprobó que daba a una especie de capilla atestada de dioses y diosas, todos ellos instalados en pequeñas hornacinas. Ante ellas había llamas devocionarias que caldeaban e iluminaban la estancia. A fin de cuentas, Pawero era famoso por su fervor religioso y sus ostentosas muestras de devoción. /

Sin embargo, a Semerket no le impresionó aquel despliegue. Pawero no era más que otro criminal que enmascaraba sus pecados tras una pantalla de fe pomposa. Se volvió para salir de la capilla, pero al cruzar el umbral propinó sin querer un puntapié a un objeto que yacía en el suelo. El objeto, fuera lo que fuese, rebotó suavemente contra la pared. Semerket se agachó y vio que había al menos cinco o seis bolas arrugadas de papiro tiradas en el suelo. Impelido por la curiosidad, se arrodilló para examinarlos.

—El país está sumido en la desolación —leyó tras alisar un papiro.

Reconoció de inmediato la caligrafía; era Pawero quien había escrito aquel texto, y no hacía mucho, pues en un rincón de la estancia encontró un juego de punzones de junco aún húmedos y un frasco de tinta. Junto a ellos había una pulcra pila de papiros en blanco.

Muchas de las palabras escritas sobre los papiros arrugados aparecían tachadas, mientras que otras habían sido alteradas, como si a Pawero le hubiera costado expresarse con precisión.

—El cielo ha endurecido su corazón contra el Faraón, y los dioses han tendido la mano a otro...

Semerket profirió una exclamación ahogada. ¡Tenía ante sus ojos la prueba de la traición!

El pulso se le aceleró mientras alisaba los otros papiros, todos ellos borradores de algún documento más extenso. Si bien las frases se revelaban en un orden arbitrario, al poco logró deducir el sentido del documento completo:

... dioses han tendido la mano al gran Príncipe Pentwere, pasando por alto a quienes lo preceden...

Semerket se quedó sin aliento. En aquel texto, Pawero intentaba justificar el derrocamiento del Faraón como si de un mandato divino se tratara. «Qué oportuno —

pensó con amargura—, ser capaz de discernir con tal facilidad las instrucciones del cielo».

Ahora debemos poner manos a la obra para arrebatarse a Egipto a su profanador. Él y sus secuaces huirán cual pajarillos del halcón. Recuperaremos el oro, la plata y el bronce de Egipto, que él amontonó a los pies de su ramera asiática...

—Ramera asiática —murmuró Semerket, intuyendo en aquellas palabras la astuta influencia de la reina Tiya. Los rivales del Faraón utilizaban la devoción que este profesaba a su esposa del norte, la cananita reina Ese, como motivo suficiente para la rebelión. De aquel detalle dedujo que la misiva iba destinada con toda probabilidad a los cabezas de las familias del sur. Ahora comprendía con cuánto ingenio Pawero y Tiya sacaban partido de los prejuicios ancestrales contra las antiguas colonias de Egipto. ¡Y cuánta hipocresía! Mientras acusaban al Faraón de malgastar las riquezas de Egipto en su esposa extranjera, los dos hermanos saqueaban las tumbas de los difuntos reales del país, sin exceptuar siquiera a sus propios antepasados.

Todos los dioses y diosas han manifestado sus oráculos (leyó Semerket en otro de los papiros arrugados) y emitido su juicio. ¡Reunid al pueblo! ¡Incitad a las hostilidades afín de que se alcen contra su señor! ¡Proclamad el nuevo amanecer de Egipto!

En los últimos papiros figuraba una lista de unos cincuenta nombres que Pawero había anotado con toda meticulosidad. Semerket ignoraba si se trataba de una relación de conspiradores, pero se le antojaba probable. Entre ellos vio los de varios generales muy conocidos, el del supervisor del tesoro, el del mago real y el custodio del ganado real. Incluso los nombres de dos bibliotecarios de la Casa de la Vida, Messui y el jorobado Maaye, aparecían en aquella lista. Por lo visto, a juzgar por las anotaciones hechas junto a sus nombres, eran los responsables de sacar los volúmenes prohibidos de magia escondidos en la Casa de la Vida. Semerket podía imaginar quizá mejor que nadie la clase de maldiciones que la reina pretendía formular con ayuda de los hechizos contenidos en aquellos libros.

Sin embargo, gran parte de los nombres eran de menor importancia, mayordomos, cocineros y escribas que trabajaban en los talleres de Yamet. En un primer momento estuvo tentado de hacer caso omiso de ellos, pero enseguida comprendió que, a pesar de no ser ilustres ni poderosos, aquellos hombres probablemente eran los más peligrosos de la lista. Eran los «ratones», pequeños personajes que poseían el don de la invisibilidad, capaces de entrar y salir del palacio a cualquier hora sin suscitar sospechas. Con toda probabilidad, eran ellos quienes llevaban a escondidas misivas

como aquellas a sus destinatarios.

Después de leer la relación por segunda vez, Semerket reparó en otro fenómeno que se le había escapado en la primera lectura. En las anotaciones que aparecían junto a los nombres, Pawero había indicado de forma sistemática que tal o cual persona era «el hermano de Hathor, esposa del Faraón de segunda clase», o que aquel otro era el padre o el tío de «Ipet, esposa del Faraón de cuarta clase», y así sucesivamente. De hecho, el término «esposa del Faraón» aparecía con tal frecuencia que si aquellos eran en verdad los nombres de los conspiradores, entonces el plan debía de haberse urdido en el seno del mismísimo harén.

Así pues, era evidente que no solo Tiya, sino todas las esposas del sur estaban involucradas en la conspiración. De repente sintió el frío de las aguas de la laguna en la piel al recordar lo que Tiya había dicho mientras él permanecía oculto bajo la cubierta del esquife... ¿Qué era? «Esperaré el placer del Faraón en el harén...».

La verdad lo azotó como un látigo. El asesinato del Faraón se cometería en el último lugar donde a nadie se le ocurriría buscar, a donde ni siquiera los guardias personales del rey osaban seguirlo. Asimismo, comprendió que Tiya tenía intención de matarlo personalmente. La leona estaba de nuevo lista para el ataque, pero esta vez su presa era un águila.

Sacudió la cabeza, consternado. Sabía que no debería sorprenderse, que a fin de cuentas existía un precedente. La abuela de Tiya, Twos-re, había asesinado a su esposo por la misma razón.

Con sumo cuidado, Semerket dobló los papiros y se los guardó en el cinto. Luego salió de la capilla y volvió sigilosamente sobre sus pasos hasta la cortina que separaba la oficina del vestíbulo. Sabía que su próxima tarea consistía en encontrar al príncipe heredero y ponerlo a salvo. Por encima de todo se imponía garantizar la sucesión de Egipto. Pentwere no ascendería al trono mientras el príncipe heredero continuara con vida. La supervivencia del príncipe revestía más importancia aún que la del propio Faraón.

Semerket caminó sobre las baldosas negras de Yamet, atravesando a toda prisa las salas hipóstilas cuyos techos azules aparecían salpicados de estrellas doradas. Pese a que el viento había amainado un tanto, entrevió la cresta de nubarrones grises de lluvia que se cernía sobre el valle del Nilo. Los sirvientes seguían trabajando sin descanso para retirar los escombros que había dejado el viento. Alguno que otro lo miraba horrorizado al verlo pasar con la frente ensangrentada y la falda manchada de barro, pero por fortuna, nadie intentó detenerlo. Semerket reparó entonces en que había perdido la insignia del visir, probablemente en el fondo de la laguna, se dijo sombrío, durante la lucha contra Assai. Rezó por que nadie le pidiera explicaciones.

¿Dónde encontraría al príncipe heredero? El vasto complejo del templo era un laberinto de dependencias y talleres, almacenes y silos. Era tan inmenso que se decía que la población entera de Tebas podría cobijarse allí en tiempos de guerra. El príncipe podía estar en cualquier parte. Semerket salió al recinto exterior por una

puerta lateral y se detuvo vacilante, sin saber adonde ir. Apenas había avanzado unos pasos cuando oyó un grito.

—¡Semerket!

En el otro extremo del patio vio a dos hombres agitando los brazos con vehemencia. Semerket se los quedó mirando estupefacto.

—Nenry —farfulló por fin—. ¡Qar!

Su hermano y el *mejay* corrieron hacia él.

—¡Semerket, gracias a los dioses que estás vivo! —exclamó Nenry.

Pero a renglón seguido se quedó mirando la frente ensangrentada de su hermano y su deplorable aspecto general.

—Porque estás vivo, ¿verdad?

—¿Sabías que estaba en peligro?

Nenry asintió.

—En cuanto he descubierto que la reina planeaba matarte hoy —explicó—, he cruzado el río lo más deprisa que he podido para salvarte.

—¿Para salvarme a mí? —replicó Semerket, mirando a su hermano con una expresión extraña.

Nenry asintió de nuevo.

—Bueno, ¿por qué no? —dijo Semerket al cabo de un momento—. Ya es la segunda vez que me salvas.

Los dos hermanos se quedaron mirando unos instantes, algo cohibidos e incapaces de articular palabra. Por fin, Semerket miró al *mejay* por encima del hombro de Nenry.

—Hay muchas cosas que debéis saber —anunció.

ATRAVESARON A BUEN PASO el complejo del Templo de Yamet. Sobre sus cabezas, las nubes color pizarra conferían un matiz misterioso a los últimos vestigios de luz solar. Mostrando su insignia oficial, Nenry preguntó a uno de los guardias del templo dónde podían encontrar al príncipe Ramsés. El hombre les señaló un pequeño edificio situado en la parte posterior y custodiado por dos soldados. Con voz repentinamente temblorosa, Nenry pidió que los anunciaran a él y sus acompañantes como «portadores de noticias urgentes». Al cabo de un instante los hicieron pasar.

Sentado a una mesa de madera, el príncipe tomaba notas en un papiro. A su alrededor se amontonaban numerosos rollos, y por toda la estancia se veían maquetas de templos y edificaciones civiles. El musculoso escolta libio permanecía de pie a espaldas del príncipe, al igual que en la Casa de la Vida.

Como en aquella ocasión, el príncipe Ramsés no llevaba peluca ni insignia alguna, y su indumentaria estaba manchada de tinta. De vez en cuando tosía con discreción, llevándose un pañuelo a los labios. Cuando los tres hombres entraron, entornó los ojos para verlos mejor y se levantó.

—Majestad —empezó Semerket al tiempo que se arrodillaba—. No creo que me recuerdes...

—Por supuesto que te recuerdo. Eres Semerket, el hombre que investigaba a la reina Twos-re. ¿Has encontrado lo que buscabas?

—Más de lo que quería encontrar —puntualizó Semerket con aire sombrío.

El príncipe heredero no le preguntó por el significado de aquellas palabras, sino que se volvió hacia los dos acompañantes de Semerket.

—¿Quiénes son tus amigos?

Nenry y el *mejay* también se habían arrodillado.

—Este es Qar, un *mejay* que custodia la Gran Pradera, y este es mi hermano, que es..., era el escriba en jefe del alcalde Paser.

—Sed bienvenidos. ¿Qué es ese asunto tan urgente que te ha impulsado a venir a verme con tanta premura, Semerket?

Este avanzó unos pasos, aún de rodillas.

—Alteza, existe una conspiración contra ti y tu padre. Corréis un grave peligro.

El príncipe heredero volvió a sentarse a la mesa con expresión atónita y empezó a enrollar un papiro sin darse cuenta de lo que hacía. Sin decir palabra, el libio cogió su coraza y procedió a anudársela.

—La reina Tiya ha utilizado artes de magia negra y el tesoro robado de diversas tumbas de la Gran Pradera para convertir a tu hermanastro Pentwere en el nuevo Faraón —prosiguió Semerket—. No se trata de una conspiración sin importancia, Majestad. He dado con una lista confeccionada por el alcalde Pawero; en ella figuran más de cincuenta nombres.

Semerket se sacó los papiros doblados del cinto y se los alargó. Ramsés se los acercó mucho a los ojos para leerlos uno a uno. Cuando terminó, su rostro aparecía aún más pálido que antes.

—Pero... ¿sigo siendo el príncipe heredero? —preguntó con un hilo de voz.

—Nos comprometemos a dar la vida por que así sea —terció Qar.

El príncipe se llevó una mano a la frente mientras asimilaba el alcance del malvado plan.

—¡Mi padre! —exclamó de repente—. ¡Debo ir junto a él! Si corre peligro...

—No, Majestad, no debes hacerlo —lo atajó Semerket con firmeza—. Yamet no es un lugar seguro. Creemos que algunos miembros del ejército se han pasado al bando de los traidores. Debes esconderte hasta que sepamos quiénes te son leales.

—Eso es una cobardía.

—Pero también es lo más sensato —insistió Qar—. Debes dejar que otros luchen por ti, Alteza. Y debes seguir con vida para que tengan algo por lo que luchar.

El príncipe heredero volvió a levantarse y se dirigió hacia la puerta.

—Pero si todo esto es cierto, ¿en qué lugar de Tebas estaré a salvo? Prefiero permanecer junto a mi padre y correr el riesgo.

Ramsés había formulado la pregunta cuya respuesta los tres hombres no llevaban

preparada.

—Conozco un lugar —anunció Semerket con cierto titubeo— y también un ejército que nos ayudará..., si es que nos atrevemos a recurrir a él.

Los demás se lo quedaron mirando.

—Majestad —prosiguió él—, ¿podéis hacer esta señal con la mano?

Semerket levantó los dedos y formó con ellos la contraseña secreta del Reino de los Mendigos.

EL REY MENDIGO SE ENTREVISTÓ a solas con Semerket mientras Nenry, Qar, el príncipe heredero y su guardia libio aguardaban al fondo de la estancia. Nenry paseó la mirada por el lugar, contemplando las paredes semiderruidas y los estrafalarios ornamentos. El viejo templo de Hycsos era sin duda extraño, pero más extraño aún era el hombre sin piernas sentado en su carro en miniatura, con sus ropas manchadas y la maltrecha corona de hojas de acanto, que conversaba con su hermano.

Semerket no dejaba de sorprenderlo. ¿Cómo era posible que conociera siquiera a semejantes rufianes? Nenry miró de soslayo al príncipe Ramsés, que se comportaba con total imperturbabilidad pese al extraño entorno y los peculiares personajes que lo poblaban. Claro que el príncipe debía estar habituado a coincidir con personas estrafalarias, razonó Nenry para sus adentros, desde embajadores extranjeros hasta asesinos a sueldo. Pasar la vida entera en la corte te preparaba para cualquier cosa. Sin ser consciente de ello, Nenry irguió los hombros y procuró adoptar la misma expresión impasible que el príncipe.

Pese a ello, no pudo evitar sobresaltarse cuando el Rey Mendigo reaccionó con un bufido a algo que Semerket acababa de susurrarle al oído. Desde el carro, el rey observó fríamente al príncipe heredero con sus ojos inyectados en sangre. Por fin le dirigió una inclinación de cabeza, el saludo de un dignatario a otro. El príncipe heredero le devolvió el gesto.

—¡Yusef! —gritó de repente el Rey Mendigo.

El hombre más alto que Nenry había visto en su vida entró en la estancia. El gigante y el guardia libio del príncipe se miraron con suspicacia.

—Trae una silla para Su Majestad, ¡el príncipe heredero! —ordenó el Rey Mendigo, enarcando las cejas significativamente.

El príncipe Ramsés se sentó agradecido en la silla que le ofreció el gigante y se enjugó el rostro con un pañuelo.

Al cabo de un instante, el Rey Mendigo condujo el carro hasta él.

—Semerket ha hecho bien en traer al hijo del Faraón. Aquí estarás a salvo.

—Gracias —repuso el príncipe antes de añadir «Majestad».

Durante el trayecto desde Yamet, Semerket había intentado preparar a sus compañeros para el espectáculo surrealista que los esperaba, subrayando que el Rey Mendigo deseaba ser tratado como un monarca más.

El Rey Mendigo azuzó de nuevo al carnero para acercarse al libio.

—¿Es este el escolta de Su Majestad?

—En efecto.

—Le devolveremos sus armas. Queremos que sepas que entre nosotros no corres ningún peligro.

De repente, el rostro del Rey Mendigo se contrajo en un rictus de rabia mientras asestaba un tremendo puñetazo al carro.

—¡Tener que soportar semejantes atrocidades! —vociferó, escandalizado—. ¡Pensar que un Faraón puede morir a manos de su esposa y su hijo...! ¡Qué infamia...! Yusef —añadió en tono normal en cuanto logró serenarse.

—¿Señor?

—Quiero a doscientos hombres y mujeres fuertes, vestidos de mendigos y armados. Reúnelos en el patio principal dentro de veinte minutos y prepárate para llevarlos a Yamet.

—Sí, señor.

Cuando el gigante salió de la estancia, el Rey Mendigo adoptó de nuevo una expresión seria.

—Me temo, caballeros, que doscientos de mis mendigos no bastarán si en verdad el ejército se ha puesto de parte de los traidores.

—En tal caso debemos ir a buscar al visir Toh y sus tropas a Erment —terció Semerket.

De inmediato proporcionaron papiro y tinta al príncipe heredero a fin de que pudiera escribir una misiva a Toh para hablarle de la conspiración y rogarle que volviera lo antes posible. Con un poco de suerte, comentó el príncipe, Toh habría acampado en las inmediaciones de Tebas, pues tan solo había transcurrido un día desde su partida.

Decidieron que el *mejay* Qar se encargaría de entregar la carta al visir. El Rey Mendigo se ofreció a proporcionarle un caballo para acelerar el viaje. Pese a la gravedad de la situación, Semerket no pudo contener una sonrisa al preguntarse de qué establo desaparecería la bestia.

Acordaron que Nenry acompañaría a Yusef a Yamet para aguardar allí el regreso de Toh. Semerket sabía que si alguno de los conspiradores lo veía a él, estaría perdido. Nenry era conocido entre los acólitos del templo y podía justificar su presencia alegando que esperaba a Paser. Si se le presentaba la ocasión, debía llegar hasta el Faraón para avisarlo del peligro que corría.

—Entretanto, yo iré al Gran Lugar para impedir que se lleven el tesoro al norte —prosiguió Semerket.

—No —objetó Nenry—. Te conozco, Ketí. Solo lo haces para poder arrestar a Najt. Has perdido demasiada sangre y no sobrevivirás.

—No hay nadie más, Nenry —insistió Semerket—. Soy el único que conoce la ubicación exacta de la tumba y cómo entrar en ella. Pero antes de ir pediré ayuda a

los *mejays*.

Qar, Nenry y Semerket cambiaron una mirada solemne.

—Entonces, todo claro —espetó Qar.

En cuanto se fueron, el Rey Mendigo dirigió unas palabras tranquilizadoras al príncipe heredero, que de repente había empezado a temblar.

—No te preocupes, Majestad. Mis mendigos rescatarán a tu padre, porque de lo contrario, saben que aquí los espera el Lisiador.

LOS NUBARRONES DE TORMENTA, que hasta un rato antes se habían cernido tan solo sobre los márgenes del desierto, se extendían ahora a lo largo de todo el horizonte, borrando la luz del sol poniente. En la oscuridad, varias balsas de juncos trenzados y otras embarcaciones pequeñas cargadas de mendigos zarparon en secreto desde el distrito pobre de Tebas oriental. Iban solas o en parejas a fin de evitar que los centinelas del río las descubrieran.

Cuando los mendigos llegaron sanos y salvos a la otra orilla, Yusef los repartió por distintos puntos en torno al recinto de Yamet. A lo largo del canal, al pie de las colosales estatuas gemelas del Faraón, y algunos de ellos, los más fornidos, cerca de la enorme verja principal... Apostó a sus tropas con tal discreción que los guardias del templo no repararon siquiera en la llegada gradual de mendigos al recinto exterior de Yamet.

A una señal de Yusef, los mendigos iniciaron sus habituales actividades vespertinas. Organizaron partidas de lanzamiento de huesos, cantaron, contaron chistes. Algunos encendieron pequeños braseros para asar piezas de caza menor. A los ojos de los habitantes de Yamet, los mendigos aparentaban la misma indolencia e indiferencia que cualquier otra noche del año.

En el patio, Nenry percibió el inconfundible olor a lluvia procedente del desierto del sudoeste. Al cabo de un instante, un trueno cataclísmico hizo temblar la tierra con tal intensidad que incluso los robustos postes que lucían los estandartes color azul y púrpura se tambalearon. Al poco, las gotas de lluvia empezaron a estrellarse contra el pavimento de granito. La lluvia visitaba con tan poca frecuencia la zona de Tebas que algunos de los mendigos más jóvenes no la habían presenciado nunca, de modo que alzaron la cabeza y extendieron las manos para tocarla. De pronto, el cielo entero se iluminó a causa de un relámpago. Sin decir nada, Nenry asió el brazo de Yusef, pues a la luz de aquel relámpago había visto la flota del Faraón entrar en el canal del templo desde el río.

Yusef hizo una señal a los mendigos, que volvieron al instante la cabeza. Las embarcaciones de la partida de caza avanzaban con dificultad a causa de la lluvia cada vez más intensa. Las velas se aplastaban empapadas contra los mástiles, y las flores que adornaban las jarcias aparecían marchitas.

El pánico no tardó en cundir en el muelle. Las embarcaciones chocaban entre sí

en sus prisas por atracar lo más cerca posible del templo. Algunas de ellas quedaron atascadas en el tumulto, y sus cascos ladeados se convirtieron en barreras infranqueables, de modo que incluso la embarcación del Faraón se vio obligada a atracar a cierta distancia. Calados hasta los huesos, los cortesanos se imprecaban unos a otros, y se produjeron algunas peleas. Numerosos sirvientes acudieron corriendo desde el templo para descargar de los barcos los patos muertos y los utensilios de caza de sus amos. Los cortesanos corrían a cobijarse de la lluvia, de modo que el Faraón tuvo que apañárselas solo. Ni siquiera los porteadores de su litera pudieron abrirse paso entre el gentío alborotado que atestaba el muelle, por lo que el rey se vio obligado a recorrer a pie la larga avenida que lo separaba del templo, más malhumorado a cada paso que daba.

Cuando el Faraón pasó cerca de ellos mascullando juramentos, Nenry se volvió hacia Yusef.

—Debo intentar llegar hasta él —dijo.

Yusef asintió. Nenry entró en el templo y llegó hasta la sala de audiencias, donde vio al soberano de pie y con cara de pocos amigos.

Ramsés arrojó al suelo la peluca empapada, que se deslizó sobre las relucientes baldosas negras como una rata de agua. Empapado y enfurecido, lanzaba improperios a diestro y siniestro mientras los sirvientes corrían a buscar toallas. Mientras Nenry se abría paso entre los numerosos cortesanos, Ramsés divisó a Pawero entre el gentío y lo señaló con un dedo acusador.

—¡Tú! —exclamó—. ¿Así es como administras mi residencia? Sin ropa limpia, sin braseros para caldearme... Parece que no valgo nada a los ojos de los orgullosos habitantes del sur.

Sus palabras cogieron desprevenido a Pawero.

—Mis más humildes disculpas, Gran Rey. Los sirvientes han sido negligentes. Me aseguraré de que sean azotados...

—Yo me aseguraré de que tú seas azotado. Ser el hermano de mi esposa no te exonerará. ¿Dónde está esa mujer, por cierto? —quiso saber mientras se daba la vuelta para escrudiñar la muchedumbre congregada en la sala.

—Ella y tu hijo no han regresado todavía, Majestad —explicó Pawero en tono servil y tranquilizador.

—Perfecto, porque de todos modos no quería verlos. Al que quiero ver es a ese contador de verdades, ¿cómo se llama...?

De repente, la voz aterciopelada de Tiya se hizo oír por encima del estruendo reinante.

—¿Te refieres a Semerket, mi señor? Así pues, ¿no has hablado con él?

Parecía una pregunta de lo más inocente, y solo Nenry, agazapado al fondo de la sala, captó el matiz penetrante de sus palabras. Tiya no sabía si Semerket estaba vivo o muerto, ni si había logrado llegar hasta el Faraón.

Aquella mañana, la reina había tenido la precaución de llevar consigo una capa

revestida de cera de abeja, y al retirársela, su rostro y su atuendo estaban secos y tan impecables como siempre. Tan solo la levísima humedad que cubría su peluca daba fe de la lluvia a la que se había expuesto. El príncipe Pentwere se mantenía detrás de ella, también envuelto en una capa impermeable, los ojos hinchados de tanto llorar.

Cuando los sirvientes quitaron al Faraón el atuendo de caza, el monarca se volvió hacia su esposa.

—Siempre es un día triste cuando uno descubre que los dioses no existen, ¿no te parece? —comentó.

—¿A qué te refieres, Ramsés?

—Había rezado por que las aguas del Nilo te engulleran, pero ni siquiera te has mojado.

Nenry detectó un destello de odio puro en la mirada de Tiya, pero la reina se apresuró a adoptar una actitud considerada y amable en presencia de los cortesanos. Cogió una toalla de manos de un sirviente y se puso a secar a su esposo con ademanes vigorosos.

—A veces dices unas tonterías... —lo reprendió con ligereza.

El Faraón se volvió hacia Pentwere con expresión penetrante.

—Has elegido un día magnífico para cazar, señor —le dijo.

El príncipe guardó silencio y miró a su padre con ojos ardientes. Asombrado por su actitud, Ramsés se volvió de nuevo hacia Tiya.

—¿Qué le ocurre? ¿Acaso lo ha mordido un mono rabioso?

—Assai ha desaparecido. Se cayó por la borda.

—¿Qué ha desaparecido? ¿Lo están buscando?

—Por supuesto.

—Bueno... —masculló Ramsés de mala gana—, ya lo encontrarán.

Pero de repente brilló en su mirada un destello malicioso, y no pudo evitar lanzar una última pulla.

—Aunque si no es así, quizá tu hijo empiece a yacer con mujeres de vez en cuando. Millones de personas lo recomiendan.

Los cortesanos profirieron exclamaciones ahogadas. Pentwere se quitó la capa y apretó los puños, pero Tiya lo retuvo con un movimiento de cabeza casi imperceptible. El príncipe bajó la mirada.

—Sí, padre —masculló.

Tiya terminó de secar a Ramsés.

—Bueno, ya estás seco. Ahora ve a tus aposentos para tomar un baño caliente. Te enviaré a mi masajista.

—¡Ya tengo masajista!

Tiya respiró hondo antes de proseguir.

—En tal caso, ve más tarde al harén para que tus esposas cuiden de ti. Procuraremos hacerte olvidar todas tus preocupaciones, ya lo verás.

De todos los presentes, por lo visto solo Nenry detectó en sus palabras algo más

que la habitual disposición de la reina a satisfacer los caprichos de su irascible esposo.

—Bueno... —murmuró Ramsés, algo apaciguado—, tal vez..., tal vez. Pero primero enviadme a Semerket cuando lo encontréis. Es de las pocas personas sensatas que conozco.

—¿Lo crees así? —resopló Tiya—. En mi opinión le gusta demasiado el vino. Pero si aparece..., si es que aparece..., sabré qué hacer.

Satisfecho, el Faraón ordenó a Pawero que lo acompañara a sus aposentos.

—¡Majestad! —gritó de repente Nenry al recuperar por fin el habla—. ¡Debo hablar contigo, te lo ruego! ¡Se trata de un asunto de Estado!

Tiya se apresuró a intervenir y a reprenderlo ante todos los cortesanos.

—¡Más tarde, imbécil! ¿Se puede saber quién eres? —espetó, fulminándolo con la mirada; Nenry bajó la cabeza para evitar que la reina descubriera que era el hermano de Semerket y se agazapó entre las sombras—. ¿Acaso no ves que está fatigado y enfermo? Esta noche no puede ocuparse de ningún asunto oficial. Vuelve mañana. —Llamó a un chambelán—. No quiero que nadie le moleste. Nadie. El Faraón necesita descansar.

El hombre inclinó la cabeza y siguió a Pawero para acompañar al Faraón a sus aposentos.

Rodeada por sus damas, Tiya subió la escalera que conducía al harén. En un momento dado, los cortesanos la oyeron lanzar una risita tintineante, disfrutando de un chiste que solo ella había oído. Caminando con su habitual gracia felina, la reina fue a prepararse para la llegada del Faraón.

Presas del pánico, Nenry la siguió con la mirada. Había fracasado en su intento de hablar con el Faraón. Aturdido, se abrió paso entre los cortesanos, que lo evitaban después de la contundencia con que la reina lo había regañado. Atravesó a buen paso el vestíbulo y corrió a reunirse con Yusef.

—No he podido hablar con él —gimió—. Y la reina se las ha arreglado para convencerlo de que vaya al harén.

—Ese no es nuestro único problema —aseguró Yusef, señalando el río con un ademán de cabeza.

En el otro extremo del canal se divisaba a duras penas un gran navío de guerra. Según Yusef, había aparecido hacía unos instantes, mientras Nenry se hallaba dentro del templo. En aquel instante, numerosos soldados armados cruzaban la pasarela. Nenry profirió una exclamación al reconocer sus uniformes; era la guarnición del templo de Sejmet.

El alcalde Paser y el sumo sacerdote Iroy estaban de pie en la popa. Este fue el primero en desembarcar a la cabeza de un grupo de esclavos, que transportaron su material a la parte posterior del templo. Lo siguió Paser, que caminó en pos de los soldados mientras estos marchaban en formación hacia los Grandes Pilonos.

En la puerta principal, uno de los guardias los detuvo. Paser dio una orden a su

capitán. Al cabo de un instante, uno de los centinelas profirió un grito al tiempo que se veía un destello de cobre. El centinela cayó al suelo, aferrándose el costado. Cuando lo alejaron a rastras, un reguero de sangre se mezcló con el agua que empapaba el pavimento.

El comandante de la guardia acudió corriendo junto a Paser y se disculpó profusamente por el estúpido comportamiento del hombre antes de ordenar a sus demás centinelas que se retiraran de aquella y todas las otras puertas del recinto del templo. Serían sustituidos por los hombres de Sejmet. Era una orden tan extraña que en un primer momento los hombres se mostraron reacios a abandonar sus puestos.

—Id a vuestros cuarteles —les ordenó el capitán de la guardia— y esperadme allí. Han llegado nuevas órdenes.

Al poco, los hombres de Sejmet ocupaban los puestos de todos los centinelas de Yamet.

Paser estaba en los pilonos exteriores, felicitándose por la sencillez de la transición; el complejo entero había pasado a sus manos al precio de una sola muerte.

«Quizá debería haber sido general», pensó. Mientras se vanagloriaba de su logro, oyó a uno de los soldados de la guarnición de Sejmet mascullar algo en tono asqueado.

—¡Por los testículos de Horus! Creía que el asunto de los mendigos era grave en la otra orilla del río, pero mirad esto. ¡Son como ratas!

Por primera vez, Paser paseó la mirada por la reluciente plaza del templo y comprobó que, en efecto, había mendigos por todas partes, en cada hueco, detrás de cada estatua, al pie de cada árbol... Su boca se contrajo en una mueca de disgusto. Cuando fuera visir, tal como le había prometido la reina, los arrojaría a todos a los cocodrilos. Qué alivio no tener que depender nunca más del favor de los pobres y los humildes. Aquellos tiempos tocarían a su fin de una vez por todas. Paser se convertiría en un hombre distinto cuando fuera visir, porque entonces sería un noble, algo que la reina Tiya también le había prometido. Lanzó un bufido arrogante, contento de hallarse bajo los pilonos, al abrigo de la lluvia.

En aquel instante, otro relámpago iluminó la plaza, y a su luz el alcalde vio algo extraño. El hombre agazapado entre uno de los grupos de mendigos se parecía mucho al simplón de su escriba, Nenry. Algo en sus facciones, el modo en que ladeaba la cabeza...

El alcalde aguzó la vista, pero ahora estaba demasiado oscuro para ver el otro extremo de la plaza.

—¡Tonterías! —exclamó con una risita.

Por supuesto, Nenry estaba en la otra orilla del río, en compañía de su repulsiva esposa.

UNO DE LOS MENDIGOS QUE había cruzado el río hasta Yamet no acompañó a los demás

al templo, sino que cuando su esquife arribó a la ribera occidental del Nilo, se escabulló solo, se despojó de los andrajos y enfiló el sendero que conducía al Gran Lugar. Gracias a las precisas indicaciones de Qar, logró dar con el cuartel general de los *mejays* sin perderse, pese a que había empezado a llover y en el cielo no había estrellas que pudieran guiarlo.

El cuartel general se hallaba instalado en un sepulcro abandonado cerca del Lugar de la Belleza. El puesto de mando constaba tan solo de tres estancias dispuestas en una hilera descendente de compartimientos cuadrados de piedra. Qar había explicado a Semerket que, varias generaciones antes, los constructores de tumbas habían excavado con gran dificultad aquellos cubículos antes de descubrir una profunda brecha de cuarzo que surcaba la montaña en diagonal. Descartada como ubicación idónea, la tumba inacabada era un lugar excelente, aunque tosco, para albergar el cuartel general y la prisión que necesitaban el capitán Mentmeses y sus *mejays*.

Los *mejays* rodeaban a Semerket en la primera estancia, donde los hombres guardaban las armas y las corazas en nichos excavados en las paredes. Había reunido a los soldados nada más llegar para hablarles de forma concisa de la conspiración urdida contra el Faraón y el tesoro robado que había descubierto en la tumba oculta bajo el sepulcro. Sin embargo, antes de que tuviera ocasión de pedirles ayuda, uno de los policías habló en su contra.

—¿Qué opciones tenemos contra un ejército? —espetó—. Ellos son miles, y nosotros apenas veinte. Perderíamos la vida por nada.

—Tiene razón —convino otro—. Yo digo que nos unamos a la reina Tiya. De todos modos, ¿quién quiere seguir teniendo un faraón del norte? Que se vaya de una vez y que gobierne Pentwere.

Semerket sabía que los *mejays* siempre lo habían considerado un intruso. Pese a su amistad con Qar, los demás lo rehuían: a sus ojos, Semerket era un hombre de Tebas oriental designado por el visir para cumplir una misión que en realidad les correspondía a ellos. El hecho de que hubiera descubierto una trama tan aterradora contra el Estado tampoco le granjeó sus simpatías. Instintivamente, Semerket sabía que algunos de ellos sin duda se habían puesto hacía ya tiempo de parte de los constructores de tumbas.

—La reina Tiya y sus hombres han cometido el crimen más terrible en la historia de Egipto —insistió Semerket—, y sucedió en vuestro territorio.

Comprobó que en algunos rostros aparecían expresiones de temor y vergüenza, mientras que otros se teñían de desafío. Si el tesoro salía de la Gran Pradera, y si el robo se descubría, la sentencia más leve que podían esperar los *mejays* sería una condena en una mina de cobre del Sinaí. Los policías nubios eran mercenarios extranjeros, y se los trataba con dureza si no cumplían al pie de la letra con sus obligaciones.

—Esta noche pretenden trasladar el tesoro al norte —prosiguió Semerket—, y de nuevo sucedería delante de vuestras narices. Es posible que Tiya consiga lo que se

propone, no lo sé, pero tengo intención de detenerlos cueste lo que cueste..., con vuestra ayuda o sin ella.

Dicho aquello, Semerket empezó a ponerse una coraza. Por un instante, ninguno de los *mejays* se movió, pero finalmente, el capitán Mentmeses cogió su coraza y se la puso. Uno por uno, los demás hombres siguieron su ejemplo y se prepararon para la batalla.

—Nos esconderemos detrás de los peñascos que hay frente a la tumba del Faraón —anunció Mentmeses—. Cuando salgan cargados con el tesoro, los atacaremos.

—Estoy seguro de que no entrarán en el valle hasta que crean que estáis dormidos —advirtió Semerket—. Entretanto, debemos ir al pueblo para liberar a Hunro.

De repente se hizo un silencio sepulcral mientras los *mejays* se afanaban en ajustarse las espadas y anudar bien las correas de sus corazas. Semerket sintió un estremecimiento.

—¿Qué...? —farfulló.

—¿Tu hermano no te lo ha dicho? —murmuró el capitán Mentmeses.

El *mejay* lo observó unos instantes en silencio y por fin respiró hondo.

—Hunro ha muerto, Semerket. Esta mañana, los habitantes del pueblo la han lapidado en el campo que hay detrás del templo y que usan para tales asuntos. Llegamos demasiado tarde para impedirselo.

Semerket volvió la cabeza hacia la lluvia negra que caía en la Gran Pradera.

—Cuéntale el resto —instó Thoth, el *mejay* que había declarado querer unirse a Tiya.

—¡Silencio! —ordenó Mentmeses.

—¿Qué? —inquirió Semerket en voz tan baja que apenas parecía un suspiro, los ojos más negros que nunca.

Con una mirada desafiante a su capitán, Thoth avanzó un paso hacia Semerket.

—Me han dicho que al final pronunció tu nombre. Hasta el último instante estuvo convencida de que acudirías a salvarla.

LA LLUVIA ARRECIÓ MIENTRAS SEMERKET y los *mejays* se dirigían hacia la tumba del Faraón. Los truenos resonaban por toda la Gran Pradera, desprendiendo rocas y guijarros que caían rodando por los acantilados hasta el sendero.

—Estad atentos a las riadas —advirtió Mentmeses— y caminad por los pasos más altos.

Un destello rosado iluminó el valle, y un acre olor a quemado llenó el aire. Avanzaban despacio por los caminos de piedra caliza, procurando mantenerse alejados de los resbaladizos márgenes. Mentmeses iba a la cabeza.

Semerket los seguía sumido en la aflicción, apenas consciente del barro que le llenaba las sandalias y le hacía dar traspies. Pensaba en Hunro y en su fracaso a la hora de salvarla. Era la única habitante del pueblo que se había mostrado amable con

él, la única mujer desde Naia que había despertado en él algún sentimiento. Él la había instado a traicionar a sus vecinos, y por ello había sufrido la más cruel de las muertes.

Semerket emitió un gruñido agónico. «He fallado a cuantas mujeres he conocido», pensó. «Nadie está a salvo a mi lado...».

Había ahuyentado al amor de su vida, Naia, al ser incapaz de darle un hijo, lo que más deseaba ella en el mundo. Hasta el hombre más miserable podía engendrar un hijo, pensó desesperado, todos salvo él.

El corazón se le encogió aún más al pensar en la misión que le esperaba aquella noche. Si se quedaba, sin duda alguna la empresa fracasaría. De repente oyó de nuevo la voz burlona de la reina Tiya: «Según vosotros no era más que un desgraciado borracho, incapaz de encontrarse ni el trasero». No recordaba las palabras exactas, pero ahora comprendía que le habían asignado la investigación del asesinato de Hetefras tan solo porque no esperaban que lo esclareciera.

De repente lo asaltó una sed insaciable, una suerte de fiebre en la lengua. Miró subrepticamente por encima del hombro para comprobar cuántos *mejays* lo seguían. Fue dejándolos pasar de forma gradual hasta quedar el último. Decidió que se marcharía, que volvería a la ciudad. No tenía más que esperar un poco, escabullirse por uno de los senderos y regresar a Tebas. Anhelaba entrar en una taberna con una moza amable y una jarra sin fondo de vino. Después sería capaz de afrontar los recuerdos de la odisea que había sido su estúpida vida malgastada...

—Ya hemos llegado —anunció Mentmeses en aquel instante.

Semerket se sobresaltó. Se hallaban al otro lado del lecho seco, frente a la tumba del Faraón.

Si bien no llovía a mares precisamente, ya se habían formado pequeños torrentes que descendían por las paredes de los acantilados que delimitaban la Gran Pradera y se convertían en rápidos arroyos al llegar al valle. Mentmeses y los *mejays* ocuparon sus puestos, ocultándose tras los peñascos del acantilado, al amparo de la montaña. Se escondieron tan bien que Semerket no alcanzó a verlos ni siquiera a la luz del siguiente relámpago rosado.

Calado hasta los huesos y hundido en la miseria, Semerket se acomodó bajo un saliente de piedra, agradecido por el minúsculo cobijo que le proporcionaba frente a la lluvia. Al cabo de unos segundos, un trueno ensordecedor resonó por toda la Gran Pradera. Semerket se arrebujó aún más en la capa empapada y se dispuso a esperar.

Al poco perdió la noción del tiempo, porque el golpeteo constante de la lluvia y la oscuridad infinita permanecían inalterables. Sabía que era demasiado tarde para volver a Tebas. De todos modos, era mejor morir en las arenas de la Gran Pradera, se dijo, al servicio de algo que trascendía su persona, que sucumbir en el suelo de una taberna cualquiera. Mientras aguardaba los acontecimientos de la noche se sumió en un pesado letargo.

De repente despertó sobresaltado a causa del sonido de una llave de madera al

girar en la puerta de la tumba. Escudriñó el otro extremo del lecho seco y divisó unas figuras que desaparecían en la pared del acantilado... o al menos eso le pareció. Al cabo de un instante oyó el inconfundible ruido de la puerta al cerrarse tras los hombres. Sí, los mendigos habían llegado. Se preguntó si los demás *mejays* los habrían visto. Transcurrieron algunos minutos, y entonces la puerta volvió a abrirse...

La luz de las antorchas inundó el valle desde el interior del sepulcro. Semerket avanzó a rastras para ver mejor, asombrado por la temeridad de los ladrones. Había varios mendigos agolpados junto a la entrada de la tumba con cestas repletas sobre los hombros. El escriba Neferhotep dirigía la operación. Semerket oía su característica voz quejumbrosa, si bien la lluvia le impedía distinguir lo que decía. Los mendigos echaron a andar por el lecho seco del río en dirección al norte.

¡Ya se iban! Desesperado, Semerket paseó la mirada a su alrededor en busca de los *mejays*. ¡Había llegado el momento de atacar! ¿Por qué no hacían nada?

De repente, en el otro extremo del lecho seco, varios *mejays* salieron de detrás de la tumba... también cargados con cestas. El corazón le dio un vuelco; tal como había sospechado, algunos de los policías formaban parte de la conspiración.

Semerket se arrastró a tientas hacia el lugar donde había visto por última vez a Mentmeses. Ajeno a los guijarros que se desprendían a su paso, se encaramó a un peñasco coronado por un saliente. A la luz de otro relámpago vio a Mentmeses sentado un poco más arriba, durmiendo a pierna suelta.

Semerket montó en cólera. ¡Maldito! El capitán permitía que los mendigos escaparan acompañados por sus propios hombres. Ascendió los últimos metros que lo separaban del capitán.

—¡Mentmeses...! —susurró con furia.

Alargó la mano para tocarle el hombro, pero Mentmeses no despertó. Volvió a tocarlo con más insistencia, pero el capitán cayó de costado y a punto estuvo de precipitarse al vacío. Semerket lo asió para evitar que cayera, y al retirar la mano la sintió cubierta de algo viscoso. El penetrante olor metálico de aquella sustancia le reveló cuanto necesitaba saber; alguien había atacado al capitán por la espalda y acabado con su vida.

Antes de que pudiera asimilar el alcance de lo ocurrido, una precisa voz aristocrática surcó la oscuridad a su espalda.

—No doy crédito —dijo Najt—. ¿Acaso eres un dios o un demonio que... nunca... muere?

Semerket intentó saltar al valle, pero Najt le puso la espada al cuello para impedirselo.

—No tan deprisa, Ketí. Me temo que el tesoro debe partir esta noche tal como estaba previsto, y no podemos permitir que vuelvas a aguarnos la fiesta.

Semerket bajó la mirada y aun en la oscuridad distinguió que la hoja de la espada estaba manchada de sangre. Era Najt quien había asesinado a Mentmeses.

—Naia siempre decía que poseías una capacidad de supervivencia increíble —

comentó Najt con una sonrisita maliciosa—. Puesto que el único estado en que siempre he tenido el honor de verte es la embriaguez, nunca la creí. ¡Ya lo tengo! —gritó de repente hacia el otro lado del lecho seco, y la presión de la espada en el cuello de Semerket remitió un poco.

—No te saldrás con la tuya, Najt —aseguró Semerket mientras otro relámpago surcaba el valle.

La carcajada del aristócrata resonó por todo el cañón.

—Naia también decía siempre que no te expresabas como un sabio precisamente, y debo reconocer que también tenía razón en eso.

—Conocemos los nombres de todos los conspiradores... Pairy, el tesorero, el encargado de los establos, Panhay, los bibliotecarios Messui y Maaye, Kenamun... Los cincuenta.

La punta de la espada de Najt chocó contra el suelo, como si las fuerzas lo hubieran abandonado de repente.

—¿Y qué? —replicó en un intento de mostrarse desdeñoso, efecto que se echó a perder a causa del temblor de su voz—. Mañana Ramsés habrá muerto, y Egipto tendrá un nuevo faraón.

—Puede que haya un nuevo faraón, pero te aseguro que no será Pentwere.

—Te veo muy seguro...

—Estoy muy seguro. El príncipe heredero está a salvo lejos de Yamet. Nunca daréis con él.

No alcanzaba a ver la expresión de Najt, pero de repente oyó un rugido de rabia y el zumbido de la hoja de la espada al descender. Instintivamente rodó sobre el costado, de modo que el arma se estrelló contra la roca a escasa distancia de él. Sin esperar el siguiente envite, Semerket se lanzó hacia delante y se precipitó a ciegas al abismo oscuro.

Casi al instante se estrelló contra la escarpada pendiente de roca. Las paredes de los acantilados estaban cubiertas de una fina capa de barro a causa de la lluvia, por lo que Semerket resbaló dando tumbos hacia el suelo del valle, cobrando cada vez más velocidad e intentando aferrarse en vano a cualquier roca o piedra con que topaba por el camino. La pendiente terminaba de repente a cierta distancia por encima del lecho, y Semerket se precipitó a otro vacío.

Aterrizó en un charco de agua, y el escozor que sentía en la frente le reveló que la herida se le había vuelto a abrir. Por increíble que pareciera, era la única lesión importante que había sufrido en la caída. Se levantó con cierta dificultad y se palpó el cuerpo. Por lo visto, no se había roto ningún hueso.

—¡Cogedlo! —gritó Najt por encima de su cabeza—. ¡Está en el lecho!

Semerket echó a correr sin saber adonde se dirigía, pues en la caída había perdido todo sentido de la orientación. Avanzaba por los charcos y riachuelos formados por la lluvia, siguiendo la curvatura del valle. En un momento dado volvió la cabeza para comprobar si lo seguían, pero la cortina de lluvia y las cascadas que descendían por

las paredes de los acantilados le impedían oír nada. De repente cayó de bruces. Algo... o alguien le había puesto la zancadilla. Cuando intentó incorporarse, unas manos lo asieron con fuerza.

—¡Ya lo tenemos!

La voz pertenecía al mendigo del norte, Nariz Cortada. Semerket se sintió levantado por numerosas manos que le inmovilizaron los brazos a la espalda. Pese a sus forcejeos, no logró liberarse; eran demasiados.

Najt bajó medio resbalando, medio saltando por el barranco para reunirse con ellos, levantando a su paso una lluvia de barro y piedras.

—Es como una serpiente —masculló—, siempre escabullándose para esconderse detrás de alguna roca.

—Bueno, no volverá a hacerlo —constató Nariz Cortada mientras se llevaba la mano al cuchillo y avanzaba con paso seguro hacia Semerket.

De repente adoptó una postura encorvada y siguió hablando en gimoteos propios de mendigo.

—¿Una limosna, buen señor? —se mofó—. ¿Un poco de plata? ¿Una pieza de cobre? ¿Qué te parece esta pieza...?

Nariz Cortada se sacó la daga del cinto y miró por encima del hombro a sus secuaces para ver si les hacía gracia el chiste.

En aquel instante, Neferhotep se acercó corriendo a ellos desde la tumba.

—¡Por todos los dioses! ¡Déjate de cháchara y mátalos de una vez por todas!

—Dice que tienen al príncipe heredero escondido —señaló Najt con voz algo insegura—. Tal vez deberíamos obligarlo a que nos llevara hasta él.

—No seas estúpido —lo atajó el escriba—. Semerket nunca hablará, lo sabes bien; es demasiado testarudo. Mátales ahora mismo, te digo.

Tras un instante de vacilación, Najt se inclinó hacia Semerket.

—Parece que la suerte te ha abandonado por fin, Ketí —espetó en voz baja y satisfecha.

Los hombres lo rodearon. Semerket sabía que tan solo le quedaban unos instantes de vida, y por primera vez en muchos años se sorprendió musitando una plegaria.

—Ayúdame, Madre Isis. No por mí, sino por Egipto. Estos hombres no merecen vivir.

Los malhechores lo obligaron a arrodillarse y le empujaron la cabeza hacia delante para dejar al descubierto la nuca. En la oscuridad oyó el sonido de una espada al desenvainarse. Contuvo el aliento a la espera del golpe gélido. Pensó en Naia, en su hermano, en el Faraón... Cerró los ojos, apoyó el peso sobre los talones y se encaró con la muerte por segunda vez en un solo día.

Pero el golpe no llegó.

De pronto, una ráfaga de aire frío le azotó el rostro, y acto seguido oyó un rugido que recorría todo el cañón, un rugido cada vez más fuerte que parecía pertenecer a una bestia inmensa. El estruendo fue aumentando, puntuado por las explosiones de

las paredes de los acantilados al desmoronarse. Pese a las tinieblas reinantes, distinguió la línea de espuma blanca, heraldo de una gigantesca tromba de agua que se abalanzaba sobre ellos desde lo alto del cañón.

Lo último que oyó antes de que la pared de agua lo engullera fueron los gritos de los hombres. Y entonces el mar embravecido, espeso a causa del barro, la arena y las piedras, lo arrastró sin piedad. De inmediato sintió que la riada le arrancaba la piel en varios puntos, pues el agua era como polvo de esmeril. En un momento dado, su cabeza salió a la superficie, y alcanzó a ver a numerosos mendigos y *mejays* aplastados contra las paredes de los acantilados, gritando de miedo y dolor. Las cestas repletadas de discos de oro amontonadas en el suelo del valle quedaron sepultadas bajo las aguas en un abrir y cerrar de ojos.

Semerket se sintió transportado por el río recién nacido a un ritmo casi plácido. Pese a que las aguas lo zarandeaban y lo arrojaban dolorosamente contra las rocas sumergidas y las paredes de los acantilados, descubrió que si se limitaba a dejarse llevar no corría peligro inmediato de ahogarse. Le entraron ganas de echarse a reír al pensar en la ironía de haber eludido la muerte en el Nilo para acabar corriendo la misma suerte en pleno desierto.

El cielo se estaba despejando a pasos agigantados, y el manto estrellado del firmamento iluminaba de nuevo la Gran Pradera. La claridad le permitió divisar un saliente de roca a poca distancia. Al pasar bajo él alargó las manos en busca de algo a lo que aferrarse, una rama, una grieta, lo que fuera. Pero las aguas tiraban de él desafiantes. Decidió que no tenía sentido, y justo cuando estaba a punto de abandonarse de nuevo a la corriente, rozó con las yemas de los dedos algo cálido y vivo..., una mano que se alargaba hacia la suya.

Estuvo a punto de retirar el brazo a causa del sobresalto. Alzó la vista y se halló mirando de hito en hito al joven príncipe que tanto tiempo atrás le dijera que en el campamento abandonado fabricaban piel de dioses.

—Agárrate a mí —lo instó el muchacho.

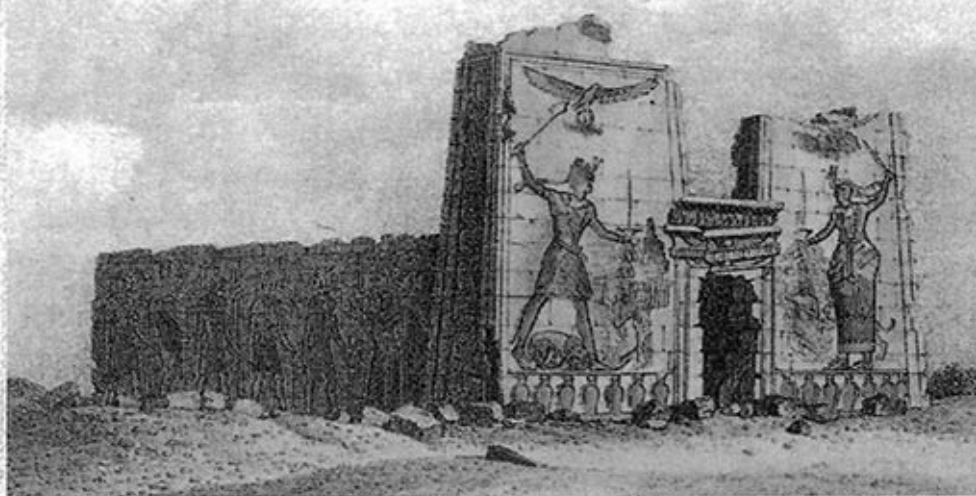
Semerket lo intentó, pero las aguas implacables seguían tirando de él.

—Peso demasiado, haré que te caigas —advirtió al joven—. ¡Ponte a salvo!

—No tengas miedo —dijo el príncipe con una sonrisa.

Y en efecto, Semerket sintió que el miedo lo abandonaba. Alargó el brazo cuanto pudo y asió los dedos del príncipe.

Y de pronto se encontró tendido sobre el saliente de roca, a salvo.



LAS PUERTAS DE LAS TINIEBLAS



DESPERTÓ SOBRE UN JERGÓN DE PLUMAS MUY SUAVES. La luz del sol que se reflejaba en las paredes blanqueadas le hería la cabeza como un millar de cuchillos. Semerket miró a su alrededor con ojos entornados y comprobó que se hallaba en una estancia muy pulcra y ordenada, salvo por el detalle de que parecía haber dos unidades de cada objeto, dos faldas recién lavadas colgadas de dos clavos en la pared, dos vasijas de agua en el suelo junto a él... Tardó unos instantes en comprender que veía doble.

De repente le llegó a los oídos un alegre tarareo. Había una joven arrodillada ante un arcón, ajena al hecho de que Semerket había despertado. La observó mientras sacaba una toalla del interior del mismo. Descubrió que si se concentraba con todas sus fuerzas, podía llegar a enfocar la vista. El cabello negro de la joven despedía destellos azules, tan azules como las cuentas que llevaba prendidas a las orejas, relucientes como alas de escarabajo.

—Te conozco —dijo en voz alta y sorprendida.

La joven se volvió hacia él con una sonrisa.

—Soy Keeya, y sí, me conoces, mi señor, pues estoy al servicio de tu hermano. Se alegrará de saber que has despertado.

Así pues, se hallaba en Tebas oriental, en casa de su hermano.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres días.

—¡Tres...!

—No te incorpores, mi señor —le ordenó Keeya con firmeza—. El médico dice que no debes moverte hasta que el iris de tu ojo izquierdo sea del mismo tamaño que el derecho..., aunque a decir verdad, tienes los ojos tan negros que no entiendo cómo puede verlo.

—¿Cómo llegué hasta aquí?

—Te trajo el *mejay* Qar. Dijo que te había encontrado en lo alto de las montañas de la Gran Pradera la mañana después de la terrible tormenta. Dijo que a tu lado había un joven príncipe, que fue quien los avisó. Cuando llegaron junto a ti, el príncipe había desaparecido. Qar dijo que estabas tan inmóvil que te dieron por muerto. No saben cómo conseguiste sobrevivir a la espantosa inundación.

Semerket se llevó la mano a la frente y tocó el vendaje que la cubría.

—¿Dónde está Nenry?

Keeya bajó la mirada con actitud afligida.

—Ay, mi señor, está en la Casa de la Purificación. Esta casa está de luto.

Semerket se incorporó con brusquedad pese a las advertencias de la joven.

—¿Mi hermano ha muerto? —exclamó.

Keeya se llevó un dedo a los labios.

—No, mi señor. Tiéndete, te lo ruego, o de lo contrario el médico se enojará contigo. Tu señor hermano ha ido allí para llevar el cadáver de su esposa a los embalsamadores.

—¿Su esposa? —masculló Semerket, frunciendo el ceño, gesto que le provocó una punzada de dolor.

Keeya humedeció un paño de lino y le enjugó el rostro.

—Un accidente en el sótano —explicó con un peculiar brillo de satisfacción en la mirada.

Se tocó la oreja con aire ensimismado y por fin meneó la cabeza, de modo que sus zarcillos azules centellearon a la luz del sol.

—Un cuchillo —prosiguió con ojos velados—. Una auténtica desgracia.

Semerket volvió a incorporarse para pedirle detalles, pero el dolor que le atenazaba la cabeza era tal que volvió a recostarse con una mueca.

—¿Entiendes ahora por qué el médico ha indicado que no te muevas? —señaló Keeya con severidad al tiempo que lo cubría con la manta—. Y te advierto que es un médico ilustre..., nada menos que de palacio, así que debes obedecer sus órdenes al pie de la letra. De todos modos, te aseguro que no es un buen día para salir de casa. Tebas es un lugar muy triste hoy.

—¿A qué te refieres? —inquirió Semerket después de tragar saliva—. ¿Qué ha sucedido?

—¡Hay soldados por todas partes! Dicen que han detenido a tanta gente que el patio del Gran Templo de Amón se ha transformado en una cárcel para albergarlos a todos.

De repente, Semerket recordó lo que hasta ese momento había eludido su mente. ¡La conspiración!

—¡El Faraón! —exclamó—. ¿Qué le ha ocurrido? ¡Habla!

—Ay, mi señor, una auténtica tragedia. Es terrible vivir en tiempos semejantes. Las historias que se cuentan son increíbles.

—¡Habla, Keeya!

—Por lo que dice tu hermano, las esposas de Su Majestad lo rodearon en el harén, la reina Tiya sacó una daga y...

Los latidos de dolor que le azotaban la cabeza se tornaron insoportables, y de pronto, un rugido en sus oídos ahogó las palabras de la muchacha. Semerket perdió de nuevo el conocimiento.

VOLVIÓ EN SÍ POR LA TARDE. SU hermano estaba sentado junto a él en el suelo con las piernas cruzadas y ataviado con una túnica gris de luto. Sin embargo, en su rostro no se advertía señal alguna de duelo, pues estaba conversando en voz baja pero animada con dos escribas que no cesaban de tomar notas. Al advertir que su hermano estaba despierto, Nenry despachó a los hombres con un gesto. Estos salieron de la estancia de espaldas y entre reverencias.

—Bienvenido, Semerket —saludó Nenry a su hermano.

—¿Quién es el Faraón? —preguntó Semerket sin dilación.

La pregunta sorprendió a Nenry, que pestañeó un par de veces antes de responder.

—Ramsés III, por supuesto.

Semerket dio un respingo. ¿Acaso había soñado la conversación con Keeya?

—Pero la muchacha me ha dicho que..., al menos creo que me ha dicho...

—Resultó herido, Ketí, pero sigue vivo... y pregunta por ti, por cierto —añadió Nenry sin poder contener una sonrisa satisfecha.

—¿Por mí?

—¡Eres un héroe! La conspiración más espeluznante de la historia de Egipto se ha ido al traste gracias a ti.

Semerket desechó con un gesto las palabras de su hermano.

—¿Y Tiya y Pentwere?

—Detenidos..., aunque Pentwere está intentando convencer a todo el mundo de que toda la conspiración fue idea de su madre. Sin embargo, no se librará del castigo. Ramsés está furioso como un león.

—¿Y los demás? ¿Paser..., Pawero, Iroy?

—Todos en la prisión de Yamet a la espera del juicio, junto con casi todos los demás integrantes de la lista que encontraste y sus familias. Durante todo el día de ayer y de hoy, los soldados han barrido sus propiedades y apresado a sus parientes y criados. Dicen que hay más de mil hombres y mujeres encerrados en el templo de Amón.

A la mente de Semerket acudió al instante la imagen de Naia. Sin duda se hallaba entre los detenidos y estaría aterrada.

—Nenry tienes que ayudarme —imploró mientras pugnaba por incorporarse pese a que la cabeza le dolía horrores y seguía teniendo la vista nublada—. Tengo que sacar a Naia de allí...

—Túmbate, Ketí. No puedo hacer que la pongan en libertad, pero ya me he ocupado de que ella y su hijo tengan una celda para ellos solos y de que los cocineros del templo preparen sus comidas. Comerá igual de bien que los sacerdotes..., es decir, mejor que el propio Faraón.

Semerket se recostó sobre el jergón con un suspiro de alivio, pero al poco volvió a mirar a su hermano, alarmado.

—¿Cómo es que estás en posición de dar semejantes órdenes? ¿Acaso intentas protegerme...?

Pero al advertir la expresión maravillada que se pintaba en el rostro de su hermano, Semerket enmudeció.

—Keti... —musitó Nenry, tragando saliva—. Tengo una noticia increíble que darte...

Semerket se lo quedó mirando con fijeza; nunca había visto a su hermano tan extasiado.

—¿Y bien?

Nenry lanzó un suspiro entrecortado antes de continuar.

—Ayer el visir me nombró alcalde de oriente de Tebas.

Semerket concluyó que de nuevo sufría alucinaciones y permaneció tendido a la espera de que se le aclarara la mente. Pero cuando por fin abrió los ojos, su hermano seguía junto a él con la misma expresión.

—No sabía que tuvieras más hijos para vender, Nenry.

Nenry no replicó con sus habituales protestas, y su rostro no se contrajo en las sempiternas muecas de nerviosismo al escuchar las palabras de su hermano.

—En este preciso instante, mi hijo está jugando en el patio. Keti —anunció con suma dignidad—. La adopción de Iray ha quedado invalidada. Me han nombrado alcalde por la «valentía ejemplar» con que he contribuido a sofocar la rebelión. Además, era el escriba de Paser y sé gobernar, de modo que a todo el mundo le ha parecido bien.

—Tengo entendido que has enviudado.

—Esto..., sí... —farfulló Nenry, y Semerket experimentó un gran alivio al comprobar que esta vez su rostro sí se deshacía en las muecas que tan bien conocía—. Esto..., Merytra sufrió un accidente en el sótano. Fue terrible, había sangre por todas partes... Pobrecilla.

—Según Keeya, fue con un cuchillo.

—Sí..., los siervos fueron los únicos testigos de su... torpeza. —E incapaz de seguir sosteniendo la mirada penetrante de su hermano, Nenry alzó el tono de voz—. ¡De todos modos la habrían ejecutado, Keti! Por confabularse con su tío y con la reina. Al menos de este modo me ahorro un escándalo nada más iniciar mi mandato.

—Lo comprendo, Nenry.

Y en efecto, Nenry vio un océano de comprensión, de aprobación incluso, en los negros ojos de Semerket. Acto seguido, le refirió con avidez la noche que había pasado en Yamet.

La noche de las lluvias, contó a Semerket, Paser e Iroy habían ido al templo y sustituido a los centinelas de todas las puertas por hombres leales tan solo a ellos.

—Por fortuna —señaló—, yo había llegado antes con Yusef y el ejército de mendigos. Fui a los barracones para reunir a los soldados y ordenarles que se alzaran contra los conspiradores, pero lo que vi allí...

Nenry se estremeció al rememorar la escena.

—¿Qué viste?

—Era como algo sacado de una vieja leyenda popular de magos y palacios embrujados. En todas las puertas de los barracones, Iroy había garabateado símbolos de hechizos con sangre humana que solo los dioses saben cómo obtendría. Asimismo, había esparcido por todas partes amuletos y talismanes. Cuando abrí las puertas, te digo, hermano, que presencié la escena más sobrecogedora de toda mi vida. Todos los hombres estaban aletargados. No podían moverse, apenas si podían respirar pese a que en sus cuerpos no se veía ni una sola marca. Nunca habría creído que la magia pudiera ser tan poderosa.

Semerket recordó las terribles pesadillas que Tiya le había enviado y cuán cerca habían estado de causarle la muerte.

—Continúa —instó a su hermano, tragando saliva.

Pero antes de que Nenry pudiera seguir hablando, Keeya apareció en el umbral. Con ademán solemne hizo pasar a un médico seguido de tres siervos. Semerket advirtió que la joven rozaba el hombro de su hermano antes de irse y que Nenry se ruborizaba complacido. De pronto comprendió lo que había entre ellos, la situación que a Nenry le daba vergüenza mencionar. Semerket se dijo que Tebas tendría una primera dama inteligente y bondadosa.

—Buenas tardes, señores —saludó el médico al tiempo que escudriñaba a Semerket con ojo crítico—. Sera un placer poder anunciar al Faraón que nuestro paciente empieza a recuperarse.

Semerket se sorprendió al comprobar por la insignia del médico que se trataba de uno de los doctores personales del Faraón. Los sirvientes dejaron la caja con el instrumental y los remedios junto al jergón. El médico se sentó con las piernas cruzadas al lado de Semerket y chasqueó los dedos. Uno de los sirvientes se apresuró a alargarle una vara, que el médico situó ante el rostro de Semerket al tiempo que le ordenaba seguirla con la mirada de izquierda a derecha y de abajo arriba.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—¿Ves doble?

—No.

El médico le lanzó una mirada escéptica.

—Por favor, señor alcalde —dijo por fin—, he interrumpido tu relato. Continúa, te lo ruego —pidió antes de empezar a retirar el vendaje que cubría la cabeza de Semerket.

Nenry reanudó la narración.

—Yusef y yo sabíamos que tendríamos que entrar en el templo por la fuerza si queríamos salvar al Faraón. Yusef dio la orden poco después de la llegada de la guarnición de Sejmet, de modo que apenas tuvieron tiempo de tomar posiciones. Te lo aseguro, Semerket, apenas podía creerlo —exclamó con una risita nerviosa—. Ver

a un mendigo que unos segundos antes parecía a punto de morir de lepra abalanzarse de repente sobre un guardia y aplastarle el cráneo..., o a una mujer clavar una daga en el cuello de un soldado... Nada podría haberlos sorprendido más.

Nenry explicó que había aprovechado el tumulto para recorrer todo el templo y gritar que se había desencadenado una revuelta en el patio. Todos los hombres de Sejmet se apartaron de las puertas del palacio para acudir en auxilio de sus compañeros.

—Era un auténtico infierno —aseguró Nenry—. La lluvia torrencial, sangre por todas partes... Pero de repente apareció otro ejército procedente del sur. Todos dejamos de luchar, incluso los guardias de Sejmet. Nos quedamos mirando unos a otros sin saber quiénes eran aquellos hombres. Pero entonces vimos al visir Toh en su silla y a Qar cabalgando junto a él. Comprendimos que el anciano venía a salvarnos. En cuanto recibió el mensaje del príncipe heredero, puso rumbo a Yamet con todos sus hombres, me contó más tarde Qar. A partir de entonces, la batalla se libró en todas las estancias del templo.

Tal como sospechaban, el príncipe Pentwere y un par de sus guerreros habían ido en busca del príncipe heredero con las espadas desenvainadas, abriéndose paso por la fuerza hacia sus dependencias. Lo que no esperaban era toparse con el gigantesco Yusef y sus hombres más fornidos. Siguió una breve escaramuza, tras la cual Pentwere y sus secuaces, sin poder dar crédito a lo que acontecía, fueron apresados. La destreza guerrera de Pentwere quizá deslumbrara al pueblo durante los festivales, pero no podía compararse con las astutas tácticas de los hombres de Yusef.

Por su parte, Nenry se dirigió a la carrera hacia el harén con un contingente de mendigos.

—Y vi lo mismo que en los barracones —explicó—. Todos los guardias estaban bajo aquel hechizo, inmóviles en sus puestos y ajenos a nuestra llegada. Abrimos las puertas de par en par sin que nadie nos detuviera. Tiya los había embrujado a todos para que no pudieran acudir en ayuda del Faraón.

En aquel momento, el médico emitió una discreta tosecita.

—Si no te importa, yo tomaré el hilo de la narración a partir de aquí, señor —propuso—, ya que el Faraón en persona me contó lo sucedido antes del rescate. ¿Queréis escuchar su historia?

—Por supuesto —repuso Nenry con tal solemnidad que Semerket se exasperó.

El médico siguió preparando la cataplasma de miel y hierbas mientras hablaba.

—Su Majestad estaba descansando en el harén, como solía hacer cada velada —comenzó—. Si no me equivoco, estaba escuchando a una de sus esposas tocar el arpa. En un momento dado le llegó a los oídos el estrépito de la batalla que se libraba en el templo. Intentó levantarse para hablar con sus guardias, pero con sorpresa comprobó que sus esposas se aferraban a él, impidiéndole que se incorporara. Aseguraron que temían por sus vidas y que el Faraón debía protegerlas. Según me contó, empezó a comprender de forma gradual, no de inmediato, que las mujeres pretendían retenerlo

por la fuerza. Lo asían de los brazos y enroscaban las piernas alrededor de su cuerpo para inmovilizarlo. El Faraón estaba más contrariado que atemorizado, lo cual, para quienes lo conocen bien, es la reacción habitual de Su Majestad ante cualquier situación desagradable. Pero cuando Tiya se acercó a él intuyó que algo iba realmente mal. Sostenía en las manos los libros prohibidos de magia que había robado de la Casa de la Vida y entonaba un hechizo sacado de sus páginas. Luego le mostró un muñeco de cera, y el Faraón comprobó con horror que era una representación de él mismo. Tiya le explicó que contenía uñas cortadas y pelos de su cuerpo, así como semen que sus esposas habían guardado tras copular con él...

Los dos hermanos escuchaban al médico con expresión anonadada.

—Sí —aseguró el médico—. Tiya había convencido a todas las esposas del sur para que participaran en la conspiración, aunque a decir verdad, no le había costado mucho. Comunicaron al Faraón que llevaban meses tramando su muerte. Habían escrito cartas secretas a sus hermanos y padres, todos ellos generales y capitanes del ejército del sur, para pedirles que se sublevaran contra el Faraón. ¡Os aseguro, caballeros, que las mujeres estaban muy bien organizadas! Pero en aquel instante, tu hermano y sus hombres llegaron al harén, haciendo que cundiera el pánico entre algunas de las esposas. El Faraón logró liberarse y llegar dando tumbos hasta la puerta en el momento en que esta se abría. Pero aunque Tiya sabía que todo había terminado, estaba decidida a matar a su esposo, de modo que sacó un cuchillo y se lo clavó al Faraón en el vientre...

—¡Sí, yo lo vi! —corroboró Nenry—. Gracias a los dioses, tan solo fue un rasguño. Pese a sus malvados planes, la reina acabó fracasando.

El médico envolvió la cabeza de Semerket en un vendaje limpio, emitió una tosecita incómoda y bajó la voz para que sus sirvientes no lo oyeran.

—Disculpa, señor alcalde, pero me temo que la reina Tiya consiguió exactamente lo que se proponía.

Los dos hermanos se lo quedaron mirando como si no hubieran entendido bien.

—¿Cómo dices? —farfulló Nenry.

El médico real ordenó a sus sirvientes que salieran y lo esperaran en el patio.

—Lo que voy a deciros, señores —musitó a continuación— es un secreto de Estado..., aunque no será así por mucho más tiempo.

—¿Y bien? —espetó Semerket con un escalofrío.

El médico tardó unos instantes en responder.

—Lo que debéis saber es lo siguiente: aquella noche, cuando examiné la herida del Faraón, no me pareció grave, de modo que se la vendé como habría vendado cualquier otra lesión superficial. Sin embargo, ayer al cambiarle el vendaje advertí que el corte se había ensanchado y empezaba a gangrenarse. Temiendo lo peor, exigí hablar de inmediato con la reina Tiya, que por entonces ya estaba en la cárcel de Yamet. La reina no tardó en admitir su acto de maldad definitiva... Había envenenado la hoja del cuchillo con veneno de la víbora de la pirámide, la serpiente

más mortífera de Egipto. Nadie ha sobrevivido jamás a su mordedura. La víctima puede tardar varias semanas en morir, pero acaba sucumbiendo..., y eso es lo que le sucederá al Faraón.

Los hombres apenas si osaban mirarse tras recibir tan terrible noticia. Por fin, Semerket tragó saliva.

—¿Lo sabe él? —preguntó con un hilo de voz.

El médico asintió con la cabeza.

—Y por eso debes recuperarte cuanto antes, Semerket, y decirme la verdad acerca de tu estado. Tu nombre es su único consuelo, según dice, pues eres el único de entre sus súbditos que lo ama de verdad. Has conservado su trono, y su heredero está a salvo gracias a ti. Quiere darte las gracias en persona antes de...

—¿Darme las gracias? —lo atajó Semerket, atónito—. Pero si va a perder la vida por mi culpa... Si hubiera descubierto la verdad tan solo un día antes...

—Pero el Faraón no es del mismo parecer —insistió el médico—. Te convertirá en un hombre rico, te encumbrará sobre todos los demás. No tienes más que decirle lo que quieres como recompensa.

Pero Semerket se limitó a sacudir la cabeza.

—No —denegó—. No quiero nada. No merezco nada. He fracasado.

—NO PUEDES RECHAZAR LAS DÁDIVAS DEL Faraón.

Habían transcurrido dos días, y Semerket aún no podía tenerse en pie sin marearse. En aquel momento estaba con la cabeza inclinada ante el visir Toh, que había ido a visitarlo.

—El Faraón es generoso —replicó Semerket—, pero no puedo aceptar sus presentes. No los merezco.

Las facciones curtidas del visir se tiñeron de exasperación.

—No discutiré contigo —espetó, contrariado—. Guardaré el oro que te ha enviado en mi propiedad hasta el día en que lo quieras..., como sin duda ocurrirá.

—¡Gran Señor! —protestó Semerket—. No necesito semejantes riquezas. Me sentiría como un hipócrita si las aceptara.

—No pienso en tus necesidades —puntualizó Toh antes de coger su cetro y levantarse de la silla para cernirse sobre Semerket, que sintió la mirada opaca del anciano clavada en su rostro—. Debes entender, Semerket —prosiguió con firmeza, aunque algo más de suavidad— que pienso en las necesidades del Faraón, no en las tuyas. Mi amigo, mi compañero de juventud, agoniza. Necesita demostrarte su gratitud de cualquier forma que le permitas hacerlo. No puedes cometer la crueldad de impedirselo.

Las palabras de Toh consiguieron avergonzar a Semerket.

—Si el rey desea en verdad recompensarme... —musitó.

—Así es.

—En tal caso, espera al menos a que complete la misión que me encomendaste hace ya tanto tiempo, la de descubrir al asesino de la sacerdotisa Hetefras.

Se hizo el silencio.

—Tienes dos días —concedió por fin Toh con un suspiro.

—Solo necesito uno.

—Y luego, por los testículos de latón de Horus, te presentarás ante el Faraón y te mostrarás agradecido por lo que tenga a bien darte..., porque de lo contrario yo mismo te meteré en prisión con los conspiradores. Me da igual que seas un héroe; no permitiré que decepciones al Faraón. Se acabó.

SEMERKET ESTABA CON QAR en el sótano de la casa que había pertenecido a Paneb. Los dos hombres observaban en silencio al escuadrón de *mejays* que retiraban los sacos de cereales, las fétidas jarras de cerveza y demás trastos que Paneb había amontonado deliberadamente contra la pared de ladrillos de arcilla.

Semerket siempre había sabido que encontraría algo espantoso tras el amasijo de trastos apilados y alimentos enmohecidos. Lo había intuido al explorar el sótano en compañía de Sukis hacía ya tanto tiempo. Al pensar en el animalito sintió un estremecimiento, pues de repente recordó que había sido la gata quien lo condujera hasta el sótano y se situara en lo alto del montón de trastos entre maullidos insistentes. Semerket se llevó la mano al vendaje. Sukis... ¿Por qué lo entristecía tanto la muerte de un gato cuando habían muerto tantas personas?

—¿Estás bien, Semerket? —preguntó Qar mientras apoyaba una mano en el hombro de su amigo—. ¿Quieres sentarte un momento?

Semerket denegó con la cabeza.

Tan solo un puñado de los *mejays* que antes custodiaban la Gran Pradera seguían de servicio, ya que los demás habían muerto durante la inundación. Qar había sido ascendido a capitán, una recompensa por su lealtad del Faraón. Los *mejays* que ahora se afanaban en el sótano habían sido reclutados a toda prisa en otras unidades de Tebas, pero entre sus obligaciones ya no se contaría la vigilancia de los constructores de tumbas. El visir Toh había asignado un regimiento permanente al Gran Lugar. En lo sucesivo, los soldados supervisarían en todo momento el trabajo de los constructores de tumbas, que nunca más podrían actuar por su cuenta.

El día anterior habían recuperado los cadáveres de Neferhotep y Hunro. Qar había ordenado trasladar los cuerpos casi irreconocibles a la Casa de la Purificación. Pese a que podría haberlo impedido, el flamante capitán decidió autorizar la momificación de Neferhotep. Como comentó a Semerket, cumplía con su deber, pero no era un león. En cuanto a Hunro, Semerket se había ofrecido a costearle un sepulcro, ya que no deseaba verla enterrada junto al hombre al que tanto había odiado y que además había instigado su terrible muerte.

Otra división trabajaba en la Gran Pradera para intentar recuperar el mayor

número posible de piezas del tesoro robado. Pero la riada que había barrido los cañones de la Gran Pradera cual gigantesca purga habían esparcido el oro por todos los barrancos y hondonadas. Incluso la tumba secreta del malvado Amen-meses, construida a un nivel muy bajo, había quedado inundada. Lo que los profanadores de otros tiempos habían pasado por alto, había quedado destruido por la arena y las piedras que preñaban la riada. El yeso que cubría la piedra caliza se había desprendido y mezclado con las aguas embravecidas para luego solidificarse sobre las piezas restantes. Llevaría meses recuperar siquiera parte del tesoro.

Entretanto, los *mejays* habían terminado de despejar la pared de ladrillos del sótano de Paneb; Qar y Semerket se la quedaron mirando unos instantes. Por fin, Semerket empezó a golpetear la pared con los nudillos en busca de algún ladrillo suelto. Qar siguió su ejemplo, y durante largo rato trabajaron en silencio.

—¡Aquí, Semerket! —anunció Qar de repente.

Había encontrado un ladrillo suelto en el rincón más alejado de la pared. Lo retiró con cuidado mientras Semerket acercaba una vela, cuya luz reveló un espacioso hueco de casi un codo de profundidad.

Y ahí estaba, tal como Semerket había sabido desde el principio, un objeto alargado y envuelto en un paño. Qar lo sacó con dedos torpes de su escondrijo y se lo entregó a Semerket.

Este tardó unos instantes en reunir el valor suficiente para desenvolverlo. Las piernas y las manos le temblaban de tal forma que se vio obligado a sentarse en la escalera. La herida de la frente le palpitaba con fuerza. Por fin respiró hondo y desenvolvió el objeto.

Tras contemplarlo unos instantes en silencio, lo dejó en el suelo, corrió a un rincón del sótano y vomitó bilis. Qar subió a la planta baja en busca de una jarra de agua para que su amigo se enjuagara la boca.

Al poco, Semerket miró de soslayo a Qar y asintió.

—Hablaré con ellos ahora —anunció.

Paneb y Rami, fatigados pero suspicaces, se encararon con Semerket y Qar en las cocinas del pueblo. Qar había ordenado llevarlos allí desde la prisión de los *mejays*, donde se hacinaban todos los ancianos del pueblo. Había mandado trasladar al padre y al hijo a las cocinas porque no soportaba los constantes sollozos y alaridos de Khepura.

Semerket fue al grano sin saludar siquiera a los dos prisioneros.

—¿Quién acudió originalmente a Neferhotep con la idea de saquear los sepulcros? ¿Fue Pentwere, Paser? ¿Quién?

Pese a haberlo perdido todo, Paneb no se rendía.

—Lo que dices carece de sentido, Semerket, como siempre —replicó con expresión indignada.

—¿Qué prometieron a los constructores de tumbas? ¿Oro, riquezas, libertad para salir del pueblo? ¿Qué? —exclamó con creciente dureza—. Sin duda debía de

merecer la pena para que mataras a Hetefras por ello, Paneb.

Paneb alzó la cabeza con brusquedad.

—¡Era mi tía querida! —recitó automáticamente—. ¿Cómo puedes acusarme de...? Fue un forastero o un vagabundo...

Semerket cogió el objeto que había hallado en el sótano y lo desenvolvió. Era un hacha de la nación hitita, en cuyo mango de madera de cedro tallada se encajaba una hoja de un infrecuente metal azul, el más resistente que se conocía. Pese a ello, la hoja aparecía dañada, pues al filo mortífero le faltaba un pedacito.

—¿Quieres que te hable de esta arma, maestro capataz? —inquirió Semerket en voz baja.

Al ver el hacha, Paneb sepultó el rostro entre las manos y meneó la cabeza.

—¿Y tú, Rami?

El muchacho contempló el arma con expresión horrorizada y por fin se volvió hacia el capataz con expresión implorante.

—Paneb...

—¡Déjalo en paz! —vociferó este al tiempo que se levantaba de un salto, haciendo tintinear las cadenas que lo sujetaban—. Ni él ni yo sabemos nada —añadió, angustiado—. ¡Nada!

Paneb enmudeció cuando Semerket se sacó una minúscula cuña de metal azul del cinto, la sostuvo junto al hacha hitita y unió ambas piezas hasta que encajaron a la perfección.

—¿Dónde...? —farfulló Paneb.

—Un regalo de Hetefras —explicó Semerket—, de la Casa de la Purificación. El Destripador lo encontró al sacar el cerebro con un gancho.

Paneb puso los ojos en blanco y se tambaleó como si estuviera a punto de perder el conocimiento. Respiraba con enorme dificultad.

Semerket y Qar lo sujetaron a duras penas y lo dejaron acurrucado contra una pared.

—Tráele un poco de vino —indicó Semerket.

Qar fue a buscar una jarra a la despensa y la acercó a los labios de Paneb. Los vapores del vino tardaron unos instantes en surtir efecto. Por fin se encogió un poco ante el olor, pero bebió con gratitud.

—¿Quieres saber lo que creo que ocurrió? —preguntó Semerket en voz baja, pero Paneb se limitó a desviar la mirada—. Hetefras fue asesinada la primera mañana del Festival de Osiris, ¿estoy en lo cierto? Al alba tenía que hacer las ofrendas en el altar. Sé que es un trayecto arduo desde aquí porque yo mismo lo he recorrido. Rami tenía que acompañarla, ¿verdad?

—S..., sí —barbotó el muchacho—, pero aquella mañana me dormí, y Hetefras salió sin mí.

—Salió sin ti, pero no te habías dormido, sino que estabas en otra parte. ¿Quieres decirme dónde?

Su tono de voz suave y el deje de compasión que denotaba desconcertaron al joven y disiparon su resentimiento. Por fin denegó con la cabeza y clavó la mirada en el suelo.

Semerket lanzó un suspiro antes de seguir hablando.

—La noche anterior no había luna; lo he comprobado en los registros. Por la tarde habíais saqueado una tumba situada cerca del sendero que tomaría Hetefras. Debisteis de salir más tarde de lo previsto, si no me equivoco, pero no esperabais verla aparecer sin Rami.

Semerket advirtió que el muchacho se ruborizaba por momentos y que tenía los ojos inundados de lágrimas.

—¡Corregidme si me equivoco! —espetó de repente Semerket.

Pero padre e hijo guardaron silencio.

—Hetefras os descubrió, así de sencillo. Y tú la mataste. Tu «querida tía» se interpuso en vuestro camino, de modo que acabaste con ella. La asesinó el hombre al que había acogido de pequeño. La trataste como a un perro; un par de hachazos y se acabó.

—No fue así —protestó Paneb con voz ronca.

Rami se sujetaba la cabeza con ambas manos. Qar y Semerket cambiaron una mirada. De repente, el capitán parecía mucho más viejo a ojos de Semerket. A él le palpitaba la cabeza y no quería ni imaginar el aspecto de momia que también él podía tener en aquel momento.

—Pues cuéntame cómo fue...

Paneb denegó con la cabeza.

—Si no quieres salvarte tú —insistió Semerket con la mirada clavada en los ojos dorados del capataz—, salva al menos a tu hijo.

Mientras se miraban de hito en hito, Semerket hizo un leve gesto de asentimiento a modo de promesa. Por fin, Paneb exhaló un profundo suspiro cargado de resentimiento y respeto a un tiempo.

—De acuerdo —accedió.

Semerket se inclinó hacia delante.

—En primer lugar, Paneb, aclárame qué pudo ver la anciana aquella mañana. ¿Por qué tuviste que matarla? ¿Era ciega!

—Me invadió..., me invadió el pánico. Acabábamos de salir de la tumba y de repente la vimos ahí mismo. No paraba de repetir «¡Os veo! ¡Sé quiénes sois!». ¿Cómo íbamos a saber qué había visto, a qué se refería? Todos los hombres se volvieron hacia mí para que hiciera algo —Paneb tragó saliva—. Recuerdo que en la mano tenía una máscara de Horus que había sacado de la tumba. Me acerqué a ella y levanté el hacha. No se me ocurrió otra cosa para silenciarla. Pero cuando levanté el hacha, ella me miró como si aquel fuera el momento más dichoso de su vida. Estuve a punto de venirme abajo, pero...

Paneb se enjugó los ojos con el dorso de la mano.

—Y luego arrojasteis su cadáver al Nilo —constató Semerket.

Paneb asintió y resopló con fuerza para contener el llanto.

—Creíamos que si los cocodrilos se encargaban de ella iría derecha al cielo. Eso es lo que dicen los sacerdotes —masculló mientras se limpiaba la nariz con la mano—. Más tarde supimos que la habían encontrado en la orilla oriental y nos pareció una bendición, porque creímos que Paser hallaría el modo de tapar el asunto. —Por fin alzó la cabeza para mirar a Semerket—. Pero entonces llegaste tú.

—Sí —convino este con amargura—, me enviaron para fastidiarlo todo. No era más que un borracho incapaz de encontrarse el trasero. «Ha sido un forastero o un vagabundo», me repetíais sin cesar.

—Creíamos que si todo el mundo te contaba lo mismo —comentó Paneb—, irías en busca de un forastero imaginario. Fue idea de Neferhotep.

—¿Él fue el primero a quien acudieron? ¿Fue Nef quién tuvo la idea de saquear los sepulcros?

Paneb asintió con el semblante lívido de furia.

—Sí. Nos dijo que podríamos ayudar a construir una nueva era en Egipto, a recuperar nuestro imperio. Todos seríamos nobles, nos prometió, aristócratas con propiedades. La reina se lo había prometido..., y nosotros nos lo creímos.

—Pero tú y Neferhotep os enemistasteis. Os oí discutir aquel día en el sepulcro de Hetefras. Aquel día estuviste a punto de matarlo, ¿verdad?

Paneb asintió de nuevo.

—Porque no cesaba de presionarnos. Siempre decía que tal o cual tumba sería la última, pero nunca era cierto. Nef nos dijo que la reina Tiya nos protegía con sus hechizos y embrujos, pero la muerte de Hetefras lo cambió todo. Dejé de creer en Neferhotep y empecé a odiarlo por el daño que había ocasionado a nuestro pueblo, por lo que me había obligado a hacer. Eramos artistas, no necesitamos títulos ni riquezas. Aquel era su sueño, no el nuestro.

En aquel momento, Semerket se volvió hacia Rami.

—¿Cogiste las joyas de tu madre, tal como afirmó el oráculo de Amenhotep?

Rami asintió a regañadientes.

—¿Por qué?

—Porque Neferhotep y Khepura habían ido a verme la noche anterior. Me dijeron que mi madre era una..., que era una mala mujer y que todo el mundo lo sabría porque tú la habías convencido para que revelara a las autoridades cómo se había hecho con aquellas joyas. Yo sabía dónde las tenía escondidas.

Semerket suspiró, lamentando de nuevo el papel que había desempeñado en la infortunada vida de Hunro.

—¿Y dónde están ahora las joyas?

El muchacho sacudió la cabeza.

—No lo sé; se las di a mi pa..., a Neferhotep.

Semerket no formuló más preguntas. A una señal suya, Qar devolvió a los presos

a la cárcel de los *mejays*, y el administrador se quedó a solas en las cocinas para reflexionar sobre lo que había averiguado.

Todo aquel asunto era una terrible tragedia familiar..., dos, de hecho. El asesinato de una sacerdotisa menor en el desierto había destruido a una familia entera de artistas y a otra familia que habitaba un palacio. En última instancia, la familia era la esencia de cuanto había de bueno y de malo en el mundo, pensó.

Antes de abandonar el pueblo, Semerket fue por última vez a casa de Hetefras para recuperar el cuerpo de su gata, Sukis. Había prometido al espíritu de la anciana, o de hecho se había prometido a sí mismo, que la gata sería momificada y enterrada junto a la sacerdotisa en su última morada. Sin embargo, no halló el cadáver de Sukis por ninguna parte. Sí encontró el paño en que la había envuelto, pero no su cuerpo. Desconcertado, se sentó en el banco de piedra mientras arrugaba el paño entre las manos. De repente, un pequeño objeto de plata reluciente cayó de entre sus pliegues.

Era la figurilla de un dios. Semerket se la quedó mirando; era tan pequeña que le cabía en la palma de la mano, la imagen de un muchacho, un príncipe. A un lado de la cabeza se veía un tirabuzón trenzado, y los labios se curvaban en una sonrisa traviesa. El cartucho a sus pies indicaba un nombre: «Khons».

Semerket recordó que las sobrinas de Yunet, la tejedora, le habían contado que el patrón especial de Hetefras era Khon, el dios al que más veneraba. Además del dios de la luna, Khons era también el dios del tiempo y de los juegos. Asimismo, guardaba un notable parecido con el príncipe al que Semerket había conocido en el desierto durante su primera incursión en la Gran Pradera.

—Aquí se hace piel de dioses —había asegurado a Semerket.

Había sido el primer indicio de la solución al misterio del asesinato. Fue el príncipe quien señaló a los *mejays* la ubicación de la estropeada peluca de Hetefras... y quien lo había salvado de la riada.

Semerket salió como una exhalación de la casa de Hetefras. Durante todo el trayecto de regreso a Tebas oriental no pronunció palabra, ni tampoco habló con nadie en casa de su hermano durante toda la velada. Se limitó a contemplar la figurilla de plata, meneando la cabeza y sintiendo escalofríos.

—¿HAS CONSIDERADO YA CUÁL SERÁ tu recompensa, Contador de Verdades?

En cumplimiento de la promesa que hiciera a Toh, Semerket había regresado a Yamet para presentarse ante el faraón Ramsés III. Se encontraron en una terraza del palacio con vistas al Nilo. Ramsés estaba recostado en un diván, con el abdomen fuertemente vendado. A un lado estaba el príncipe heredero; al otro, el visir Toh. Aquel día no acompañaba al Faraón el habitual séquito de cortesanos y sirvientes.

Después de las lluvias, la primavera había estallado con celeridad en Egipto. Las colinas y los acantilados que rodeaban Yamet aparecían salpicados de flores silvestres de colores radiantes, mientras que los campos cercanos al río se veían cubiertos por

una sutil capa de verdor a causa de la espelta que empezaba a brotar de la fértil tierra negra. Era la estación en que todo renacía, pero aquella terraza del Templo de Yamet se había convertido en morada de la muerte. Los vendajes del Faraón estaban empapados de sangre, y el monarca respiraba con dificultad.

—Sí, Majestad, lo he considerado.

—Entonces, ¿permitirás que te recompense?

—Sí, Majestad.

—En tal caso, tienes la palabra.

Semerket respiró hondo antes de responder.

—Hay tres prisioneros, familiares de miembros de la conspiración, a quienes te pido que indultes. Se trata de la esposa y el hijo de Najt, custodio de tu harén, y el joven Rami, hijo del constructor de tumbas Paneb.

—Jamás.

Aquella palabra cortó el aire como una daga. Semerket percibió toda la fuerza de la ira justiciera e insaciable del anciano contra quienes lo habían traicionado.

—Jamás los indultaré. ¡Jamás!

Semerket bajó la cabeza.

—Me pediste que te dijera lo que deseaba, y así lo he hecho.

Se hizo un silencio sobrecogedor en la terraza.

—¿Siempre es tan testarudo? —masculló por fin el Faraón, mirando de soslayo a su visir.

—He llegado a la conclusión de que es más fácil pedir al Nilo que fluya al revés —suspiró Toh—, que pedir a este hombre que dé su brazo a torcer.

En aquel momento, el príncipe heredero se adelantó para arrodillarse ante su padre.

—¿Puedo recordar a mi padre que sigo vivo gracias a la intervención de este hombre? Asimismo, ruego al Faraón que cuando menos escuche la razón de su solicitud.

—¿Y bien? —refunfuñó el Rey al tiempo que se reclinaba de nuevo sobre el respaldo del diván—. Habla.

Semerket respiró hondo de nuevo y se dispuso a contestar, rogando a los dioses que no le inutilizaran la lengua.

—A cambio de su confesión —dijo por fin—, prometí al capataz Paneb que salvaría la vida de su hijo.

—Ese Paneb... —masculló el Faraón—. No solo asesinó a la sacerdotisa, sino que además era el capataz de la cuadrilla que saqueó todas aquellas tumbas. Extraño candidato a semejante favor.

Semerket alzó la cabeza.

—También te lo pido en memoria de la madre del muchacho. Hunro fue mi única aliada entre los constructores de tumbas y murió a manos de los conspiradores por ayudarme, Majestad.

—Hum. ¿Y qué me dices de la otra mujer, la esposa de Najt? ¿Por qué intercedes por ella?

—Porque estuve casado con ella, Gran Rey.

El Faraón lanzó un bufido.

—¿Y te dejó por el traidor? En ese caso, es culpable de un delito de mal gusto y solo por eso ya merece la muerte.

—Quería tener hijos, Faraón, y yo no podía dárselos. Fue culpa mía.

Semerket observó que la mirada del monarca se endurecía.

—Todavía la amo, Majestad —se apresuró a agregar—, más que a mi propia vida. No dejé de amarla ni cuando se fue a vivir a casa de otro hombre.

De nuevo un terrible silencio se cernió sobre la terraza. A Semerket le palpitaba la cabeza por el esfuerzo de hablar tanto, y se postró de nuevo ante el Faraón para poder apoyar la frente sobre las baldosas frescas. Ramsés lo observaba como el halcón observa a la liebre.

—He aquí mi juicio —anunció por fin.

De inmediato, un escriba cogió un punzón y una tablilla de cera.

—Naia, esposa del traidor Najt, y Rami, hijo del traidor Paneb, no serán ejecutados.

Semerket profirió una exclamación ahogada de alivio.

—¡Gracias, Gran Rey!

—No te precipites, Semerket, aún no he terminado.

El Faraón se volvió hacia el escriba y le indicó con una seña que siguiera escribiendo.

—Serán desterrados. Jamás volverán a pisar Egipto ni a beber las aguas del Nilo. Serán enviados como siervos a Babilonia, donde vivirán hasta el fin de sus días.

—¡Faraón...! —protestó Semerket.

—No me pidas nada más para ellos, Semerket. Mi gratitud tiene sus límites.

—¿Qué será...? ¿Qué será del hijo de Naia?

—Que se lo lleve si quiere o que se lo entregue a alguien. Nada me importan los niños pequeños. Y ahora ve a despedirte de esa Naia y del muchacho. Hoy mismo zarpa un barco que llevará al nuevo embajador a Babilonia.

En aquel momento, un espasmo de dolor sacudió al Faraón, que hizo una mueca y se aferró el costado. El príncipe heredero mandó llamar a un médico, y los cortesanos se pusieron a corretear de aquí para allá como hormigas asustadas. Semerket aprovechó el momento para escabullirse.

En cuanto se alejó de la terraza, el príncipe heredero se apresuró a seguirlo. Se detuvieron en lo alto de la escalera que conducía a la estancia principal del palacio.

—No juzgues a mi padre con demasiada severidad, Semerket.

Este sacudió la cabeza, todavía demasiado aturdido para hablar.

—Aunque no lo exprese —prosiguió el príncipe—, todo este asunto lo ha trastornado sobremanera. Estaba convencido de que la gente lo amaba y ahora ha

descubierto que todo cuanto creía era mentira, y por eso te necesita en sus últimos días. Arriesgaste tu vida para salvar la suya, y para él es un consuelo tenerte cerca. Te ruego que vuelvas. Le recuerdas que es importante al menos para una persona.

—Pero la gente ama al Faraón...

—La gente teme a los faraones, los veneran, los adoran... Pero ¿amarlos? No me engaño a mí mismo, Semerket; las coronas rojas y blancas son mucho más agradables de contemplar que de llevar —el príncipe Ramsés apoyó la mano en el hombro de Semerket—. Tú y yo seguiremos conversando en el futuro; nunca olvido a mis amigos.

Semerket se inclinó hasta que el príncipe llegó de nuevo junto a su padre y luego bajó a la estancia principal del palacio. Para su sorpresa vio al altísimo Yusef, lugarteniente del Rey de los Mendigos, de pie entre un grupo de los suyos junto a una pared. Todos ellos lucían sus mejores galas, ropas estafalarias en extremo que sin duda procedían de la basura de numerosos nobles de Tebas. Los mendigos esperaban ante una hornacina en la que se veía un jarrón de plata lleno de hermosos lirios frescos. Casi oculto entre los mendigos había un carro en miniatura tirado por un carnero.

Por una vez, el Rey Mendigo iba limpio. Semerket no pudo por menos de admitir que, pese a no tener piernas, el rey poseía un aire majestuoso que bien podría ser la envidia de muchos aristócratas. Al ver acercarse a Semerket, el Rey Mendigo lo saludó con aire satisfecho al tiempo que azuzaba al carnero para salir a su encuentro.

—¡Semerket, salvador del reino! ¡Hombre del día! ¡Amigo de reyes!

Semerket acogió aquellos halagos con el ceño fruncido.

—No puedo creer que estés aquí, Majestad. ¿Acaso por fin te has vuelto respetable?

—Mi hermano el Faraón en persona me ha convocado. Tarde o temprano —comentó con una sonrisa indolente—, todo el mundo quiere conocerme. Dicen que incluso pretende pedirme un favor.

—¿Qué clase de favor?

—El Faraón y sus consejeros se muestran muy enigmáticos al respecto —terció Yusef.

—Pero, por descontado, accederé a lo que el Faraón me pida —aseguró el Rey Mendigo—. A fin de cuentas, somos hermanos.

En aquel momento, el chambelán de palacio se aproximó para murmurar al oído del rey que el Faraón los aguardaba en la terraza. Con las risueñas palabras de despedida de los mendigos aún resonándole en los oídos, Semerket se dirigió hacia los pilonos del templo. Por el rabillo del ojo comprobó que el jarrón de plata había desaparecido de la hornacina.

«En fin», se dijo, «no es asunto mío». Tenía cosas más tristes en que pensar; se dirigía a la cárcel del Gran Templo de Amón para anunciar a Naia que Egipto había dejado de ser su patria.

SEMERKET ESTABA EN EL MUELLE. Era mediodía, y Rami se hallaba junto a él con las manos atadas a la espalda. En el puerto real, una embarcación rápida de transporte fluvial se disponía a zarpar hacia el norte, y la tripulación cargaba sobre sus cubiertas las últimas cajas y balas. Era un navío nuevo de diseño ancho y chato, construido al uso de los barcos fenicios, con quilla y cuadernas. Ello significaba que podía navegar no solo por el río, sino también por mar, algo que casi todos los egipcios temían hacer en sus embarcaciones carentes de quilla.

El nuevo embajador en Babilonia ya había subido a bordo, junto con los presentes que llevaba para el rey de aquel país. Mientras aguardaba a que les entregaran a Naia, Semerket observó a Rami. Si bien había adoptado una expresión de desdén típicamente adolescente, advirtió que el muchacho estaba aterrado y que con toda probabilidad culpaba a Semerket de su infortunio. Lo había perdido todo a causa del hombre que estaba junto a él. Su hogar, a sus padres, incluso a la joven con la que iba a contraer matrimonio.

—Rami, lamento el desenlace de este asunto —aseguró—. Quería que vivieras conmigo en casa de mi hermano.

—¿Contigo? —espetó el muchacho—. Antes viviría entre hienas.

«Has vivido un tiempo entre ellas», pensó Semerket, pero no lo dijo en voz alta. Apoyó las manos con firmeza en los hombros de Rami y lo miró a los ojos.

—En cualquier caso, lo siento mucho, de verdad.

El muchacho guardó silencio y bajó los ojos dorados con expresión huraña antes de subir a bordo. No quería pasar ni un instante más junto a Semerket.

Desesperado, este paseó la mirada por la ancha avenida que bordeaba el muelle. A lo lejos divisó a Naia en compañía de unos guardias del templo. El bebé se debatía entre sus brazos, agitado por los ruidos y los penetrantes olores del puerto. Sin decir nada, Semerket los abrazó a ambos en cuanto llegaron junto a él, y así permanecieron durante largo rato, ajenos a cuanto los rodeaba.

Al final, el capitán les gritó impaciente que Naia debía subir a bordo de inmediato. Semerket masculó un improperio.

—No podemos alargar esto por más tiempo, amor mío —musitó Naia.

Llevaba una sencilla túnica gris de luto y un pañuelo del mismo color en la cabeza. «Debería ir vestida como una reina», se dijo Semerket con amargura, «no como una sierva».

—Iré a buscarte —le prometió, tomándole la mano libre.

—No puedes hacer eso.

—Lo haré, lo sabes muy bien.

—Oh, Ketí ¿por qué siempre complicas las cosas más de lo necesario? Despidámonos aquí, en Tebas, para siempre. Olvídame.

—No quiero. No puedo.

—¡Eres un hombre cruel! —gritó ella de repente, furiosa.

El bebé rompió a llorar, y Semerket se los quedó mirando a ambos con aire impotente.

—¿Cómo puedes decir eso si sabes que te amo?

Naia le devolvió la mirada con un extraño brillo en los ojos. Al poco besó al niño con desesperación, como si pretendiera aplastarlo contra ella.

—Lo que necesito llevarme conmigo —dijo— es la seguridad de que no sufrirás. No sabes cuánto lo necesito. Es lo único que me dará fuerzas para soportar... lo que tengo que hacer.

A Semerket no le gustó el tono de su voz ni el peculiar destello obstinado que advertía en sus ojos. Pero antes de que pudiera expresar sus temores, Naia le puso al niño en los brazos con ademán brusco.

—Llévatelo —pidió.

Semerket se la quedó mirando, estupefacto.

—¡Llévatelo! —repitió Naia a gritos.

Todavía aturdido, Semerket abrazó a Huni, que lloraba desesperado, contra su pecho. No podía articular palabra, pues la lengua se le había pegado una vez más al paladar.

—Quiero que se críe como un egipcio y a cargo del mejor hombre que conozco y que conoceré jamás. Es nuestro hijo, Semerket, no lo olvides nunca. Najt lo engendró, pero los dioses nos han dado un hijo de la única forma que supieron. No importa el modo...; es nuestro hijo. Yo lo llevé en mi seno, y ahora tú deberás encargarte de criarlo.

—¡Naia! —farfulló Semerket, horrorizado.

—Por eso debes ser feliz aquí en Egipto. Tienes que hacerlo por mí, porque si te pasas la vida llorando por mí y ahogando tus penas en vino, sabré que mi hijo no puede ser feliz. ¿Lo harás por mí?

Semerket se obligó a asentir.

En aquel momento, el capitán los amenazó con enviar a unos guardias para que arrastraran a Naia a bordo. Semerket y Naia se dirigieron a la pasarela.

—Naia... —musitó Semerket—, lo único en lo que puedo pensar es en aquella flor que viste en el desierto oriental poco después de que nos casáramos. ¿La recuerdas?

—Aquella extraña flor violeta en lo alto del acantilado... Sí, la recuerdo. Te dije en broma que la quería para mi jardín.

Semerket lloraba ahora sin ambages. La gente que abarrotaba el muelle se lo quedó mirando.

—Podría haber escalado el acantilado. ¿Por qué no lo hice?

—Oh, Ketí, no importa.

—Desde que te conocí he buscado cada día tu rostro en todas las mujeres a las que veo. Ninguna de ellas existe para mí, tan solo tú. Pero ahora sé que jamás volveré

a ver tu semblante en ninguna parte.

Con un grito de desesperación, Naia le dio la espalda y subió corriendo a bordo sin volverse ni una sola vez para mirar a su esposo e hijo. La tripulación se apresuró a levar la chorreante ancla de piedra, y los remeros sumergieron los remos en el Nilo. La embarcación viró hacia el norte, y el dios del río la tomó entre sus brazos para facilitar su avance. Los remeros cambiaron de posición y volvieron a hundir los remos en el agua. El barco cobró velocidad y al poco había dejado atrás el muelle en dirección al centro del río.

Con el bebé en brazos, Semerket lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras un recodo. Sin embargo, aunque ya no divisaba la punta del mástil, permaneció inmóvil en el muelle, pensando en la perversidad de los dioses. En tiempos había anhelado desesperadamente tener un hijo, y ahora tenía al de Naia.

Y era el hombre más desgraciado de Egipto.

LA REINA TIYA ABRIÓ LOS OJOS y vio al anciano junto a la puerta de la celda.

—¡Toh! —exclamó, sorprendida.

—Te saludo, señora —dijo el visir—. El Faraón, en su misericordia, ha decretado que no debes morir.

—No me lo creo —replicó ella sin humildad alguna—. ¿Por qué va a mostrarse misericordioso ahora si se ha pasado la vida acosándome y humillándome?

—¿Quién sabe? Tal vez la vejez lo haya tornado sentimental. Te envía este vino como gesto de buena voluntad. ¿Beberás un poco?

—A buen seguro está envenenado.

—Si crees eso, beberé contigo —se ofreció el visir al tiempo que llenaba un cuenco.

—¡Bebe tú primero! —ordenó la reina.

Toh se llevó el cuenco a los labios y tomó un sorbo.

—¡Apura el cuenco!

El visir de Egipto siguió bebiendo hasta vaciar el cuenco y acto seguido volvió a llenarlo.

Tiya lo cogió y bebió con ansia.

—Es excelente —alabó—. Desde que me encerraron aquí no he bebido más que agua, y salada, por añadidura. Ni siquiera me han dado cerveza.

Toh sonrió y se despidió tras anunciarle que debía prepararse para abandonar la celda. De regreso en sus aposentos, el anciano visir se introdujo una pluma en la garganta para vomitar el vino y el aceite que había ingerido un rato antes para impedir que el potente somnífero surtiera efecto.

Al despertar, Tiya ya no se encontraba en la fría celda de las mazmorras de Yamet. Paseó la mirada por la habitación desconocida, de frisos y colores estrafalarios. La reina estaba tendida sobre una mesa plana y sin jergón que

amortiguara su dureza. Intentó incorporarse, pero descubrió que estaba desnuda y atada de pies y manos a la mesa.

De repente oyó un extraño sonido animal procedente de las sombras que oscurecían la estancia. Al volver la cabeza vio un carnero que, curiosamente, tiraba de un carro en miniatura. Torció el cuello un poco más y se encontró mirando lo que parecían ser los ojos inyectados en sangre de un hombre, una espeluznante criatura sin piernas tocada con una estropeada corona de hojas de acanto. Tiya profirió una exclamación ahogada.

—Es un honor para nosotros recibirte en mi reino, señora —la saludó la cosa sin piernas.

A continuación chasqueó los dedos, y aparecieron cuatro hombres ataviados tan solo con taparrabos. En aquel instante, Tiya vio los braseros de carbón dispuestos cerca de la mesa. Cada uno de ellos contenía un juego de ganchos y cuchillos, todos ellos anaranjados por el intenso calor.

—Permíteme que te presente al mejor cirujano de Tebas, señora —prosiguió el rey con galantería—. Lisiador, te presento a la señora Tiya.

—Es un placer, gran señora —la saludó el hombre con una voz dulzona que asustó a la reina más que los horripilantes instrumentos que sostenía en las manos.

—En tiempos fue reina de Egipto —explicó el Rey Mendigo—, pero no tenía suficiente, así que hoy le haremos entrega de un nuevo reino..., el mío. Conviértela en tu mejor creación, pues la reina de los mendigos se merece solo lo mejor. Pero procura no acabar con ella, pues el faraón le ha prometido la vida y es un hombre de palabra.

En aquel momento, la famosa voz de mil matices de Tiya se elevó en un crescendo de chillidos cortos y estremecedores.

AL LEVANTARSE DEL DIVÁN, el Faraón hizo una mueca y se aferró el costado mientras con la otra mano apartaba contrariado al esclavo que se había adelantado para ayudarle. Cuando se soltó el costado, se puso de manifiesto que el vendaje recién colocado estaba de nuevo empapado en sangre.

«Ya lleva los vendajes de momia», pensó Semerket. Tal como el príncipe heredero le había pedido, se hallaba de nuevo junto al Faraón tras dejar a Huni en casa de su hermano, al cuidado de Keeya. Semerket se estremeció al ver la sangre y bajó la mirada para que el Rey no pudiera leerle el pensamiento. Pero era demasiado tarde, pues Ramsés había visto su expresión.

—Sí, mi esposa ha ganado la batalla —constató.

—Cien años —recitó automáticamente Semerket.

—¡Cien! —repitió el viejo monarca con una carcajada—. Daría cuanto tengo por uno solo.

Con gran dificultad recorrió la terraza para contemplar la parte oriental de Tebas,

en la orilla opuesta del río. Semerket lo siguió a una distancia prudente, sorteando las gotas de sangre que el Faraón dejaba a su paso. Las hogueras de la ciudad refulgían como un manto de rubíes e iluminaban el horizonte.

—¿Recuerdas el Egipto de mi padre, Semerket?

El anciano extendió una mano temblorosa como si quisiera apresar con ella los rubíes. Pero relucían fuera de su alcance, y el Faraón retiró la mano muy despacio. Sin embargo, siguió abriendo y cerrando los dedos, poco acostumbrado a no coger lo que quería.

Semerket guardó silencio. El Faraón se dirigía a un coetáneo; ¿qué sentido tendría recordarle su edad? De todos modos, a Ramsés no le interesaba gran cosa la respuesta de Semerket. Las palabras brotaban de su garganta en jadeos puntuados de dolor. Era una confesión, un discurso de despedida.

—Egipto navegaba a la deriva, y los hombres tan solo respetaban sus propias leyes. Cualquiera podía asesinar a quien se le antojara, fuera del rango que fuese. Tantos años de mal gobierno y disturbios antes de su llegada..., generaciones enteras sometidas a guerras civiles... Mi padre recogió las coronas rojas y blancas del polvo, pero al subir al trono ya era un anciano, y los dioses tan solo le concedieron dos años. Luego me llegó el turno a mí —Ramsés señaló la silueta negra de los lejanos templos—. Hallé las puertas de Karnak despojadas de su revestimiento de piedras y metales preciosos. La barca de Amón se había hundido en el Lago Sagrado de tan podrida que estaba. Tal fue mi legado.

El Faraón tenía la mirada clavada en la noche, el perfil afilado y amargo de su rostro recortado nítidamente contra la luz de las antorchas.

—Mi padre había restablecido el orden en Egipto, y yo juré restablecer su lugar entre las naciones. Era joven y fuerte como el toro de Buchis. Aseguré al pueblo que había llegado un nuevo amanecer para Egipto.

Ramsés se sacó un pañuelo del pectoral y se enjugó la saliva de la comisura de los labios. A la luz de las llamas, Semerket advirtió que el pañuelo se teñía de rosa. El Faraón también lo vio y se apresuró a cerrar el puño en torno al pañuelo.

—Y por un tiempo creí haber alcanzado mi objetivo. Sin embargo, me vi obligado a contraer matrimonio con Tiya para aplacar la soberbia de estos ridículos y arrogantes sureños, y prometer que su primogénito sería mi heredero. Por lo visto, tan solo yo advertía su maldad. Debería haberla mandado matar discretamente, pero Pentwere me inspiraba compasión; estaba tan apegado a ella... Asimismo me decía que Tiya no podía hacerme ningún daño; a fin de cuentas, solo era una mujer. Y entonces llegaron los otros hijos. —Se volvió hacia Semerket con una expresión de ironía amarga pintada en la mirada—. La gente me adora como si fuera un dios, Semerket, pero en realidad soy el hombre más estúpido de todo Egipto.

Por primera vez en su vida, Semerket deseó que acudieran a sus labios halagos serviles y exagerados, palabras de consuelo y esperanza, por vacuas que fueran. Por primera vez en su vida, Semerket deseó ser Nenry.

Sin embargo, su lengua se había convertido como de costumbre en un bloque de madera. Nada acostumbrada a decir más que verdades desnudas, la garganta le dolía por el esfuerzo de encontrar palabras delicadas preñadas de mentiras. Semerket solo fue capaz de alargar la mano hacia el anciano en un ademán de espontaneidad fugaz. Deseaba atraerlo hacia sí para mitigar su dolor, pero la majestuosidad del Faraón lo abrumó. ¿Cómo consolar a un dios viviente? La mano de Semerket se detuvo a medio camino y se retiró.

Ramsés lo observó unos instantes entre divertido y sarcástico, pero de repente fue presa de otro espasmo de dolor y cayó sobre una rodilla. Semerket lo levantó, lo ayudó a sentarse en un banco para que pudiera recobrar el aliento y lo sostuvo hasta que el ataque remitió. Los vendajes aparecían ahora completamente empapados de sangre.

Fue el Faraón quien se apartó y se irguió con dignidad junto a Semerket. Al cabo de unos instantes siguió hablando.

—Durante un tiempo tuve la impresión de que había conseguido hacer realidad mi sueño para Egipto. Planté por todo el país árboles y arbustos para que el pueblo pudiera sentarse a su sombra. Las mujeres egipcias podían viajar libremente sin temor a que nadie las acosara, ni siquiera los extranjeros. Hice traer cedros del Líbano para reparar la barca sagrada. Revestí de nuevo las puertas del templo. Construí otros..., o eso creía.

En aquel instante, el Faraón se volvió hacia Semerket con una expresión de amargura absoluta.

—Y entonces, en el Año de las Hienas, tú entraste en nuestras vidas. Fuiste tú, Semerket, el terrible contador de verdades, quien nos abrió por fin los ojos. Hasta entonces, todo el mundo estaba convencido de que los cuernos de carnero tan solo entonaban alabanzas dedicadas a mí. Pero tú nos hiciste ver que en realidad tocaban una elegía. Gracias a ti, ahora sé que no encabezaba una marcha triunfal, sino una procesión fúnebre —jadeó entrecortadamente.

El Faraón y Semerket permanecieron sentados en silencio, contemplando la noche mientras las hogueras de Egipto se extinguían una por una.

—Desearía... —empezó Semerket, pero se detuvo en seco.

Un destello de contrariedad surcó los ojos del Faraón.

—¿Qué es lo que desearías? Todo el mundo quiere algo de mí tarde o temprano. Te he ofrecido cadenas de oro en abundancia, pero las has rechazado. Me pregunto qué más puedes desear.

Semerket bajó la cabeza antes de responder.

—Desearía no haber sido yo.

El dios viviente de Egipto se sobresaltó, y por un instante su semblante se transformó en una máscara de pesar infinito, aunque no tardó en recobrar la compostura.

—Tonterías. Es el destino que los dioses tenían preparado para ti... y para mí.

Pronunció aquellas palabras con severidad, pero mientras hablaba rodeó con un brazo anciano y nervudo los hombros de Semerket. Era un brazo poco acostumbrado a aquellas familiaridades, y Semerket lo sentía rígido e inmóvil sobre su piel.